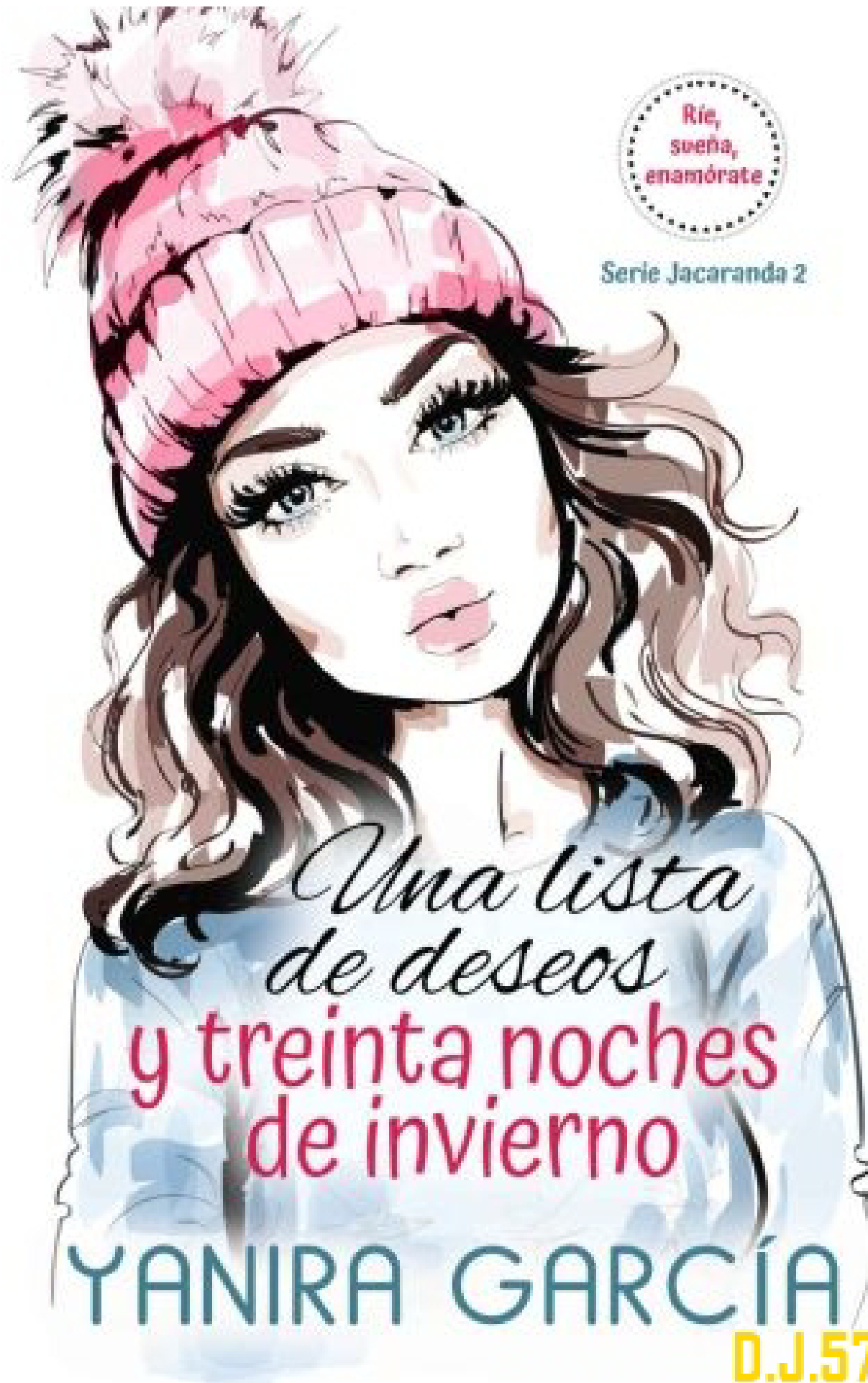




Serie Jacaranda 2



*Una lista
de deseos
y treinta noches
de invierno*

YANIRA GARCÍA

D.J.57

Serie Jacaranda 2

*Una lista
de deseos*
y treinta noches
de invierno

YANIRA GARCÍA

Una lista de deseos y treinta noches de invierno

Serie: *Jacaranda*

Volumen: 2

Primera edición: diciembre de 2019

Copyright @ Yanira García, 2019

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez



Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del copyright,
en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Para Roberto, mi casa está donde tú estés

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Epílogo: Ethan](#)

[Epílogo: Olivia](#)

[La lista de deseos de Olivia:](#)

[Más epílogos](#)

[Eli y Antón](#)

[Simona y Esteban](#)

[Mariana y Jake](#)

[Mari Puri y Santiago](#)

[Ethan y Olivia](#)

[Axel y Mérida](#)

Prólogo

—¿Te lleno el plato, hija? Necesitas alimentarte. Una mujer fuerte y sana es el resultado de lo que come, y tú no comes nada últimamente.

—Eso, eso, cuñada. No comes nada últimamente. —Axel, ese que está sentado justo enfrente de mí y que intenta ganarse el beneplácito de mi madre, lleva un rato repitiendo todas y cada una de las frases que ella me profesa por el simple hecho de fastidiarme y de que mi madre le dedique una sonrisa de agradecimiento al verse respaldada por el nuevo miembro de la familia.

—Gracias, cuñado —le suelto entre dientes y con cierto retintín—, pero no es necesario, creo que ha sido más que suficiente con un plato de caldo y una chuletilla de cordero. Puede que quien tenga que alimentarse como debe sea Mérida, los gemidos que escuché anoche desde la habitación de Antón dudo que fuesen de los gatos abandonados que hay en la calle; no es época de apareamiento. Y, si eran de lo que creo que eran, necesita recuperar fuerzas —le suelto para abochornarlos.

El resultado no es otro que el esperado; a mi madre se le cae el cucharón dentro del caldero que contiene el caldo, Mérida se tapa la cara completamente avergonzada, Antón se ríe a carcajadas, y Axel le dedica su mejor sonrisa a mi padre mientras le guiña un ojo como si fuesen compadres y entre ellos entendiesen que eso que yo acabo de mencionar es lo más lógico dadas las circunstancias. Y lo es, no soy quién para negarlo, pero comer pan delante de los pobres está muy, pero que muy, mal.

—¡Por Dios, Olivia! —termina por exclamar mi madre, cuando recupera la compostura y el cucharón para rellenar el plato de Axel y el de Antón—. Estamos almorzando.

—Lo siento, mamá —me disculpo con falsedad—. Antón, ¿ya has pensado en buscar una novia seria y dejar de picar tanta flor? El complejo de abeja no te sienta bien, últimamente estás de capa caída. —Mi hermano deja a medio camino la cucharada que estaba a punto de degustar y me echa una de sus miradas asesinas. Me encanta fastidiar y esta se la tiene bien merecida pues lleva un rato riéndose de mí porque me acaban de despedir de mi último trabajo. Y ya sabéis lo que se cuenta y se dice por ahí: donde las dan, las

toman; el que siembra vientos recoge tempestades o el que a hierro mata a hierro muere, y podría seguir, pero mejor lo dejo ahora, cuando estoy en lo alto del pódium.

Vale. Lo sé y sé que me lo merecía; el despido, hablo del despido, de las pullas casi que no digo nada porque prefiero no reconocer que también me las merezco por lo bocazas que soy. El caso es que solo a mí se me ocurre poner un cartel en el mostrador contándole a todo el que pasara por allí que mi jefa, en vez de estar trabajando, se estaba beneficiando a mi compañero; ese que ha sabido jugar bien sus cartas y aprovechar la coyuntura para ligarse a mi superiora —que, ya de paso, le faltan habilidades sociales para serlo— y ascender en la escala jerárquica dentro de la tienda. Ascender a base de favores sexuales, que por allí tampoco hay gatos y los gemidos retumbaban en la tienda.

No fue la mejor forma de hacerlo y sabía que me arriesgaba a que me pillasen y me despidiesen; pero el plan que había tramado era excelente, salvo por los tiempos, no contaba con que el polvo de ayer durase veinte minutos y no los treinta que suele durar habitualmente, y tampoco contaba con que llegara el marido de la jefa. Y en mi defensa diré que ni siquiera sabía que estaba casada y que tenía dos gemelas. Tampoco me preocupé nunca en conocer más de su vida, me cayó mal desde el principio y mucho peor cuando me di cuenta de que era mutuo, y solo le gustaba ponerme en apuros.

Me siento una víctima del sistema, ¡ea!, ya lo he dicho. No es que no me arrepienta, porque lo tuve que hacer cuando se lo conté a mi hermana, y ella me dio suficientes argumentos para sentirme culpable una milésima de segundo; pero, tras ese momento al que he denominado: «pérdida temporal de mi cordura-locura y posesión temporal de gemela buena», vi la sonrisa de Axel seguida de la de Antón con el consecuente discurso de: «se lo voy a contar todo a mamá y verás la que se va a liar en el almuerzo». Pues nada, se ha liado parda.

Le supliqué a Antón que no se lo contase, pero sabía que, o bien era él quien lo haría, o Axel, que pretende ganarse todos y cada uno de los galones al mejor yerno del mundo —por eso de que mi madre adoraba al gilipollas de Adán y hasta hace nada creía que Mérida podría volver con él—.

Todo se le pasó a la señora María, cuando supo que Axel es un gran abogado, que tiene una casa muy chula en el centro y que gana lo que toda la familia en un año. Bueno, quizá esto lo exageró un poco, pero lo tengo

amenazado con que, si no me hace el gusto de llevarme de vacaciones a la playa, se lo contaré y le diré que no es rico y poderoso como el pretende hacerla creer.

La cosa es que ahora no tengo trabajo y tampoco parece que se me vaya a aparecer la Virgen y mañana me toquen en la puerta para ofrecirme uno que sea irrechazable. Seguiré buscando, obvio, pero necesito encontrar algo pronto, porque se acerca la Navidad, la fiesta de fin de año y el día de Reyes, y mi intención es la de pegarme la fiesta padre el último día del año y comprar algún detalle para colocar bajo el árbol el día cinco de enero y, con la previsión que tengo ahora mismo, me veo haciendo manualidades con rollos de papel higiénico y papel de periódico, y las manualidades no son para nada lo mío.

Estamos a finales de noviembre. Jacaranda terminó hace meses y regresamos a casa con la mochila cargada de recuerdos, de noches en el bosque, de confesiones y de amigos de esos que sabes que van a permanecer el resto de la vida a tu lado.

Mi hermana, además de todo eso, se trajo a Axel, aunque él se la llevó poco tiempo después con la burda excusa de que vivían lejos y de que las relaciones a distancia no eran lo suyo. Nos costó separarnos, quizá más de lo que pensamos en su día, porque pasábamos mucho tiempo juntas y era la primera vez que nos alejábamos. Con Antón fue distinto, porque nos seguimos viendo y compartiendo fiestas y locuras. A Mérida también la veo, intercambiamos muchos mensajes cada día y vienen todos los fines de semana, a veces solo a comer y otras tantas a pasar el fin de semana completo, como en este caso; pero la echo de menos, mentiría si lo negase.

—Olivia, ¿acaso intentas centrar la atención en otro que no seas tú para evitar que hablemos de que te han despedido por hacer algo que no tenías que haber hecho? —inquiérese mi hermano para que me calle y deje de hablar de novias.

—Mamá necesita nietos correteando por esta casa, ¿a que sí, mamá? —ignoro su pulla.

—Es cierto, un nieto que llene mis días de risas, cada vez somos menos en casa, y me aburro —lloriquea mi madre con su ya habitual dramatismo.

—¡Hala! Ya habéis hecho llorar a vuestra madre —nos acusa mi padre—. No sabéis dejar la fiesta en paz —farfulla.

Mérida se incorpora y le hace una leve caricia en el hombro para tranquilizarla.

—A mí no me miréis —aclaró Axel.

—A mí tampoco —lo sigue Antón—. Soy joven y estoy en la flor de la vida, los niños solo dan problemas.

—Y alegrías —insiste mi madre, intentando convencernos a todos. Preveo un discurso para hacernos cambiar de idea, a todos menos a mí, que soy la que peor lo lleva. Ya sabéis: sin trabajo, sin novio, sin previsión de nada de lo anteriormente citado; pues eso, que casi que mejor el discurso lo da en privado.

—Yo no tengo novio, así que soy la menos indicada para nada de eso, mamá. —La tengo en el bote con algo tan sencillo como eso que acabo de decir.

Mi madre asiente ante mis palabras, pero le dedica una mirada reprobatoria a Antón y a Mérida; a uno por la edad, y a la otra por su situación sentimental, y yo sonrío porque, con esto, he logrado desviar la atención de mi fracaso laboral.

El sonido del teléfono irrumpe mientras mi cuñado intenta darme una patada por debajo de la mesa, y mi hermano me tira migas de pan con forma de bombas. Mi padre se levanta, yo esquivo todo ataque cual *ninja* astuto, y mi hermana sigue consolando a mi madre. Lo que se dice, una familia normal.

—Esto se arregla con una partida al dominó —grito para que mi padre lo escuche desde el salón.

Mi madre y mi hermana sonrían, mi hermano bufó, y Axel se tapa la cara para ocultar el disgusto.

Lo del dominó en esta familia se remonta a nuestra niñez, puede que incluso a la de Antón, pero de eso no me acuerdo porque yo estaba nadando en el huevo de mi padre. Cuando comenzamos a tener algo de razón, veíamos a mi padre, a mi madre y a Antón jugando en la mesa de la cocina con ese mantel a cuadros azules y blancos que tanto me gustaba y con el olor a natillas que mi madre hacía todos los sábados. Mi hermano comenzó a crecer y a hacer de las suyas y me proponía tratos: al principio le contaba las fichas que tenían mis padres a cambio de sus natillas; luego, crecí y lo hacía por alguna moneda de cien pesetas o por una mentira piadosa para poder llegar más tarde a casa. Pero el dominó sigue presente cada sobremesa.

—Mérida, Olivia, es para vosotras —vocifera mi padre desde el salón.

Mi hermana y yo cruzamos una mirada por si alguna de las dos ha hecho algo, básicamente, mi hermana tiene miedo a que me haya hecho pasar por

ella y la meta en algún lío. No sería la primera vez, eso está claro y ella lo sabe tan bien como yo. Niego para que se quede tranquila, por lo menos que yo recuerde, no la he liado, no desde lo de Adán y me sentí tan culpable que no se me ha pasado por la mente volver a hacerlo.

Mérida es la primera en llegar, y mi padre le tiende el teléfono.

—¿Quién es? —pregunto yo.

—Ni idea —responde mi padre—, solo sé que preguntó por vosotras.

—¿Sí? —cuestiona mi hermana al colocarse el teléfono en la oreja.

Parece mentira que mis padres sigan conservando en casa uno de esos teléfonos grises de rueda. Mi padre se niega a cambiarlo por uno nuevo, dice que las cosas ya no se hacen como antes y que este teléfono pasará de generación en generación. Cuando habla así, me suena a octogenario con pelazo.

Acerco mi oreja hasta el teléfono, y mi hermana me da un pequeño empujón para que la deje tranquila.

—Ajá... Entiendo... Ya... Déjame un contacto y lo hablaré con Olivia. Sí... Vale... Bien. Gracias por pensar en nosotras. Hasta pronto.

Mérida, tras colgar, se queda frente a mí, sonrío abiertamente y pone cara de pilla. Como cuando éramos pequeñas, salvo que lo lógico y normal era que yo hubiese hecho algo, y ella me ayudase a buscar la solución para que papá y mamá no me castigasen sin ver la luz del sol durante meses.

—¿Y bien? —pregunto desesperada al ver que sigue sin pronunciar palabra.

—Olivia, hoy es tu día de suerte; ya tienes trabajo.

—¿Trabajo? —pregunto con cierto recelo—. ¿De qué?

—Jacaranda abre sus puertas durante treinta noches de invierno.

Capítulo 1

Sigo boquiabierta cuando percibo, en el orden en el que os cito, de abajo hacia arriba; la cabeza de mi madre, la de Axel —que sigue chupándole el culo a mi santa madre—, la de Antón y la de mi padre asomarse por el marco de la puerta de la cocina.

Dije que no parecía que se me fuese a aparecer la Virgen con el trabajo de mi vida y puede que Jacaranda no lo sea, por cuestión de tiempo y eso, porque la libertad que tuve allí para actuar dudo que vuelva a tenerla en otro sitio. En fin, que dudo que Jacaranda sea el trabajo de mi vida; pero es trabajo, al fin y al cabo.

—¿Cuándo nos vamos, Mérida? —Mi hermana tuerce el gesto al mirar a Axel. Sé que se siente dividida, una parte de ella quiere dejar su trabajo y a Axel e irse conmigo; la otra, la que os advierto desde ya que va a ganar la batalla, quiere quedarse en el colegio donde ha empezado a dar clases y dormir con mi cuñadito—. No, no, no, yo lo hice por ti, y ahora tú tendrás que hacerlo por mí —le advierto antes de que me suelte una charla sobre el motivo por el que se debe quedar y no acompañarme—. Sabes que te gustó Jacaranda y que te trajiste una mascota de allí —suelto, socarrona, y sonrío abiertamente al escuchar el bufido de Axel y al pensar que se está mordiendo la lengua para no soltarme algún insulto delante de mi madre. Atisbo un dedo corazón, pero lo obvio con todas las de la ley.

—No puedo ir —finaliza mientras agacha la cabeza.

El resto de mi familia abandona la trinchera temporal, también llamado marco de la puerta, y se acercan.

—¿Cómo que no puedes ir? ¡No me vengas con excusas, Mérida!

—Está muy mal por tu parte que le digas a tu hermana que debe ir contigo, cuando ella ahora tiene trabajo y vive con Axel —la defiende mi hermano.

—Haré café —interviene mi madre viendo que se avecina alguna polémica familiar.

—Esto se soluciona con café y música de los grandes —añade mi padre yendo detrás de mi madre. Aquí huele a huida en tropel para evitar ser pasto de la discusión.

—Primero que nada, eres una bruja de campeonato —me suelta Axel al darse cuenta de que mi madre ya se ha ido y no puede escucharle.

—La culpa es tuya, que me has robado a mi hermana. Es solo un mes, Mérida, pide una excedencia o, yo qué sé, deja a Axel, seguro que allí encuentras otro novio más guapo y más simpático que él.

—Lo dudo —se defiende el susodicho.

—El ego, Axel —bromea Mérida mientras le pone ojitos.

—Pero ¿se puede saber por qué no puedes ir?

—Además de lo que ha dicho Antón, hay otro motivo de peso y es que no es en Jacaranda...

—¿Cómo que no es en Jacaranda? —la interrumpo.

—Eso mismo —apostilla Axel al no entender nada.

—Que no cunda el pánico —nos calma Mérida—, según me han dicho, Jacaranda ha decidido abrir las puertas no solo en invierno, que ya es nuevo, sino en otra localización distinta a la de siempre.

—¿En serio? —inquire Axel—, no me han dicho nada.

—Normal, después de darle plantón a Laura, dudo que te llamen el próximo verano —me burlo.

—Olivia... —me advierte Mérida.

—Pues da igual dónde sea, pero yo sola no me voy.

Arrastro mi enfado hasta la cocina y sé que Mérida y Axel se han quedado hablando en el salón, supongo que mi hermana se siente mal porque yo en su día la acompañé para que ella pudiese dar un paso adelante en pro de la consecución de sus objetivos, y se siente en deuda conmigo por ello. Ahora me siento un poco culpable, porque soy más que consciente de que su realidad ha cambiado y de que tiene un trabajo que deseaba y que la hace feliz.

Mi padre ha puesto alguno de sus mejores temas porque lo escucho cantar mientras prepara las tazas, las cucharillas y los platitos de cada uno, mientras mi madre se afana en recoger la mesa y colocar las sobras en táperes para que mis hermanos se vayan surtidos hasta el próximo fin de semana.

Me tiro de cualquier manera en la silla de la cocina, enfurruñada por lo de mi hermana y, a su vez, por comportarme de forma tan intransigente con ella.

—Escucha, escucha, esto sí es música y no lo que ponéis vosotras —nos suelta mi padre para romper el hielo.

El primero en coger la taza es el zanahorio, Antón, que sigue sin decir nada, raro en él, que siempre está soltando pullas y más pullas.

—Escucha, Olivia...

—No pasa nada, Mérida, lo entiendo y sé que no puedes venirte, te ha costado mucho conseguir ese trabajo, y no quiero que pierdas la oportunidad por mí...

Ella asiente mientras me dedica una sonrisa condescendiente y agradecida.

—Si fuese en verano... Ya sabes que estoy reservando mis vacaciones para volver cada año, pero ahora no es buen momento.

—Lo sé —le explico—, y lo entiendo.

—¡Por fin! —exclama mi madre persignándose al darse cuenta de que la Tercera Guerra Mundial no va a estallar este domingo en esta cocina.

—También podría ir Antón contigo —añade Axel mientras sigue removiendo su café.

Mi madre clava la vista en Axel. Mi padre también. Mérida primero me mira a mí y luego a Antón, y yo hago lo propio, pues todo el mundo lo está analizando, y él parece no darse por enterado.

Alza la cabeza y nos mira a todos.

—¿Qué? —pregunta—. ¡Qué! —exclama. Empieza a hacer sonidos con la boca en plan: «ni de coña, ¿me entiendes? Antes me como la mano que hacer eso que todos pensáis ahora mismo». Lo conozco lo suficiente como para saber que justamente piensa eso, que estamos todos locos, y que él es el único que se salva en esta familia.

—¿Has cogido vacaciones este año? —Antón no responde, porque está intentando ver cómo salir por la tangente—. Y no me mientas que sabes que conozco todos tus movimientos, hermanito —le suelto con cara de niña buena que no ha roto un plato jamás en la vida.

—No me acuerdo —dice finalmente.

—¿No te acuerdas o no te interesa recordar? —le suelta Mérida.

Axel sigue con su café, haciéndose el santo, pero ha sido él quien ha tirado la piedra y ha escondido la mano; si es que a listo no le gana nadie, la verdad.

Antón suelta un bufido, se toma el café de un trago, se levanta de la mesa y se marcha. Escuchamos todos el portazo mientras sonreímos victoriosos.

—Uno, dos, tres... —comienza a contar mi madre.

La puerta se abre de nuevo y entra en la cocina. Coge los táperes de comida y se dirige de nuevo hacia la salida.

—No he cogido vacaciones este año; pero, si sabes contar, no cuentes

conmigo.

—Mi carro me lo robaron, anoche, cuando dormía, ¿dónde estará mi carro? ¿Dónde estará mi carro?... —Mi padre, ¿quién si no?

—Bien jugado, Axel.

—Gracias, cuñada.

—¿Cuándo dices que empieza ese *camping*?

—El uno de diciembre —confirma Mérida.

—Iré preparando las maletas —suelto mientras froto mis manos cual líder victoriosa.

Capítulo 2

En esta ocasión..., tampoco nos hemos librado del trayecto en coche con la música de mi padre amenizándolo. Ojalá, si hasta supliqué, pero fue imposible. Antón quiso traer su coche y eso era digno de agradecer, pero habría sido una soberana estupidez traerlo para dejarlo tirado en vete a saber dónde durante tantos días.

Otro de los motivos por los que no quise que lo trajese, y prefería escuchar cintas y cintas de casete de mi padre con sus grandes, era el temor a que me acompañase, me dejase tirada y saliese huyendo a algún lugar, por ejemplo, las Maldivas, porque ahí seguro que no hace tanto frío como aquí ahora mismo.

—Papá, ¿este cacharro no tiene aire caliente?

—No, y no vuelvas a preguntar por eso otra vez, Antonio. —Si mi padre lo ha llamado Antonio, es que está mosqueado.

—La última vez pregunté por el climatizador del coche, que me dejaste claro que no tenía, pero ¿por lo menos calefacción? Eso es básico.

—De eso tampoco hay, tiene una clavija que, si la mueves, entra el calor del motor, pero también entra el humo y me da que no quieres inhalar eso —le advierte a mi hermano.

—No, gracias —se queja.

—Deja de protestar por todo, cómo se nota que no sabes lo que es Jacaranda, y lo bien que nos lo vamos a pasar allí. El verano fue especial; ya lo sabes, Mérida te puso al tanto —le recuerdo—. Mira lo bueno que fue que tu hermana vino con novio nuevo, y yo... —susurro para que mis padres no me escuchen—, y yo me metí mano con un chico de allí. —Sonrío abiertamente—. Seguro que hay novias con las que poder casarte y tener hijos. —Alzo la voz para que mi madre lo escuche y se ría.

María no es que esté de especial buen humor desde que se enteró de que me iba, pero creo que, no tanto por mi partida, sino por la de Antón, que es el típico hijo que come en casa de sus padres todos los días —por cercanía a su trabajo, porque sé que cocina muy bien—.

Ahora, tal y como sucedió hace unos meses, está lloriqueando porque no nos verá en treinta días.

—Cariño —la consuela mi padre—, nos quedan Mérida y Axel.

—No es lo mismo —dramatiza ella—, no es lo mismo —insiste.

—Los treinta días pasarán en un abrir y cerrar de ojos, ya verás.

—Pasaréis fuera la Nochebuena y la Navidad.

—Pero vendremos para Año Nuevo. Nuevos deseos; ya sabes, las cosas buenas llegan después del uno de enero.

—Pamplinas —insiste mi madre—. Eso son pamplinas.

No está muy convencida, pero he llegado a la conclusión de que ha entrado en ese bucle en el que, le digamos lo que le digamos, no la va a consolar; salvo que Antón le diga algo de un nieto, y entonces la sonrisa le llegará a la raya del pelo.

Va a ser el primer año que no estemos todos juntos en la cena de Nochebuena o el almuerzo de Navidad y, fijaos cómo funciona la mente de mi madre —a mil revoluciones—, porque ella ya está pensando en eso, y yo aún no he acabado de guardar los pantalones cortos en el altillo por si me sorprende una ola de calor y vuelvo a sacar mis piernas al aire.

Obviamente, dudo mucho de que esto vaya a suceder; más, teniendo en cuenta que, cada día que pasa, el frío cala más y el aire nada tiene que ver con el que había en la sierra en agosto.

Me gusta el verano, el calor, la piscina, los mojitos y las cañas frías. Los colores chillones de mis sombreros y los helados de pistacho, pero más me gusta el invierno; el chocolate caliente, las botas de agua, los paseos bajo la lluvia y los gorros calentitos de lana.

Ese es mi accesorio estrella: los sombreros y gorros. Mi lucha fue incansable mientras compartía habitación con Mérida —y eso fue durante mucho, demasiado, tiempo— para que se reservase un espacio para colocarlos y no solo eso, sino que el espacio aumentase proporcionalmente al dinero que me gastaba en comprar nuevos y no deshacerme de los viejos. Manías que tiene una...

Mi maleta viene cargada de ellos; de distintas formas, tamaños y colores porque no se sabe cuándo te hará falta uno y, por lo que puedo ver, necesarios van a ser porque, conforme dejamos el sur atrás y más nos adentramos en el norte, más intenso cala el frío, de ahí que mi hermano siga bufando por la falta de calefacción del coche de mi padre.

Me centro en el trayecto, en ver cómo la lluvia comienza a arreciar con más fuerza y cómo choca contra los cristales como si quisiera entrar dentro y resguardarse de ella misma. Me abstraigo de todo lo demás, solo observo

cómo el entorno, las plantas y arbustos que conforman el paraje agradecen la lluvia y se mecen con suavidad con el viento.

—¿Me estás escuchando, Olivia? —Giro la cabeza y enfoco a mi hermano que me zarandea por el brazo para traerme de vuelta a la tierra.

—Mmm, no, perdona, estaba viendo llover.

—Siempre te ha gustado la lluvia —interviene mi madre—, de pequeña te encantaba ir a casa de tus abuelos corriendo bajo ella, no había manera de hacerte entrar en razón para que cogieses un chubasquero y un paraguas, ¿lo recuerdas? —le pregunta a mi padre que asiente sin apartar la vista de la carretera.

—Está loca desde que nació —bromea mi hermano. Atisbo una pequeña sonrisa nostálgica en su rostro al mirarme.

—Me encantaba; de hecho, me sigue gustando —confieso sonriendo y vuelvo a mirar por la ventana—. No hay nada mejor que la lluvia en tu cara mientras corres.

—Eso y la neumonía de después —se jacta Antón.

—Ja, ja —ironizo.

—Estoy aquí metido sin calefacción y sin saber a qué me voy a enfrentar durante treinta días. Vas a tener que aguantarme mucho y puedo ser peor, mucho peor. Acabo de empezar a meterme contigo, te quedan treinta días de pullas incansables. Solo puedes rezar por tu salud mental y por el estado de tus gorros, esos que sé que llevas en esa maleta —me dice señalando detrás de nosotros con el dedo pulgar.

—No serás capaz —le advierto con mala cara.

—Ponme a prueba, hermanita —añade.

—No querrás que corra ningún rumor por el *camping*, no sé..., sobre que tu aliento huele a choto, que tienes peluquín o alguna enfermedad contagiosa que te prohíba darle al tema; ya me entiendes —le suelto alzando las cejas en repetidas ocasiones y señalando su entrepierna sin mirar, que, a ver, es mi hermano, y yo no soy ninguna depravada que piense de esa forma con alguien que comparto sangre; para mí, mi hermano tiene vagina también.

Parece que la advertencia surte el efecto deseado, porque pasamos el resto del trayecto en silencio, o casi, porque mi padre no para de cantar una tras otra, entonando y haciendo incluso los coros. Una familia de lo más curiosa, claro está.

Recuerdo, como si fuese ayer, la forma en la que me metía con mi hermana mientras hacíamos un trayecto similar a este para sumergirnos de

lleno en un trabajo que desconocíamos. Siempre se me ha dado bien eso de ir de tía dura y ponerle calma a lo que para otros implica un pellizco de nervios. Yo le pongo el punto de locura a la sensatez de mi hermana.

Siempre nos ha resultado sencillo complementarnos, supongo que nuestra relación, y perdonadme la comparativa, es como una ensalada bien aderezada; ella pone el aceite, yo el vinagre, y Antón..., Antón es la sal de ese entrante o la zanahoria... —pero no de esa, mentes calenturientas—.

A pesar de nuestras rarezas como familia, resulta divertido formar parte de ella. Nos quejamos incansablemente sobre esa manera tan suya que tiene mi padre de cantar y de poner una y otra vez las canciones que le gustan, también protestamos por la parte dramática que aflora en el carácter de mi madre, como ahora, exactamente igual que en agosto cuando íbamos a Jacaranda por primera vez, y mis padres, a su vez, se quejan de que yo sea un poco loca, y no piense y medite en las consecuencias de lo que luego suceda, de que Antón haga su vida sin pensar en el futuro, y de que Mérida sea tan temerosa para afrontar nuevos retos.

Cada cual tiene lo suyo, como te puede pasar a ti, a tu vecino o, incluso, a tu propia familia. No me cansaré de decir que la vida, las opiniones y los errores son como los culos, cada uno tiene los suyos. Y yo no estoy tan loca como piensan, tengo mi parte sentimental y racional; lo que pasa es que no siempre me gusta que se vea, me resulta más fácil si me escondo tras chistes o ironías... En fin, ya os daréis cuenta de cómo soy, tenemos tiempo para eso.

Retiro la mirada del cristal, donde sigue golpeando con fuerza la lluvia y la centro en mi hermano por un segundo. Barajo muchas opciones sobre lo que por su mente puede estar pasando y sé que lo primero de todo es que considera que esto es una auténtica locura y no sabe cómo ha llegado a estar tan poco cuerdo como para haberse embarcado en este viaje. Solo espero que sepa disfrutarlo tanto como Mérida y yo en el verano.

Ahora, Jacaranda tendrá otros olores y posiblemente otros sabores, pero serán todos maravillosos y, por encima de todo, espero pasarlo tan bien que sea capaz de irme de vuelta con unos recuerdos tan bonitos como los del verano.

—Voy a activar ya el GPS, porque no tengo ni idea de cómo continuar el camino desde aquí. Tiene pinta de que el *camping* está dentro del bosque, como el otro, pero la lluvia nos dificulta la visibilidad y la orientación; donde no conozco, no es lo mío —confiesa mi padre mientras para en el arcén.

Activa los cuatro intermitentes y se pone a toquetear el teléfono.

—Google, cuéntame un chiste —bromeo cuando mi padre le da al botón del asistente de Google, y este le responde que en qué puede ayudarle.

—A sacarme de aquí —protesta Antón con una sonrisilla de haber hecho una maldad.

Google le contesta que no ha entendido, que debemos repetirlo y en esas andamos, cuando mi madre coge el teléfono entre las manos y empieza a buscar algo en él. Supongo que el GPS, pero no logra dar tampoco con la aplicación. Mi hermano se quita el cinturón y, como si fuese a convertirse en el salvador de nuestro desastre, coge el teléfono y toquetea la pantalla. Yo bufo porque, si ya pensaba que estaban todos completamente chalados, ahora no me queda ni un solo atisbo de duda.

—Vais a cagarla, y no llegaremos a tiempo —les advierto al ver cómo el teléfono pasa de mano en mano.

—Calla, niña —me suelta mi hermano.

—Lo siento, vejestorio —le insulto.

—Tu hermana tiene razón, Antón; danos el teléfono que tenemos que poner la dirección.

—Qué dirección ni qué dirección, si estabas buscando en Google cómo encontrar un centro comercial —le suelta a mi madre.

La pobre no dice nada más, sino que mira por la ventana mientras deja las cosas en manos del cabezota de mi hermano.

—Se ha apagado —nos advierte.

—¿Perdona? —inquiero sin entender nada.

—Se ha apagado el teléfono y no logro encenderlo.

—¿Lo has roto? —pregunto—. ¡Lo has roto! —termino por exclamar enfadada—. Si es que no se te puede dejar hacer nada, eres lo peor —me quejo al ver que no vamos a poder llegar a nuestro destino.

—Será la batería. Dame el tuyo —me pide obviando la inquina con la que lo he acusado de tonto del culo.

Meto la mano en mi riñonera y se lo tiendo.

—No enciende —me suelta.

—¿Cómo que no enciende? ¿Ya has roto el mío también? —protesto—. Me vas a tener que comprar uno, pero de los caros, que tú tienes un buen trabajo, y yo soy pobre, muy pobre —especifico para que no haya ni un resquicio de dudas—. Estoy a un paso de declararme en suspensión de pagos.

Mi madre se ríe, siempre le han hecho gracia mis chistes malos, pero

Antón y mi padre no, ellos están centrados en lo que nadie quiere admitir:
estamos tirados en una cuneta sin saber qué hacer ni a dónde dirigirnos.

Mal empieza la cosa.

Capítulo 3

Me he dedicado, durante más tiempo del que quiero pensar, a hacer dibujos en el cristal empañado del coche.

Mi padre, mi hermano y, a veces, mi madre discuten sobre lo que deben hacer y las opiniones vuelven a ser como los culos; cada uno tiene una distinta.

—Hacemos el camino de vuelta y llamamos para...

—¿Para decir que nos hemos perdido porque mi hermano es un gamba de tío? —le acuso seria y juro que me muerdo la lengua porque «gamba» es un adjetivo muy sutil para lo que le podría soltar.

—O para decir que mi hermana no sabe hacer otra cosa que fastidiar y que era eso o asesinarla en medio de una carretera donde no pasa ni un alma —matiza Antón.

—Estoy empezando a dejar de quererte —le señalo con el dedo a modo de advertencia—. Eres lo peor, tenía que haber traído a Mérida.

—Recuerda que está con Axel; en la fila de la elección, no ocupas el primer puesto —me explica con veracidad.

—Me cachis... —es lo único que puedo decir porque tengo que darle la razón y me fastidia soberanamente.

Antón y yo tenemos muy buena relación, aunque ahora mismo estemos pasando por una crisis —momentánea, crisis momentánea—. Solemos compartir mucho tiempo libre, salimos por ahí de noche juntos; a tomar algo, a criticar o, como solemos llamarlo, a buscar motivos para que nuestra vida sea menos penosa de lo que es. La mía, porque la de él va sobre ruedas o eso me dice siempre que le acuso de que está más solo que la una.

No lo quiere reconocer y no creo que lo haga jamás, pero tiene miedo a enamorarse porque su amor platónico le dio calabazas cuando era muy joven.

—Voy a salir un rato del coche, necesito respirar aire puro —les explico mientras abro la puerta y me dejo caer.

Mis zapatillas de deporte agradecen pisar tierra firme, y mi cordura hace lo propio al cerrar la puerta y dejar de escuchar las quejas, los bufidos y los suspiros del resto de mi familia. Por suerte, ha dejado de llover y eso me da cierta libertad para caminar por el arcén. Golpeo en varias ocasiones a una

pequeña piedra mojada que encuentro, intentando recuperar la lógica que me caracteriza y encontrar alguna solución a este lío en el que nos hemos metido sin tener que volver a casa.

Me gusta mi casa, está claro y con eso no hay discusión posible, pero me gusta trabajar y, teniendo en cuenta que esta oportunidad se plantó frente a mí sin más, no me gustaría tener que regresar y contar que mi hermano es subnormal y que lo peor de todo es que comparto genética con él.

Alzo la cabeza cuando escucho a lo lejos el sonido de un motor y esa lógica de la que hablo se materializa en forma de idea y lo único que tengo claro ahora mismo es que debo parar ese coche por la gloria de mi madre, como diría Chiquito de la Calzada.

Miro hacia ambos lados, no sé si espero que se me aparezca el espíritu santo y me diga cómo hacerlo; pero, vamos, que no hay que ser una lumbreras para saber que debo hacer señas para que el conductor me vea.

Me coloco detrás de la camioneta de mi padre, miro hacia el interior y veo que siguen intentando encender el aparato. Mi padre ha empezado a perder los papeles porque ha dejado de canturrear e intenta hacer algo con el teléfono. Como no se lo quite a mi hermano de las manos, creo que poco va a poder lograr con el asunto en cuestión.

Vale. El primer paso es alzar las manos y comenzar a agitarlas como si en ellas tuviese uno de esos chismes que usan en las pistas de despegue para indicar que van por el camino correcto o quizá en la de aterrizaje —yo qué sé, si lo mío nunca ha sido volar—. Me pongo a ello como si fuese mi último deseo antes de palmarla. Rezo para que el conductor del coche me vea y se pare. Estoy desesperada, lo sé, le enseñaría las tetas si no fuese porque mis padres están dentro del coche y tendría que explicarlo; supongo que la urgencia no es tanta como para mostrar así, por la cara, mi escote —y lo que no es el escote—.

No logro advertir si el conductor me ha visto, así que doy unos pasos hacia el interior de la calzada. Dos o tres, ¡qué coño!, me quedo en el centro y, a eso de agitar las manos, le sumo lo de dar saltos como un conejito en apuros.

Empiezo a tener ciertas dudas de que me haya visto, porque no percibo que disminuya la marcha ni un frenazo ni picar luces ni tocarme la pita, mucho menos sacar la cabeza para llamarme pirada o descerebrada. Nada.

Ahora ya no sé si me muevo porque me he quedado paralizada por el miedo y estoy viendo pasar toda mi vida por delante de mis ojos o es que

estoy intentando darle una última oportunidad a mi mierda de idea; porque, ahora que puede que vaya a palmarla, creo que es la idea más pésima que he tenido en toda mi vida y mira que he tenido ideas absurdas, muchas, demasiadas; pero me he reído en todas —o casi todas, en la de mi despido también me partí el culo, hasta que me despidieron, obvio—, menos en esta.

—¡Olivia...!

Escucho el grito de mi hermano, supongo que estoy a punto de ser aplastada como una cucaracha por el coche e intenta que su conciencia quede tranquila por si me muero. En verdad, Antón no es tan malo; pero, si muero y no intentó salvarme, lo perseguiré toda mi existencia —o lo que quiera que sea eso que hay después de la vida— y le comeré la oreja hasta que se vuelva un hípster loco que colecciona gatos. En fin, que no es el momento ahora de divagar.

Bajo los brazos, cierro los ojos y espero que no duela.

El chirrío de las ruedas hace que me tape la cara con las manos y me encoja como un osito de peluche en brazos de una pandilla de niños en una guardería.

—¿Estás loca? —Mi hermano me coge del brazo y me saca de la carretera, pero los gritos no provienen de su boca, porque noto su pecho acelerado y los gritos llamándome pirada, tarada y chiflada se siguen escuchando.

—¿He muerto y estoy en el cielo?

—Al cielo vas a ir tú —bromea mi hermano abrazándome.

—¿Me has oído? ¿Qué pretendías hacer? Podía haber tenido un accidente.

—Escucho una voz, una que no conozco y sé que a quien reprende es a mí.

Me separo del pecho de mi hermano mientras veo cómo Antón pide disculpas.

Lo primero que veo son unas zapatillas deportivas rojas, ¡rojas!; pantalones de deporte; un chubasquero verde militar; unos labios carnosos — la cosa se va animando—. Bajo la mirada de nuevo a ver si lo que se pueda atisbar en el pantalón vale tanto la pena para que no le grite como una verdadera histérica que acaba de ver pasar su vida por delante y, sí, venga, me convence por ahora. Subo de nuevo la vista y ¡tachán! Unos ojazos de la leche se gasta el jamelgo y gorra, lleva una gorra.

—Debe de estar en *shock* porque mi hermana nunca se calla.

El chico que casi me atropella me mira unos segundos, intentando ver la lógica de la situación, supongo que se estará preguntando por qué habré

tenido que toparse con una tipa como yo hoy.

—Perdona —balbuceo. Carraspeo en un par de ocasiones y cojo aire con fuerza antes de proseguir con mi disculpa—. No pretendía morir hoy ni que me asesinaras con tu pésima forma de conducir, dato que debo matizar al ver que llevaba mucho tiempo agitando los brazos y no parabas, pero te perdono por ello. El caso es que necesitaba que parases...

—¿Pésima forma de conducir? ¿En serio que no necesita medicación? —pregunta mirando directamente a Antón, como si él estuviese mucho mejor que yo; todavía si esa pregunta se la formula a Mérida, que es la cuerda de la familia, pero ¿a mi hermano? Mal vas, chico, mal vas.

—Déjame terminar —le pido.

—Sí, esa es mi hermana —aclara Antón que está contento de que vuelva a ser yo y no un espectro asustadizo.

—Necesitaba que parases porque mi hermano es un descerebrado que ha estropeado el teléfono y necesitamos llegar a nuestro trabajo o nos van a echar y, como comprenderás, no puedo volver a casa con ellos —matizo señalando a mi padre que está al lado de la puerta mientras se escucha uno de sus temazos de ayer y hoy, a mi madre que está a nuestro lado lloriqueando, y ahora sí que lo entiendo porque no es para menos; perder a su mejor hija, la pobre...

El chico en cuestión parece reaccionar ante mi explicación. Sonríe un poco, agita la cabeza un par de veces y le tiende la mano a mi hermano.

—Ethan —dice a modo de presentación—. ¿A dónde os dirigís?

Capítulo 4

—¡Oye! —protesto—. Eres un maleducado, porque a la que casi atropellas es a mí —le explico al ver que ha pasado de mi culo totalmente.

—Pero él parece el más cuerdo de todos —me rebate.

—Eso es porque no lo conoces —añado enfurruñada.

—Antón —dice mi hermano, tendiendo su mano para presentarse y obviando mi protesta—. Íbamos a Jacaranda. Se supone que teníamos la dirección en un mensaje, pero, sin móvil, poco podemos hacer, y nuestro sentido de la orientación deja mucho que desear.

—Eso es porque no sois de aquí.

—No —niega mi hermano dándole la razón.

—Yo soy Olivia. —Le tiendo la mano para presentarme, no es que pretenda ser el centro de atención, ni mucho menos, no es eso, pero me jode que haya sido él quien ha metido la pata por no mirar por dónde iba y casi aplastarme como a un mosquito, y se comporte con altanería pasando de mí. Es gilipollas, seguro.

Aprieta mi mano entre las suyas y da un par de movimientos firmes para darse por presentado.

—Bonito gorro.

—Gracias, no tengo ninguno que no lo sea. —Sonrío con ganas porque lo creo de verdad.

—¿Sabrías decirnos cómo podemos llegar? —interviene mi padre en esta ocasión.

—Sin perdernos —matiza mi madre por si queda alguna duda.

—Estáis de suerte, porque yo voy al mismo lugar —finaliza—. Y más suerte aún de que haya cogido este camino, porque lo habitual hubiera sido que usara la carretera principal y no la secundaria que es donde os encontráis. Podéis seguirnos —nos aconseja.

—¿Seguirnos?

Nuestras miradas se clavan en el coche, no por nada en especial, sino que la palabra «chiflado» se hace eco en el ambiente, eso que sucedió en la cocina cuando nos llamaron para ofrecernos en el trabajo en Jacaranda y se veía una fila de cabezas tras el marco de la puerta en orden ascendente sucede de

nuevo, pero sin marco, solo se ven nuestros cuellos estirados como suricatos para ver si efectivamente hay alguien dentro del vehículo o el verdadero loco de esta tarde es ese chico que está enfrente nuestro.

Una pequeña chica morena asoma la cabeza por el cristal y sonrío enseñando todos sus dientes. El chico, al que ya odio un poco menos a pesar de todos los adjetivos calificativos que me ha dedicado en los últimos minutos, le hace una señal para que baje del coche y se acerque.

—Eli, acércate. Ellos son... Antón y...

—Olivia —repito—. Creo que ha perdido la memoria y no es capaz de recordar un nombre tan bonito como el mío —susurro con la mano en la boca para que me escuche solo ella.

—Al final voy a pensar que está loca de verdad —finaliza el susodicho sonriendo y girando su gorra para dejar que la visera quede hacia atrás.

Le da un aire mucho más macarra de lo que debería, hasta parece un chico malo... «Mmmm, chico malo. Shhh, chitón, Olivia, que no creo que sea tan malo; chiflado, puede; maleducado, bastante; protestón, un rato largo». En fin, que a mí la palabra «chico» seguida del adjetivo «malo» me pone burraca.

—Elisa. —Su tono de voz es muy dulce, tanto como lo parece ella—. Su hermana —dice señalando hacia Ethan.

—Encantada —le digo mientras me acerco para darle dos besos.

Le doy un codazo a mi hermano para que reaccione, porque se ha quedado estático, parece una figura de porcelana.

—Antón —dice—. Antón —repito como un autómatas.

Todos sonreímos, no sé si por cortesía, porque no sabemos cómo romper el momento de tensión o porque pretendemos desviar la atención del lelo de mi hermano.

El chico malo nos escruta de nuevo con la mirada antes de asentir y girarse para caminar hacia el coche. Por un momento temo que salga huyendo ante nuestra actitud que no es muy normal: yo, que me he puesto a saltar como una loca en medio de la carretera; mi hermano, que se ha desconectado como si se le hubiese apagado el interruptor de encendido; mi padre, que canturrea a Juanito Valderrama, y mi madre, que sigue hipando. Y eso que no nos ha visto jugar con las damas, el ajedrez o el dominó.

—Ahora que estamos listos, podéis seguirme... sin sobresaltos —matiza sonriendo.

Me siento algo así como un monito de feria, porque su mirada se clava en

la mía y, aunque estamos en invierno, solo pienso que tengo calor; «malo, chico malo», y me imagino dándole unas azotainas como castigo... Creo que se me ha olvidado todo lo que me ha dicho y, además, resuena de forma incesante lo de «chico malo».

El trayecto que nos queda no es muy largo o, por lo menos, yo no lo percibo como tal. Vamos tras el coche de Ethan, en silencio, supongo que valorando que todos y cada uno de los que vamos dentro de esta furgoneta debemos sentirnos avergonzados por algo; no es para menos, teniendo en cuenta el espectáculo que hemos armado en un momento. Si es que estas cosas solo nos pasan a nosotros.

—Pues parece que se ha quedado la tarde buena —suelta mi madre para romper el silencio, imagino.

Todos asentimos, pero seguimos sin mantener una conversación decente.

Comenzamos a internarnos en el bosque que se alza mucho más intenso y espeso, y me recuerda a ese camino que recorría en verano para llegar al lago, justo antes de abrirse el claro desde el que se vislumbraba el agua y, al fondo, las montañas. Sonrío por el recuerdo que se abre ante mí; las noches de cervezas y los baños interminables a horas no permitidas en el agua con Aitor.

Lo nuestro no llegó a ser ni siquiera un amor de verano, fue algo divertido mientras duró y nunca jamás nos formulamos ningún tipo de promesa, nada de volver a vernos ni de citas. No era lo que esperábamos, solo disfrutamos del momento, supongo que, en ese sentido, Aitor me complementaba y los términos estaban bien definidos sin siquiera hacerlo.

Mientras los goterones caen sobre el cristal delantero de la furgoneta, producto de la lluvia que nos ha acompañado gran parte del trayecto, me pregunto si lo que nos espera será similar a lo que vivimos en verano; si las cabañas serán tan acogedoras, si tendrán chimenea, imposible de encender con el calor que nos asoló en ese mes, y si los senderos darán tanto de sí como dieron en su momento.

Es otro *camping*, otra localización y otro grupo y, a pesar de que las relaciones personales, hacer amigos y confraternizar; nunca ha supuesto mayor problema para mí, siento ese pellizco en el estómago que me indica que, si lo hago tal y como debo, Jacaranda volverá a robarme un trozo de corazón; pero, esta vez, en invierno.

Mi padre comienza a aminorar la marcha y baja el volumen de la música.

—Aparca a su lado —le recomienda mi madre al ver que el coche de

Ethan se sitúa en uno de esos aparcamientos que están improvisados en el descampado.

Mi hermano baja del coche rápido, como si un amortiguador le estuviese presionando el culo y se acerca al coche de nuestros buenos samaritanos.

—Gracias —les dice a ambos—. Muchas gracias —insiste con su particular discurso. Pongo los ojos en blanco, porque me resulta un poco empalagoso.

Abro la puerta del maletero y saco la bolsa que contiene todos mis gorros, la abro un momento y compruebo que todo está justo como lo dejé antes de salir.

—Creo que tengo el culo plano —verbalizo.

—Yo diría que no —murmura una voz tras de mí. Chico malo a la una, chico malo a las dos... —Es mera anatomía, no te crees unas expectativas fantasiosas.

—Para nada. Ya sé que tengo buen culo —respondo con chulería—. No hace falta que un pelazo como tú me lo diga.

Lo de pelazo tiene su explicación. Ya no hay gorra, no hay nada que oculte los pequeños rizos morenos que muestra Ethan y ese pelo le hace extremadamente atractivo; pero, obviamente, no se lo pienso decir, mucho menos después de pretender evitar admitir que mi culo está en el *top ten*.

—¿Pelazo?

—Es obvio, también, está muy feo tener que explicarte todo; si lo hago, pierde la gracia.

Sacude la cabeza un par de veces negando, se le escapa una breve sonrisilla, y me siento victoriosa porque sé que le caigo bien, aunque pretenda disimularlo. Supongo que sigue sopesando mi grado de locura y ese es el motivo.

—Anda, trae, déjame a mí.

Coge la maleta de mis gorros y la deja en el suelo con descuido, y juro que comienzo a hiperventilar de una forma que para ti puede ser excesiva, pero para mí se queda corta. ¡Ay, madre, que lo mato!, a pesar de que debería solo sentir agradecimiento por habernos salvado de ser pasto de los lobos.

—Te voy a decir una cosa, pelazo. —Alzo mi dedo índice a modo de advertencia—. Eso que contiene la maleta es mi mayor tesoro y, si le pasa algo, puede que pierdas tu mayor tesoro —le explico señalando ahora su entrepierna. Sí, soy una descarada y lo sé, no es nada nuevo tampoco y debería guardar las formas, eso también lo tengo claro, pero eso que ha

soltado sin importancia alguna son mis gorros y, por ellos, como diría la Esteban: «MA-TO».

—Yo te voy a decir algo a ti, psicópata deslenguada. —Doy un par de pasos hacia atrás, llevo la mano hasta mi pecho y abro la boca de forma exagerada. «¿Qué me ha llamado?»—. Tengo varios tesoros y, sí, uno de ellos es ese —menta señalando esa zona del hemisferio sur—, pero no es lo más valioso que tengo —finaliza mientras me guiña un ojo.

No voy a negar que me descoloca, no solo por lo de chico malo, que eso ya lo he dejado claro —guiño, guiño—, sino porque a veces parece abstraerse, meditar y pensar, y otras suelta lo primero que se le pasa por la boca, a esta conclusión he llegado tras escuchar y asimilar lo de «psicópata deslenguada», está claro.

Tras esto, se gira, dejando mi maleta en el suelo embarrado y dirigiéndose hacia donde se encuentra mi hermano con la chica.

—¿Aquí nadie piensa ayudarme con las maletas? —grito, solo por fastidiar.

Ethan se gira un momento, me guiña un ojo de nuevo y sigue andando. Juraría que he visto un brillo de diversión en su mirada, juraría, he dicho...

Capítulo 5

He llegado a una conclusión tras lo acontecido. No hay que fiarse de las primeras impresiones, básicamente, porque, que ese chico nos haya ayudado a llegar de forma desinteresada, no quiere decir que sea nuestro ángel salvador y que le debemos nada; aunque, por lo que puedo ver, mi hermano parece pensar de forma muy distinta.

—Creo que han hecho buenas migas —le digo a mi padre tras nuestro último abrazo.

—No parece mala gente —me explica intentado poner algo de cordura a mi enfado—. Solo que tienes que cambiar la actitud, Olivia.

—Hay un libro que dice que lo que proyectas es lo que recibes —suelta mi madre para dar un mayor argumento a la frasecita hecha de mi padre.

—Deja de leer libros de autoayuda, te tienen el cerebro mermado —le advierto socarrona.

—Pamplinas —suelta de nuevo.

El caso es que mi hermano no para de hablar con Ethan y de mirar con ojitos a la hermana. De verdad, una cosa os voy a decir, no parecen ni hermanos, porque él no tiene absolutamente nada que ver con ella; ya no solo físicamente, sino en su carácter. Ella es dulce, mientras que él es un descarado que seguro que descuartiza a personas por la noche y, ahora mismo, me mira intensamente intentando descifrar cuántas bolsas de basura necesita para meter mis extremidades y poder lanzarlas al lago. Que digo yo que, con este frío que hace, debe de estar congelado.

—¿Nos vamos o qué? —pregunto molesta al ver la actitud de mi hermano.

El susodicho espécimen con el que comparto genética se ha traído una maleta enorme, mucho más grande que la mía. Puede que necesite miles de cremas para rejuvenecerse y algunas mascarillas para que su pelo rojo brille intensamente. Las diferencias abismales ya no solo son con Mérida, sino también con Antón.

Sujeto mi *trolley* con fuerza y me coloco la maleta de los gorros al hombro.

—Espero, por tu bien, que no se haya manchado ni uno o serás pasto de

mis puños —le advierto al pasar por su lado. Una pequeña carcajada me hace sonreír, al final, no soy tan dura como quiero aparentar, pero esto no pienso contárselo a nadie.

Nos internamos en el camino, tras girarnos en un par de ocasiones para despedirnos efusivamente de nuestros padres. Mi padre sigue consolando a mi madre, y me siento como si fuésemos a la mili: «Todo por la pela», sería nuestro lema o el mío porque Antón de eso no tiene queja, lo mío es otro cantar.

—Tengo entendido que es la primera vez que Jacaranda abre sus puertas en este emplazamiento —comenta mi hermano para sacar un tema de conversación que nos abstraiga del ruido de las pisadas en la tierra mojada—. Olivia estuvo en verano en Jacaranda... —añade. Esto parece llamar la atención de los otros hermanos.

—¿En serio? ¿Y qué tal? —me pregunta Eli entusiasmada.

—Muy bien. —Mi sonrisa debe de ser muy sincera y contagiosa, porque todos imitan mi gesto, incluido mi hermano; aunque puede que no sea por mí, sino por la morena que nos acompaña—. Lo pasé genial, hice grandes amigos y regresé con la mochila cargada de emociones nuevas. Fue increíble. Por eso, cuando me llamaron, no dudé.

—En verano fue con nuestra otra hermana, Mérida. Olivia y Mérida son gemelas —les explica.

—Pero totalmente distintas —adviento.

—Quisiera ver yo a la otra hermana —finaliza Ethan rascándose la barba.

—Es la hermana sensata.

—Pues, en el reparto, es obvio que ella se quedó con toda la prudencia.

—Ja, ja, payaso. —Le hago una burla y me pongo el puño en forma de círculo alrededor de la nariz, como si tuviese una bola roja y le estuviese remedando—. Tu hermano está perdiendo dinero —le suelto a Eli que sonrío y afirma ante mi comentario.

—Él es así, ya te acostumbrarás.

—Lo dudo —matizo.

No hemos empezado con buen pie, lo sé, y diría que él también lo sabe. No entiende que eso que hice en la carretera no fue un acto de rebeldía ni una locura por fastidiar o fruto del aburrimiento, ni mucho menos, era cuestión de vida o muerte —sin exagerar ni nada, ehh—, la cosa es que era importante no desaprovechar la oportunidad que se nos presentaba.

—Oye, Ethan, lo de mi hermana antes fue porque necesitábamos ayuda

—le explica mi hermano—, llevábamos rato allí parados y no había pasado ni un solo coche, precisaba que parases como fuera.

—No le des explicaciones, Antón —le pido—, es obvio que Ethan cree que estoy chiflada y nada le va a hacer cambiar de idea.

—Chiflada también está, ya la irás conociendo —matiza ahora mi hermano, de la misma forma que hizo Eli conmigo hace unos minutos.

—Lo dudo —suelta este tal y como hice yo.

Vuelvo a llevar la mano a la nariz y ahora añado unos malabares imaginarios.

—Eres muy divertida —me suelta Eli.

—Divertida es mi segundo nombre —le explico mientras le guiño un ojo.

Al llegar al final del sendero, encontramos un nuevo poste de madera lleno de flechas indicativas, tal y como sucedió en verano.

—Creo que deberíamos ir a la zona de recepción. En verano, allí nos dijeron cuál era nuestra cabaña y nos explicaron que había una reunión para comentarnos las normas, los grupos y las actividades —les explico al ver sus caras de circunstancias.

Ethan, Eli y Antón asienten ante mi sugerencia y hacia allí nos dirigimos en absoluto silencio.

Todo me trae unos recuerdos muy bonitos. Entramos en la cabaña y me imagino a Simona allí, sentada tras el mostrador de recepción; con su amplia sonrisa, su moño alto y siempre con un cordial saludo acompañándola. Nada más lejos de la realidad, ahora mismo hay una chica algo mayor que yo con cara de pocos amigos.

—Ethan... —suelta nada más verlo entrar. Me giro y veo su cara de asombro al reparar en ella—. Elisa... —añade al ver a su hermana. Definitivamente se conocen.

Hago lo que mejor se me da: ver, oír y hablar, porque lo de callar no va mucho conmigo.

—Acabamos de llegar y queríamos saber a dónde dirigirnos, yo estuve en verano en...

—Lee el folleto —me corta mientras señala el montón de panfletos que hay en una esquina.

Sujeto uno entre mis manos y cojo tres más, por cortesía y compañerismo.

—¿Sabes cuál es nuestra cabaña? —se atreve a preguntar Antón, al ver que me he quedado en silencio ante la actitud de la chica, y que Eli y Ethan

no pretenden decir nada o, por lo menos, no delante de nosotros.

—Necesito vuestros nombres.

—Antón y Olivia —finaliza mi hermano—. Antonio y Olivia Pertejo —detalla para que no haya dudas.

La chica de la recepción que, por cierto, no se ha presentado; dirige un momento la mirada hacia Eli y Ethan, y me apuesto el sueldo de este mes a que a ellos no les va a decir nada, sino que directamente les explicará cuál es la cabaña que van a ocupar. Sí, es un chiste malo porque ya se sabe sus nombres...

Coge un pequeño mapa de un tocho y arranca uno. Esto está muy cerca de parecerse a cuando vamos de visita a un parque temático y nos indican dónde se encuentran los *shows* y los horarios de los mismos.

Nos señala un par de cabañas con una cruz.

—Salid y coged hacia la derecha, al final veréis la número quince, es la vuestra. Están numeradas.

—En verano no era así —finalizo riendo.

—Esto no es un *camping* de verano, por si no te has dado cuenta.

Me quedo muda, no porque deba guardar silencio y no contestar, sino porque su tono no deja pie a réplica. Está enfadada y apuesto lo que sea a que está así por los hermanos que se encuentran tras nosotros, relegados a un segundo plano en este momento. Llamadlo instinto...

—¿Os esperamos? —pregunta Antón, mirando a nuestros compañeros de travesía.

—Mejor no —finaliza Ethan sin apartar la vista de la chica que sigue de pie detrás del mostrador, ahora con los brazos cruzados.

Asentimos y salimos de la recepción sin mirar atrás, por si la chica posee rayos láser y nos fulmina con su mirada quemahermanos.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta Antón cuando comenzamos a recorrer el sendero en busca de nuestra cabaña.

—No tengo ni idea —finalizo—. Piensa que no sabemos nada, ni siquiera conocemos a esa pareja de hermanos. Podemos dar por sentado que van a trabajar en el *camping*, pero hemos estado más pendientes de meternos con ellos que de indagar.

—Habla por ti —me dice mi hermano y su voz, aunque lo parezca, no suena a reproche en absoluto.

—Bueno, obviamente yo me tengo que defender, el chico ese piensa que estoy mal de la cabeza, y tú tampoco me proteges.

—No puedo llevarle la contraria, sería mentir y eso no va conmigo.

—Qué mentir ni mentir, se le llama apoyo fraternal —le explico.

—¿A él?

—A mí, ¿quién es tu hermana?

—Mérida —finaliza sonriendo.

—¿Pretendes sacarme de mis casillas?

—Pretendo hacértelas pagar por haberme traído hasta aquí en mi mes de vacaciones a un sitio donde ahora mismo hace mucho frío.

—Es falta de ropa —le acuso.

—Bruja —me suelta.

—Vejestorio —le insulto.

Y así, tal cual estamos, llegamos a la cabaña número quince; la niña bonita o eso dicen.

Capítulo 6

Dejo que sea Antón quien acceda primero a la estancia. Otea el espacio haciendo hincapié en las esquinas.

—¿Qué buscas? —pregunto al ver que ha dejado la maleta al lado de la puerta para investigar el suelo—. Yo diría que todo es nuevo, si acaban de abrir...

—Calla. Busco bichos, estamos en el bosque, esto debe de estar plagado de insectos o cucarachas.

—Pareces un *snob*, hemos venido al campo a vivir aventuras y disfrutar del aire libre, no estamos en la ciudad. No esperaba esto de ti, es cierto eso de que en las situaciones extremas es cuando de verdad se conocen a las personas.

—Calla, bruja —repite.

Me río a carcajadas mientras abro la puerta de la derecha, como hice en el verano anterior.

—¡Me la pido! —grito cerrando tras de mí.

El espacio es bastante similar al de las cabañas de verano. Todas las paredes están recubiertas de madera. Una cama, una pequeña mesilla de noche y un armario de dos puertas es todo lo que posee la estancia. Un visillo con hojas verdes finaliza la decoración de la habitación y para mí es más que suficiente.

Nunca he sido una chica que se fije en ese tipo de detalles, no necesito tener veinte pantalones, quince zapatillas de deporte o treinta sudaderas, lo que sí necesito son sombreros y gorros porque me gusta ese complemento, es como algo que me define.

Mi madre hubo un tiempo en el que pensaba que los utilizaba porque quería esconderme de algo o de alguien. María siempre ha sido de indagar y buscar el porqué a todo lo que la rodea, puede que sea una característica que Mérida ha heredado, porque ella también necesita razonar todo y buscarle el sentido a las cosas, yo soy bastante más práctica y me dejo llevar por lo que me hace sentir lo que me rodea, incluso lo bien que me hace sentir ponerme un sombrero como parte de mi *outfit*.

Dejó de buscarle las tres patas al gato, cuando se dio cuenta de que no me

avergonzaban mis pecas, tampoco mi pelo rojo y no había indicios de que nadie se metiese conmigo en el colegio o en el instituto; era un simple y mero capricho que sigo manteniendo a día de hoy. ¿Para qué cambiar algo que te gusta y te hace sentir bien? Pues lo dicho.

Me dedico a colocar mis sombreros por tamaños y colores, del más pequeño al que más espacio ocupa y del más claro al más oscuro. Manías también.

Extraigo la ropa y la coloco en los cajones y estanterías del pequeño armario. Los elementos de higiene son lo siguiente que saco para llevarlos al baño y amenazar a mi hermano con cortarle las manos si usa algo mío o se apodera de lo que no es de él. Aunque vista la maleta que traje, creo que será yo la que hurte sus cosas y las utilice como usufructo. ¿Los hermanos tienen bienes gananciales? No respondáis, no es necesario, yo sé que sí —guiño, guiño—.

Toqueteo el resto de la maleta para comprobar que no me he dejado nada y percibo algo en uno de los bolsillos pequeños. Meto la mano y extraigo una pequeña libreta con las anillas en la parte superior y un bolígrafo de color rojo metido dentro. Apuesto lo que sea a que esto es cosa de Mérida.

Paso las páginas de atrás hacia adelante por si me ha hecho algún dibujo, no sé, quizá mi hermana en vez de listas de propósitos ahora hace falos. Me río por mi propia broma, porque la verdad es que no me imagino a mi hermana haciendo nada tan descarado como eso, aunque tampoco me la imaginaba con Axel y, mirad, se hizo la magia y ahora parecen uno. El día y la noche, pero se complementan.

Percibo que en la primera página hay algo escrito: «No quiero que hagas una lista de propósitos como hice yo y que finalmente no me sirvió de nada, por lo menos la primera. —Sonrío porque sé a qué se refiere—. Pero sí que me gustaría que hicieras una lista de deseos, porque tú siempre has sido de vivir el momento sin pensar en el mañana, pero Jacaranda tiene magia y seguro que todo eso que escribas se cumplirá».

Suspiro y sé que es de emoción; por sus palabras, por el gesto y porque sé que tiene razón.

Cuando regresamos de Jacaranda, tras estar treinta días de verano allí, estuvimos una temporada perdidas, como si nos sintiésemos fuera de lugar y era bastante normal después de todas las emociones que vivimos en ese corto espacio de tiempo, sobre todo Mérida, que encontró allí algo más que emociones. Muchas amistades nuevas, muchas risas, lágrimas y locuras.

Cervezas que esperaban ser bebidas en ese claro del bosque y mucha ilusión por ver que todo salía como debía salir. Fue bonito mientras duró y parece que, ahora, Antón y yo tenemos una nueva oportunidad en invierno.

Mi hermano se pone dramático y, a veces, incluso vengativo y quiere hacerme sentir culpable porque ha utilizado sus vacaciones para venirse conmigo, no entiende el concepto y ahora mismo, a priori, cree que ha malgastado su mes, y puede que eso pensáramos nosotras antes de irnos en verano y la realidad dista mucho de lo que imaginamos, como suele pasar también.

Salgo con la libreta en mano y se la tiendo a Antón que sigue buscando bichos inexistentes. La sujeta entre sus dedos y la abre, haciendo lo mismo que hice yo.

—No ha dibujado nada extraño. —Sonrío socarrona—. Pero sí que me ha dejado un mensaje en la primera página.

Antón hace lo que se espera y va directo a eso que le he dicho y lo lee en voz alta.

—Muy de Mérida —me dice tras tenderme de nuevo el pequeño cuaderno.

—Eso mismo pensé yo —asiento.

—Es su forma de decirte que lo disfrutes.

Afirmo de nuevo con la cabeza.

—Pero no pienso escribir nada...

—Muy de Olivia —me amonesta mi hermano con actitud reprobatoria.

—¿Acaso me ves a mí haciendo una lista de deseos? Ni que fuese Amazon.

—Mira que eres obtusa —bufa perdiendo la paciencia—. Haz lo que quieras —finaliza—. Voy a mi habitación, veo que has elegido y que empieza la dictadura.

—Las chicas mandamos, ¡no lo olvides, somos el sexo fuerte! —grito para que me escuche a pesar de que ha cerrado ya la puerta—. Aunque os hagamos creer lo contrario —añado en voz baja, no vale de nada contarle la verdad, es mejor que viva en la ignorancia.

Tras dejar el neceser con las cosas del aseo en el baño, decido salir e ir a recepción. No nos dijeron nada de ninguna reunión ni siquiera sé cómo se va a desarrollar todo.

Comienzo a recorrer el camino a la inversa y regreso, acompañada por el sonido de mis pisadas sobre el camino húmedo. Hace bastante frío, antes ni

siquiera le presté atención a eso, porque venía tan centrada en llegar, instalarnos, no morir aplastada por un coche y tampoco dejar que ese chico se metiese conmigo; que dejé de lado lo que me rodeaba.

Parece una soberana estupidez, es un bosque, un sendero y, al final, un claro donde se encuentra la cabaña principal, tal y como en Jacaranda I; pero los matices son totalmente distintos, ya no solo por la humedad y la vida que eso le da a los árboles y matorrales, sino por el espacio en sí. La arboleda es mucho más alta, las ramas están más condensadas y llenas, y se atisba menos lo que hay tras ellas; aun así, no siento miedo, al contrario, de verdad que me siento en casa.

Toco el pompón de mi gorro de invierno mientras sigo caminando, es como un acto reflejo para saber que sigue ahí.

Alzo la cabeza al escuchar los pasos que se acercan y veo a Eli y a Ethan discutiendo. Hablan bajo, pero su voz suena cortante y sus gestos los delatan.

—Hola —los saludo cuando nos cruzamos. Lo hago por educación y por intentar que dejen de prestar atención a eso que los rodea y, por un momento, me miren.

No obtengo respuesta por parte de Ethan, ni siquiera alza la cabeza para mirarme y lo interpreto como una falta de respeto y educación. Eli tampoco habla, pero sí que me saluda con la mano mientras acelera de nuevo el paso para llegar hasta su hermano que avanza a grandes zancadas.

No soy pitonisa, pero diría que está muy, pero que muy, enfadado.

Doy un par de pasos más antes de parar y mirar cómo prosiguen su camino; Eli, aferrada a la maleta, y Ethan, a los tirantes de la mochila. Continúo mi camino y me dirijo hacia la cabaña principal.

La misma chica, con peor actitud, me recibe. En un principio, creo que me va a ladrar o, mucho peor, a morder; pero no, simplemente permanece con los brazos cruzados y el ceño fruncido, esperando a que sea yo la que hable primero.

—Venía para saber si había algún tipo de reunión donde se nos explicase el horario, los grupos... Bueno, todo eso —finalizo al ver que su gesto no cambia.

—La hay —matiza y guarda silencio mucho tiempo. Por un momento pienso que no va a decir nada más y que tendré que preguntarle. Puede que sea de esa clase de personas a las que les gusta que les sonsaquen las palabras, pero a mí eso tampoco es que me vaya mucho. Si no me contestas más que con monosílabos o frases poco elaboradas, lo más probable es que

pierda el interés y pase olímpicamente—. Será mañana por la mañana. Habéis llegado todos el día antes. La cena se sirve a las ocho en la cabaña asignada para ese menester y el desayuno a las nueve. Mañana os daremos el resto de indicaciones —finaliza. Escucho una voz en una de las salas y por un momento creo que es la de un niño pequeño. Descarto la opción, porque no han llegado los alumnos y es imposible que haya menores—. ¿Algo más?

—No —niego sacudiendo la cabeza.

—Puedes irte —me suelta. Y juraría que no me suena a petición, sino a orden.

Si algo tengo claro es que con esta chica no voy a congeniar y que echo de menos a Simona, eso también.

Capítulo 7

Regreso a la cabaña un poco apesadumbrada. Normalmente, la de la energía positiva soy yo, y Mérida la que se encarga de poner mis pies en la tierra, incluso Antón suele ser bastante centrado en ese aspecto, pero lo que esperaba hallar al llegar a Jacaranda dista mucho de lo que he encontrado.

Han sido todo percances, desde que salimos de casa con el volumen a tope y escuchando a mi padre entonar canciones de las suyas, hasta que nos quedamos tirados en medio de la carretera, el fatal incidente sobre mi pérdida temporal del raciocino en pro de la salvación de la familia y ahora la actitud de mis compañeros. Que meterlos a todos en el mismo saco no es lo adecuado, porque Eli se comporta como una persona normal, pero el resto, hasta mi hermano, deja mucho que desear.

—¿Qué pasa? —Supongo que Antón percibe mi bajón porque me pregunta nada más entrar en la cabaña, incluso veo que se levanta y se dirige hasta mi posición.

—Esto es una completa y soberana mierda pinchada en un palo. Un *cagarro* del tamaño de... —Coloco las manos bastante separadas para mostrarle las dimensiones que pretendo explicar, pero no me deja porque me cierra la boca para que no siga echando pestes y, una vez lo consigue, baja mis manos para cesar en mi demostración con hechos.

—Yo te exorcizo en el nombre del *pater*...

—¿En latín? ¿En serio? ¿Quieres que me corte las venas?

—Del *filio*...

—¿Se puede saber qué haces?

—Intento sacar a mamá de tu cuerpo; no te das cuenta, se te está yendo la cabeza, Olivia —se burla. Hago un intento de puchero al ver su gesto de risa, y él parece que percibe que no es el momento—. Anda, ven, cuéntame qué pasa.

Le explico todo, pero todo, con lujo de detalles y le hago una comparativa con Jacaranda I para que entienda que desde que estuve allí, en el primer momento, me encontré a Simona y a Axel, y lo digo para que lo entienda, porque es obvio que mi cuñadito, a pesar de que pretende quedar bien con mi madre a base de oler su culo, es guapo a rabiar, y me alegró la vista hasta que

mi hermana se interpuso en mi camino.

—Ethan también es guapo —me suelta.

—¿Te has cambiado de acera y no me he enterado? Pensaba que lo tuyo eran las faldas o, más bien, lo que hay bajo ellas.

—Mujer. —Cabecea sonriendo—. Lo hago por ti, para que te animes y veas algo positivo. Parece mentira que sea precisamente yo el que tenga que hacer esto.

—Ya, bueno, eres mi hermano, yo también te aconsejaría. Es más —matizo—, lo he hecho en alguna que otra ocasión y de forma desinteresada, por puro amor fraternal. A veces te mataría, pero otras, en cambio, te comería a besos; es cosa de hermanos, con Mérida me pasa porque me hace perder la poca cordura que tengo.

—Tu cordura ahora mismo ha desaparecido. —Nada como un jarro de agua fría y una dosis de realidad.

—Tienes razón —claudico—. Es un *lapsus* momentáneo, seguro.

—Obviando que he venido por ti y que quiero hacértelo pagar; espero que podamos pasar un buen mes, que disfrutemos de todas esas cosas que me has contado. —Intento abrir la boca para reprocharle que no ha escuchado mi discurso de antes, ese en el que le decía que nada tenía que ver un *camping* con otro, como el verano y el invierno, básicamente, pero mi hermano no me lo permite—. Y, por encima de todo, que no compares porque, ya sabes lo que dicen, las comparaciones son odiosas.

—Y las opiniones, como los culos —matizo muy a mi estilo.

En fin, que mi hermano tiene razón y decido que lo mejor es dejarme llevar, como he hecho siempre desde que tengo uso de razón.

Pasamos el resto de la tarde tranquilos. Salimos a dar un paseo por la zona, tenemos tiempo más que suficiente para ello.

No volvemos a cruzarnos con Ethan, ni siquiera a la hora de la cena. Eli, en cambio, sí que está por allí.

—¿Y tu hermano? —le pregunto con total descaro. No por nada en especial, sino por simple y mera curiosidad.

—No tiene hambre —me explica con la bandeja sujeta entre sus manos y esperando a que la cola para servirnos vaya avanzando hasta que nos toque—. Él es así.

—¿Serio?

—No, pierde el apetito cuando se preocupa.

Percibo su gesto, sé que intenta que no transmita nada, que no se note que

ha metido la pata y que puede que haya dicho más de lo que debiera, aunque en realidad no ha entrado en detalles.

—Tranquila, no pasa nada.

Tras llenar nuestras bandejas, caminamos en busca de una mesa para poder sentarnos a comer. Lo hacemos en el interior del comedor; hace frío, mucho, el descenso de las temperaturas se percibe y lo único que apetece es comer caliente y colocarse frente a la chimenea para que los dientes dejen de castañear.

—Preguntaría si esto es lo normal, pero creo que está fuera de lugar — indica mi hermano dejando la bandeja sobre la mesa para sentarse cómodamente.

—Es lo normal en la zona —comenta Eli.

—Y en esta época del año —matiza una de las chicas que se acaba de sentar al lado de mi hermano—. Soy Irene, encantada.

No nos tiende la mano, no es el momento ni la posición, le da dos besos a mi hermano y nos lanza un par de ellos al aire. Yo me limito a sonreír, y Eli hace lo propio, aunque la mira con desconfianza.

—Olivia —me presento yo también.

—Antón —le suelta mi hermano embelesado.

—A mí ya me conoces —indica Eli con un matiz en su voz que no me gusta nada de nada.

—¿De qué os conocéis? —pregunto buscando algo más de información que me indique qué pasa y por curiosidad, eso también.

—Somos vecinas —indica Irene con rapidez.

Eli asiente, confirmando su teoría, aunque sin mirarla. En cambio, sí que centra su vista en Antón.

Irene entabla conversación con mi hermano y parece que se olvidan de nosotras dos.

—Es la vecina bruja a la que nadie quiere, ¿verdad?

Eli sonríe al percibir mi complicidad, y yo imito su gesto. Tras meterse un trozo de pan lleno de salsa de tomate en la boca, asiente.

—Lo es.

—Lo imaginaba. Cambiemos de tema. Esta tarde pasé por la recepción, de hecho, iba hacia allí cuando me crucé contigo y con tu hermano. En verano, cuando llegamos a Jacaranda I, nos explicaron la dinámica muy pronto. No quiero ser mala lengua; pero, la chica que estaba en la recepción cuando estuve allí en agosto, dista mucho de la que tenemos aquí ahora.

—Ya, bueno, te entiendo, probablemente yo lo hubiese hecho de otra forma, quizá hasta habría contratado a otra persona.

—¿También os conocéis? —Aunque es evidente la respuesta, por el momento de tensión que vivimos en la recepción al llegar al campamento, indago a ver si saco información interesante.

La ligera sospecha de que aquí todos se conocen comienza a tomar fuerza en mi cabeza.

—Sí, pero no porque hayamos trabajado juntas. Cosas de la vida... —finaliza.

—Hablas sin hablar —matizo.

Ella se limita a alzar los hombros restándole importancia a mi comentario que, de hecho, era una pequeña pulla a ver si se sentía mal y me contaba algo. Es como todo muy misterioso; se conocen, vecinos, no sé..., ¿estaremos en uno de esos campamentos encantados?

No hacemos mucho más el resto de la noche; nada de quedadas en el bosque para beber como piratas, nada de robar chorizo y pan de la cocina, nada de nada. El frío es así, hace que te recluyas en la cabaña.

—Enciende la chimenea —le pido a Antón al entrar tras él—. Es todo muy raro, ¿no crees?

—¿A qué te refieres exactamente? ¿A ti? Ya eso lo había notado desde que naciste, pero pensaba que era porque te habías dado un golpe de pequeña y te habías quedado tonta.

—Ja, ja, ¡qué gracioso es mi hermano! —protesto. Le señalo la chimenea para que me haga caso—. Menos meterte conmigo y más hacer algo por el bien común. Moriremos congelados.

—Hace frío, sí.

—A lo que me refería, volviendo al tema en cuestión, es que tengo sospechas de que puede ser un bosque maldito, fijo que hay alguna leyenda extraña sobre esta ubicación, debería buscar en Google. Todos se conocen, Ethan tiene un carácter bastante huraño, Eli habla sin hablar, Irene es extraña, y Eli responde de forma confusa ante él y, cuando fui a la recepción, me pareció escuchar la voz de un niño. ¿Habrá fantasmas?

—Ya... Lo más lógico es que pienses en eso, no que puede y sea probable que, dada la ubicación, la época del año y la lejanía con Jacaranda I; los únicos pringados que hemos aceptado venir a este lugar hayamos sido nosotros y, por lo tanto, necesiten encontrar personal nuevo y lo normal sea que la gente que vive cerca haya decidido apuntarse. Pero, claro, la historia

de una maldición y de un bosque encantado es mucho más real. Pues sí, ahora que lo dices, sí.

—Deja tu ironía para otro momento, hermanito, algo pasa.

—Deja de cacarear como una gallina y de buscarle tres patas al gato.

—Ya me enteraré.

Antón bufa exasperado, creo que he colmado su paciencia.

—Buenas noches.

—¡No digas que no te avisé! —le grito justo antes de que entre al baño—. Luego querrás saberlo, y no compartiré mi conocimiento contigo.

—Llamas conocimiento a ser chismosa. Si Aristóteles levantase cabeza...

—También averiguaría cosas de él. Parece mentira que no me conozcas.

—Lo que parece mentira es que te conozca y, aun así, me sigas sorprendiendo.

Cierra la puerta tras sus últimas palabras y, mientras tomo asiento frente a la chimenea, trazo un plan. Esto no se queda así.

Capítulo 8

La verdad es que no recuerdo el momento exacto en el que mis ojos decidieron cerrarse y dormirme frente a la chimenea, arrebujada en la alfombra que acerqué y ubiqué frente a la lumbre. Sí que recuerdo que me coloqué boca arriba, mirando al techo de madera y pensando que uno de los primeros pasos era hacerme amiga de Eli. Por varias razones, además. Una de ellas era que sabría cómo es que Ethan y ella conocían a la chica de la recepción, esa que ni siquiera fue capaz de presentarse, y no puedo ponerle nombre al plan hasta que tenga toda la información, porque habrá plan, vaya que si lo habrá. La otra es saber qué les une a Irene, además de ser vecinas, no sé si se robaban tomates del huerto, si ambas estaban enamoradas del mismo chico o si sus padres tenían negocios turbios que escondían y que les pasó factura cuando todo se fue al traste.

No puede ser muy tarde, porque mi hermano no se ha levantado y me ha azuzado con un palo para que me mueva. Tampoco he oído ninguna tos extraña ni el aroma de sus malditos pedos matutinos. Pobre de la que se lo lleve, lo devolverá al día siguiente.

Me desperezo y percibo pinchazos en la espalda, las piernas y el brazo derecho. Si tiro de esa lógica de la que habla Antón y de la que Mérida hace gala cada vez que puede, lo más normal es sentirme de esta forma porque no he dormido en un mullido colchón precisamente.

—Mierda —suelto al incorporarme y notar un dolor intenso en la espalda.

Me encamino a mi habitación mientras masajeo la zona entumecida, cojo ropa limpia y decido que lo mejor será darme una ducha rápida.

Observo la pantalla de mi teléfono, donde el indicador de que tengo notificaciones parpadea en blanco.

Un mensaje de Mérida para saber si todo va bien.

Un mensaje de Aitor para preguntarme cómo va todo.

Una llamada perdida de mi madre que se debe de preguntar si he asesinado a Antón ya. La llamaría, porque sé que se pone histérica cuando lleva mucho sin saber de nosotros, pero doy por sentado que ha hablado con mi hermano. Lo haré luego para defenderme de lo que él haya podido decir en mi contra.

También tengo un meme de Axel, nada del otro mundo, algo sobre una cabra que mueve la lengua como una loca. Obvio todo lo demás y solo le contesto a él. Lo primero es lo primero.

«Si tienes la misma destreza que la cabra, mi hermana debe de estar muy contenta».

No espero que me responda ahora, es demasiado pronto para ello cuando apenas ha comenzado a amanecer.

En fin, me encamino a la ducha con ropa limpia y me refriego bien el cuerpo a ver si eso me alivia algo la incomodidad que siento.

Viendo que siguen siendo poco más de las siete de la mañana, cojo un gorro bien calentito, una bufanda y unos guantes y, tras ojear por el visillo de la habitación si llueve o no, me coloco las zapatillas de montaña y salgo de la cabaña.

El rocío mañanero con el que me daba los buenos días Jacaranda I es sustituido por el frío que impacta contra mi cara en esta ocasión. Es bastante probable que, una vez me adentre en el bosque, pasen pocos minutos hasta que mi nariz se tiña del color de un tomate.

No sé bien hacia dónde me dirijo, pero dejo atrás las cabañas y sigo el sendero principal. No me aventuro a perderme en el bosque todavía, quizá no tarde mucho en hacerlo, pero aún no me veo en la predisposición de explorar en él sin antes haber hecho un barrido de la zona.

El sendero es bastante largo, más de lo que esperaba cuando comencé a dar pequeños pasos. Imagino que aquí no habrá un establo al aire libre con animales a la intemperie. Al final del camino me sorprende encontrar un pequeño río. No es exactamente un lago como en verano, que en más de una ocasión tiñó nuestras tardes de risas y bombas improvisadas desde el embarcadero, pero el río también le da cierto aire soñador, es la guinda que le da color al campamento. Me deshago del guante derecho con la intención de acercarme a tocar el agua y comprobar si efectivamente está tan helada como me temo.

—Yo que tú no haría eso.

Aún acucillada, con la mano estirada y a punto de rozar las cristalinas aguas del río, giro la cabeza en busca de la persona que ha emitido la voz.

—Buenos días —saludo—. Gracias por advertirme, pero soy de esa clase de personas a las que no se le puede, ni debe, decir que no haga algo...

—Ya, porque lo harás de todas maneras, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —finalizo sonriendo condescendiente.

—Tú misma —suelta con un tono que no da opción a réplica—, pero luego no te quejes de que no te he avisado.

Clavo de nuevo la vista en el agua y, por un momento, sigo el movimiento de la misma. Mis dedos rozan el líquido y el frescor que percibo me hiela la piel; pero, a su vez, me hace sentir viva. Extraño, lo sé.

—Está fría.

—Lógico —me suelta.

Me incorporo y el pinchazo en la espalda me devuelve a la realidad.

—Joder —protesto llevando la mano, aún sin el guante, a mi espalda.

—¿Estás bien? —Ethan se ha acercado hasta mi sitio. Estaba sentado bajo un árbol con las piernas acuclilladas, resguardándose del frío del amanecer.

—Sí, es la espalda —le explico.

—Sé de una que anoche durmió mal —bromea mientras reduce los pasos hasta llegar a mi altura.

—La verdad es que dormí bien, demasiado, para haberlo hecho frente a la chimenea, en el suelo...

Ethan sonrío, me sorprende que sea una de esas sonrisas que te hacen sentir en calma y que muestran que lo hace con total sinceridad.

—Anda, déjame ver —me pide.

—Ahora me dirás que eres fisioterapeuta.

—No, pero se me da bien esto de dar masajes.

Vale. Si me conocéis, y sé que es así, pensaréis que por mi cabeza pasan muchas cosas, guarradas, la mayoría de ellas, y os llevaría la contraria, pero estaría mintiendo si fuese así, por lo que no me queda más que reconocer que, efectivamente, el pensamiento que ocupa ahora mismo mi mente no es otro que ese en el que las manos de Ethan —ese chico moreno, condenadamente guapo, con barba de unos días y pelo enmarañado— recorriendo todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo sin perder detalle de mis reacciones, para después empotrarme contra la primera pared que pille. No todo puede ser dulzura y amor...

—Mmmm —gimo cuando noto sus manos deslizándose por el nudo. Nudo el que tengo ahora mismo en la garganta.

—¿Mejor? —me pregunta apartando las manos.

—No, puedes continuar, no te cortes, me gusta.

Sus carcajadas me contagian. Reímos, sí; pero, una vez finaliza la broma, permanecemos en silencio, de pie, frente al río.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —Señalo esa parte de mi espalda

donde se encontraba la molestia, y Ethan asiente—. Lógico.

—Lógico —repito—. ¿Y tú?

—No podía dormir. ¿Nos sentamos? —me pregunta señalando el árbol bajo el que estaba él hasta hace escasos minutos.

—Vale —concedo. Nos dirigimos hacia ese sitio sin más sonido que el de nuestras pisadas y del agua que corre sin cesar. Es extraño, porque tampoco tenemos mucho que decirnos. Es un tipo insólito, parco en palabras; todo lo opuesto a mí—. Oye, Ethan, sé que hemos comenzado con mal pie y eso, pero quería pedirte disculpas si te he parecido una loca desquiciada. Lo de ayer fue supervivencia, era eso o morir en la camioneta de mi padre con la banda sonora de ayer y hoy, aguantando a Antón que no dejaba de reprocharme el haberlo obligado a venir hasta aquí... Necesitaba que parases, eras mi única opción.

Él se limita a asentir, pero no me dice absolutamente nada más. Permanece en silencio, jugando con una rama seca que ha cogido de entre la hojarasca húmeda, haciendo diferentes formas geométricas en la tierra.

No se me ocurre nada. Hasta cierto punto, me siento intimidada con su presencia y eso no me había sucedido jamás. Saco el teléfono de mi bolsillo y entro en la aplicación de mensajería móvil para responderle a Mérida y a Aitor.

—En este lugar, no cuenta el espacio ni el tiempo, tampoco las tecnologías, solo esto que nos rodea y que nos empapa de detalles.

No sé si es una forma sutil de decirme que guarde mi teléfono en el bolsillo o que quiere mi número, pero no sabe cómo pedírmelo sin parecer un completo descarado.

—¿Quieres mi número?

Ethan clava su mirada en mí. Intenso y profundo. Serio y penetrante. Así es como lo percibo yo.

—No. Gracias, pero no —niega.

Dicho esto; se levanta y se marcha, dejándome un sabor amargo, el sabor de la decepción, del rechazo o de la incomprensión. El sabor de tener cerca a alguien que te atrae y te intimida a partes iguales.

Permanezco un rato más allí, sentada, observando cómo el sol quiere hacer acto de presencia, pero las nubes negras no le dan tregua. «Un rato más —me digo—. Un rato más para recuperarme de la electricidad que me recorrió cuando Ethan me tocó».

Capítulo 9

El desayuno transcurre con normalidad. Irene vuelve a ocupar la mesa en la que nos sentamos Antón y yo, mientras Eli se sienta con su hermano, solos. Soy una cotilla, lo tengo asumido, característica que hace que ahora mismo no pueda apartar la mirada de ellos. Los veo hablar, discutir, y a Eli intentar consolar a su hermano. La de películas que he visto yo para llegar a la conclusión de que, cuando alguien pone su mano encima de la tuya, solo puede significar dos cosas: una, que quiere fomentar el contacto carnal para luego acabar entre tus piernas; y, dos, que quiere consolarte por algo que acabas de confesar.

No puedo decir nada en voz alta y arriesgarme a que la chica que intenta ligarse a mi hermano, Irene —esto también lo he aprendido de las películas: el séptimo arte, dicen, y una fuente de sabiduría, añadido— pille el gesto y se quede con la copla. Muevo la pierna por debajo de la mesa, en esta ocasión sin intención de hacerle daño, solo de que me mire y no se centre en el escote de la susodicha. Muy claro no me queda cómo puede hacer tanto frío, todos estamos abrigados hasta el tuétano, y ella con los melones al aire —vale, los melones completos no, pero parte de ellos colocados en el mostrador, ya me entendéis—. Me anoto un tanto cuando mi hermano me mira, pero, claro, protesta.

—Me has dado —me suelta con reproche.

—Perdona. —Le guiño un ojo para que entienda que ha sido aposta, pero me olvido de que Antón no ha compartido nueve meses de gestación conmigo, como Mérida, porque con ella no habría pasado esto, lo habría percibido, eso lo tengo claro.

—Ni perdona ni nada —bufa.

—Vaya, alguien se ha levantado de mal humor —le acuso.

Irene juega con un mechón de pelo, mientras da algún que otro sorbo a una taza que se trajo cuando decidió sentarse con nosotros. Aprovecho la coyuntura para hacer un leve movimiento de cabeza en dirección a la mesa que ocupan Eli y Ethan.

Mi hermano alza la ceja, dudando entre un tic, un tirón o que la locura transitoria se haya vuelto a apoderar de mí. Otro movimiento de cabeza.

Carraspearía si no fuese porque eso hará que llame la atención de Irene, y no es lo que busco, así que insisto hasta que mi hermano lleva la mirada hacia la mesa en cuestión. ¡Por fin!

Se queda con la vista clavada en el lugar unos segundos, imagino que buscando alguna explicación lógica para llevarme la contraria sobre lo que le dije ayer de que algo sucede.

—Antón, ¿te sentarás conmigo en la reunión que hay después?

—¿Cómo sabes lo de la reunión? —pregunto.

—Me lo ha dicho Cristina —me confirma.

—¿Cristina es la chica de la recepción?

—Sí —afirma mientras asiente.

Vale, pues, oficialmente, la chica antipática tiene nombre.

—¿También es de la zona?

De nuevo, asiente, pero no me dice nada más.

Dejo que continúen hablando mientras comienzo a trazar planes. Cristina. Operación Cristina.

Regresamos a la cabaña, acompañados, cómo no, de Irene, que parece haberse encaprichado de mi hermano porque no lo deja ni a sol ni a sombra.

Tras ver las intenciones de la susodicha, y darme cuenta de que no son otras que las de esperar en la cabaña con nosotros, decido tomar cartas en el asunto.

—Irene, si no te importa, tengo unas cosillas que hablar con mi hermano.

—No, claro que no me importa. —Corta, es lo que se dice corta o lista, mucho, porque no tiene la menor intención de irse.

—A solas —matizo como si fuese obvio, que lo es, para todos menos para ella.

—Ah, vale, claro.

Subimos los escalones que dan acceso al pequeño porche de nuestra cabaña y entramos en ella. Empujo a mi hermano para que tome asiento y miro por las ventanas, como un *ninja* nivel experto, porque no me fío un pelo de esa chica.

—¿Se puede saber qué haces?

—Shhh. —Llevo mi dedo índice a la boca para que entienda que debe callarse.

—¿Estás segura de que no estás chalada?

—Calla, insensato —le pido entre susurros.

—Bruja —me dice haciendo alarde del mismo tono de voz.

Una peineta es mi defensa.

Cierro las ventanas, la puerta del baño y de las habitaciones.

—Vale —confirmo cuando ya estoy tranquila—. Creo que no nos espía.

Mi hermano lleva su mano a la frente y sé que está pensando en cuánto tiempo tardará si me lleva a rastras hasta el manicomio más próximo.

—¿Qué pasa?

—Shhh —repito de nuevo—, habla bajo, no queremos que nadie sospeche.

—¿Vamos a asesinar a alguien?

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loco?

—Es que parece que vayamos a tramarnos un plan maquiavélico.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer.

—Olivia, por favor, soy joven para acabar en la cárcel. Somos hermanos y te ayudaré en todo lo que pueda. De hecho, estoy aquí contigo, perdido en los confines del mundo en un lugar al que confirmo que llega el agua corriente y la luz porque lo he visto, que, si no fuese así, lo pondría en duda.

—No vamos a matar a nadie, pero tenemos que saber lo que sucede con Ethan y de qué se conocen ellos y la chica de la recepción.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Ethan, Eli y Cristina. Tú parece llevarte bien con Ethan, puedes indagar y, además, Irene los conoce y con ella también te llevas bien.

—Soy un tipo muy sociable, me llevo bien con toda persona con la que me cruzo.

—No lo dudo, zanahorio, pero tenemos que saber lo que pasa.

—Olivia, eres una psicópata. No pasa nada, se conocen y ya está.

—¿No te diste cuenta de que Eli estaba consolando a Ethan por algo?

—No, solo vi a dos hermanos hablando.

—¡Joder! Tenía que haberme traído a Mérida, debería haberle hecho chantaje emocional, es que contigo no se puede. No te fijes en los detalles.

—Mérida no iba a venir, te lo dijo.

—Pues a Axel. Y, para tu información, no me lo dijo, solo rehusó mi mirada.

—Eso es un «no» encubierto y, para tu información —repite—, Axel tampoco habría venido.

—A Axel le gusta Jacaranda.

—Le gusta más Mérida.

—Ahí le has dado... —finalizo dándole la razón; cuando la tiene, la tiene

—. El caso es que necesito que aproveches la coyuntura de que Irene quiere tema contigo para saber de qué se conocen.

—No pienso hacer eso.

—Vale. ¿Te has dado cuenta de que Irene quiere tema contigo, pero no de que pasa algo con los hermanos?

—Tengo un radar selectivo —matiza—. Un radar sexual.

—Deja tu radar sexual para otro momento y céntrate. Necesito diversión.

—Y chismes —me acusa Antón.

—Diversión y chismes van unidos de la mano.

—Diversión y chismes van unidos de la mano —me remeda poniendo vocecita.

—O lo haces o no te dejaré la cabaña cuando quieras copular.

—Hay mucho bosque —me suelta.

—Y hace mucho frío. Se te congelarán las pelotas —le explico mientras señalo sus partes íntimas.

—Bruja —me insulta de nuevo.

—Operación Limón en marcha.

—¿Limón?

—Porque todos se han tragado un limón y tienen el gesto siempre agrio. Iba a llamarla Operación Cristina, pero abarca a más personas, así que... Limón queda mejor —finalizo asintiendo.

—Voy a llamar a mamá —me dice—, tengo que contarle que su hija se ha vuelto majara.

—Cuéntale lo que quieras, pero investiga.

Mi hermano se incorpora y me hace el saludo militar. Asiento para permitir que se retire.

Jacaranda se pone interesante.

Capítulo 10

Con el nuevo plan en marcha y con la colaboración desinteresada —guiño, guiño— de mi hermano Antón, la cosa se vuelve mucho más interesante. Irene, alias la lapa, viene con nosotros a la cabaña central donde se va a celebrar la reunión del inicio del *camping*. Su parloteo incesante es, como poco, apabullante, mientras su escote sigue ahí, latente. Ahora mismo creo que se podría rasgar un cristal con sus pezones y juro que no exagero. Mi hermano, obviamente, se siente como el *sugar daddy* en la ecuación, porque la tiene haciendo alarde de todos sus encantos y a plena disposición. Me río, porque me gustaría saber si eso sería así siempre, cuando tenga que recoger los calzoncillos sucios del suelo de la habitación o meter en la lavadora un par de zapatillas de deporte después de varios —y continuados— usos. En fin, que el amor es así, ¿no? Aceptar con las virtudes y los defectos y, para que no tengas que aguantar defectos, casi que mejor te quedas como estás; soltero y entero.

Dejo de prestar atención a Irene, al darme cuenta de que Ethan y Eli entran en la cabaña. Eli me sonrío fugaz justo antes de cruzar el umbral, y Ethan, Ethan me ve, pero sigue su paso. Juro que lo del limón también va por él.

Tomamos asiento en la tercera hilera de sillas, mientras la sala se va llenando de compañeros.

Oteo el espacio y veo muchas caras y ninguna conocida, creo que, la única que ha decidido cruzar varias comunidades autónomas y dejar atrás el relativo calor invernal del sur para venirse al norte, he sido yo y, por ende, mi hermano, que ha venido por voluntad propia, ya sabéis.

Ethan y Eli están en la primera fila, y allí se sientan varias personas más, les sonrío por pura cordialidad, está claro o eso quiero pensar, mientras Eli lo hace con sinceridad. La cosa es bastante curiosa, porque, mientras me dedico a observar sus pasos y sus gestos e indagar sobre lo que puede o no suceder, he dejado de centrar mi atención en que es un tío. Un tío que está cañón, si no fuese porque su gesto no le acompaña, y eso lo hace más interesante aún.

—¿No te parece que Ethan está todo bueno? —Pellizco a mi hermano en el interior del brazo, donde sé que no le hace maldita gracia, pero que logrará

el efecto deseado y no es un insulto, es su atención plena —tras el insulto, mayormente—.

—Lo que me parece es que eres una bruja psicópata.

—¿Sabes que compartimos genética? Y que es posible que tú también tengas parte de eso que me dices, ¿verdad?

—¡Qué triste mi vida! —murmura—. Y, no, no me ha dado por mirar a los chicos de esa forma, aunque ya antes te dije que era guapo; pero, insisto, no me fijo en los chicos de esa manera, lo quiero dejar claro por si te da por utilizarlo en mi contra en algún momento.

—Ya, lo tuyo más bien es centrarte en las cualidades de tu acompañante. —Mi hermano gira la cabeza en dirección a Irene y asiente al volver a clavar su vista en mí.

—Es guapa.

—Y tonta.

—Tiene buenas cualidades.

—Y un gran potencial de estupidez.

—No entiendo cómo puedes hacer eso.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—A juzgar sin conocer.

—A ver, inciso; no juzgo, solo comento lo que veo.

—Pues deja de ser selectiva en tus visiones —me recrimina.

Puede que tenga razón, la esté cagando por completo y sea una bellísima persona —que esto no lo pongo en duda—, pero, no sé, no me termina de convencer. No es que me moleste que tontee con mi hermano y que quiera copular con él, ni mucho menos, no van por ahí los tiros; no obstante, tiene algo que no me gusta, que me da mala espina, que hace que no me fie de ella. Puede que me equivoque, sin embargo, yo siempre he sido de primeras impresiones.

El alboroto general en el que está sumida la sala comienza a disiparse y miro hacia la butaca de al lado al percibir que alguien ha ocupado el espacio vacío hasta hace nada.

—Hola —me saluda llena de timidez la chica.

—Hola —respondo sonriendo—. Soy Olivia —me presento por varios motivos, uno de ellos es que me siento mejor así; siendo educada y cercana, es más, lo hice con Ethan cuando le pedí disculpas por haberme interpuesto en su camino como un bicho raro, vale que intentaba ser cordial y recibir lo mismo por su parte, y me salió el tiro por la culata; pero, aun así, hice lo

correcto. El segundo motivo no es otro que el hacer amigos. Soy sociable por naturaleza y me sale de forma innata, siempre ha sido así, desde que estaba en el huevo de mi padre y me gusta relacionarme con los que me rodean, más aún si me voy a pegar treinta días en este campamento, algo tendré que hacer aparte de investigar a Irene y a Cristina.

—Mariana —me responde la chica bajando la cabeza.

—¿Has venido sola? —indago.

—No, con mi hermana Paulina. —Mariana mira hacia la fila de al lado, y en la otra butaca hay una chica muy parecida a ella que me mira y me saluda con la mano.

—Paulina —susurra.

—Hola —murmuro yo ahora—. Os parecéis muchísimo.

—Somos hermanas —afirma como si no me lo hubiese dicho ya.

—Este elemento que tengo a mi lado es mi hermano. —Le pellizco de nuevo para que deje de mirar a Irene y atienda un momento—. Se llama Antón.

—Hola —saluda Paulina emocionada al verlo.

Mi hermano se las lleva a todas de calle; creo que es la combinación perfecta entre cuerpazo, rizos pelirrojos, sonrisa encantadora y saber estar. Lo mismo que yo, básicamente, pero con chorra y sin rizos. Pues eso.

—Son Mariana y Paulina —las señalo para presentarlas por orden. Mariana agacha la cabeza de nuevo avergonzada, y sonrío al verla en esa tesitura—. Tímida, ¿ehh? —Simplemente asiente.

Un par de carraspeos centran de nuevo mi atención en la parte de delante, donde ahora mismo se encuentra Luis —nuestro Luis, el de Jacaranda I— al lado de otra chica que no sé quién es.

—¿Y Laura? —pregunto extrañada. Que vamos, Laura me interesa lo mismo que un cojón de pato, en realidad me importan más los testículos del pato que ella, pero es extraño que no esté habiendo sido la coordinadora.

—No sé —responde mi hermano, que sabe toda la historia porque Mérida se la contó. Nuestro nivel de confianza es bastante, de ahí que no nos ocultemos nada, salvo lo obvio; intimidades y eso, y no siempre las callamos.

—La echaron por perra, seguro —matizo llena de convicción.

—O no le gusta el frío porque se le congelan las ideas —se burla.

—¿Qué ideas? No tiene de eso —prosigo.

—Esa es buena, hermana. —Antón me choca el puño y, sonriendo, prestamos atención a lo que empieza a decir Luis.

Espero que Mariana no esté pendiente de los insultos, no quiero que piense que soy lo peor.

—Buenos días —saluda—. Soy Luis, el coordinador general de este campamento. Puede que muchos no sepáis en qué consiste Jacaranda, dado que no habéis formado parte del equipo de trabajo que lleva funcionando ya varios años en otro punto del territorio. —Sonrío mucho al recordar todo lo bonito que me dio ese campamento—. Lo normal hasta el momento ha sido funcionar en agosto y centrarnos en un campamento al uso. Al uso, pero con matices; porque Jacaranda no es cualquier *camping*, ni en verano ni tampoco lo será en invierno.

»Para los que sí que sabéis cómo funciona, deciros que ha habido cambios en la junta directiva. Queremos que sea como tiene que ser, que haya buen ambiente, que el ruido que se escuche sean las risas de los compañeros y de los chicos que vengan a pasar un mes aquí, que se pueda hablar de cualquier cosa con total normalidad y cercanía, y que nos apoyemos y ayudemos en lo que haga falta, siendo un equipo de verdad.

»Hay un par de normas, sencillas, nada del otro mundo, aunque nuestra prioridad es cumplir con el trabajo. A la salida se os entregará una carpeta con las actividades que tenéis que desarrollar, por parejas, como siempre funcionamos, y habrá monitores por turnos en la comida y en los baños. El clima no nos permitirá realizar tantas actividades al aire libre, pero contamos con salas suficientes para poder movernos entre ellas y disfrutar del día. Tenemos una biblioteca, una sala de juegos y un establo con caballos.

—Que me toque el establo, por favor, por favor, por favor —suplico cruzando los dedos.

Mariana me sonrío y asiente.

—Hay pocas normas, hermanita, puedes hacer lo que quieras o casi —me suelta Antón.

Llevo mi mirada de forma instintiva hasta Ethan, y nuestros ojos impactan, me está observando. Un pequeño escalofrío me recorre, mis manos viajan hasta mi chaqueta y la aprieto con mayor fuerza contra mi cuerpo para evitar que el frío se cuele y llegue hasta mi piel de nuevo. Le dedico una amplia sonrisa que no me devuelve. Definitivamente, no me soporta. Lo de esta mañana en el lago debió de ser un espejismo.

Vuelvo a centrar mi atención, no sin cierta frustración, en Luis, que prosigue con sus explicaciones. Tras las oportunas presentaciones; nos levantamos, formamos una fila y nos acercamos a la salida para recoger la

carpeta con toda la información que debemos saber antes de que comience lo bueno.

—Mariana, ¿te apetece que demos un paseo por Jacaranda? —Asiente ante mi propuesta—. Vamos, comienza la aventura.

Capítulo 11

Caminamos por un sendero cualquiera en completo silencio, simplemente dejando que el ruido de la propia naturaleza nos envuelva. El sonido del agua del río corriendo se escucha desde nuestra posición.

—Hay un río —le explico a Mariana.

—Lo sé.

—¿También eres de la zona? —De nuevo, asiente—. Empiezo a sentirme fuera de lugar, veo que todo el mundo es de por aquí menos Antón y yo.

—Bueno...

—No eres muy habladora, ¿cierto? —En esta ocasión, niega con la cabeza.

—No. Soy bastante tímida. Me cuesta..., me cuesta eso de relacionarme, me siento estúpida, no sé qué decir en cada momento sin parecer que intento hacer una gracia que no la tiene, así que he aprendido a callarme. Mi hermana es mucho más charlatana que yo.

—En eso os parecéis a nosotras. A Mérida y a mí —aclaro al ver su cara de circunstancias al no enterarse un pijo de lo que le digo—. Tengo una gemela, Mérida, con ella estuve en Jacaranda I, en verano.

—¿No quiso venir en esta ocasión?

Niego ahora yo.

—No, se enamoró. —Mariana sonrío abiertamente al escuchar mi explicación—. Se enamoró de un coordinador —matizo al ver que le gusta lo que le cuento.

—¡Qué guay!

—Sí, me alegro mucho por ellos, la verdad, porque Mérida estaba sumida en una relación de esas que crees que son para toda la vida, por costumbre y tal, ya sabes; pero no estaba enamorada, hasta que llegó Axel y le abrió los ojos, los ojos y las piernas —especifico. Una pequeña risilla sale de la boca de mi acompañante, y suspiro sonriendo yo también—. ¿Nos sentamos aquí?

—Vale —me responde concisa. Tomamos asiento bajo un árbol, sobre un par de piedras que parecen haber sobrevivido a la humedad del día—. ¿No tienes miedo?

Giro mi cara y la enfoco sobre Mariana.

—¿Miedo a qué? Tengo miedos, claro, como todo el mundo.

—Miedo a no hacerlo bien, es una responsabilidad.

La escruto con la mirada. No es una chica muy joven, pero tampoco es mayor, debe de tener mi edad; año arriba, año abajo.

—¿Es tu primer empleo? —Asiente—. Es por eso, a mi hermana también le pasó.

—¿Y qué hizo para no temblar cada vez que pensaba que tenía que hacerse cargo de un grupo de niños pequeños?

—Tembló, eso tenlo claro, pero se enfrentó a sus miedos. —Alzo los hombros y miro al frente. En uno de los árboles hay un pequeño grajo, mirándonos, como si estuviésemos fuera de lugar, y para él fuese extraño ver a dos chicas, muertas de frío, allí sentadas sobre una roca, divagando sobre las cosas de la vida y las cosas del querer, como la canción. Le hago una seña a Mariana para que mire en la dirección que le indico y también se sienta observada—. Creo que es un pájaro cotilla —bromeo.

Tras un par de minutos en silencio, disfrutando del paisaje y de los sonidos que nos rodean, Mariana retoma la conversación que yo ya daba por cerrada.

—No sé si me siento capaz.

—¿Por qué? ¡Claro que eres capaz! ¿Qué actividades te han tocado?

—Me ha tocado en el huerto ecológico, en el establo y en la cocina, ¿y a ti?

—No he mirado. —Mariana me escruta asombrada, como si me hubiesen salido tres ojos, y me tapo la cara con cierta vergüenza—. Soy lo peor, lo sé. Pensaba mirarlo luego, a la vuelta, con Antón. Espera. —Cojo la carpeta entre las manos y la abro—. Según esto, me ha tocado el grupo de ocho a nueve años y las actividades son: juegos de mesa, yoga, baile y cuidar del loro. ¿Hay un loro? ¿En serio?

—Ni idea.

—Yo no valgo para hacer yoga —explico volviendo a leer mis actividades y asimilando que la voy a liar parda—. Lo de bailar me gusta más, ¿crees que podré hacerlo con una copa en la mano? Tipo discoteca. —Alzo las manos y empiezo a hacer una coreografía con ellas, en plan: «marejada, marejada», «bota que bota y en tu culo explota» y «no rompas más mi pobre corazón...»; una mezcla de esas.

—Te cambio yoga por el huerto. Me gusta más eso de relajarme y meditar que cuidar de las plantas.

—Ni de broma, se me mueren hasta los cactus, no pretendas que cree fama de asesina en Jacaranda y se corra la voz, tengo una reputación que mantener... —bromeo—. No pone con quién compartimos cada actividad, en el *camping* de verano sí que se especificaba el compañero. A mí me tocaron acompañantes molones, la verdad, no me puedo quejar; espero que aquí pase lo mismo. —Le diría que no quiero que me toque con Irene, por eso de que paso de mirar su mostrador a todas horas y porque tampoco me apetece nada fingir que me cae bien y es de mi agrado su compañía.

—Me hubiese gustado que me tocara algo contigo, ahora que ya te conozco... —me confiesa.

—Nos veremos cada día y podemos desayunar, almorzar y cenar juntas, siempre y cuando, no nos toque hacer la guardia del comedor, y también podemos quedar para tramar planes maquiavélicos. Pero eso mejor en tu cabaña que en la mía está mi hermano y seguro que nos los fastidia o se come toda nuestra comida.

—Tu hermano impone.

—Bah, tonterías, mi hermano es solo un tío más y es buena gente, como yo. —Sonríe abiertamente, enseñando todos los dientes como la niña esa del meme que trama planes, pues igual.

—Ya, es un tío, ese es el asunto.

—¿No te gustan los tíos? Que a mí me da igual, cada uno hace con su cuerpo lo que le plazca.

—No, no, no es eso —me corta—, es que...

—Es que, ¿qué? —insisto al ver que se queda en silencio.

—Que soy fea...

Me quedo sin palabras un momento. Mirándola. Barajo varias opciones: una de ellas es que me esté tomando el pelo y ahora aplauda en plan: «ja, ja, era coña y picaste»; la otra opción es que busque un piropo porque sea de esas a las que les gusta que le digan cosas buenas para sentirse mejor y, la tercera y última opción, es que de verdad piense que es fea y solo necesite contárselo a alguien y ese alguien sea yo, aun sin conocerme, tipo desahogo.

—¿Es una broma? —pregunto para descartar la primera opción.

—No, no lo es, ¿acaso no me ves?

—Bueno, sí, ciega no soy —matizo.

—¿Y qué ves?

—Una chica normal y corriente. —Y con tetonas, pero eso mejor me lo callo, que es políticamente incorrecto decirlo tan pronto.

—Soy fea, déjalo, no hace falta que lo adornes.

Por un momento pienso en Simona, que no es que ella creyese ser fea, ni mucho menos, porque nunca hablamos de ese tema, pero pienso en su virginidad y me planteo si estoy teniendo un *dejavú* y si esta chica que acabo de conocer y con la que comparto ahora mismo esta conversación algo extraña también lo será.

—A ver...

—No, tú eres guapa y resuelta, y yo soy fea y encima me cuesta hablar.

—Puede que te cueste hablar porque te sientes fea y no lo eres.

—No soy guapa.

—No eres fea.

—¿Incómoda de ver? —pregunta sonriendo.

—No.

Exhala un largo suspiro antes de clavar de nuevo sus ojos en mí.

—Tengo los ojos saltones, el pelo alborotado, no soy una *top model* de cincuenta kilos, tengo mucho pecho y un culo enorme, ¡enorme! —grita dándole más énfasis.

—Eso no es ser fea, es tener curvas y no tienes los ojos saltones.

—Parezco una rana —insiste.

—Pamplinas, como diría mi madre. Tus ojos son verdes y las curvas molan, no tienes nada de malo.

—Soy gorda y fea.

—No eres ni una cosa ni la otra, ahora bien...

—¿Sí? —pregunta curiosa y temerosa, temerosa también, eso seguro.

—Tienes que quitarte ese bigote y mejorar tus cejas.

—¿Solo eso? —cuestiona ilusionada.

—Bueno, podemos empezar por ahí y ya luego iremos viendo.

—¿Me vas a ayudar?

—Claro, no tengo nada mejor que hacer; bueno, trabajar y eso, pero te ayudaré. Se me da bien esto, creo que soy una estilista frustrada en el cuerpo de una chica a la que le gustan las energías renovables. Eso sí, a cambio...

—Lo que quieras, te daré lo que quieras —suelta antes de haberle dicho nada.

—Necesitaré que tomes prestada comida de la cocina, para nuestras noches de reunión, esas en las que tramaremos planes y tiraremos de pinzas y cera, y maquillaje, eso tampoco lo descarto.

—No uso maquillaje, pero mi hermana tiene potingues en un neceser.

—Me vale para empezar, pero lo de la comida es importante —insisto.

—Eso es robar —me rebate.

—Pamplinas —repito de nuevo—. ¿Quieres que te ayude?

—Claro.

—Pues me gusta el pan con chorizo y la cerveza de limón. Hale, ya sabes.

—Vale —claudica no muy convencida.

—Bien. A esto —le digo señalándonos con el dedo índice—, lo llamaremos Operación Cisne Negro y empezará esta noche en tu cabaña. Ven a buscarme a la mía, es la última de la fila de la derecha. —Mariana asiente—. Hasta después —me despido.

—Hasta después —me dice sonriente.

La cosa marcha, menos de veinticuatro horas aquí, y ya tengo dos misiones y pan con chorizo y cerveza garantizados. Esto se pone interesante.

Capítulo 12

Regreso a mi cabaña dando un rodeo por el río. En esta ocasión no me encuentro a Ethan por allí, tampoco sé si, dadas las circunstancias, es mejor no encontrármelo más. Paso de su rollo de antipático conmigo.

—¡Antón! —grito nada más entrar—. Espero que estés solo y vestido.

—Estoy en mi habitación —me responde.

Entro en su habitación y lo veo tumbado en la cama con los papeles en la mano.

—¿Qué haces?

—Llorar por las actividades que me han tocado.

—¿Por qué?

—Porque son un asco. Quiero volver a la ciudad, odio el frío.

—Mimimimimi —le remedo—. Pareces un niño pequeño.

—Me han tocado los niños pequeños.

Arrugo el gesto porque ahora sí que le compadezco un poco, todo hay que decirlo.

—Pobre, prometo enviarte una corona de flores en tu entierro, de las que más te gustan, ¿cuáles son tus flores favoritas? De eso nunca hemos hablado.

—Las que te den urticaria, bruja —me suelta.

—Odio que me llames así —me quejo.

—Por eso justamente lo hago —me suelta sonriendo con superioridad. Y la bruja soy yo...

Pienso en algún insulto elaborado, pero solo se me ocurren cosas absurdas en plan: *mongui* —de mongolo—, *retarder* —de retrasado— y *zumba* —de zumbado—, pero ninguno me parece estar a la altura, así que tiro de lo normal y corriente.

—Micropene. —Y con el dedo índice y el pulgar dejo el espacio de un grano de lenteja, para que sepa que lo de «micro» va en serio, muy en serio.

Niega varias veces con la cabeza, pero sonrío, porque somos así, de matarnos, pero querernos; una relación un tanto extraña, lo sé.

—¿Sabías que hay un loro?

—Ya, me acabo de enterar, porque me ha tocado cuidar de él —le explico mientras me tumbo al lado, en su cama.

—Y a mí, ¿cómo puede ser eso?

—Ni idea.

—¿Había en el otro campamento al que fuiste?

—No, nada, un burro sí, pero aquí hay caballos. Me lo ha contado Mariana, le toca cuidar de ellos.

—¿Quién es Mariana? ¿Ya hiciste una amiga?

—Algo así —murmuro—, no vas a ser tú el único —le digo haciendo referencia a Irene y a Ethan—. De todas maneras, es la chica que te presenté en la sala antes, se ve que estabas pendiente a otras cosas —le reprocho—. En fin, ¿qué más te ha tocado?

—Cocina, kayak y escalada en el rocódromo.

—¡Mola! ¡Te lo cambio!

—¿Qué te ha tocado a ti?

—Aparte de lo del loro, me ha tocado baile, yoga y juegos de mesa.

—¿Baile? ¿En serio?

—Tal cual. Creo que es un castigo por algo que hice en otra vida.

—A ti te gusta bailar —suelta mi hermano.

—Ya, pero con un par de copas en la mano y aquí no tiene pinta de que vaya a poder tomarme una o quince.

—Borracha —me acusa.

—Veo que se te han olvidado nuestras conversaciones de barra —le pincho.

—Intento que se me olviden... bebiendo.

—Borracho —le acuso yo ahora mientras río y le pellizco. Muy de hermanos.

—¡Hola! —Escuchamos desde la habitación.

—¿Qué es eso? —pregunto alzando la cabeza al estilo suricato.

—¡Hola! —repiten un poco más alto. Unos pasos se acercan a la habitación mientras mi hermano se pone en pie—. ¿Antón?

—¿Irene? —pregunta mi hermano yendo a su encuentro.

Hago varios sonidos para atraer la atención de mi hermano, pero ya ha salido al salón.

—Vine a buscarte para saber si te apetece dar un paseo antes de que vengan los chicos y ya no tengamos tanto tiempo libre.

Me incorporo y camino hasta el salón ahora yo, con la intención de echarle una mirada reprobatoria al zanahorio por no echarla a patadas y darle algún que otro *espantón* a la chica esa por meterse en una cabaña sin ser

invitada y sin siquiera tocar la puerta.

—Irene...

Antón, que me conoce bien, sabe cuáles son mis intenciones y me interrumpe antes de que pueda soltar alguna cosa de la que deba arrepentirme luego.

—Ahora no puedo, pero esta noche buscaré un hueco, si te apetece.

Irene me mira con cara de circunstancias, pero no dice absolutamente nada.

—Vale —concede mirando a mi hermano.

Los dejo solos mientras me voy al baño para cambiarme de ropa y ponerme la camisa y el polar con el logotipo de Jacaranda.

—¡Joder! —me quejo al ver mi trenza toda deshecha—. Maldito Antón.

Me peino de nuevo, eliminando todo rastro de la pelea y salgo de nuevo al salón, donde mi hermano está sentado comiendo una manzana.

—¿De dónde sacaste eso? ¿Ya te hiciste amigo de las cocineras?

—Me lo trajo Ethan hace un rato, creo que hay un manzano silvestre o algo de eso me dijo, ¿quieres?

—Claro.

Tras colocar un plato en la pequeña mesa y coger un cuarto de manzana roja, clavo mi mirada en Antón.

—No digas nada, ya sé lo que piensas, lo vi en tu mirada asesina cuando la viste en el salón. —Alzo el dedo índice para matizar, pero mi hermano no me lo permite—. Hablaré con ella esta noche.

—No quiero que vuelva a entrar por la cara, ¿me entiendes? O empezaré a pasearme desnuda por la cabaña.

—Puagggg, ¡qué asco!

—Advertido quedas, hermanito.

—¿Lo de ser una bruja te lo enseñaron en el colegio de brujas? —Alzo de nuevo el dedo, pero no me lo permite, otra vez—. Vale, vale, lo retiro...

El caso es que pasamos el resto de las horas, hasta la llegada de los grupos, con total tranquilidad.

Si me hubiesen dicho que un grupo de niños y niñas vendría a pasar a Jacaranda un mes durante el mes de diciembre, con el colegio ahí, las fiestas navideñas y demás, a la vuelta de la esquina, no me lo habría creído.

Tomo asiento en las escaleras de la cabaña, esperando a que Antón termine para dirigirnos al aparcamiento donde, en breve, vendrán los autobuses con los niños y niñas.

—Hola, Eli —la saludo al verla salir de la cabaña de enfrente.

—Hola —me responde. Sus pasos se encaminan hasta mi posición—.
¿Qué haces?

—Esperar por mi hermano, ¿y tú?

—Ídem.

—Somos unas pringadas —bromeo.

—Bueno, no tanto, estamos aquí.

—¿Lo dices por Jacaranda o porque respiramos? —ironizo para continuar con la broma.

—Visto así, por las dos cosas —manifiesta.

—Oye, estaba yo pensando aquí, ¿no te parece extraño que un grupo de chicos venga en pleno mes de diciembre sin haber acabado el primer trimestre del colegio y con las vacaciones de Navidad a la vuelta de la esquina?

—No —me dice concisa—. Me lo pareció, pero Ethan me explico que son niños con pocos recursos, niños que, en muchos casos, no tienen familia.

—¡Joder! ¿Y eso por qué no lo explicaron en su momento? No sé..., para estar advertidos.

—No es necesario, ¿no crees? —me pregunta—, son niños, sea como sea, lo son, y este mes es su mes.

Una vez Eli me dice eso, no puedo más que darle la razón.

—No me malinterpretes, no quiero decir que vayamos a tratarlos de otra forma por su entorno o su clase social, no hablo de eso; hablo de que habrá compañeros, como yo, que se hagan este tipo de preguntas.

—Supongo que lo que se pretende es eso, que no se pregunte, sino que se disfrute, ¿no es eso lo que se busca en un campamento?

—Sí, como en verano.

—Pues será igual o mejor, porque el frío del invierno lo vamos a suplir con el cariño con el que vamos a trabajar.

Miro a Eli con fijeza y, por un momento, siento que me contagio de su entusiasmo, de su positividad y, sobre todo, de sus ganas de ser y estar, no de parecer.

Capítulo 13

Permanecemos en silencio un rato más allí sentadas.

—Ya sabemos lo que sienten los novios cuando esperan a sus futuras mujeres en el altar —le confieso.

—Debe de ser horrible, odio la impuntualidad, me desespera.

—Y a mí. ¿Qué vas a hacer esta noche? —le hago la pregunta casi sin pensar, sé que he quedado con Mariana para la Operación Cisne Negro, pero me parece que Eli encajaría bien con nosotras, me gusta la idea de que Mariana conozca a más compañeras, y de saber más de Eli y, por ende, de Ethan —guiño, guiño—.

—Nada; ver la tele con Ethan, jugar a las cartas, leer, dormir. Lo típico, ¿no?

—Paso a buscarte sobre las nueve, después de la cena.

—¿Para?

—Es una sorpresa —le suelto mientras le guiño un ojo.

Alzo la vista al escuchar la puerta de la cabaña de enfrente cerrarse y me encuentro con él. Me mira extraño, de una forma que me hace sentir incómoda y fuera de lugar. Es como si esta misma mañana no hubiésemos compartido un momento de paz entre nosotros y como si de nuevo resultase molesto por mi locura transitoria.

—Tu hermano me odia —le suelto a Eli antes de levantarme para dejarles su espacio. Ella me sujeta de la mano y tira de ella para que vuelva a sentarme.

—No te odia, Ethan no es de esos, solo es...

—¿Antisocial?

—Prudente —matiza.

—Ya..., prudente... —finalizo sin entender bien el motivo por el cual lo define de esa forma.

Ocupo de nuevo mi sitio, al lado de Eli. Ethan no tarda nada en llegar hasta nuestra altura y cabecea a modo de saludo. ¡Joder! Él me odiará, o será todo lo prudente que sea, pero es guapo, guapo de cojones. Tan guapo que me casaría con sus patillas recortadas y su mandíbula cuadrada.

La puerta de mi cabaña se abre y sale mi hermano con el mismo polar que

llevamos todos puesto y las botas de montaña.

—Pareces otro, hermanito.

—Ni una sola broma... —zanja.

—Te sienta bien —le suelta Eli.

Giro la cara y la enfoco en ella, que mira a mi hermano con atención. Hago lo mismo; pero, en esta ocasión, mirando a mi hermano que, si no fuese porque las pecas que tiene no dejan ver más allá, diría y afirmaría que se ha sonrojado como un adolescente que recibe su primer piropo de esa chica que le gusta y es mayor que él. Ahora enfilo mi cara hacia Ethan que parece que hace exactamente lo mismo que yo, mirar a su hermana y al mío.

—No creas lo que dice, no estás guapo. —Comienza a dar varios pasos y nos ponemos en pie para seguirle—. Ahh, ¿Antón?

—¿Sí? —pregunta mi hermano.

—Esa chica es mi hermana.

—Captado —le suelta mientras se ríe y se coloca a su altura, tipo colegas de toda la vida y *hermanazos*. Si es que mi zanahorio es casi tan sociable como yo.

Ambos se separan de nosotras, básicamente, porque aminoramos el paso para dejarles que hablen como machos cabríos que son; en plan: «la voy a proteger con mi vida y, si intentas clavarle algo o con algo —hablo de tu polla—, te castraré y te dejaré sin juguetito». Eso es lo que imagino, aunque la realidad bien puede ser distinta y ahora mismo estén contándose chistes, historias de miedo o hablando de prudencia, eso también. Que Ethan será cauto, pero mi hermano no tiene nada de eso.

—¿En serio que mi hermano te parece guapo con ese polar y a mí no me dices ni media?

Eli también se carcajea, logrando que los chicos nos miren unos segundos antes de proseguir su camino.

—¿Pretendes que conteste a esa pregunta sin ser grosera?

—¿Me estás *troleando*? —pregunto con curiosidad.

—Para nada —asegura con cara de niña buena.

—¿Te gusta mi hermano? —Si lo veo, no lo creo.

—Es guapo.

—¿Guapo como un guacamayo del Amazonas o guapo tipo Thor?

—Guapo tipo chico guapo.

—Ay, por favor, es mi hermano, no es guapo. Resultón, vale; atractivo, puede; guapo, no.

—Y sexi —matiza.

—Eli, tenemos que correr a la enfermería porque creo que te has contagiado de algún virus que espero, por tu bien, que tenga cura.

—Tú preguntaste —me acusa sonriendo.

—Normal, le dijiste eso y ¿esperas que, siendo como soy, no pregunte?

—Siendo como eres, ¿curiosa?

—Básicamente, unos son prudentes y otros son curiosos.

—Ya, ya entiendo.

—¿El qué exactamente?

—El motivo por el que mi hermano mantiene las distancias contigo.

—¿Porque soy una pesada?

—Porque eres diferente.

—¿Y él cómo sabe eso cuando no ha cruzado palabra conmigo?

—No sé, esta mañana llegó de pasear y se encerró en la habitación. Y sé que se encontró contigo..., me lo dijo —aclara tras ver mi mirada de interrogatorio.

—Estaría meditando.

—Sí, seguramente.

—Tu hermano me odia, Eli. Cree que estoy chalada y motivos le he dado para eso. —Teniendo en cuenta lo del incidente, lo del agua esta mañana en el río y las tonterías que suelto por la boca, no me extraña que lo piense.

—¿Crees que tu hermano también me odia?

—No. Mi hermano solo me odia a mí por haberle arrastrado hasta aquí.

—Me ha tocado con él en una actividad —me confiesa.

—Muy bien. Yo no sé con quién me ha tocado, pero pienso pasármelo bien el tiempo que esté aquí.

—Haces bien, yo haré lo mismo.

Sonrío al finalizar la frase. Yo, que soy muy de leer entre líneas, me doy cuenta de que Eli quiere tema que te quemas con mi hermano, con el hándicap de que Irene quiere lo mismo. Puestos a elegir, y si tengo que posicionarme, Eli me cae mejor; no solo porque no irrumpe en mi cabaña —ergo, mi intimidad— sin avisar, sino porque Irene no me da buena espina, cosa de la que ya hemos hablado.

Formamos una fila recta en el aparcamiento todos los monitores que estábamos en la cabaña principal esta mañana junto con el equipo directivo.

Comienzan a llegar los autobuses y en los cristales se visualizan a los pequeños que vienen dentro.

Los transportes se aparcan en los espacios reservados para tal fin y de ellos salen las ayudantes del conductor. Comienzan a decir las edades de los menores que vienen dentro y cada monitor se acerca hasta allí.

Eli y Antón. Irene y un chico moreno bastante guapo. Dos chicas en las que no he reparado aún, pero dadme tiempo. Me toca. Mentiría si dijese que las manos no me sudan un pelín. Comienzo a dar unos pasos en dirección a la puerta por donde van a comenzar a descender los chicos y las chicas que van a conformar mi grupo.

Un leve carraspeo me hace darme la vuelta y... ¡Maldito karma! Me la tienes jurada y lo sabes.

Capítulo 14

Mi hermano se ríe, pero tapándose la boca, para que nadie se dé cuenta de que le hace bastante gracia la situación.

Ethan se encuentra tras de mí. Guapo, sigue igual de guapo, aunque su rictus es serio, sigue serio, eso también. Y, dadas las circunstancias, yo, es decir; Olivia, una chica madura y responsable, debería obviar que tiene el gesto reprobatorio, como si ahora mismo, en vez de esperar a que descendan un grupo de niños llenos de ilusiones, estuviese recorriendo el camino que le lleva a la silla eléctrica, por poner un ejemplo poco convencional y que despierte bastante animadversión. Tanta como yo en él.

—¿Quieres hacer los honores? —le pregunto. Básicamente, porque espero que, si lo que me toca es compartir grupo con él y, por ende, actividades; lo mínimo es que la situación entre nosotros sea cómoda o todo lo cómoda que se pueda.

—No, no es necesario —dice con seriedad.

Que nadie diga que no pongo de mi parte. Continúo con mi trabajo. Recibo a los niños con una gran sonrisa, ya deben de estar bastante asustados para que mi estado de ánimo ahora mismo los contamine.

—Hola —uno a uno los voy saludando y coloco la palma de mi mano para que me choquen los cinco.

Todos lo hacen y, en cierto modo, me siento bien por ello, porque, aunque no quiera joder —directamente— a Ethan, sí que me mola que vea que no me afecta para nada su estupidez transitoria.

No me permito el lujo de ver qué hace él y qué no. Simplemente, cuando terminan de bajar, me giro y me encamino hacia la fila que Luis y el resto del equipo han formado.

Los grupos no son excesivamente grandes, diría que cada clase tiene un máximo de diez niños, y debe de haber un total de diez grupos.

Dicho esto, y aclarado todo, me coloco en mi posición. Por suerte, la bruma espesa que lleva todo el día amenazando con descargar una fuerte tormenta nos da una tregua. Lo cual aprovechamos para dirigirnos a la cabaña principal. Allí nos presentamos, se les da la oportunidad de preguntarnos lo que quieran y los acompañamos a sus cabañas. A los chicos que han venido

con hermanos se les ubica juntos y, a los que no, se les coloca por sexo y edad para que se sientan cómodos.

—Quédate aquí —me pide tosco Ethan—. Y no te muevas —matiza con seriedad.

Si no fuese porque ahora mismo hay un grupo de niños que depende de mí y de mi profesionalidad, no me molestaría absolutamente nada en seguir su orden, pero entiendo que lo que pretende es que uno de nosotros esté al inicio de la fila y otro al final; pero, vaya, que eso también me lo podría haber explicado antes de hablarme como un jodido borde. Prudente, dice... Prudente y maleducado.

Los dos últimos niños se colocan a mi altura y no avanzan. Miro en dirección a Ethan por si sabe algo, pero no me presta atención ahora mismo. Me agacho y me sitúo a sus alturas.

—Hola —repito, aunque creo que eso ya lo he dicho bastante hoy—. Soy Olivia, ¿necesitáis algo?

—No —me dice una de las niñas—. Bueno, sí, creo que mi hermana necesita ir al baño.

—¿Necesitas ir al baño? —le pregunto. Ella asiente. —¿Cómo te llamas? —No me responde—. ¿Y tú?

—Yo soy Selena.

—¿Y tú? Déjame adivinarlo... ¿Ana? —niega—. ¿Sonia? —Como Sonia y Selena, a saber...—. ¿Entonces?

—Se llama Ona.

—¿Y Ona por qué no me lo dice?

—Porque Ona no habla. No lo hace desde que murieron nuestros padres —finaliza Selena y juro que todas las palabras que conozco y todas las frases hechas que me sé quedan en un vacío inalcanzable, el mismo que me hace darme cuenta de que, de verdad, por más que sea mayor, que tenga habilidades para enfrentarme a situaciones; siempre habrá algo que me haga darme cuenta de que me puedo hacer pequeña y que no siempre hay palabras para dar y regalar.

—Bueno, pues nos vamos al baño.

Cambiamos la dirección y nos dirigimos al baño con las dos niñas cogidas de la mano para que no se pierdan.

—¿Nos vamos a quedar juntas en la misma cabaña?

—Probablemente.

—Es que soy la única que entiende a Ona y no quisiera que se sintiese

sola.

—Ona no va a estar sola porque yo también estaré para ayudarla en todo lo que necesite.

Escucho un par de silbidos, pero prosigo mi camino en dirección al baño con mis nuevas amigas.

—¡Olivia! —me gritan.

Me giro y veo a Ethan con mala cara mirando en mi dirección. Le hago un gesto para que me espere unos segundos, pero sigo mi camino.

—Tenemos que darnos prisa porque puede empezar a llover y en el trayecto hasta las cabañas no tenemos techo por lo que podemos mojarnos — les explico.

Selena y Ona asienten y corremos. Espero por fuera mientras las hermanas hacen sus cosas en el baño y regresamos rápido al grupo. Veo a Ethan parado con los brazos cruzados, pero no le digo absolutamente nada. Vamos ubicando a cada grupo en sus respectivas cabañas y a todos les pedimos que vayan deshaciendo sus maletas y colocando la ropa en su cajonera. Les explicamos los horarios y que en un rato vendremos a por ellos para ir a cenar y luego a las duchas. Cada cabaña tiene un pequeño baño, como los nuestros, así que deben hacer turnos y respetarlos.

Dejamos al último grupo en su cabaña, organizados, y me dispongo a regresar a la mía para coger un chubasquero y unas botas de agua. Ha comenzado a llover.

—¿A dónde crees que vas? —Ethan me sujeta por el brazo y me frena en seco.

—A mi cabaña. —Sin más explicaciones. Si me trata con indiferencia, eso es lo que va a recibir.

—¿Acaso crees que puedes hacer lo que te salga de las narices?

Su pregunta me pilla desprevenida, mucho, y se debe de reflejar en mi gesto porque, incluso, retrocedo unos pasos.

—No, no hago lo que me sale de las narices.

—Si estamos organizando un grupo, no puedes irte con dos niñas a donde te dé la gana.

He aprendido miles de cosas, muchas en esta vida y, aunque el respeto se gana, con Ethan no puedo evitar sentirme bloqueada en algunas ocasiones y, quizá debería responderle una barbaridad, una de esas que me definan como una maleducada que no sabe guardar las formas, pero Mérida me ha enseñado que no puedo actuar por impulsos, aunque sea muy de ellos.

—Perdona que te corrija, no he ido a donde me ha dado la gana, he llevado a esas niñas al servicio porque una de ellas estaba apurada y sería de muy mala persona no atender a sus necesidades; pero perdone, su majestad, porque creo que tenía que haberle pedido permiso, teniendo en cuenta que es usted mi jefe, ¿no?

Su gesto, por un momento, cambia y se suaviza.

—No lo sabía.

—Obvio. Porque antes de juzgar hay que preguntar.

—Lo sien...

—Mira, Ethan —le corto—, está claro que no soy santo de tu devoción y que tendrás motivos más que suficientes para que te caiga mal y te moleste mi presencia y, en otra circunstancia, puede que me esforzase en entenderlo e incluso aclarártelos, pero ¿sabes qué? Que me da absolutamente igual. Tengo poca paciencia y las opiniones son como los culos, cada uno tiene la suya y la tuya me ha quedado clara. No tenemos por qué trabajar juntos, podemos pedir un cambio. Sin ir más lejos, me puedo cambiar con tu hermana o tú con el mío; pero en todo caso, por ser mínimamente profesionales, deberías evitar tratarme con descortesía, con que me ignores como has hecho hasta ahora me basta...

—Yo no pretendía ignorarte.

—Bueno, pues, si no es lo que pretendías, sigue haciéndolo, porque se te da de puta madre. Tú por tú lado, y yo por el mío, ¿entendido? Está todo claro, ¿vale?

Doy unos pasos en dirección a mi cabaña con un enfado monumental. ¿Quién se cree que es? ¿Acaso le he hecho algo tan grave como para que me trate de esta manera? Juro que no lo entiendo.

A ver, que no tenemos por qué caernos bien ni salir de copas, ni siquiera sentarnos juntos a cenar, pero por lo menos preguntarme antes de lapidarme no estaría mal, nada mal.

—¡Olivia! —me grita, y giro la cabeza, pero incremento la velocidad de mis pasos. Paso, en serio, paso—. ¡Olivia! —grita con más fuerza. La lluvia se hace más intensa, más fuerte y comienza a empapar, por lo que dejo de caminar y comienzo a correr. Veo a varios compañeros haciendo lo propio para resguardarse. Abro la puerta y entro. Cierro tras de mí y me encamino hacia mi habitación. Sé que Antón está allí porque lo escucho trastear en su cuarto. Tocan en la puerta y cierro la mía con llave. El corazón me bombea a mil revoluciones.

Mi hermano intercambia varias palabras con él, porque sé que es él. Y quizá debería tirar de raciocinio, de madurez y de todo eso que Mérida espera que tenga, pero mi enfado es tal que no quiero.

—Olivia, Ethan está aquí, dice que salgas.

Abro la puerta con fuerza.

—¿Que dice que salga? ¿Pero quién se cree él?

—Te estoy escuchando —añade el susodicho.

—Me la suda, me la suda que me escuches, porque yo no tengo nada más que hablar contigo. Antón, necesito que me cambies las actividades, no quiero seguir con las previstas, cogeré las tuyas.

—¿Qué pasa?

Ethan ha entrado en la cabaña. Y mi hermano nos dedica una mirada inquisitiva a cada uno.

—Que te lo explique tu amigo, puede que contigo sea más racional que conmigo.

Cierro de nuevo la puerta y sé que siguen hablando, imagino que Antón intenta entender todo, y Ethan..., la verdad es que me da absolutamente igual lo que quiera él. Una y no más, santo Tomás.

Capítulo 15

No cruzo ni una sola mirada con él, mucho menos una palabra; ni cortesía ni educación, nada, y sé que me busca con la mirada porque noto cómo mi piel se eriza y es su efecto; eso, a estas alturas, es incuestionable.

Confesar eso es complicado, mucho más, cuando lo que quieres es sentir animadversión hacia la persona que siente eso justamente de ti, pero el cuerpo reacciona y el mío, por más que quiera empeñarme en que sea de otra forma, lo hace ante él, ante su mandíbula y sus patillas. Maldito.

¿Os ha pasado alguna vez eso de que sabéis que no debéis comeros el chocolate que guardáis en la despensa porque no es saludable y engorda? Y hago alusión al chocolate de esa manera por ser políticamente correcta. El caso es que no quieres comértelo; pero, cuanto más piensas que no debes, más quieres. Pues tal cual, pero sustituyamos chocolate por Ethan, el resto es clavado, incluso las ganas de comérmelo. Puede que ahora prefiera cortarlo en cachitos, pero es solo producto del enfado que llevo encima.

Tras la cena y pasar por las cabañas del que ahora mismo es mi grupo para asegurarme de que los niños no necesitan nada y están todos en la cama, me encamino hasta la mía.

—¿Antón? —grito nada más entrar—. Necesito un favor, uno muy grande. —Mi hermano sale de la ducha con una toalla enrollada en la cintura y me tapo la cara porque se le marca todo el salami—. ¡Joder! —exclamo—, ¿acaso es la hora porno o qué? ¡Tápate! Que se te ve toda la cosa.

Me acerco al fregadero, cojo un vaso y lo lleno de agua. Tomo asiento en una de las sillas que hay frente a la chimenea, que mi hermano ha encendido, y hace que el calor se expanda por toda la estancia. Saco mi polar y lo dejo apoyado en el respaldo de la silla.

—Tú dirás —me dice mientras se sienta en el brazo del sillón, guardando las distancias.

Doy un largo sorbo y dejo el vaso casi vacío sobre la mesa.

—Necesito que vayas a la cabaña de enfrente y que le digas a Eli que venga.

—¿Y por qué no vas tú? ¿Te duelen las piernas?

—No ironices, te sienta fatal. Sabes que no te lo pediría si no fuese

cuestión de vida o muerte.

—Yo no debo ironizar, y tú debes dejar de exagerar.

—Vale, cuestión de vida o muerte no es, tienes razón, pero no me quiero cruzar con él.

—Ahí quería yo llegar, ¿qué coño pasó antes?

—¿No te lo ha contado? —pregunto clavando la vista en el zanahorio—. Os dejé solos, pensaba que habíais hablado de ello —explico.

—Ethan es un tipo reservado. Así que, no, no me ha contado nada. Ahora tenemos tiempo, puedes contármelo —me anima.

Otro vaso de agua después, un resumen de los buenos y mi hermano sin abrir la boca, acabo mi historia.

—Te pusiste como una fiera —finaliza.

—A ver, zanahorio, ¿tú de qué lado estás?

—Del lado de la razón —contrataca.

—Pues poca razón veo yo en su actitud —protesto.

—Creo que sois compañeros y debéis solucionar las cosas, hablando se entiende la gente —me suelta con ironía—. Si es que se os puede definir como tal. De ti tengo dudas, porque tienes escoba en vez de coche; pero a Ethan lo tenía en otra liga.

—Pues te has equivocado de liga. Y la escoba ya sabes por dónde te la voy a meter, ¿verdad?

—Pues no, ¿me lo explicas?

—No me provoques, zanahorio.

—Bruja —me suelta riendo con una de esas carcajadas de mi hermano que tan características son en él.

—Te perdono si vas a la cabaña de Eli. Vestido —matizo al verlo.

—Solo por esta vez.

—Mentiroso, la miras con ojitos...

Mi hermano sonrío y sé que pretende decirme algo, pero no hay oportunidad de ello porque la puerta se abre y entra Irene en la cabaña. Especifico por si no os habéis percatado del matiz de la situación: entra sin llamar.

Mis ojos se abren por la sorpresa y clavo la mirada en mi hermano, que parece tan sorprendido como lo estoy yo, y lo mataría si no fuese justamente por eso. Me dispongo a decirle algo, cualquier cosa que no deba, porque ya el límite de mi enfado hoy queda totalmente desbordado. Puto karma.

—Irene —se adelanta mi hermano.

—¿Interrumpo algo? —pregunta haciéndose la inocente.

—No, pero bien que podrías —finalizo llena de ironía.

—Perdón. Habíamos quedado y ya son más de las nueve.

A ver, que yo hace tiempo que no follo, pero sé de una que parece estar mucho más desesperada que yo.

—¿Antón? —Y lo pregunto a sabiendas de que es perfectamente consciente de que esto que acaba de suceder está, como poco, fuera de lugar.

Asiente. Me incorporo, dejándolos en el salón y entro en mi habitación, saco ropa limpia y me voy al baño. Paso por delante de ellos, y el fiambre de mi hermano sigue ahí. Irene piensa que le da la bienvenida, lógico, al encontrarlo de esa guisa. Potaría, hasta la primera papilla, si no fuese porque me parece que no vale la pena ni desperdiciar eso en ella. La desesperación humana a veces es lo peor que hay. Si me había hecho una idea equivocada de Irene, esta noche me queda claro que mis pensamientos negativos sobre ella se quedan muy, pero que muy, cortos.

Me tomo mi tiempo en la ducha, lo hago por varios motivos y uno de ellos es que mi hermano solucione la papeleta en la que se ha metido.

Cuando salgo, ya está vestido, y no hay rastro de Irene.

—Un *espantón* a tiempo, en ocasiones, es necesario.

—No quiero ser grosero.

—No, claro, es mejor ser gilipollas.

—Joder, Olivia, no creo que lo haya hecho con maldad.

—Tú defiéndela, que vas por mal camino.

—No la conoces.

—Tenemos que investigar, me dijiste que lo harías.

—Pues como aún no hemos investigado —me dice remarcando la última palabra—, con más razón, no la conoces.

—Vale, vale —suelto alzando las manos—, tú sabrás dónde te metes, eres mayorcito.

Mi hermano sale de la cabaña sin decir nada más. Dirijo mis pasos hasta mi habitación, donde termino de vestirme. Cojo una chaqueta y saco un gorro de lana del armario, uno de color naranja, mi favorito. Tiene muchos años y está desgastado por el uso, pero no me importa. Solo por poder ponérmelo me gusta el invierno. En realidad, me gusta el invierno por muchos motivos, es como la tormenta que llega antes de la calma, que pretende borrar lo malo para dejar cabida al sol que trae la pureza de lo bueno.

Corro el visillo de la habitación y miro por la ventana. La lluvia ha

ganado en fuerza e intensidad y los goterones chocan contra el cristal, intentando conquistar todo a su paso. Puede que Antón tenga razón y yo esté equivocada. Es más, me resulta injusto por mi parte que le pida a Ethan que no juzgue sin preguntar primero, y yo esté haciendo exactamente eso con Irene sin siquiera haberme molestado en conocerla, no sería muy lógico y no predico con el ejemplo si actúo de esa forma.

En la mesilla de noche veo la libreta que Mérida metió en mi maleta y que descubrí al deshacerla. Me acerco y paso los dedos por encima de la tapa. Me siento al borde del colchón, la sujeto entre las manos y la abro de nuevo.

«No quiero que hagas una lista de propósitos como hice yo y que finalmente no me sirvió de nada, por lo menos la primera. Pero sí que me gustaría que hicieras una lista de deseos, porque tú siempre has sido de vivir el momento sin pensar en el mañana, pero Jacaranda tiene magia y seguro que todo eso que escribas se cumplirá».

Sonrío al leer de nuevo el mensaje escrito por mi hermana. Mi hermana...

No te das cuenta de lo que echas de menos a una persona hasta que no la tienes cerca, eso de: «no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes» es una verdad absoluta, como lo del chocolate de antes, igual.

Cojo el teléfono, aún con la sonrisa adornando mi gesto y marco su número.

—Olivia... —Su tierna voccecita al otro lado del teléfono hace que el sentimiento se incremente.

—Mérida, ¿qué tal todo?

—Todo bien, ¿y por ahí? ¿Ya te has ligado a algún monitor guaperas de esos que te gustan a ti?

—Psssss —gimoteo—. Siento decepcionarte, pero no.

—¡Anda ya! —se mofa.

—Te quedaste con el único chico guapo que había. —Mi hermana se carcajea a mi costa al otro lado de la línea—. Es en serio, bueno, no tanto...

—Es guapo, sí que lo es, pero que no te escuche porque entonces se pondrá en plan *machoman* y no habrá quién lo soporte, ya sabes cómo es.

—Ya, ya... Todos conocemos a Axel —admito.

—Bueno, cuéntame, ponme al día, tengo tiempo. ¿Y Antón?

—Lo he mandado a la cabaña vecina a buscar a Eli; me cae bien y espero que podamos tramar maldades.

—Tú y tus famosas operaciones...

—Exacto...—admito—, pero lo de ponerte de digna no te pega para nada,

porque bien que te apuntabas a un bombardeo, es más, fuiste tú la que sentaste precedente —la acuso.

—¡Qué bien lo pasamos! —exclama.

—Fue un verano increíble —admito.

—¿Y quién es Eli? —me pregunta cayendo en la cuenta de mi explicación anterior.

—Una monitoria nueva, te caería bien, es simpática. La cosa es que ella me cae bien, pero su hermano no tanto...

—¿Hermano? Necesito más detalles para poder centrarme.

—¿Cuánto tiempo tienes, Mérida?

—Mucho —me suelta.

Y me dispongo a contárselo todo con pelos y señales, para eso estamos las hermanas.

Capítulo 16

—En fin, que no soy santo de su devoción como puedes comprobar.

—Tampoco creo que hayas hecho nada tan malo como para que se comporte de esa manera contigo. Eres una lunática, pero controlada, no es necesario camisa de fuerza ni nada —se jacta mi hermana riendo entre dientes.

—¿Segura? —Escucho a Axel al fondo gritar.

—¿Tu novio está escuchando nuestra conversación?

—Ya ves...

—Bueno, me da igual. Ahora no quiero saber nada de él, porque es un ególatra de mierda y tiene la empatía en la punta del pulgar del pie derecho.

—Y es guapo, ¿a que sí?

—Como un jodido condenado. Pero yo puedo superarlo. Buscaré a otro sobre el que babear, Ethan queda descartado.

—Ya, ya... ¡Tú puedes!

—No percibo la energía positiva desde aquí, que lo sepas —protesto enfurruñada por su poca confianza en mí.

—Eso es por la distancia que hay entre tú y yo ahora mismo, pero sabes que yo confío en ti mucho.

—Mentirosa.

—Como una bellaca —finaliza riendo de nuevo—. Mantenme informada, ya sabes que me gusta tu vida amorosa, es muy divertida.

—Ya, a mí me gusta más la tuya, ya sabes...

—Ni de broma. No pienso entrar en detalles.

—¡Joooo! —me quejo gimoteando.

—¿Y Antón ya está más animado e integrado?

—Calla, calla, que tiene una montada el zanahorio. Resulta que sospecho que a Eli le gusta tu hermano, pero hay una chica; Irene se llama, y me cae mal, lo advierto desde ya, que no deja de perseguirlo, hasta tal punto que ha entrado dos veces en la cabaña, que sepamos, sin llamar. Tengo un mosqueo monumental con el asunto. Ya le he dicho a Antón que, o la pone él en su lugar, o lo haré yo, y no pienso ser para nada condescendiente. Es más, perderé los modales.

—Modales, lo que se dice modales, no es que tengas.

—Los pocos que tengo, hermanita.

—Bueno, voy a darte varios consejos al respecto, si es que los quieres.

—La de los consejos suelo ser yo —matizo—, pero... dispara.

—El primero es que dejes que Antón solucione su papeleta y no te metas en sus cosas, ya sabes cómo es.

—¿Gilipollas?

—No —resopla—. Receloso de su intimidad.

—Bueno, no es que se explye contándonos sus cosas, pero con alguna que otra copa se le va la lengua, te lo digo yo. —Yo y la sinceridad abrumadora y apabullante que ha hecho acto de presencia varias noches frente a la barra de un bar, eso también, pero me debo a mi secreto profesional y, por ello, guardo silencio al respecto.

—Deja que haga lo que crea conveniente, es mi consejo y nada de hacer de celestina, que nos conocemos.

—Lo dice la que se empeñó en juntar a varias parejas en agosto.

—Eso es ser buena persona.

—Lo mío también.

—Tú estás influenciada porque una te cae mal —resuelve.

—Obvio.

—Pues eso, que no te metas donde no te llaman. Y, con lo del chico guapo de patillas arrolladoras, sois compañeros de trabajo; es decir, profesionales, con lo cual... actúa como tal.

—Pienso cambiarme de grupo —le explico convencida.

—Eso demostrará que no eres madura.

—Al cuerno con la madurez, está sobrevalorada.

—Olivia... —Su tono suena a advertencia.

—Vale, vale, pero puede que, supongamos, alguien quiera cambiarse de clase; no seré yo la que se niegue...

—Sin coacción, Olivia, que nos conocemos, y eres una experta tergiversando las cosas.

—No, hermanita, nada de darle la vuelta a las cosas, es solo aprovechamiento de recursos...

—Y chantaje emocional —añade Mérida.

—Un poco solo. ¡Bah! ¡Qué coño! Mucho chantaje emocional.

—Por eso, nos conocemos, son muchos años juntas y mucha carga genética compartida —finaliza.

- Pensaba que ibas a decir que soy una carga para ti.
- Eso también —se burla.
- Ya me vengaré —le advierto.
- Tengo que dejarte —se despide.
- Y yo a ti, que seguro que mi nueva amiga ha llegado.
- Cuídate, Olivia, y mantenme informada.
- Oye, Mérida, lo de la libreta...
- Haz la lista, Olivia, sueña, que falta nos hace a todos.

Unos pequeños pitidos al otro lado del auricular me indican que mi hermana ha cortado la comunicación para no darme pie a protestar.

Me quedo embobada con el teléfono en la mano, pensando en las últimas palabras de mi hermana: soñar es gratis, soñar no cuesta nada, soñar nos hace felices.

Dejo el teléfono en la mesilla de noche y agarro con firmeza la libreta. Busco un bolígrafo, pero no lo encuentro. Salgo en dirección a la habitación de mi hermano. No ha llegado aún, así que me cuelo en su zanahoricueva y rebusco entre los cajones. Calzoncillos no le van a faltar porque se ha traído todos los que tenía y más. En fin.

Encuentro un bolígrafo dentro de la riñonera que tiene encima de la mesilla de noche y condones, condones también. Calzoncillos y condones, casi que prefiero no darle vueltas a esta extraña combinación porque es mi hermano y quiero obviar esos detalles que pueden causarme un verdadero desequilibrio mental.

Regreso a mi habitación y escucho voces en el porche. Camino de puntillas y miro por la ventana; mi hermano y Eli están sentados en el primer escalón, hablando. El vaho que sale de sus bocas indica que la temperatura debe de ser bastante baja, cosa que no percibo ahora mismo aquí dentro gracias a la bendita chimenea.

Regreso a la habitación y esta vez me siento en el suelo con la espalda apoyada en la cama, como cuando era una renacuaja y hacía eso con Mérida. Pasábamos tardes enteras recortando páginas de muñecas, vestidos, peinados y complementos..., y luego nos dedicábamos a vestir a las muñecas con esos trozos de folio. Nos encantaba jugar a eso, era una tontería, fíjate; una muñeca hecha de papel a la que se le colocaba hasta la ropa interior hecha con el mismo material. Cada semana nos compraban alguna hoja y pasábamos los fines de semana entretenidas con eso.

Mérida, que siempre ha sido algo más artista que yo, se aventuraba a

hacer sus propios diseños, y yo la ayudaba a recortarlos después. Esa era la parte buena de tener una hermana de la misma edad y con gustos similares, que nunca te faltaban cosas que hacer ni entretenimiento.

Luego crecimos, no nos separamos, ni mucho menos, pero maduramos. Elegimos cada una su camino; ella, los deportes, y yo, las energías renovables, que, en el fondo, no nos mantenía unidas, pero sí cerca. Todavía hoy nos sentamos en el suelo a hablar, a compartir nuestros problemas o, en el caso de mi hermana, a pedirme consejo sobre alguna cosa de esas que le suceden.

La echo de menos, y odio a Axel por ello —en sentido figurado, porque el bastardo me cae rematadamente bien—.

Abro de nuevo la pequeña libreta y me imagino a mi hermana cada vez que hacía lo propio con la suya. Era de esas que se metían con su hermana cuando adoptaba mi posición y, bolígrafo en mano, escribía algo en su libreta. Está mal, feo y es poco lógico comportarme así, pero me parecía extraño ver a una chica con edad de vivir, de ser libre y de probar cosas nuevas; sentada, escribiendo lo que ella tachaba como lista de propósitos y que versaba sobre eso: sobre planificar su futuro en vez de dejar que las cosas fluyesen, que el futuro fuese etéreo y que el descubrirlo dando pequeños pasos te dejase ese regusto de aventura que implica el dejarte llevar. Pero hasta en eso Mérida es cuadrículada, o era, porque no sé si fue el verano o Axel, o quizá la combinación de ambos, los que modificaron su vida por completo.

Y ahora las tornas cambian y soy yo la que siente el burbujeo en el estómago ante una hoja en blanco y un bolígrafo azul, porque hacer una lista no es sencillo, pero mucho menos cuando crees que es ridículo garabatear algo que no se va a cumplir.

No es que no me guste soñar, me gusta, claro que sí, como a cualquier humano que se precie, pero para lo que no estoy preparada es para escribir algo que luego sabes que no va a consumarse. Porque me gusta soñar y me gustan los imposibles, y esa es muy mala combinación.

—Allá vamos... —susurro.

«La lista de deseos de Olivia...

Deseo que... Deseo que esas patillas dejen de volverme loca».

Absurdo, ¿verdad? Lo es, hay que ser estúpida, y mucho, para desear algo tan banal y con tan poca profundidad. Es como si en tus manos cayese una lámpara mágica en la que se te conceden tres deseos y, en vez de pedir salud,

dinero y amor; pidieses un bocata de chorizo rojo, que, ojo; para gustos, colores, y la felicidad que se palpa en cada mordida si el pan es el adecuado y el chorizo selecto puede ser inigualable.

Y lo de las patillas tiene una explicación lógica y no es otra que, por mucho que me cueste reconocerlo; su actitud tan tosca, su gesto tan serio y su escasez de conversaciones banales han causado un leve estrago en mí. Trastorno que se ve eclipsado por su falta de empatía para conmigo. Vaya, como la vida misma o el chocolate del que os hablaba. Si ya lo dicen por ahí, Dios le da pan a quien no tiene dientes...

Capítulo 17

No me van los imposibles ni soy amante de las causas perdidas, me gustan las cosas absurdas y locas y la estupidez corre por mis venas, y esa es la combinación adecuada para saber qué debo y qué no debo hacer.

Tras escribir esa línea y tacharla como una adolescente que se da cuenta de lo vergonzoso que suena reconocer que te pone el chico malo de turno, el inalcanzable que solo sale con la animadora que agita los pompones con entusiasmo o el que se mete bajo las faldas de toda la que se pone por delante; me levanto y me encamino hasta la salida de la cabaña, donde presupongo que siguen Eli y mi hermano.

—¿Y Eli? —pregunto al darme cuenta de que mi hermano está tirado en el sofá con el móvil en la mano; buscando porno, probablemente.

—Ha vuelto a su cabaña, me dijo que se había olvidado de algo.

—¿La has asustado?

—¿Con qué se supone que la voy a asustar?

—Con la cantidad de condones que tienes en la riñonera, por ejemplo — finalizo.

—¿Has estado rebuscando entre mis cosas? —inquire con mala cara.

—Técnicamente, no.

—¿Y sin el técnicamente?

—Sin eso, sí.

—¿Y se puede saber el motivo?

—Buscaba un bolígrafo —me sincero. Mi hermano alza las cejas esperando que continúe con mi explicación, y a ello voy—. Hablé con Mérida y ya sabes cómo es, su entusiasmo es contagioso, y me puse con la lista esa de deseos.

—¿En serio? —afirmo—. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Si al final va a ser cierto eso de que este lugar es mágico. Pero sigo sin estar de acuerdo con que rebusques en mis cosas, ahora tendré que hacer lo propio con las tuyas.

—Vale, pero no te pongas mis braguitas, me daría asco.

—¡Bruja! —grita mientras salgo de la cabaña.

Mentiría, como una bellaca, para ser mucho más precisa en la descripción; si dijese que no me tiemblan las piernas al darme cuenta de que

tengo que ir en busca de Eli a su cabaña, la de él, la del chico de la mandíbula cuadrada y las patillas perfectas, justamente ese.

Los pasos se suceden y con ellos se incrementa mi temor. Sí, recelo a encontrarlo de nuevo enfadado y que de nuevo me haga su presa para contestarme borde y, aunque creo que la última vez que hablamos dejamos las cosas bastante claras; él por su lado, y yo por el mío, no sé qué sucederá.

Obviamente, toco en la puerta al llegar y espero a que alguien abra, rezando para que no sea él, pero el karma es así de hijo de perra, porque su figura aparece tras la madera.

—Vengo a buscar a Eli. —Sin saludo, sin florituras y sin adornos.

—Hola —me dice mientras se hace a un lado para que entre.

—No, gracias, aquí estoy bien, no quiero entrar en la guarida del lobo. — En otro momento, la broma me habría hecho gracia, bastante, si no fuese porque de verdad, tal y como me mira, me siento la presa. Me odia, ya os lo he dicho.

—Hace frío —me explica mirándome con intensidad—. No quiero ser el culpable de que te enfermes y no puedas trabajar.

—Esa no sería tu suerte —le suelto.

Sonríe al pillar mi sarcasmo y a la lista esa imaginaria donde aparecen sus patillas y su mandíbula voy a tener que añadir su sonrisa. Me cachis...

—Anda, pasa —me pide tirando de mi brazo.

Llevo una camisa de manga baja y, encima, un plumón, sin hacer mención a mi gorro de lana y mi bufanda a juego y juro que, aun con toda esa cantidad de tela cubriendo mi piel, he sentido el calor de la palma de su mano y ese calor ha viajado hasta donde no debe, ya me entendéis.

La cabaña es exactamente igual que la mía; los mismos muebles, la misma decoración y la chimenea encendida para mitigar el frío invernal que hace fuera.

—¿Tienes frío? —me pregunta con cordialidad—. Acércate a la chimenea. Eli viene ya, está en el baño.

Hago caso a su propuesta y me acerco a la chimenea. Me deshago del gorro, de la bufanda y del plumón porque las llamas hacen bien su trabajo y entro en calor rápido. Un pequeño escalofrío me recorre al notar el ascenso de la temperatura, por varios motivos, no solo por la chimenea.

—Gracias —murmuro.

—¿Quieres tomar algo mientras esperas? Eli no suele ser rápida. Cada vez que entra al baño, puede estar allí horas.

—Entonces mejor me voy. —Me giro para ir a recoger las prendas que me he quitado, pero Ethan no me lo permite. Sus dedos sujetan los míos. Clavo la vista ahí, justo donde ahora mismo arde mi piel, donde su piel recorre la mía en lo que interpreto como una suave caricia.

—No te vayas... —Ahora sus ojos me miran, me escrutan buscando algo, no sé el qué, pero algo, de eso sí que estoy segura—. Quiero pedirte disculpas.

Dejo que el embrujo que me había envuelto se disipe y me pongo en actitud defensiva de nuevo.

—¿Por qué se supone que tienes que pedirme disculpas?

—No te hagas la boba, Olivia, no te pega.

—Sabrás tú lo que me pega y lo que no, si ni siquiera me conoces.

—Cierto —corroborara.

—Te has creado una idea de mí solo por una tontería como ponerme en medio de la carretera delante de tu coche.

—Eso no fue una tontería para nada, pusiste en riesgo tu vida y la mía.

—Me hubiese quitado a tiempo —contratoco.

—Permíteme que lo dude.

—Vas a saber tú...

—Sé, claro que lo sé y mucho...

—Eres un engreído y un ególatra.

—¿Y qué más? —me provoca.

—Y un obtuso y... y... vanidoso y presuntuoso.

—Ajá..., ¿has terminado? —inquire sonriendo canalla.

—Y estúpido, eso también lo eres.

—¿Ya? —afirmo—. Pues dicho todo eso y aceptándolo, teniendo en cuenta que me lo merezco por mi actitud cuando no estabas haciendo nada malo, quiero pedirte disculpas. Ahora, pídemelo tú a mí.

—¿Perdona?

—Casi, te sobró una vocal.

—Serás... —Condenadamente sexi, eso es lo que es el muy bastardo.

—Estoy esperando, Olivia.

—No pienso pedirte perdón, es más, no voy a trabajar contigo, aunque te hayas disculpado.

—Lo harás, claro que lo harás —sentencia, rotundo.

—¿Quién coño te has creído que eres?

—Tu compañero.

—Pues eso, no eres nadie y, en caso de serlo, eres lo mismo que yo; un trabajador más. Y yo no trabajo con nadie que me trata como una basura. Ya sé que me odias.

Da un par de pasos hacia atrás, para tener un mejor ángulo y me observa. Me observa con intensidad y fijeza, con seguridad. Es de lo más extraña la combinación entre lo que muestra y lo que hace sentir.

—Yo no te odio, Olivia, no sé por qué piensas eso.

—¿Te parece suficiente argumento por cómo me tratas?

—Yo...

—Espera, espera, que te lo detallo: primero indiferencia, después indolencia, tras eso; no me miras, evitas saludarme, nos encontramos en el lago y parece que firmamos una tregua temporal que se ve disipada cuando, de nuevo, dejas de saludarme y, como no tienes suficiente, me tratas fatal por llevar a unas niñas al baño.

—¿Has acabado?

—Sí, creo que he hecho un buen resumen.

—Bien —finaliza.

—¿Bien? ¿Cómo que bien?

—Cállate, Olivia.

—Será si quiero...

—Quieres... —me provoca.

—No, no quiero.

—Sí que quieres...

—Te he dicho que no quiero —resuelvo.

—Eres, eres...

No termina la frase, tampoco me da opción a seguir defendiéndome, no me permite decir nada, solo abrir la boca para recibirlo, porque me besa. Me besa como si de verdad fuese el primer beso que he recibido en mi vida, me besa como si fuese la primera vez, la única, y me deshago, me deshago ante su contacto porque, aunque cueste reconocerlo, Ethan, cuando besa, es como cuando discute: intenso, ardiente y apremiante, y eso, eso es suficiente para que sus patillas vuelvan a estar en mi lista de deseos.

Capítulo 18

Un par de carraspeos nos sacan de nuestra ensoñación. Ambos separamos nuestras bocas con cierta reticencia y cruzamos una leve mirada antes de clavar la vista en el motivo de esa tos; nada más y nada menos que Eli, que nos mira con una de esas sonrisas tontas en la cara que dicen mucho más de lo que debe.

—¿Nos vamos? —me pregunta sin hacer alusión a nada de lo que acaba de gozarse.

—Ehhh, claro...

Miro una última vez a Ethan antes de ir en dirección a la salida y no sé qué piensa, ni siquiera sé qué es lo que acaba de suceder, si hasta hace unos minutos me odiaba o eso creía...

—¿Olivia? —me pregunta Eli.

—Ehhmm, ¿sí?

—¿Vas a salir sin abrigarte?

Sonrío como una estúpida al darme cuenta de que he dejado toda mi ropa de abrigo en la silla de la cocina.

—No, no, claro que no. —Regreso sobre mis pasos, abrumada, para qué mentir, y recojo mis cosas. Ethan las ha cogido antes de que yo llegase a su altura y me las tiende. Las sujeto y le doy las gracias antes de salir apresurada de la cabaña.

Espero a Eli por fuera, recomponiendo mi ropa y mi cuerpo, me atrevo a decir que esto último es lo que más labor me lleva.

Doy vueltas en círculo, nerviosa e inquieta, porque eso que acaba de suceder en esa cabaña ha estado mal, muy mal, o bien, demasiado bien; pero es extraño.

—¡Joder! —exclamo abrumada.

—Eso mismo digo yo, ¿qué ha sido eso?

—Ni idea, no tengo ni idea —afirmo mirándola directamente sin desviar la vista a pesar de que es insólito.

—¿No decías que mi hermano te odiaba?

—Sí, bueno, no... No sé.

—Pues, para odiarte, te ha besado.

—Sí, bueno, no... No sé... Eso ya lo he dicho, ¿no?

—Sí. —Sonríe abiertamente—. Sabía que Ethan no te odiaba, lo que no tenía claro es que quisiera besarte, no es de esos... Me resulta raro.

—¿De esos? Define «de esos...», porque esa frase ha sonado rara.

—De esos... de los que besan así, sin ton ni son.

—Oye... —me quejo—, eso ha vuelto a sonar mal, ¿cómo que sin ton ni son?

—No me malinterpretes, quiero decir que no suelo conocerle ligues ni rollos ni chicas con las que se besa; por conocerle, no le conozco ni chicas con las que vaya al cine.

—Puede que no vaya al cine y tampoco bese.

—Puede...

—¿Y qué hace en su tiempo libre?

—Pues lo típico, no sé; pasa mucho tiempo fuera de casa, se está construyendo una cabaña cerca de donde vivimos.

—¿En serio?

—Sí, cerca del río.

—¿De este río? —pregunto haciendo alusión al río que me dejó la mano helada.

—No —se carcajea Eli—, de otro río, uno más cerca de nuestro pueblo. A Ethan le gusta pasar tiempo solo, le gusta mucho y se ha dedicado en cuerpo y alma a construirse una cabaña de madera. Es su pasatiempo.

Miro al suelo y observo nuestros pasos e imagino a Ethan en el bosque, rodeado de una neblina espesa, sin camiseta, cargando madera para cortar y segar, dando forma a su cabaña, esa en la que compartirá luego momentos increíbles conectando con la naturaleza y sí, definitivamente, le queda bien la estampa.

—Ethan es...

—Ethan es increíble, Olivia, ya te darás cuenta de ello.

—Solo ha sido un beso, Eli, pero eso no quiere decir nada. Nada de nada —recalco.

—¿Y ha estado bien? —me pregunta.

—El maldito besa como un condenado.

Eli se carcajea y aplaude.

—Al final seremos cuñadas.

—Seguro que sí, pero no porque yo vaya a tener nada con Ethan, sino porque le pones ojitos a mi hermano, que crees que no me he dado cuenta.

—Antes estuve hablando un rato con él, cuando fui a buscarte.

—Lo sé —le explico—, escuché un ruido y me asomé, juro que no os espié. En cuanto vi que erais vosotros, dejé de fisgonear.

—Cotilla —me acusa entre risas.

—Un poco.

—Tu hermano es simpático y tiene algo...

—El zanahorio se hace querer —le explico mientras nos acercamos a la cabaña de Mariana.

—¿Zanahorio?

—El chiste fácil, como es pelirrojo...

—¿Y tú eres la zanahoria?

—No. —Me río—. Yo soy la bruja, así es como me llama el muy...

—Mola..., me mola vuestra relación.

—Y a mí, futura cuñada, y a mí.

Subimos los tres escalones que nos separan de la cabaña de Mariana y Paulina. En teoría, ella iba a venir a buscarme a la mía; pero, con el cambio de planes y la entrada al grupo de travesuras de Eli, he preferido reconducirlo, y venir nosotras.

—¿Qué hacemos aquí? —inquire Eli sin entender nada. Lógico también, teniendo en cuenta que la he traído y apenas he soltado prenda.

—Vamos a hacer fechorías.

—No, no, no —niega—. No quiero que me echen.

—Dicen que, si niegas tres veces seguidas, además de convertirse automáticamente en un sí, se te aparece la niña del espejo, como la del Bloody Mery.

—Tonterías.

—Déjate llevar —le pido.

—¿Como tú con mi hermano?

—Eso ha sido un golpe bajo... —le suelto.

—Perdón —se retracta.

—No, no te perdono, solo te perdonaré si me ayudas.

—Exactamente a qué.

—Ahora lo verás —comento mientras le guiño un ojo.

Mariana, despeinada, con una camisa medio roída y unos calcetines que presumen de cargar muchos lavados; aparece tras la puerta.

—¿Todavía no estás lista? —cuestiono al verla de esa guisa.

—Quedamos a las nueve, son menos cuarto, tengo tiempo de ponerme un

pantalón y ropa de abrigo.

—Y peinarlo —matizo.

—También —responde dándome la razón y tocándose el pelo desgreñado.

—Ella es Eli, mi futura cuñada, nos va a ayudar.

—¿Futura cuñada?

—¡Bah! Mi hermano y ella harán cositas, ya sabes... —añado.

—No le hagas caso —protesta Eli—, son imaginaciones tuyas, si somos futuras cuñadas puede que sea porque mi hermano y ella se acaban de besar y los he pillado —confiesa, mientras alza las cejas, victoriosa.

—Shhh, calla, que nos puede escuchar alguien, y tengo una reputación que mantener, no quiero que me tachen de facilona los primeros días.

—¿Solo los primeros?

—Solo —me mofo—. ¿Nos invitas a entrar?

—Claro, estás en tu casa. En vuestra casa —rectifica haciéndose a un lado.

—Bien. Saca la cerveza, el pan con chorizo y comencemos.

Capítulo 19

Las noches de verano daban pie a reunirnos al aire libre, pues era sencillo, una chaquetilla y algún repelente para los mosquitos bastaba; ahora, en cambio, es imposible plantearse eso sin asumir que la contraprestación es que se te caiga la nariz o que pierdas la sensibilidad en alguna falange —o en todas—.

Tras desprendernos de las prendas de abrigo y de los zapatos, tomamos asiento frente a la chimenea.

—Mi hermana se está bañando —nos cuenta Mariana.

—No pasa nada, puede apuntarse también. Veamos..., primero necesitamos información sobre ti.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Eli, que hasta ahora no tiene ni idea de nada, pero lo de las cervezas y el pan es obvio que la ha convencido por cómo engulle, la muy posesa.

—Mariana quiere un cambio de *look* —especifico.

—Un cambio radical —aclara la susodicha.

—Pues deberías empezar por depilarte las piernas... —Entre pan y pan, lechuga; en este caso: entre pan y chorizo, dedo que señala la pelambrea que tiene nuestra amiga Mariana en esas piernas.

—Aguanta el calor —dice con seriedad.

—¿Acaso eres un oso? —pregunto sorprendida al ver la cantidad de pelo que tiene en esas piernas, Jesucristo bendito—. Con eso te puedes hacer un visón.

—Puede que sea como los de Crepúsculo y se vaya a convertir en lobo y a imprimirse con alguien —se burla Eli, que entra al trapo.

—No le veo la gracia —se queja Mariana—. Soy tímida, y estáis hundiendo mi moral.

—Vale —concedo al ver su gesto apesadumbrado ante nuestras burlas sin maldad—, perdona —me disculpo—, pero es que esos pelos, chica... Pierdes todo tu sexapil por descuidar ciertos detalles.

—Nos lo vamos a pasar bien, ya verás —la consuela arrepentida Eli.

—Y, este cambio..., ¿por qué lo quieres hacer? —indago.

—O por quién... —averigua Eli.

—Cierto... —corroboro.

—Es que... me gusta un chico.

—¡Ajá! —grito, entusiasmada—. ¿Quién?

—Un chico de intercambio. —Si alguien posee el don de la oportunidad, es, sin duda, Paulina.

—¿Intercambio? —Miro fijamente a Mariana y sé que es cierto cuando baja la cabeza avergonzada.

—Exacto —afirma Paulina.

—¿Es guapo? —cuestiona Eli mientras sigue jalando pan como si no hubiese un mañana.

—¿Tú has comido algo hoy? A ver si el lobo vas a ser tú, a ver tus piernas —la pincho.

—Tengo hambre —se defiende—, y esto está de vicio. Y, para vuestra información —dice levantando el pantalón—, mis piernas están impolutas.

—Así van a quedar las tuyas —le expongo a Mariana—. A ver, Paulina, necesitamos tu ayuda.

—Ya me ha puesto al día Mariana, ¿qué necesitáis?

—Algo para cortar el seto —bromeo.

—No traje la segadora..., pero sí la máquina.

—¿La que arranca los pelos? —pregunta Eli.

—Sí —afirma Paulina.

—Le tengo miedo al ruido —admite Mariana.

—Pues no veas lo que duele, eso lo usan los chinos como tortura. El harakiri se queda corto en comparación con eso —le cuenta Eli que no se da cuenta, o no quiere hacerlo, de que la está asustando.

—¡Bah! Pamplinas, no les hagas caso, lo dicen para espantarte. Tú ni caso, que van a quedarte las piernas como el culito de un bebé.

—De un bebé, porque los demás culos también son peludos. Te digo ya que el del chico de intercambio también lo va a ser.

—He visto culos, a ver si os pensáis que soy una santa.

—Cara de pillas no tienes —matizo.

—Bueno, pero las que van de santas las matan callando, ¿no es así? —suelta Paulina que ha tomado asiento como nosotras, esto empieza a parecerse a un aquelarre de brujas.

—Tengo dudas sobre esa teoría —les explico—, porque yo no parezco una santa, pero lo soy —confieso. Todas, absolutamente todas, me miran, esperando a que me descojone, lo tengo claro; pero no lo hago porque hablo

en serio—. ¿Qué? —pregunto tras coger un trozo de pan con chorizo.

—Estás vacilando, ¿verdad? —me pregunta Eli.

—No, para nada, ¿por?

—Porque acabo de verte con mi hermano en una situación un tanto... ¿erótica? Y ahora dices que eres una santa...

—Eso no tiene nada de erótico, todavía si le hubiese cogido la berenjena y eso, pues entendería que tengas una idea bien distinta; sin embargo, ha sido un beso, un beso la hostia de bueno, pero solo eso. Es el nivel uno, cuando lleguemos al cinco, me cuentas.

—¿Y cuál es el cinco? —me pregunta Eli.

—El de la rima —admito con una sinceridad brutal.

—¡Qué asco! —se queja Mariana que ha pillado el asunto.

—Eso es porque no te lo han hecho bien —le explico—. Voy a parecer justamente lo que no quiero...

—Si lo dices por tu santidad, llegas tarde, hace un par de horas dejamos de pensar eso de ti; olvídate del beso porque nada tiene que ver.

—En realidad, creo que fue un impulso, uno que no me importaría repetir —admito—, porque, a ver, el asunto es que tu hermano —le explico dirigiéndome a Eli— se comporta muy raro conmigo, puede que sea así con todo el mundo porque tampoco lo conozco, pero me pone. Me pone cachonda, aunque hasta hace nada lo haya odiado. —Decido explicarles un poco la situación para que entiendan el motivo por el que acabo de confesar que tengo cierta animadversión hacia Ethan y, mientras engullimos y bebemos, todas asienten y me dan la razón.

—Yo le habría mordido —suelta Paulina ofendida.

—Oye, que es mi hermano —lo defiende Eli.

—Pero se comportó como un subnormal —le digo para que empatice un poco conmigo.

—Ya, ya, pero sigue siendo mi hermano, y me da pena.

—La pena no es la hermana del pene, y a mí me gustan los penes y no las penas —suelto con solemnidad.

—Te nombraría dueña y señora del mundo solo por esa frase —me explica Paulina entre risas.

—Si algún día gobierno el mundo, escribiré en piedra las fases, como hizo Moisés con los mandamientos.

—Eres una bestia —suelta Mariana.

—Y eso que no te he empezado a depilar las piernas. —Me río malvada

—. Yo que tú, me trataría con amor.

—Lo retiro. Eres todo amor y dulzura y no existe nadie con mejor corazón en el mundo que tú —susurra sonriendo abiertamente.

—Mejor, muchísimo mejor —la compenso lanzándole un beso.

—Retomando el tema en cuestión, si llegas a otra fase con mi hermano, no quiero saberlo.

—Ídem con el mío. Igualmente, no pasa nada, porque creo que fue una tontería del momento, ya sabes... —lo digo para tranquilizarlas a todas, porque están montándose una película que quizá no sea la adecuada y no quiero ese tipo de historias, pero juro y perjuro que ese beso que nos hemos dado, hace que me tiemblen las piernas aún. Y de besos sé, de otra cosa no, pero de besos... ¡Madre mía!

—Tontería o no, mejor vivir en la ignorancia —prosigue Eli.

—Da igual. Dejemos de chismorrear. Paulina, trae esa máquina infernal. Mariana, dale un largo trago a la cerveza y dame tus piernas. Vamos a comenzar la poda —bromeo.

—¿Me va a doler?

—Nooo, qué va. Eso es un cuento chino, no duele nada.

Asiente muy poco convencida y pone cara de ir en dirección al matadero que, más o menos, es lo mismo; exageración arriba, exageración abajo.

—No puedes gritar —le advierte Eli.

—Eso es que me va a doler —cuenta asustadilla.

—Eso nada, quién dijo miedo habiendo hospitales.

—Los hospitales quedan lejos.

—Pero Jake te puede curar, ¿no es enfermero?, puedes aprovechar la coyuntura y... —suelta Paulina.

No sé si tendremos que ir a la enfermería o no, pero no he hecho ni un cuarto de pierna, y Mariana ya está llorando.

—Para presumir hay que sufrir, Mariana —la animo—. Piensa en el enfermero y se te van a pasar todos los males.

Y espero que ese sea el único sufrimiento que nos traiga este mes, porque, a pesar de todo, las lágrimas también pueden ser de alegría, para todas, que reímos a carcajadas, aunque ahora mismo, teniendo en cuenta los tirones que la máquina infernal le está pegando, no creo que Mariana esté del todo de acuerdo con mi afirmación.

Capítulo 20

Tras dejar a Mariana con Paulina en la cama y descansando, eso sí, con las piernas limpias de pelillos, pero llenas de ronchones —porque, como ya he dicho, para presumir hay que sufrir—; Eli y yo salimos en dirección a nuestras cabañas.

—¡Joder! Hace mucho más frío que antes.

—Es tarde, estamos en invierno y en el bosque, lo raro es que fuese de otra forma —me confirma Eli.

—Oye, Eli, ¿qué edad tienes?

—¿Qué edad crees que tengo?

—Pues... —Me permito unos segundos para pensar sobre mi respuesta, no creo que Eli sea de esas que si no aciertas se lo tomen a mal, al contrario, siempre la veo llena de positividad y de buen rollo, y por eso me gusta tanto pasar tiempo con ella—, ¿veinticinco?

—Uyyyy, casi... —se carcajea—, veintiséis.

—Y, tu hermano..., ¿es mayor que tú?

Eli se carcajea con mucha más intensidad y la chisto, porque es de noche principalmente, pero por vergüenza también.

—Si lo que quieres es saber la edad de Ethan, me lo puedes preguntar directamente.

—Venga, ¿qué edad tiene tu hermano?

—Treinta. Nos llevamos cuatro años. Cumple treinta y uno en unas semanas. Mi madre estuvo de parto la noche de fin de año.

Ahora la que se carcajea soy yo.

—La pobre, terminó el año con dolor.

—Exacto, bromeamos con el asunto, pero está bien; celebramos la entrada del año y el cumple de Ethan juntos. Para él no fue tan divertido, porque no le tocaban tantos regalos, como estaban los Reyes tan cerca..., ya sabes.

—Normal —admito.

—Y, tú, ¿qué edad tienes?

Comenzamos a caminar despacio, alargando la conversación, porque estamos bien juntas y porque el diálogo es interesante. Sabía que Eli me iba a

gustar desde el mismo momento en que la conocí.

—¿Qué edad crees que tengo?

—Pues..., ¿la misma que yo? —pregunta dudosa.

—Casi... Un año menos.

—¡Bah! Eso no es nada.

—¿No soy muy joven?

—¿Para mi hermano? —se burla.

—No, tonta. —Me río—. Bueno, ya que lo dices...

—No hay quién te entienda; que si el beso es una tontería, que si no va a volver a pasar y ahora me dices esto.

—Por partes, el beso es una tontería, una exquisita y eso, pero empezaste tú, fuiste la que dijo lo de tu hermano. Que, vamos, para tu información, yo creo que para Antón tienes la edad perfecta.

—Ya, a ver si se deja querer.

—Créeme, mi hermano se deja, solo tienes que saber qué quieres con él y atacar. Mira que se te cuelan.

—Lo dices por Irene, ¿no? —me pregunta y la conversación se torna seria de nuevo.

—Sí, ¿te has dado cuenta? —cuestiono.

—Yo y medio *camping*. Irene es así.

—¿Una zorra entrometida? —Me gustan las palabrotas, está claro y los juicios de valor parece que también, pero solo en el caso de las que me caen mal, lo aviso para que no me crucifiquéis tan pronto, no obstante, la cosa es que lo de entrar a la cabaña sin llamar no se lo perdono.

—Sí, pero que nadie se entere de que te he dado la razón —se mofa—. La cosa es que ella se fija en alguien y, hasta que no lo consigue, no para. Es como su hermana.

—¿Hermana? ¿Qué hermana?

—Cristina es su hermana.

—¿La de la recepción que tiene cara de limón?

—Esa misma y, créeme, Olivia, la cara no es lo único que tiene agrio.

Llegamos a nuestras cabañas cuando estamos entrando en materia, y digo materia, porque la cosa se está poniendo interesante y me estoy enterando de cositas, pero debemos parar porque en el escalón están mi hermano y el suyo bebiendo a morro de una cerveza. Puñetero karma, destino, astros o como queráis llamarlo, ¿que alguien me explique cómo puede estar tan rematadamente guapo hasta despeinado? Y, no, no hablo del zanahorio.

Eli se acerca a su hermano, le da un tierno beso en la mejilla y toma asiento a su lado. Yo me acerco a Antón y le doy un puñetazo en el brazo. Como veis, el amor está sobrevalorado y eso.

Imito el gesto de Eli y me siento con mi hermano. Giro la cabeza, buscando la mirada de Ethan, pero no la encuentro. Mira al frente, mientras va dando pequeños sorbos a su bebida como si yo no existiera.

Por un momento me planteo lo que debe de estar pensando, si es verdad que para él ha estado tan bien como para mí lo que pasó antes y, lo más importante, si tiene tantas ganas de repetirlo como las que me embriagan a mí.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto para romper el incómodo silencio que se ha instalado entre los cuatro—. ¿Tramando algún plan sobre cómo acabar con el mundo?

—La de los planes eres tú —especifica Antón. Le doy un pequeño codazo para que se calle, no vaya a ser que se le escape algo que no deba y se enteren de que necesito información sobre esas dos arpías. Ya, ya lo sé, de nuevo hago juicios de valor, me cachis... ¡Qué mal me porto! ¿Querrá darme Ethan un par de azotes? ¿Y de embestidas?

—Es hora de dormir. —Ethan se incorpora y espera a que todos hagamos lo propio.

—Hasta mañana, compañero —se despide mi hermano—. Que descanses, Eli. —La susodicha esboza una sonrisa y le guiña un ojo, y mi hermano sonrío ante su gesto. No sé, pero me atrevo a decir que le baila el pene en el pantalón como la flamenca del wasap.

Un leve movimiento de cabeza hace las veces de despedida y, tras sacudir un poco el pantalón, que más que polvo tiene humedad por el frío que arrecia, prosigo mi camino hacia la cabaña.

—Olivia, ¿tienes un minuto?

Me giro y veo a Ethan plantado, jugando con la botella de cristal a cambiarla de mano.

—Claro —respondo. Eli y Antón respetan nuestro espacio y se marchan sin decir nada más, ya sabes, cuando no hay nada que decir, mejor guardar silencio—. Tú dirás...

—Quería comentarte una cosa...

Llamadlo intuición femenina, saber leer entre líneas o supremacía del sexo femenino, pero lo que va a decir estoy convencida de que no me va a gustar ni un ápice.

—Tú dirás... —repito al ver que está meditando sobre las palabras o la forma de soltarlas.

—Lo de antes... —Hace una breve pausa y, mientras, se dedica a mirar hacia donde el bosque se hace mucho más oscuro; donde esos árboles, que están sumidos en una completa calma y oscuridad, esconden un río que se escucha si le prestas suficiente atención a lo que nos rodea ahora mismo—. Lo de antes ha sido un error. —Vaya, tanto pensarlo para soltarlo así, sin florituras, directo a la yugular. No es que me sorprenda, aún no me queda claro si lo hace o no, pero cierto es que, en mi mente, mi cabeza, que suele ir por libre, imaginaba otro tipo de palabras y con otro tipo de intenciones, algo más cercano a: «ha sido la leche» o «el mejor beso que me han dado jamás» y no por esa supremacía que nombraba antes, ni mucho menos, sino porque me gustó, me gustó mucho y mentiría si dijese lo contrario.

—¿Te arrepientes? —le formulo la pregunta de forma tan directa como me ha dicho que ha errado.

Lo veo dudar y de nuevo mirar hacia el bosque.

—Sí —finaliza con decisión—. Me arrepiento —añade.

Ahora soy yo la que clava la vista en la espesura, por si me ayuda a que las palabras que se me atascan en la garganta fluyan de otra forma, no por montar el drama o por evitarlo, simplemente, porque no fui yo la que buscó ese beso, tampoco la que lo rechazó sin pudor alguno, no fui yo la que me apretaba contra su cuerpo para que el calor hiciera contraste con el frío del bosque ni la luz con la oscuridad de la noche, no fui yo la que decidió decir que era un error, pero sí la que lo definió como exquisito, abrasador y candente. Evidentemente, fui yo la que erré al pensar que se podría repetir y que era la forma de firmar la pipa de la paz, porque, a veces, un beso marca un antes y un después en todo y este no podría ser de otra forma.

Sonrío con cierta superioridad una vez vuelvo a clavar la vista en el chico de patillas recortadas y mandíbula recta que está frente a mí, esperando mi respuesta, mi juicio de valor y quizá mi desplante.

Vuelvo sobre mis pasos y le dejo atrás, allí, plantado, extrañado por mi comportamiento, por la escasez de palabras y lo comedido de mi gesto.

—¿No vas a decir nada?

—Cuando no hay nada que decir, mejor guardar silencio.

Un escalón, dos, tres, sujeto el pomo de la puerta y, antes de entrar, me permito la licencia de mirar hacia donde se encuentra Ethan parado. Sigue siendo rematadamente guapo y, aunque él no piense así, su sabor sigue

presente en mí y, no, no me arrepiento de ello.

Arrepiéntete de lo que has hecho, no de lo que has dejado de hacer.
Palabras sabias para una noche de invierno.

Capítulo 21

Antón no pronuncia palabra cuando entro en la cabaña, a pesar de que está sentado en el sillón con el móvil en la mano. Una burda excusa, porque, si lo conozco tanto como creo, estaba esperando a que volviese sana y salva, y no hablo en sentido figurado.

Imagino que, eso que Ethan le dijo esa misma mañana sobre Eli, haciendo alusión a que era su hermana, es recíproco, y que él bien pensaba lo mismo y no se molestaba en disimularlo, cosa que aún no sé si me gusta o me repele.

Me he levantado temprano y he vuelto al río. No podía dormir. Nunca he sido una dormilona, apenas necesito cinco o seis horas de descanso para estar bien y alguna que otra siesta si la cosa se pone muy mal, puede que en eso salga a mi padre que bien poco tiene de perezoso.

La cosa es que estaba confundida, aunque quisiera obviarlo de esa manera tan mía, en la que correr un tupido velo lo hacía menos rechazo y más imaginación, porque, si no pensaba en esas palabras que habían salido de su boca pasando antes por su cabeza, no pensaría que era un error y puede que nunca se hubiese dado ese beso y, por lo tanto, ahora no me sentiría fuera de lugar como lo hago.

Al hilo de la situación, tramé un plan mientras escuchaba el susurro del agua del río frente a mí, mientras devoraba una fruta roja que había cogido de ese manzano que sobrevivía al frío de una forma que no me explicaba y que, inconscientemente, quise pensar que estaba allí porque necesitaba estar tan solo como yo cuando mis pasos me trajeron hasta aquí.

Estaba descolocada, porque el rechazo duele y el arrepentimiento también, y de eso ya arrastraba yo bastante. Relaciones tóxicas había y yo tuve el placer de caer en alguna, quizá no de forma consciente y pecando de ingenua y joven. Lo lógico es que caer te enseñe a levantarte de la misma forma que gatear precede a los pasos. Pues eso, que hubo una época en la que me gustaban los malos, pero los de verdad, los que mojan las bragas — aunque estos siguen gustándome—, pero te llevan por un camino que no es el adecuado. La adolescencia es una época muy jodida, digan lo que digan. Lo bueno es que pruebas y te das cuenta de que no es exactamente lo que quieres, necesitas o buscas, y sigues tu camino, es lo bueno de hacer las cosas

con tiempo, quiero decir, y de tener dos dedos de frente, diría mi madre.

Parecía que no terminaba de encajar, aunque Mérida siempre me dijese que tenía la ansiada virtud de hacer amigos allá donde fuese y no era del todo incierto, pero era extraño, porque luego sentía que algo me fallaba, que necesitaba completar algo que no estaba, como este manzano con el que he intimado ahora y me ha dado uno de sus frutos a cambio de uno de mis pensamientos.

La naturaleza es sabia.

He tramado un plan y, mordisco tras mordisco, lo perfilo. No voy a dejar que me afecte más de lo necesario y yo soy consciente de que, si me lo propongo, lo conseguiré. Otra de las cosas que me he planteado y que ahora convertiré en deseo y, obviamente, estará en mi lista; será la de disfrutar de mi estancia sin pensar en nada que no sea el *camping*, las actividades, los chicos y las chicas que ahora se han convertido en mis amigas y cómplices de mis fechorías.

Lo de Ethan será tan efímero como fue nuestro beso, tan rápido como sus pasos huyendo de mí, ¿o fueron los míos huyendo de él? Da igual, sea como sea, no permitiré que nadie me arruine mi mes.

Bolígrafo en mano, libreta acompañándome, he pensado que cuidar de este manzano, que se siente tan solo como en ocasiones me siento yo, tiene que formar parte de mi lista, de la recién estrenada lista de deseos.

«Te vendré a ver siempre que pueda», es un mero susurro, pero sé que él me ha entendido y que cada día recompensará mi visita con un fruto suyo, y yo con un pensamiento mío; es lo justo y ese es el trato.

Dejando a un lado este pequeño momento, vuelvo a la cabaña para despertar a Antón e irnos a desayunar.

No pronuncia palabra sobre lo de anoche, tampoco hace falta, pues ambos sabemos que no es necesario hurgar en la llaga, pero me equivoqué y me precipité, una vez más, como cuando acepté ese dichoso —y arrollador— beso.

—¿Sabes si Eli sale con alguien?

Todavía con la taza que contiene el café con leche en mi boca, alzo la vista y lo veo entre sonriente y dudoso. Así es mi hermano.

—Hasta donde yo sé, no, con nadie, ¿por?

—No te hagas la bobita, que te sienta fatal y lo sabes.

—Me gusta que sea mi hermano el que me diga las cosas y no imaginarlas —ratifico.

—Me parece buena chica...

—¿Y? —lo interrumpo.

—Y no me importaría, ya sabes... —Guiño, guiño.

—¿Follar? No me queda claro si le gustan las zanahorias.

—¿Me estás diciendo que...?

—Me refiero a ti, que eres un zanahorio de pelo rojo. Podría llamarte pecoso, la verdad, tienes el *pack* completo —bromeo.

—Soy resultón y tu hermano, nos parecemos, ¿lo sabes?

—Lo del color del pelo puede ser mera casualidad —me mofo.

—Claro, claro... Entonces...

—Tienes vía libre.

—Es guapa —me dice mirando en dirección a la mesa donde se encuentran ella y Ethan sentados, uno enfrente del otro.

—Y buena niña.

Mi hermano simplemente asiente un par de veces mientras le da un último trago a su bebida y un mordisco a su cruasán relleno de crema pastelera.

—Oye..., lo de anoche...

—No quiero hablar de eso, Antón —zanjo.

Estoy convencida de que mi hermano es de esos que piensa que dar un pequeño espacio para reflexionar —y quien dice reflexionar, dice pasar del asunto en cuestión haciendo como si nada hubiese sucedido; un plan infalible, lo llamo yo— es lo mejor que puede hacer, básicamente, porque es lo que yo suelo hacer con él y con su vida privada.

—Dime solo si tengo que romper alguna pierna.

—No —niego—, ninguna.

—¿Y preparar algo de beber para que nos sentemos a confesar secretos?

—Por ahora, tampoco, aunque bien sabes que yo no soy de esas que rechaza un copazo.

—Otro indicio de que compartimos genética, Olivia —se burla.

—Cuestionable —contrataco—. ¿Has hablado con mamá?

—Ayer —confiesa—, la llamé para saber qué tal iba todo y, bien, no hay novedades.

—Están disfrutando de la vida sin nosotros y sin Mérida.

—Yo creo que nos echan de menos —me cuenta—, están acostumbrados a tenernos por allí dando la lata; Mérida se ha ido, y nosotros, aquí encerrados; currando, en vez de estar en las Maldivas con un copazo servido

en un vaso de esos enorme y dos frambuesas decorándolo.

—Enorme es la poca vergüenza que te gastas —le suelto.

—Visualízalo. Es lo único que me mantiene con vida —me suelta mirando por la ventana—. Va a llover. Llevamos aquí unos días y no cesa el mal tiempo.

—La estación del año es lo que tiene.

—¿No podías haberme llevado a otro sitio con arena blanca?

—No, lo que hay, te adaptarás. Puede que, si no hubiese venido, no tuvieses a una chica mona en tus pensamientos.

Mira de nuevo en dirección a la mesa, y yo hago lo mismo por pura inercia. Ethan me está mirando y, como si de nuevo me quemase algo, desvío la mirada. Si no lo veo, no tiene por qué volver a mi mente. «No te ha rechazado, sencillamente, no tenía que haber sucedido», me repito por inercia.

Sujeto la bandeja con los restos del desayuno y la deposito en el lugar correspondiente para facilitar el trabajo a mis compañeros de la cocina. Recuerdo a Mari Puri y a Mari Pili en verano, susurrando palabras que no debían de ser bonitas a todo aquel que no lo hiciera.

Siguiendo el consejo de Mérida y siendo todo lo profesional que puedo me dirijo rauda y veloz en busca de mi grupo para aprovechar la mañana con ellos.

Todos se encuentran ya sentados en la clase cuando llego, lo bueno de la organización de Jacaranda es que no hay detalle que no esté cuidado y siempre hay profes en los baños para ayudar, en los pasillos para guiar y en los cambios de actividad para acompañar. Supongo que eso se acentúa ahora teniendo en cuenta las circunstancias de los grupos de trabajo.

Al llegar a mi clase, me encuentro a Selena y Ona sentadas juntas, jugando a pillarse los pulgares mientras el resto de compañeros hace un corrillo sobre ellas y las animan. Hay dos bandos bien definidos, como la vida misma.

—No nos distraigas, profe, que estamos súper hiper mega requete concentradas y con ganas de ganar. Mi hermana y yo somos las campeonas en pillarnos los dedos.

Todos asienten cuando Selena me explica sus batallas en ese campo. Ona, por el contrario, sigue callada, luchando por la victoria.

Puede parecer una estupidez o quizá, como dice Antón, darle la importancia justa a cada cosa, pero ver a las dos hermanas así de

compenetradas me lleva al pasado, cuando éramos Mérida y yo las que hacíamos eso en nuestra habitación; con folios con los que diseñábamos vestidos, con partidas al parchís o con confesiones cuando la cosa fue madurando.

Creo que Mérida siempre ha sabido complementarme, y Selena y Ona parecen exactamente eso, un complemento la una de la otra.

Cuando supe que los grupos con los que teníamos que trabajar no eran como los del verano, tuve ciertas dudas y recelos; no miedo, eso nunca, porque parto de la base de que fácil, lo que se dice fácil, nunca jamás lo será, porque trabajas con personas y con caracteres, con complejidades y con situaciones y todo eso hace que seas o dejes de ser, simple y llanamente. Pero ahora, aquí sentada, colocándome en un bando y en otro a cada rato, vitoreando como el resto cuando se pillan un pulgar y rememorando los viejos tiempos; me parece que lo que importa es lo que siento y me siento completa y llena.

Si es que, al final, las personas nos complicamos. Deberíamos ser niños más a menudo.

—Me toca —grito emocionada al ver que ellas han acabado. Ha ganado Ona, y me sitúo frente a ella—. ¿Preparada? —no me contesta—. Bien, porque te advierto que soy implacable. —Ella sonrío y, aunque no hable, su cara es lenguaje universal.

Capítulo 22

Nos pegamos mucho rato haciendo justamente esto, lo que nos apetece, sin seguir unas pautas, pero cumpliendo normas. Si lo que teníamos que hacer era jugar a juegos de mesa, ¿qué mejor forma de hacerlo que con las manos? Esto cuenta igual.

La primera vez que alzo la cabeza lo veo allí plantado, y sigue siendo rematadamente seductor y causando ese efecto en mí, justo ese.

—Vaya... —susurro, asombrada, por él y por mi reacción, por la unión de ambas sensaciones y el tambaleo que suponen.

Cruzamos la mirada, pero seguimos con la pelea de pulgares que tanto revuelo está causando en todo el grupo.

—¡Tendríamos que hacer un campeonato de guerra de pulgares! —grita Selena, entusiasmada.

—Tú lo que quieres es ganar —le contesta uno de los chicos del grupo, uno de los que anima a Ona, que ahora mismo se bate en duelo con Ethan.

—Claro —admite batiendo sus largas pestañas—. Soy la mejor. —Ona alza la cabeza y le lanza una mirada reprobatoria que la hace rectificar—. Somos, somos —suelta sonriendo—. Mi mamá siempre nos enseñó a ganar, nos decía que teníamos que dar lo mejor de nosotras para conseguir lo que nos propusiéramos, mi papá era algo más..., ¿cómo se dice?

—¿Qué intentas decirme? —pregunto mientras me siento sobre una mesa que hay libre frente a una pizarra.

—Que nos daba un consejo para que hiciéramos las cosas y que fuesen fáciles de conseguir.

—Práctico, yo diría que quieres decir práctico —susurra Ethan que se ha sentado a mi lado. Muevo el culo hacia la derecha y me quedo pegada al filo de la mesa, me mira y se acerca hasta quedar pegado a mí de nuevo. Puto loco psicópata cambia opinión con patillas perfectas y mandíbula cuadrada. ¿Se me está olvidando todo ahora que lo tengo al lado? «Disfrutar, no dejar que nadie te amargue los treinta días de invierno y llevarle para que le vea un psicólogo porque a eso yo lo llamo trastorno de personalidad».

—Práctico —repite Selena mientras dibuja en la pizarra una sirenita—. Él nos enseñaba a hacer trampas, nos decía cómo teníamos que hacer las cosas

para acabar antes y a tirarle la lechuga al hámster para que mamá no viese que no nos la habíamos comido.

Sonrío mucho al escuchar sus palabras y comienzo a chocar mis uñas contra la parte baja de la mesa por puros nervios, es lo que hay, no soy de piedra, y sigue muy cerca.

—La lechuga es sana, que no me entere yo de que se la echas a los animales —bromea Ethan.

—¡Me has pillado! —suelta.

—¿Y cuánto...?

—Dos años. Bueno, o eso es lo que dicen las profes del cole al que vamos. Son monjas, no profes, pero Ona y yo preferimos pensar que son profes. Ona no habla, pero yo sé que piensa lo mismo que yo, porque somos hermanas y las hermanas pensamos igual.

—No siempre —le rebato con conocimiento de causa.

—¿Tú tienes hermanas? —Selena se gira y me mira con una sonrisa perenne en la cara, diría que busca sentirse conectada con alguien, en este caso, conmigo; empatía lo llaman.

—Una, gemela; pelirroja, como yo, y tiene pecas. —Sé que Ethan me está mirando y que escucha con atención mi narración—. Y un hermano, es profe del *camping*, seguro que coincides con él en alguna ocasión, diría que es el único pelirrojo que hay.

—Me gusta el color rojo.

—Es el color de la pasión —musita Ethan. Un leve escalofrío me recorre la espina dorsal al sentir sus palabras; es como si esas seis palabras unidas tuviesen una conexión con mis nervios y los multiplicasen por mil, por un millón o por un trillón.

La negación es el primer paso.

No me gusta.

No me atrae.

No me pone *perraca*.

No me parece un loco pirado con trastorno de personalidad.

No, no, no.

¿O sí?

—Es el color del amor —suelta Selena convencida.

Trago con fuerza, como si de esa manera fuese a cambiar la sensación que me embriaga y pudiese seguir haciendo ejercicios de negación, de esos que se me dan bien formular, pero de forma pésima seguir, porque todo eso que

acabo de negar está más próximo a ser una afirmación.

—Se te da muy bien dibujar —suelto intentando cambiar el tema por completo.

—Ona es la que dibuja superbién. Ella me enseñó a hacerlo así —me explica mientras me señala el dibujo acabado que decora la pizarra.

—Quizá podríamos hacer un mural, en teoría, la clase es de juegos de mesa, podemos ir alternando el mural con echarnos unas partidas al bingo, ¿qué te parece? —cuestiono mirando a Ethan y buscando su asentimiento.

—A Ona le encantaría, a ella le gusta mucho pintar.

—¿Qué opinas? —pregunto de nuevo al ver que no me ha respondido.

Haciendo alarde de sus formas tan poco convencionales y, si nos ponemos quisquillosas, de tan mal gusto; Ethan se incorpora y se marcha sin decir nada más.

—Creo que al profe no le ha hecho gracia tu idea —me dice.

Creo que el profe es gilipollas.

—No pasa nada, lo convenceré —le explico mientras le dedico una amplia sonrisa que la reconforte.

Una vez finalizada la clase y con ganas de romperme —y romperle— la cabeza contra la primera pared que no ceda, me encamino a la cabaña. Tengo un rato antes de tener que acudir al comedor para ayudar con el almuerzo.

Decido tirar de agenda y llamar a mi hermana.

El teléfono da varios tonos, pero nadie me contesta al otro lado. Me tiro en el sofá, mientras le doy vueltas a la cabeza y sé que es sin necesidad, porque estoy segura de que no la hay.

Un par de toques en la puerta me hacen incorporarme. Tras la madera y abrigada hasta el tuétano me encuentro a Eli con cara de frío, pero con su sonrisa perpetua siempre enmarcándole el rostro.

—¿Qué te cuentas? —Echa un breve recorrido a la habitación y se da cuenta de que estoy sola—. No, no está, pero entra.

—Venía a verte a ti, te vi salir rápido de la clase y me atrevo a decir que las piernas te llegaban al culo y no es que seas especialmente alta.

—Estoy enfadada por culpa de... —Mi teléfono comienza a sonar y en la pantalla leo el nombre de mi hermana—. Mérida. —Respiro con fuerza justo después de pronunciar su nombre.

—¿Qué pasa? —me pregunta al descolgar.

—Yo me voy —suelta Eli.

—Espera, Mérida. —Coloco la mano delante del auricular y le hablo a Eli

—. No hace falta que te vayas, te lo iba a contar a ti también, así que pongo el
manos libres.

—¿Manos libres? —pregunta mi hermana—. ¿Con quién estás?

—Con Eli, tu futura cuñada —bromeo—. Está loca por los huesos de
Antón y mira que tiene porque flaquito, lo que se dice flaquito, no está.

—Entonces lo que tiene es carne —me corrige Eli.

—Shhh —la chisto—. ¿Ves? Está tan loca por él que ya lo defiende,
empieza a no ver sus defectos, como tú con Axel.

—Axel no tiene defectos —me corrige—. Ahh, y hola, Eli —saluda
Mérida.

—Hola, Mérida —repite Eli con voz tímida.

—Se ha sonrojado un poco —le cuento a mi hermana para darle los
detalles que la llamada obvia.

—Entonces es como yo.

—Igualitas —afirmo sonriendo—. Tengo un problema —directa al grano.

—Ya, como las personas normales —ironiza mi hermana.

—Tú no, porque estás en tu vida perfecta, con tu chico perfecto, del que
no sueltas prenda a pesar de que antes me lo contabas todo, y los demás seres
mortales tenemos muchas cosas encima.

—Está exagerando —le cuenta Eli.

—Pero ¿tú de qué lado estás? —inquiero poniendo los brazos en jarras.

—Del lado de la verdad —dictamina con firmeza. Si es que ahora lo
entiendo, se parecen, son hermanos, algún ramalazo tenía que tener de él. Es
la genética, como mis pecas y mi pelo rojo, mi sexapil, lo lógico que también
han heredados estos cafres que tengo por hermanos.

—Es Ethan —zanjo para centrar la atención en lo que nos atañe antes de
tener que cortar la llamada y regresar al trabajo.

—¿Mi hermano?

—¿Otra vez?

—Yes, *babies*, tal cual.

—¿Vas a criticar de Ethan delante de su hermana? —interpela Mérida
atenta.

—Es nuestra futura cuñada, no creo que pase nada.

—Eso no lo sabemos —matiza Mérida haciendo alarde de su
característica sensatez—. Perdóname, Eli, pero entiendo que no sabemos qué
va a pasar, que por mí guay que te cases con mi hermano, que buena falta le
hace centrarse en esta vida y no ir saltando de flor en flor; pero, claro, apenas

lleváis unos días ahí, y a mi hermana le gusta mucho una fiesta y una exageración. Estoy segura de que ya ha hecho mogollón de planes en su cabeza sobre las opciones y no opciones de lo que quiera que le haya pasado hoy.

—*Yes, baby* —repito con sorna.

—Tranquila, te entiendo. Vamos a dejar que se explique y luego ya opinamos, ¿vale? —Lo que yo digo, hará buenas migas con Mérida porque las dos parecen sacadas del mismo útero.

Capítulo 23

Les hago un breve, pero minucioso, resumen sobre el beso —EL BESO, señoras y señores—, y su posterior rechazo —EL RECHAZO—, porque puestos a matizar hay que hacerlo bien, las cosas por su nombre.

—Así que creo que la verdad de todo esto es que es un psicópata encerrado en el cuerpo de un depredador sexual con pelo enmarañado y estilo casual mejor llevado que los de las chicas del anuncio del Fructis, con un rostro hecho para encandilar y con un cuerpo que, intuyo, será de infarto. ¿Cómo se llaman los animales esos que se supone que te enamoran hasta que te matan de un bocado?

—Los lobos —suelta Eli.

—Los lobos no enamoran, que sabemos todas que te comen sin pensar, justo como me gustaría que me hiciera tu hermano, pero paso de entrar en detalles escabrosos tan pronto que te me asustas y luego pasa lo que pasa; huyes, y me siento sola y abandonada en este *camping*.

—Creo que son las mantis religiosas —matiza Mérida.

—Si es que ya el nombre da pavor. Como Ethan, ¿a que su nombre suena a devorador?

—Exageras de nuevo —suelta Eli.

—Vale, un poco, es lo que hay, pero es que no lo entiendo. Y, luego, en esa clase, se sienta a mi lado, me rueda, y se pega de nuevo, para posteriormente irse sin despedirse, ¿quién coño es? Una mantis religiosa con polla. Lo veo claro.

—Mi hermano es raro, pero es buen tío.

—Y construye una cabaña, Mérida, ¿qué clase de tío hace eso? A parte de uno que me pone cachonda, porque eso ha quedado claro, ¿verdad?

—Tenía que haber ido contigo, me estoy perdiendo la diversión del invierno.

—Ya. ¿Venir a Jacaranda o follar? Me quedó bastante clara tu elección.

—Ya sabes que no lo hice por eso, sino por el trabajo —se defiende mi hermana.

—Lo sé y ya te he perdonado, pero me mola el chantaje emocional y buscarte las cosquillas, ya sabes.

—Yo también te quiero y te echo de menos, hermanita.

—Ainsss —logro balbucear.

—¿Y Antón? —me pregunta Mérida.

—Eso, eso, ¿y Antón?

—No sé qué pasa con Ethan, ¿y ya me preguntas por el zanahorio? Y, tú —acusó a Eli señalándola con el dedo índice—, no se supone que eres mi reciente amiga.

—Y futura cuñada —me aclara.

—También... y deberías apoyarme.

—Y te apoyo —me explica—, pero es que Ethan es así, necesita tiempo y espacio, es muy suyo, pero es un amor.

—Muy suyo... Esa frase seguro que la escuchan en los psiquiátricos todos los días, justo antes de ponerte la camisa de fuerza: «no me encierren ahí, no es que esté loco, es que soy muy mío».

—La frase «es muy suyo» la has tergiversado.

—Bla, bla, bla —protesto, enfurruñada por su actitud—. No me estás ayudando en nada de nada, en serio, Tú tampoco, Mérida —la acuso, señalando ahora al aparato.

—Estaba pensando en hacerme un bocata de chorizo y beberme una cerveza, por los viejos tiempos, solo nos falta Simona.

—Simona mola, pero Eli también, aunque ahora no tanto —susurro como si estuviese poseída por el espíritu de una niña mala y obstinada.

—¿Quién es Simona?

—Nuestra amiga, la conocimos en el *camping* del verano, en Jacaranda. Nos reuníamos en el bosque por las noches, comíamos pan con chorizo, tomábamos cerveza y tramábamos planes y maldades.

—A eso te refieres con lo de Mariana, ¿no? —me pregunta.

—Sí —asiento.

—¿Quién es Mariana?

—Mi plan del invierno; bueno, uno de ellos —matizo—. Quiere hacerse un cambio de *look* porque es mona, pero está descuidada. La hemos depilado y hemos tenido que comprar una desbrozadora Stihl porque eso que escondía bajo los pantalones térmicos era digno de un descendiente del *bigfoot*; pero no se lo cuentes, Mérida.

—Claro, ahora mismo descolgaré el teléfono y la llamaré para contarle que mi hermana acusa de psicópata a un chico, pero ella está muy bien de la azotea. Si es que la vida está llena de ironías, me queda claro. —Mi hermana

no suele tirar de sarcasmo, básicamente, porque no se le da demasiado, no se le da con los demás, porque lo que es conmigo, lo borda.

—¿Tú de qué lado estás, Mérida?

—Del lado de la lógica, ya sabes cómo soy.

—Una piraña —la insulto.

—Habla chucho que no te escucho... —canturrea para ignorarme.

—Retomando el tema y dejando de lado la estupidez transitoria a la que se ha sometido mi hermana por el embrujo del miembro viril de medidas descomunales de mi nuevo cuñado —ironizo a ver si le saco prenda a la susodicha, pero nada de nada, solo una sonrisilla que me demuestra que, efectivamente, algo bien potente se debe de gastar el jamelgo—, ese «muy suyo» es extraño.

—A ver, Olivia, piensa que cada persona tiene su forma de ser y su forma de enfrentarse a la vida. Tú puedes ser muy segura de ti y eso a veces también asusta y no solo eso, sino que Ethan es un chico que necesita ver las cosas claras y apenas sabe nada de ti, nada que no sea obvio y es que estás chalada y que tienes una parte sensible que no demuestras con facilidad.

—Pamplinas. Yo no soy sensible —la corrijo.

—Sí que lo eres, me lo ha contado.

—Mjaaaaa —balbuceo—, ¿te lo ha contado? —Eli asiente—, ¿ves, Mérida? Ella sabe mucho y me puede dar pistas.

—Las mismas que me puedes dar tú de Antón —se defiende con un ataque, por si no os habéis dado cuenta.

—Antón también es sensible —suelta Mérida.

—No tanto, la sensibilidad la tiene debajo del glande.

—No seas burra, Olivia —me reprende mi hermana.

—Era una broma, me lo habéis dejado a huevo.

—Tú conoces bien a Antón y has compartido con él muchas charlas y muchas noches.

—Frente a una copa —admito—, sí, Antón es buen tío y le quiero.

Me permito ponerme ñoña, algo que no suelo hacer muy a menudo o evito hacerlo delante de las personas. Soy de las que cree que las cosas que vives son las que te hacen ser lo que eres y que cada etapa que quemas se convierte en una nueva fase y, a veces, el desconocer las etapas y fases de las personas hacen que pienses que son de una forma cuando en realidad son de otra bien distinta.

No quiero defender a nadie; ni a Ethan ni a Antón, tampoco a Mérida,

como tampoco quise hacerlo con Adán en su día, aunque este último me cayese mal desde que lo conocí y juro por mi vida que le di la oportunidad de averiguar si él también había pasado por fases o etapas, de lo cual estoy segura, pero no hubo nada que me demostrase que no escondía más de lo que mostraba y que su mirada fuese sincera.

Estoy orgullosa de quién soy, de dónde estoy y de que todas esas fases y etapas me hayan traído hasta aquí, a esta familia, a Jacaranda y a conocer a personas como Eli o Mariana o incluso a Selena o a Ona, a todas ellas, y sé que su presencia en mi vida hará que me empape de ellas y que pueda cambiar algo, lo que sea, por muy ínfimo que resulte.

Lo reconozco, a veces me siento sola, perdida y sin rumbo fijo o estable. Admito que Mérida tiene cualidades que admiro, y que Antón se hace querer casi sin conocerlo, porque tiene una sonrisa en la cara, un silencio cuando lo necesitas y una pregunta que no quieres que formule, pero que te hace sentir que se preocupa y que está pendiente, y yo, yo me siento poca cosa en ocasiones.

Soy consciente de que sé enfrentarme a situaciones que quizá otra persona no sabría; como hacer muchos kilómetros para formar parte de un *camping* que resulta ser muy especial, convencer a tu hermano para que se suba al carro y adentrarte en el mundo de Jacaranda una vez más con otra banda sonora, con otra temperatura bien distinta y con sus hándicaps, con todo eso. Pero lo bueno —¡No! ¿Quién dice lo bueno? ¡Lo mejor!— es que sé que esta etapa, esta fase, o llamémoslo como queramos, que definiciones hay muchas; hará que mañana, cuando me levante, sea otra, mejor o peor, no lo sé; pero otra.

Y puede que eso sea lo que le pasa a Ethan, que es muy suyo, porque las fases, etapas, golpes y caricias le han transformado.

A veces, solo hay que recolocar la estructura para cambiar de forma. O darte un beso, a veces un beso también lo cambia todo.

Capítulo 24

Lo de los paseos por el río se han convertido en algo más que una mera costumbre o la forma en la que mato el tiempo hasta que los grupos comienzan a levantarse y el *camping* se ponga en marcha. Camino todas las mañanas, ataviada con mi gorro naranja y el pompón del mismo color, una bufanda y unas manoplas, hasta allí, hasta que me siento acucillada bajo el refugio que me proporciona el manzano y clavo mi vista en el agua. A veces dudo entre tocarla o no hacerlo, porque soy consciente de que está fría, algo bastante lógico si me paro a pensar en ello, pero me atrae... Es extraña la conexión que estableces con la naturaleza sin pensarlo.

En ocasiones, miro hacia el interior del bosque, porque creo escuchar el sonido de otros pasos que no son los míos; pero, siempre que sucede eso, le echo la culpa al frío, al crepitar de las ramas por el viento o a los pájaros que deciden madrugar tanto como yo y abandonar el interior de sus nidos o a la escasez de sueño y al cansancio que empiezo a arrastrar.

Dejo el corazón de la manzana cada mañana en el mismo lugar, porque he descubierto que algún pequeño ladrón lo recupera y supongo que da buena cuenta de él o eso me gusta pensar. Si no fuese el caso, imagino que las semillas germinarán en otro sitio y que este manzano tan bonito terminará expandiéndose y repoblando la zona.

Bastante poco entiendo yo de flores y de frutas o de las épocas en las que se da mejor una cosa u otra, estudié Energías Renovables y, sí, lo sé, acabé trabajando en todo menos en eso. Supervivencia, lo llamo yo; y, ser independiente, mi madre, que siempre nos decía que no nos iba a dar una paga cada semana, que era vergonzoso tener hijas de veintipocos años en casa sin oficio ni beneficio y con una paga que alimentase su vagancia.

Desde mi punto de vista, no era fomentar el desempleo en nuestra casa, porque Mérida tenía claro que quería trabajar, tan claro lo tenía que estaba ilusionada por entrar en Jacaranda, aunque le costase eso de presentarse el primer día o hacerle frente a un grupo de renacuajos que estaban más locos que yo.

Por otra parte, mi estilo de vida, mi carácter o mi forma de ver las cosas; tampoco me permitían eso de verme en casa y tener que tirar de la ayuda de

mis padres, ya me costaba bastante mientras hacía el grado, pero entendía que las prioridades eran las que eran y que debía intentar labrarme un futuro y eso pasaba primero por buscar mi lugar en él, conseguirlo o no era otro cantar.

Los primeros meses de clase fueron un poco descontrol total, descubrí que se me daba de fábula decirle a mi madre que iba a estudiar a casa de una compañera y que se me daba mucho mejor salir de jueves a domingo. El jueves lo tenía cubierto con la excusa, el viernes y el sábado también, para liberar la tensión que suponía el estrés y el agobio de las clases, y el domingo me escapaba por la ventana con la amenaza que le profesaba a Mérida para que me guardase el secreto o me cubriese si hiciera falta.

Me habría gustado que ella hubiese aprendido mis gestos, manías o alguna forma de responder muy mía y que se hiciese pasar por mí, pero tan iguales no somos, ni en carácter ni en físico, porque mi madre siempre nos diferenciaba, entiendo que ese radar lo tienen las madres con los hijos gemelos; pero yo, por ese entonces, flipaba porque mi madre era un hacha y me lo pasaba bomba con Antón porque él sí que la pifiaba y no lograba diferenciarnos, y me reía a su costa, obvio.

Mérida, que ya sabemos cómo es, procuraba no entrar al trapo con ese juego, pero a mí me encantaba y era mi pasatiempo favorito hasta que me hice mayor y las prioridades fueron otras bien distintas.

Fuera como fuese, salía mucho, me gustaba la noche y beber y lo que sucedía después de beber en algún baño, en una calle cualquiera o si nos colábamos en algún portal. A ver, a ver, no vayamos a pensar que era una ligera de cascos, que también, pero me gustaban los chicos, por ese entonces me gustaban mucho porque estaba descubriendo mi sexualidad y eso me molaba.

Lo malo de todo esto fue cuando conocí a ese chico en clase y digo a «ese» porque su nombre me produce rechazo aún con el tiempo que ha pasado. Creo que él es el culpable de que vuelva a ceder ante mis impulsos primarios y a dejar de lado lo que es el amor. Nunca me dijo que quisiera nada serio conmigo, eso no se lo puedo reprochar, pero tampoco me dijo que no lo quisiera, y yo —como otras tantas— era su pasatiempo, supongo que tenía un *planning* en el archivador, pegado justo debajo del horario de clase; lunes: matemáticas, química, física y Nuria, la de las tetas como balones. Sería algo así para él. Para mí, por el contrario, era algo más bien como: «por favor, que pasen los días y llegue el jueves —no era tan especial como para que me hubiese adjudicado el fin de semana, ahora lo sé, pero en ese

momento no—, que me llame por teléfono, que se encuentre conmigo en un baño y me haga de todo, de todo lo que se puede contar, pero no se debe...». Ese sería mi resumen y he ahí la gran diferencia entre el amor y el sexo.

Empecé a salir y lo demás vino solo; bajar las notas, suspender después de que los cinco raspados ya no diesen más de sí y a pasar de todo; de todo menos de beber, salir y follar.

Y así fue como Antón, advertido por Mérida, vino a buscarme una tarde a casa y me hizo un gesto con el dedo índice en el que me decía solo señalando con su falange —vaya una habilidad se gasta mi hermano— que me subiese en el coche, y yo le hice caso sin rechistar, porque es mi hermano y, aunque me metiese con él y me burlase todas las veces que no daba una a la hora de diferenciarnos, lo respetaba y, de hecho, así sigue siendo.

Acabamos en un bar, no podía ser de otra forma dada mi reciente y aflorada trayectoria, era eso o follar en un baño mugriento, porque eso es lo que yo hacía: ir a bares y follar en baños. A veces tenía suerte y acababa haciendo pleno al quince, la cosa es que lo del baño quedó relegado a segundo plano porque dudo que eso hubiese estado contemplado sin que nos acusasen de incesto o algo similar y porque mi hermano es guapo, pero me da asco imaginarlo en bolas.

—Parece que te gusta beber y no estudiar, pues bien, bebamos...

Recuerdo que me echó un sermón que se me hizo interminable, y yo..., yo aguanté la chapa con estoicidad y sin rechistar, por el respeto del que os he hablado y porque me lo merecía, por eso también.

—Yo...

Juro que quise justificarme, decirle que lo sentía o algo así, que estudiaría y que dejaría de beber y follar, pero lo iba a hacer por quedar bien, porque en ese momento me daba exactamente igual todo. Sí que sentía que estaba mal, que no iba todo bien y que mi hermano estaba enfadado. Fue una fase, no sé, una de esas que os he comentado que te cambian, una fase en la que me sentí una jodida mierda porque el chico que me gustaba no me hacía puto caso y me conformaba con follar con él los jueves. Fijaos hasta dónde llegaba lo absurdo de la situación que, a pesar de ser consciente de lo que significaba para él, es decir, lo mismo que una mierda pinchada en un palo o una vagina en lata; seguí conformándome con eso y me repetía que mejor eso que nada y, no, no es mejor eso que nada, no si no sabes canalizarlo y lo único que consigues es mirarte al espejo y que el reflejo que te devuelve no sea lo que eras tú, sino la imagen de la mierda comiéndote.

—Me da exactamente igual lo que hagas, Olivia, me da igual si bebes o si follas con cualquiera, ¿me entiendes? Me da igual, pero la verdad es que no lo esperaba de ti.

—Me tienes idealizada, Antón —le rebatí con altanería, ¡ja! Si es que hasta ser altiva me permití.

—No, Olivia, te equivocas una vez más, no te tengo idealizada. He vivido contigo, te he acunado, te he soplado de bebé para hacerte rabiarse y te tiraba de las trenzas para fastidiarte, y creciste, de la noche a la mañana lo hiciste, como también lo hice yo o lo hizo Mérida, pero elegimos otra vía.

—Ya... —balbuceé sin poder añadir nada más que no fuese vergonzoso para ambos—. No te enfades, Antón, todos hemos hecho locuras.

—El problema es ese, Olivia, que no estoy enfadado, estoy decepcionado.

Y me dolió, me dolieron sus palabras y la forma en la que las dijo, el brillo que traspasaba su mirada conforme iba soltándolo, y eso, eso sigo teniéndolo grabado a fuego en mi mente. Si la noche hubiese tenido banda sonora, hubiese sido la de mi corazón rompiéndose en mil pedazos.

Dejé de ser la chica de los jueves, dejé de pasar de las clases y me limitaba a beber con Antón. No más excusas para salir, no de esas que fuesen mentira, nada de nada y me centré. Seguí siendo una loca a la que le gustaba follar —y le gusta—, pero empecé a hacerlo con cabeza y a abrirme a mi familia, a mi hermana y a Antón, y ese día en el que bebimos, confesamos y me rompí para después reconstruirme; se convirtió en que una semana después fui a buscarlo yo a él, le señalé con el dedo índice su coche y entendió que se tenía que subir.

—¿A dónde vamos? —me preguntó al ver cómo aparcaba mi bicicleta en la pared del porche azul de casa de mis padres.

—A redimirnos —le dije.

Y ese día supe que el autoengaño hacía daño, pero la decepción de mi hermano dolía mucho más.

Y los jueves nos unieron, pero Jacaranda lo está haciendo mucho más.

Capítulo 25

A pesar de haber tenido la magnífica y maravillosa idea del mural, no me he atrevido en toda esta semana a ir al despacho de Luis y hablarlo con él, en parte, y aunque me joda reconocerlo, la culpa la tiene, cómo no, Ethan. Obvio que es de él, porque se empeñó en no contestar a mi última pregunta, y de eso hace ya días.

Comienzo a establecer una rutina en forma de trabajo, en mis clases nos dedicamos a hacer estiramientos, a intentar aprender a respirar, cosa que ni yo misma sé y que muchas veces lo hago por mera supervivencia y a jugar al bingo apostando garbanzos.

Una vez terminamos esa rutina diaria, me di cuenta de que se nos estaba dando realmente bien.

Muchas veces, terminamos sentados en esa clase de yoga que tengo que dar, formando un círculo, con las palmas de las manos extendidas y tocando la del otro y sencillamente hablando. Es mi última clase del día y me encargo de hacer un balance de lo acaecido en esa jornada y ponemos en común las situaciones que se han dado, lo que hemos hecho bien y nos ha hecho sentir mejor, las veces que hemos sido buenos camaradas y aprovecho la ocasión para resolver algún que otro enfrentamiento entre compañeros, en la mayoría de los casos, son chorradas varias que no tienen importancia, pero que para ellos no es nada trivial.

Esta clase la doy sola. Lo normal es que tenga ayudantes, pero acordé que lo mejor era que estuviesen conmigo en solitario para poder calmarnos, así que pongo música relajante y nos dedicamos a charlar sentados.

Normalmente, Ona se sienta a mi derecha, como si ella fuese mi apoyo moral para cuando las cosas se complican y, aunque parece mentira, yo siento que me ayuda aun guardando silencio.

Me he propuesto que, al acabar esta clase, no dejaría que pasasen más días sin hablar con Luis del asunto del mural. Uno de los motivos es que necesitamos tiempo para hacerlo, y ese debería ser el principal, pero me jode reconocer que me he cansado de no hacer las cosas tal y como yo quiero simplemente porque Ethan no me ha concedido su beneplácito.

Así que hoy, antes de salir de la cabaña, he cogido mi libreta y he añadido

a mi lista de deseos algo mucho más terrenal: «conseguir que no me afecte en nada la indiferencia del chico frío y distante en el cual se ha convertido Ethan».

Me resulta abrumador y contradictorio a partes iguales que ese beso que nos dimos haya logrado distanciarnos de la forma en la que lo ha hecho.

No me atrevo a preguntarle nada a Eli, aunque me muero de ganas de hacerlo, pero tengo claro que darle vueltas a este asunto no me traerá nada bueno, nada que no sea un nuevo quebradero y consiguiente dolor de cabeza.

Lo que pasa es que me descoloca y no hay nada que resulte más excitante —aparte de lo lógico y que no me voy a poner a detallar— que alguien se convierta en un reto y está clara la cosa: me encuentro en medio de un parador, en el bosque, en invierno, con mucho frío y rodeada de gotas de lluvia cada día, conviviendo con mi hermano, que a veces puede resultar insufrible, y sin televisión en la habitación, solo en la sala común, ¿y eso en qué se traduce? En que Ethan es todo un reto para mí y he descubierto que me gusta tanto indagar, levantar hipótesis y posteriormente echarlas abajo para buscar nuevas, como si de las mejores inspectoras de homicidios se tratase. Que se quite Horatio que viene Olivia.

—¿Me estás escuchando, profe? —La voz de Selena me hace volver a pisar la tierra y dejar los mundos de las series de televisión; esas en las que me veía con un cinturón monísimo, la pistola que sabría cargar y con la puntería de Billy el Niño, dispuesta a meter entre rejas a todos los que hiciesen de las suyas. Si es que lo mío no son las energías renovables, sino ser directora de cine. Ganaría más dinero, eso seguro.

—Claro, claro, ¿cómo no te voy a escuchar? Yo siempre escucho. —Tengo que disimular y dar ejemplo, las dos cosas son de vital importancia y rezo porque no me haga preguntas al respecto, porque entonces la cosa se pondrá fea y tendré que tirar de recursos de invención.

—Diego no quiere que seamos novios, dice que tiene que pensárselo, y no entiendo por qué.

El supuesto Diego es un niño que se sienta un par de sitios más allá y que su enfado es bastante notorio porque tiene los brazos cruzados.

—¿Esperáis que os aconseje sobre eso?

—No, claro que no —zanja Diego.

—Por supuesto que sí, porque no me quiere decir el motivo por el que se lo tiene que pensar.

Si siempre lo he dicho, las mujeres somos seres racionales por naturaleza,

es algo que va en nuestra genética y que no podemos obviar porque no seríamos nosotras. Es como Eli, que sé que le está dando vueltas a la forma en la que debe decirle a Antón que le apetece dar un paseo o el motivo por el que Antón todavía no se lo ha dicho a ella, pero sí que lo ha hecho con Irene. Intuyo que lo racional que tenemos las mujeres no lo tienen los hombres —o por lo menos no todos—. Me imagino al zanahorio en la cabaña, pensando que quiere ñiqui ñiqui con Eli o con Irene, con la que se deje, aunque puestos a analizar y tirar de la racionalidad que nos caracteriza, a mi hermano le baila el ojo por Eli, puede que por eso esté yendo con más calma, por eso y porque se ha hecho íntimo de Ethan y tiene miedo a que le canee.

—Diego, ¿quieres decir algo al respecto?

—No. —Claro y conciso.

—Pero ¿por qué? —insiste Selena.

—A ver, no podemos obligar a nadie a gustarle, no podemos obligar a nadie a que nos dé una explicación que no quiere darnos... —Selena bufa, porque se está dando cuenta de que no tiene mi apoyo, y Diego sonrío victorioso porque piensa que sí—, pero..., todo siempre tiene un «pero»; yo, si fuese tú, Diego, le daría la explicación, aunque sea en privado —matizo para que no se sienta violento al tener que contar aquí, delante de todos, sus razones—, porque es lo mínimo que se necesita para estar tranquilo con uno mismo y dejar tranquila a la otra persona. Sois pequeños, pero estamos a tiempo de entender que la sinceridad siempre es el camino correcto.

Allí, todos sentados en círculo, hablando de amor desde tan pequeños, me hace sentir un tanto extraña. No sé si se nos educa de una forma o si es que ya desde pequeños nos damos cuenta de que el amor es uno de esos sentimientos que no se pueden controlar, no sé si va implícito en las películas que vemos, en las marionetas del parque que disfrutamos apenas con balbuceos mientras nuestros padres nos prodigan carantoñas o si es que es inevitable caer rendidos ante ese sentimiento que tanta magnitud esconde; no lo sé. Solo sé que tienen ocho años y que muchos se sienten bien con otros y que el amor del verano no se olvida, pero hoy me he dado cuenta de que el del invierno tampoco.

Comienza a atardecer cuando me encamino con decisión a buscar a Luis. No me siento inquieta, ni mucho menos, estoy bien porque creo que es una gran propuesta y que hará felices a los niños, el participar y el ver que el resultado de su esfuerzo se traduce en un dibujo que se puede compartir con el resto.

He tanteado en clase la posibilidad de hacer la actividad y de sustituir el baile por eso, al fin y al cabo, mientras jugamos al bingo o al parchís, ponemos música y siempre terminamos comiéndonos fichas a escondidas, moviendo un par de casillas de más y bailando la macarena, porque a eso se ha aficionado mi grupo, a menear el cuerpo al compás de Los del Río, lo próximo será *La Bomba*, de King África.

Todavía sin quitarme el gorro de lana, accedo a la cabaña central, donde se encuentran los despachos. Cristina alza la vista, frunce el ceño y me escruta con la mirada.

—¿Qué necesitas? —No es una pregunta extraña, ni siquiera es una pregunta que no se pueda hacer normalmente, pero su tono, el tono con el que la formula, me produce pavor y rechazo.

—Quería ver a Luis —le pido con educación y cordialidad. A pesar de que tampoco ella es santo de mi devoción, no hay que perder las formas.

—¿Tienes cita?

¿Quién cojones pide cita para ver al director del sitio en el que trabajas?

—No —me sincero—. No pensé que hubiese que coger cita.

Tampoco lo entiendo.

—Pues Luis, sin cita, no atiende. —Vuelve a sus quehaceres, que para mí que lo que hace es mirar la pantalla del ordenador mientras juega al *Candy Crush*, seguro que tiene desconectado el sonido para que no la pille nadie.

Carraspeo suavemente para relajarme y que me preste atención de nuevo, y para no arrancarle el pelo, porque me cae mal, ¿vale? Y yo es que a veces soy muy poco comedida y muy explosiva.

—¿Podrías preguntarle si tiene un minuto para atenderme?

Cristina sonrío sin mirarme siquiera, pero no lo hace con empatía, con educación o de forma que me haga sentir bien y en paz; no, sonrío como una bellaca que trama maldades y el foco de ellas soy yo.

Prosigue en el ordenador y me acerco más al mostrador, por si en el reflejo puedo ver algo que me valga de excusa para acusarla de lo que sea; de mala pécora, de impuntual, de comprar *on line* en horario de trabajo o de ser un fantasma reencarnado en el cuerpo de una rubia de bote rollo morenote. Lo que sea, me es indiferente.

—La primera cita disponible es pasado mañana.

¿Perdona? Si me dirigiese siquiera una leve mirada, vería que mis ojos se han abierto de par en par y que me he quedado petrificada.

—¿Cómo que pasado mañana? —Debo de pasar por varios estados de

estupor mientras ella sigue con su sonrisa malvada.

—Lo que escuchas, ¿te lo repito? ¿O prefieres un dibujo?

Salgo de allí hecha un basilisco sin contestaste absolutamente nada.

Puñetera perra infernal. Vómito de dinosaurio vegetariano. Arpía sin corazón sacada del inframundo...

Como mi hermano se enrolle con Irene, y tenga de concuña a Cristina, le corto la chorra.

Capítulo 26

Convoco una reunión urgente en la cabaña de Mariana. Ahora tenemos un grupo de wasap, lo tenemos ahora porque lo acabo de crear *in situ*, obvio, y lo he llamado: «Las brujas habitan entre nosotras». Poco original y nada rebuscado, pero muy al hilo de lo ocurrido.

Un par de pasos me separan de la cabaña de Mariana cuando decido entrar en la aplicación y añadir a dos participantes. Dudo durante un par de segundos y añado también a Paulina, puesto que el encuentro en cuestión se celebra en la cabaña que comparte con Mariana, así que...

—¿Qué es esto? —Aún sin incluir a la hermana de la chica que está plantada frente a mí, Mariana acude rauda y veloz a nuestro encuentro. Bueno, lo de rauda y veloz es un decir porque estamos en su cabaña.

—Una reunión importantísima, es como si con este grupo convocásemos un pacto secreto.

—¿Un pacto secreto? —inquire asombrada—. No pienso hacer vudú a nadie, yo paso de brujerías —matiza.

—A ver, el nombre del grupo no es por nosotras, no somos brujas, somos malvadas y tenemos algún que otro plan descabellado, pero no hacemos pócimas para acabar con nadie.

—Bien —aclara—. Y ¿quiénes se supone que son las brujas?

—Hazte a un lado, tenemos que esperar a que venga Eli para contarle todo.

Entro en su pequeña cabaña y lo veo todo desordenado.

—Es mi hermana —especifica antes de que se me salgan los ojos de las cuencas.

—Ya, pues a tu hermana no le gusta nada recoger, Mérida moriría entre terribles sufrimientos, y mi madre la habría echado de casa.

—Ya, mi madre también la amenaza con eso muchas veces, pero luego le da pena que viva debajo de un puente. Así que...

Paulina sale de su habitación con cara de haberse echado una siesta de lo más productiva, vamos, que tiene el pelo pegado a la mejilla, aún se pueden ver restos de baba en la comisura de sus labios y tiene la marca de la almohada en la frente. Sí, lo que yo digo, una sobada digna de reyes.

—¡Joder! Por lo menos límpiame la comisura del labio.

—Y recoge esto —le pide su hermana.

Ella solo asiente mientras se tira en el sofá para intentar ser persona y volver a la tierra.

—He creado un grupo de wasap.

—Odio los grupos, no me gusta el pitido ese que emite cada vez que llega un mensaje —protesta Mariana enfurruñada.

—Tú sabes que se pueden silenciar, ¿verdad?

—No —niega.

—¿En qué mundo vives, chica?

—En los mundos de Yupi —se burla su hermana que parece que ya reacciona, a pesar de seguir con el pelo pegado y esa cosa pegajosa cubriendo un lado de la barbilla. Puaggg, qué puto asco, colega.

—No tienes muchos grupos, ¿cierto?

—No —se sincera—. Ya sabes que soy un poco tímida.

—Ya, bueno, lo de tímida lo entiendo, pero ¡yo que sé!, todo el mundo tiene grupos.

—Ella no, la he intentado meter en algunos de esos pornográficos, pero sale a la primera de cambio —me cuenta Paulina mientras se incorpora y se acerca al pequeño refrigerador para coger una botella de agua y darle un largo sorbo—. Estaba seca.

—No me extraña, si todos tus fluidos se concentran ahí —le digo mientras señalo con un círculo su mejilla, parte de la barbilla y miedo me da la camiseta.

Lleva su mano hasta allí y toca el líquido viscoso.

—¡Qué asco! —protesta—. Y que nadie se haya dignado a decirme nada —nos reprocha.

—¡Pero si te lo acabo de decir! —exclamo yo atónita.

—No carbura cuando se levanta —me aclara Mariana sonriendo victoriosa por devolverle la pulla tras lo del wasap pornográfico.

—Ja, ja, qué chiste le ha salido a la hermana del *bigfoot*.

—Oye, que ya no tengo pelo —se disculpa Mariana.

—En las piernas, porque no le has visto las ingles.

—Ni quiero —expongo con cara de asco.

—Pues algo tendremos que hacer con su seto si queremos que chingue.

—¡Qué ordinaria eres cuando quieres, hija mía! —suelta Mariana tapándose la cara avergonzada.

—A ver, a ver, enseña eso.

Se hace un largo e incómodo silencio en la habitación. «Eso, eso...» resuena sin parar entre las cuatro paredes. Paulina se ríe malvada, como Cristina, pero sé que con mejor intención que la bruja esa. Mariana me mira estupefacta, creo que evalúa si realmente le he dicho lo que ella cree que le he dicho, y yo no sé ni por qué lo he dicho, pero a lo hecho pecho, si tenéis que llamar a un psiquiatra, por favor, que no sea el mismo que atiende a Ethan con su trastorno de personalidad.

—Estás hablando de coña, ¿verdad? Dime que sí, por todos los dioses habidos y por haber.

Esa que suplica es Paulina.

—Tenemos que ayudar a tu hermana a que haga algo con su vello corporal, sacarse partido, no sé.

—Por favor —suplica la hermana.

—Mariana... —Mi voz suena a advertencia, como cuando mi madre fregaba los platos en la cocina mientras yo protestaba porque no pensaba comerme la verdura guisada que me había puesto, por muy sana que me repitiese que era, lo que faltaba, ¿qué se creía ella que era? ¿Un conejo?—. No creo que sea para tanto, en serio... —suelto para tranquilizarla.

Mariana, ni corta ni perezosa, se arma de valor y se baja los pantalones y lo que quiera que tuviese debajo, y digo «lo que quiera» porque os voy a decir una cosa, yo para eso no estaba preparada. Intercambio miradas entre el seto —vamos a decirle seto por ser educadas— y Paulina, que se tapa la cara y mueve el cuerpo como si tuviese arcadas. Y yo..., yo me quedo sin habla porque tengo que decir mentiras y no ser cruel, no mucho.

—Pero ¿qué es eso que tienes entre las piernas? ¿Acaso el pelo que te quitamos el otro día lo recogiste con una pala y te lo pegaste con Poxipol en la entrepierna? —Suelta Eli que en ese momento llega haciendo una súper entrada triunfal y, para qué negarlo, rompiéndole en trocitos la moral de la pequeña Mariana, que así es como la veo ahora mismo. La pobre se agacha, sube sus pantalones y se tira en el sillón de mala forma.

—Mariana, perdona... —me disculpo.

—Lo siento, Mariana, pero entiendo que me meten en un grupo de wasap, me dicen que esto es de vida o muerte, y llego aquí y veo que de verdad eso que tienes ahí es de vida o muerte, estoy en *shock* anafiláctico —bromea Eli para quitarle hierro al asunto.

—No pasa nada —le explico—, eso lo quitamos en un pispás, y ya verás

qué rápido puedes darle uso. También hay que hacer algo con tus cejas y algún *peeling* para tu cara —explico ya metida en el ajo—. Necesito los utensilios necesarios para comenzar.

—Vale —afirma Paulina mientras se marcha en busca de lo que dejamos el otro día sin utilizar y que invertiremos en el gato; perdón, en la entrepuerta.

—¿Qué era eso tan importante? —me pregunta Eli.

Me siento frente a la chimenea que está encendida, me quito el gorro, la bufanda y me descalzo, moviendo los dedos para que vuelvan a la vida y noten el calor que emiten los troncos que están frente a nosotras. Mariana se sienta a un lado y de verdad que ahora parece que vamos a hacer una sesión de ouija y que las brujas somos nosotras.

—He ido a ver a Luis, se me ha ocurrido que, en vez de una clase de baile, como me habían asignado, podríamos hacer un mural y que todos los grupos participasen, algo así como dejar huella en Jacaranda.

—Pues me parece una idea que mola mucho, ¿qué te ha dicho Luis?

—Ese es el problema —respondo.

Paulina entra en ese momento y trae el neceser completo. Mariana se sacude, porque el otro día la pudimos engañar, pero ahora ya sabe lo que duele, menos mal que nada tiene que ver el dolor de las piernas con el de las ingles.

—Mejor saco un chupito de algo.

—¿Chupito? —pregunto confusa. Como eso sea cierto, me veo fuera de Jacaranda en menos que canta un gallo.

—Soy una ladrona experta —confiesa al sacar una botella de ginebra de la nevera.

—Dime que no habías rellenado la botella de agua que tomaste antes con eso —le pido.

—No, esto solo es para ocasiones especiales. Que beba mi hermana primero, mejor inconsciente que despierta.

—Bebe, cariño, mejor que bebas —la apura Eli.

Yo asiento ante las palabras de las chicas, y Mariana nos hace caso y se lo toma del tirón.

—Dale otro —le pido a Paulina mientras le tiendo el vaso de chupito vacío.

Mariana se lo bebe sin rechistar, de nuevo, aunque cierra los ojos y frunce el ceño. Rezo para que no pote, porque ya tengo bastante con tener que quitarle todo eso como para encima ver cómo echa hasta la primera papilla.

—¿Mejor? —le pregunta Eli conciliadora.

—Sabe a aguarrás —nos explica Mariana.

—Mejor. Ahora, tumbate y baja eso, anda, que tenemos que empezar.

—Me da miedo —declara.

—Y a mí, hija, y a mí.

El primer grito se escucha en casa de mi madre, que se encuentra en la otra punta del país. El segundo creo que lo oyen en Argentina, por suerte, no hay un tercero; creo que hemos perdido a Mariana.

Capítulo 27

Un par de reanimaciones cardiacas después, Mariana vuelve en sí, aunque lo de dejar de llorar no lo veo tan factible hasta dentro de unas semanas y, no, no exagero ni un ápice.

—La que debería estar lloriqueando soy yo, porque no he podido agarrarla del pelo y arrastrarla por todo el sendero, pero no el que está limpio, no, sino el de gravilla, el que tiene piedras afiladas como cuchillos. Es una perra —matizo por si no han pillado mis ganas de matarla.

—Te dije que Cristina es especial —suelta Eli con retintín.

—Especial soy yo, no te jode; especial, dice, lo que es, es una hija de la gran puta y perdón, pero estoy enfadada.

—No te lo tomes a mal, ella desprecia a todo el mundo, es así.

—Si tan bien la conoces, ¿por qué no me dijiste que me mantuviese alejada de sus zarpas?

—Bueno, te lo dije, quizá no con esas palabras exactas, pero quería decir que no te juntes con ella porque es...

—¿Chusma? —la corto.

—Un bicho —sugiere Eli algo más conciliadora.

—Estaba allí, ¿cómo no va a dejarme entrar a ver a Luis? Apuesto a que él, si lo hubiese sabido, me habría atendido un momentito.

—Seguro, Luis es un sol —suelta Mariana—. Es mi padre.

—Y el mío —matiza Paulina ya que está.

Iba a decir que todas miramos en dirección a Eli y Paulina, pero con todas quiero decir las que quedamos, que somos Eli y yo y estamos estupefactas.

—A Dios doy gracias de que nunca he dicho nada malo de él.

—Se lo contaría —me suelta Mariana riendo.

—Vale, veo que tu astucia ha regresado y que ya empiezas con las amenazas. Recuerda lo que hice por ti cuando estés haciendo guarradas con un chico entre tus piernas, da igual la guarrada que sea, pero siempre entre tus piernas —le explico mientras le guiño un ojo con descaro.

Paulina suelta una risilla, y Eli la acompaña.

—Ya sé lo que tienen que hacer los hombres, he estado con algunos —se defiende.

—¿Y te has corrido? Porque chica, con eso que tenías ahí dudo de que hayas notado nada, todas tus terminaciones nerviosas estaban tapadas por una espesa bruma negra llamada matojo de pelos.

—Exagerada —bromea Eli, que es muy suya, pero siempre defiende a todo el mundo, ya lo estoy viendo.

—Un poco —admito—, pero eso no puedes tenerlo así más.

—No pienso volver a pasar por esta tortura china, olvídame, me niego en rotundo.

—Pues te amarraremos a la cama y te lo haremos por la noche mientras duermas. —la amenaza.

—Esto dura un mes. —Le explica Eli para animarla.

—Un mes da para que salga algún pelo, ¿o es que piensas que esto es como hacerte el láser? —matizo con sinceridad.

—¿Esto no es indefinido? —cuestiona con cara de sorpresa.

—¿Eres de este planeta?

—¡Te estaba tomando el pelo! —se jacta mientras se ríe de todas nosotras en nuestra cara—. Pero nada de arrinconarme y obligarme o te acuso de violación capilar —se burla—. Y se lo digo a mi padre —finaliza.

—Mimimimi, soy una chivata, mimimimi —la remedo.

—Ahora te tengo pillada, esperaba a que soltases cosas sobre mi padre y contárselo todo, pero he confesado antes de lo previsto.

—Menos mal que soy una chica seria, comedida y responsable. —Se hace un largo silencio en el que solo se oye el retumbar de la lluvia contra los cristales del salón. Lloviendo otra vez—. ¿Por qué nadie dice nada? —rezongo.

—Porque esperamos a que admitas que eso es una mentira y que de santa tienes lo mismo que de tímida.

—Soy tímida —me defiendo.

—Tímido es mi hermano.

—Y psicópata —le rebato a Eli. Ella se ríe y me guiña un ojo con ternura, si es que se le coge cariño—. Y, decidme una cosa, si Luis es tu padre, ¿por qué no estebáis en verano en Jacaranda? No os vi por allí ni una sola vez. Y no solo eso, Laura es tu hermana...

—Lo es, es nuestra hermana. Estábamos en Londres, en una academia, perfeccionando el idioma, y mi hermana estaba intentando hacer algo con su vida amorosa, porque se coló por un chico de allí. Por eso quiere depilarse el entrecejo y el... lo que rima.

—¿Pellejo? —pregunta Eli. Paulina niega efusivamente.

—¿Pulpejo? —pregunta Mariana. Parece que esto ahora se ha convertido en un concurso o algo así.

—¡Conejo, es conejo! —grito—. ¿Cómo no ibais a saber qué palabra era? Si es obvio.

—Perdona, señorita yo-siempre-gano-en-la-ruleta-de-la-fortuna —me remeda Eli con cara de pocos amigos.

—Tienes mucho que aprender de mí. Y de Paulina, porque parece que ella es del lado oscuro. ¿Seguro que eres hija de Luis? —No digo nada de Laura, porque, aunque le tengo asco, Mariana y Paulina me caen bien.

—Seguro —confirma.

—¿Y crees que tu padre podrá atenderme mañana? —le pregunto—. No quiero ser pesada, pero la idea del mural me parece muy divertida y creo que a Ona le va a encantar. Me da pena, porque no habla desde que sucedió lo de sus padres y me siento extraña al no poder ayudarla.

—Te dije que no siempre sería fácil trabajar con estos chicos, porque cada uno tiene su losa y son pequeños para eso.

—La compañía es agradable, pero he quedado y tengo que irme —se despide Paulina mientras mira su pelo en el espejo para darle el visto bueno.

—Hasta después —le dice Mariana.

—Hasta más ver, chata. Cuidado con lo que haces.

—Espero no hacer nada bueno, solo cosas sucias y perversas.

—Cochina —la insulto entre risas.

—Pásalo bien —le suelta Eli.

—Lo intentaré —nos dice antes de guiñarnos un ojo con descaro.

—Retomando el tema —prosigo una vez Paulina abandona la cabaña—, ya tenía claro que no sería sencillo, pero eso no me preocupa. Me gusta lo que hago y me gusta este trabajo, no solo el entorno, me gustan los niños. Pero creo que sería mucho mejor si lo enfocásemos a actividades que les gusten a ellos también y lo del mural les va a encantar —repito llena de convicción—. Lo que pasa es que, si está Cristina, no me va a dejar entrar a hablar con él. Creo que me odia por algo. Es como Ethan, me odia por lo del coche.

—No digas eso jamás. —Se enfada Eli poniéndose en pie y todo—. Cristina no es como Ethan. Ethan es tierno y dulce, y ella tiene mal corazón.

—Tranquila —le pido poniéndome en pie al ver su enfado—. Sabes que no pienso que Ethan sea como ella, era una broma.

—Pues es una broma de mal gusto —me suelta ofuscada.

—¿Tú también la odias? —inquiero confusa.

—No la odio, no quiero saber lo que es esa palabra, pero sí te puedo decir que ella nunca, jamás, será santo de mi devoción.

En ese momento yo no lo sabía, Mariana tampoco, nadie, en realidad; pero faltaba poco para averiguar que puede que nosotras no odiásemos a nadie, pero Cristina contenía todo lo que esa palabra especificaba y lo dirigiría a mí.

Capítulo 28

Si de algo me ha servido lo de anoche es para tener claro que Eli tiene mucho carácter, aunque no lo demuestre, y ahora me queda más claro aún que sí que se parece a Ethan, pero ella suele ser más transparente que él.

Otra conclusión a la que he llegado es que a Mariana le gusta un chico que vendrá en febrero a pasar un mes en su casa. El famoso inglés de intercambio por el que se había colado en verano, si ya lo dice la gente; lo que el verano ha unido que no lo separe el otoño. En realidad, el dicho no es ese, pero deberían modificarlo tal y como lo he hecho yo.

Jake, ese es el nombre, y a mí me recuerda a un nombre pirata. La pobre Mariana está hecha un lío, porque quiere impresionarlo y, por supuesto, gustarle.

Pues mientras Mariana se recupera a base de chupitos y espera a que se baje la inflamación de esa zona angular, la lengua se le suelta tanto como la mano en la botella y nos cuenta que Jake es guapo a rabiar, que le pone mucho su forma de decirle españolita, porque así es como la llama y que se muere porque pase el mes de febrero aquí y el resto de su vida juntos donde sea, que a ella igual le da España que Londres.

En teoría, ella cree que no le es indiferente, pero algo no termina de suceder para que Jake, el pirata, se decida a surcar los mares de nuestra querida Mariana, y en esas estoy yo, o estaba, depilándola por completo y con una cita para hacerle una limpieza facial con sal y alguna crema hidratante que tengamos por ahí o que robemos a alguna compañera; Irene, por ejemplo, que tiene pinta de haberse traído con ella medio arsenal de maquillaje porque ella es muy *cuqui*, y su hermana muy perra. O las dos muy perras, que Dios las cría y ellas se juntan.

Como podéis daros cuenta, no me he olvidado de su fea manía de entrar en mi cabaña sin llamar y tampoco me parece del todo lógico que Antón no le haga más caso a Eli y deje de lado a Irene, pero esa charla entre hermanos sigue pendiente y ya la tendremos. Piano, piano.

Por supuesto, Eli y yo habíamos aceptado ya hace tiempo eso de ayudarla, la moda no era lo mío, pero siempre que me pidieran auxilio diría que sí y, aunque no me la pidiese, como era el caso de Eli, pues también

pondría de mi parte, a pesar de que ellos no lo supieran.

Había tramado un nuevo plan, con dolor de cabeza y todo, para qué veáis los límites a los que llega mis ganas desinteresadas de ayudar al prójimo. Un poquito me estaba ganando el cielo y eso lo tiene claro el Señor, que, aunque no sea católica, se supone que todo lo ve.

Tras calmar a Eli, y que todo volviese a la normalidad, los chupitos, esos que Mariana tomaba y tomaba, se sucedieron entre el resto del grupo y ese es el motivo por el cual cargo una resaca del copón. Estaría bien encontrarme con Cristina ahora, mientras espero a Luis en la cabaña principal, sería divertido ver cómo corre la sangre por la ladera que yo, cuando me pongo peleona, soy lo peor. La Oli, me llaman en el barrio.

Corriendo un tupido velo a esa vena barriobajera que me sale cuando quiero, y con un par de ibuprofenos esperando en el bolsillo a ser ingeridos con gusto y sin cariño alguno hacia mi hígado que, total, el pobre, después de lo de anoche está curado de espanto; Mariana habló con su padre, y aquí estoy, esperando a que me reciba, tan temprano que no se ha levantado ni el loro ese al que tengo que ir a visitar ahora.

Mi hermano se ha encargado estos días de él, porque yo tenía planes malvados que tramar y sé que Ethan acudió a ayudarle alguna vez. Tengo entendido que Pepe, que así es como se llama el lorito, ya se sabe el himno del Barcelona y canta el *Cumpleaños Feliz*, pero eso ya vino de serie.

—Buenos días —me saluda Luis al verme—. Olivia, ¿verdad?

—Yo misma —le digo—. Buenos días —finalizo.

—Pasa, toma asiento y cuéntame —me pide.

Entro en el pequeño despacho, bastante aséptico y sin ningún tipo de decoración. Las paredes son de madera, como todo lo que hay en Jacaranda. Un par de cuadros de paisajes invernales; una mesa con varias carpetas encima; una lampara encendida, porque aún es muy pronto; la silla; una planta, y al lado un armario que imagino será el que contiene la información de todo el que se encuentra en este *camping*.

—No quiero robarle mucho tiempo —comienzo—, pero me gustaría hacerle una propuesta que creo que puede ser interesante.

—Mi hija me ha dicho alguna cosa, pero explícame, soy todo oídos.

Me tomo mi tiempo, a pesar de haberle dicho que no quería robarle demasiado el suyo, pero quiero entrar en detalles del porqué de esta idea y de los factores que considero que harán que sea una actividad bien acogida, y él me escucha atentamente. Ahora que lo tengo enfrente y que veo cómo me

mira, encuentro ciertas similitudes, más con Paulina que con Mariana, pero con ambas.

—Y eso es todo —le digo al finalizar.

Luis se recuesta en su sillón y comienza a darle vueltas entre los dedos a un bolígrafo Bic de color azul.

—Me gusta —suelta tras unos segundos que se me han hecho eternos. Sonríe satisfecha—. Tendremos que comprar material y buscar el sitio para hacerlo, pero creo que compartir ese momento entre todos puede ser increíblemente enriquecedor.

—Si quiere que busque un hueco para ir a por el material, cuente conmigo. Hablaré con Selena y Ona. —Luis tuerce el gesto al nombrar a Ona, porque supongo que es consciente del hándicap de su situación—. Selena me ayudará. Se me ocurre que se puede hacer el diseño entre varios, los mejores que dibujen y luego darle color entre todos y que el lugar indicado es en el salón principal, vi que hay una pared enorme. Podemos recubrirla y hacerlo ahí.

Luis parece meditar un poco más y, tras eso, asiente.

—Bien. Cada vez me gusta más la idea.

—Y a mí —le cuento convencida y entusiasmada.

—Prepararé todo y te diré algo lo antes posible. Gracias por implicarte, Olivia.

—No hay nada que agradecer, ya sabe que lo hago con gusto.

—Los chicos son especiales y se merecen unas Navidades increíbles.

—Y las tendrán —le digo mientras me encamino hacia la salida. Luis me tiende la mano a modo de despedida, y abro la puerta con decisión y con una sonrisa enorme en mi cara.

Me acompaña hasta la salida y paso por delante de Cristina, que, obviamente, me mira con cara de pocos amigos. ¡Chúpate esa! Espero que sepa leer en mi mirada que lo que ella pretendía no le ha funcionado y no solo eso, sino que me voy a cuidar al loro con ganas.

Lástima que no supiese lo que Pepe me tenía preparado.

Capítulo 29

Me reúno con mi hermano, Eli, Mariana y Ethan en la hora del desayuno. Ellos ya se encuentran sentados en la mesa cuando llego yo, cojo la bandeja y me sirvo de todo un poco.

Paso por el lado de Irene y Cristina, que están sentadas en una mesa cercana.

—¡Qué raro! —exclamo al tomar asiento frente a Antón—. ¿La lapa no se sienta hoy contigo? ¿Te has duchado? —le pincho para sacarlo de sus casillas.

—Bruja —me insulta una vez más.

—No me hagas enfadar que ya sabes cómo me las gasto.

Ethan alza la vista al decir esas palabras. Hasta hace escasos segundos, a pesar de estar sentado al lado de Antón, parecía estar ocupando otro planeta que no era este; pero, ahora, clava su mirada en mí y me escruta con ella, supongo que intentando averiguar cuánto hay de cierto en mis palabras y si de verdad soy tan malvada como mi hermano me ha dicho.

Sonríe, esa es su respuesta después de permanecer observándome unos segundos más de lo apropiado, sonríe, es que hay que gastárselos bastante grandes.

—He hablado con Luis —le cuento a Mariana que no se ha metido en medio de la pelea de hermanos.

—¿Y? —pregunta Eli, y Mariana asiente.

—Pues que le ha parecido una idea excelente.

Mariana aplaude entusiasmada, y Eli sonríe tanto que le llega a la raya del pelo.

—¿Qué idea? —pregunta Antón.

—Le he propuesto cambiar la clase de baile por un mural que haremos en conjunto. En clase tengo dos chicas que son unas artistas de verdad de la buena y creo que estaría guay como trabajo en equipo y como recuerdo. —Esto último lo digo mirando directamente a Ethan que no ha vuelto a bajar la vista.

—Sí, mejor que pintes, porque a ti bailar se te da fatal —bromea Antón.

—No me hagas decirte lo que se te da a ti realmente mal, porque te

dejaría en vergüenza delante de todo el mundo. —La mejor defensa siempre, siempre, es un buen ataque.

Irene pasa por nuestro lado con la bandeja vacía y me mira con atención cuando pronuncio esas palabras. Se quiere follar a mi hermano, normal que quiera recabar información.

—No la soporto —suelto cuando ya se ha alejado lo suficiente para que no me escuche—. ¿Has hablado con ella?

Mi hermano niega y me hace un gesto con la cabeza para que me calle porque Eli está allí presente. Espero que tenga poderes telepáticos, porque pienso hablar con él de esas dos cosas, no quiero que juegue a dos bandas, nunca hagas lo que no quieras que te hagan; es sencillo y se da en primero de primaria, o antes, que hace ya años de eso y en cada curso aprendía una lección nueva.

Termino de dar buena cuenta a lo que tengo en el plato y me voy a la cabaña a lavarme los dientes. La higiene es importante, pero la charla pendiente con mi hermano mucho más.

Espero pacientemente a que mi hermano se digne a aparecer por la cabaña, es más, observo como la vieja del visillo tras la ventana y lo veo hablando fuera con Ethan. Odio un poco a mi hermano, porque él se lleva bien con el chico de las patillas perfectas, y a mí me cuesta horrores mantener una conversación con él y siempre me siento observada, como si me evaluase constantemente para saber si merezco o no su amistad o su compasión, a saber lo que se le pasa por la cabeza al chico inaccesible.

Me retiro cuando ambos miran en mi dirección y espero apoyada en el hueco que hay entre la puerta y la ventana.

Los pasos cada vez se escuchan más cerca y rezo una plegaria para que no venga Ethan con él justo hoy. ¡Bingo! Mi hermano entra como si nada en el mundo importase, se permite el lujo de silbar, y yo, una vez accede, lo sujeto del brazo y me encaro.

—¿A dónde crees que vas?

—¿A cepillarme los dientes?

—De eso nada, monada. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—¿Ahora? —me pregunta.

—Ahora —afirmo con rotundidad—. No te me vas a escapar más.

—Si es por Irene...

—Es por Irene y por Eli, ¿a qué clase de juego estás jugando?

—¿Yo? —inquire aturdido.

—Tú, sí, tú, no te hagas el tonto conmigo, hermanito.

—¿Estás loca? ¿A qué te refieres? No irás a ponerte en plan hermana mayor como Ethan, ¿verdad?

Al escuchar su nombre un leve escalofrío me sacude. Giro la cabeza y miro hacia afuera y lo veo allí, sentado en los escalones de su cabaña, con Eli a su lado, hablando como hago yo con Antón, pero sin resentimiento, solo... solo parece estar..., ¿consolándolo?

¿Por qué cada vez que los veo juntos me da la sensación de que Ethan carga con alguna losa que le mata? ¿Por qué tengo esa espina clavada que me dice que no es oro todo lo que reluce? Que las personas guardan secretos y mierda por doquier bajo la alfombra, y Ethan parece que tiene por ti, por mí y por todos tus amigos.

Cada vez que hablo con Eli de ese asunto me deja claro que es un chico prudente y que va con pies de plomo, y eso no es malo, no, claro que no lo es, al contrario; es un mecanismo de defensa y un sistema de protección muy humano, pero siempre, siempre, tiene su muro levantado conmigo, como si yo fuese un peligro constante y tuviese que estar alerta como un ciervo que espera el ataque de un depredador, ¿se sentirá él así conmigo?

—¿Olivia?

—Mmm, sí, perdona...

—Te preguntaba que si estabas loca y de repente te fuiste de aquí, ¿en qué pensabas?

—En nada —me excuso—. A lo que íbamos —retomo el tema—, ¿qué coño haces?

—De verdad, Olivia, quien te entienda que te compre.

Me encamino hacia la pequeña nevera que hay en la cocina y saco una botella de agua, le doy un sorbo, más por tener algo de tiempo para recuperarme de mis pensamientos que por la sed en sí.

—No quiero que juegues con Eli, Antón. Eli me cae bien y tiene buenos sentimientos y, aunque no entiendo qué cojones ha visto en ti, le gustas, y no quiero que la cagues.

Mi hermano permanece en silencio un par de segundos, supongo que digiriendo mis palabras.

—Olivia, ya sabes que yo no soy de esos, pero tampoco tengo una idea idílica de lo que es el amor. No me hace sentir bien la idea de enamorarme y menos después de que Fátima se fuese con otro delante de mis narices.

Y ahí está, esa es la losa que carga mi hermano sobre sus espaldas y la

que me confesó uno de esos jueves en los que nos mirábamos y sabíamos hacia dónde teníamos que dirigirnos.

Fátima, esa chica que ya no se nombra en casa a pesar de ser la hija de unos amigos de mis padres y que éstos hiciesen de tripas corazón para que la amistad no se viese resentida tras el daño que ella le hizo a Antón, es la losa de mi zanahorio.

Fátima, muchos años de noviazgo, muchos planes de futuro y todo truncado cuando apareció otro chico de la noche a la mañana.

Antón siempre tuvo ojitos solo para ella y formaba parte de la familia como una más, nunca nadie puso en duda que ellos pasarían el resto de sus vidas juntos y que serían una familia, nadie. Incluso cuando todo pasó, esperábamos que regresara, pero no fue así, porque el amor no se elige, te encuentra, y a ella la encontró en otro lado.

Lo pasamos mal, todos, por ver a Antón destrozado, y yo en esa época tampoco estaba mucho mejor que él, ya sabéis que cada cual guarda su mierda como puede. Supongo que esos jueves hicieron que yo dejase de ser un alma perdida y encontrase mi sitio con mi hermano al lado, y para él fue lo mismo, salvo que él sí tenía claro cuál quería que fuese su puerto y tuvo que embarcar, partir solo y encontrar otro sitio, y nos ayudamos, a veces solo dando tragos, a veces hablando de tonterías y otras tantas contándonos cosas absurdas que nos sucedían o que veíamos en la tele, daba igual cuál fuese el tema de conversación, siempre y cuando nos hiciera sentir bien a los dos.

—No te hablo de amor, ni siquiera Eli piensa en eso, solo... solo... solo quiere pasarlo bien contigo.

—¿Hablas de sexo?

—¿Qué? —inquiero sorprendida—, ¡no! —exclamo—, claro que no. No hablamos de eso, no me ha dicho nada, y yo tampoco pregunto. Eres mi hermano, y le gustas, no quiero saber lo que quiere o no hacer contigo.

—Vale. Eli me llama la atención, pero... ya sabes, no sé...

—No tienes que saber nada, Antón, solo tienes que intentar dejar que fluya, si te gusta; si no, pasando. Ahora bien, como hagas algo con Irene, te corto el nabo y, no, no me mires así, que no exagero.

—Irene no es tan mala niña, creo que la estás juzgando sin conocerla.

—Me la pela —suelto resuelta—. No me cae bien, y su hermana tampoco.

—Oído cocina... —finaliza.

—Advertido quedas —le suelto antes de irme al baño a cepillarme los

dientes.

—Oye, Olivia —me giro antes de entrar al baño y apoyo mi cadera en el marco de la puerta—. ¿Qué crees que debo hacer con Eli? ¿Qué le gusta?

—Tú déjame a mí, tengo un plan.

Antón asiente, sonrío y se marcha a su habitación.

Yo, antes de ir al baño, me dirijo a la mía, saco la libreta donde anoto mi lista de deseos y añado uno nueva: «Que Antón sea feliz como una perdiz, que el pasado quede en eso, en pasado, y que el futuro traiga todo lo bonito que se merece mi zanahorio».

Los deseos no siempre tienen que estar enfocados en uno mismo, los deseos que se piden y se proyectan en otros, a veces y solo a veces, hacen que el corazón se acelere, porque Antón es mi hermano y le quiero mucho, aunque, en ocasiones, lo que desee sea asfixiarlo.

Como ahora, justo como ahora, cuando Pepe me saluda.

Capítulo 30

—¡Bruja! ¡Bruja! «*Tot el camp, es un clam, som la gent Blau Grana...*».

Me cago en las muelas de mi hermano. Retiro lo dicho, retiro todas mis palabras de amor y, en vez de un plan bonito con Eli, le voy a enviar una plaga, como las del antiguo Egipto...

Trago saliva, tiro de paciencia y me acerco al loro en cuestión. Bonito es un rato, pero me queda claro que, eso que suelta por la boca, se lo ha enseñado ese que dice compartir genética conmigo.

—Hola, Pepe...

—¡Bruja! —grita de nuevo.

Suspiro con fuerza y medito si se notará mucho la ausencia de Pepe en el *camping* o la de mi hermano... —guiño, guiño—.

—Pepe, vengo a darte la comida, me han dicho que sabes cantar el himno del Barcelona.

—«*Tot el camp, es un clam, son la gent Blau Grana...*».

—Eso ya me lo has cantado, Pepe, ¿no te sabes otra canción?

—¡Bruja!

—Eso también me lo has dicho ya.

—¡Bruja!

Una ligera carcajada me hace volverme y unos ojos preciosos me miran. Sonrío condescendiente, más por el acto reflejo de verlo a él ahí plantado, con los brazos y las piernas cruzadas, apoyado en el marco de la puerta como estaba yo hace nada en mi cabaña y mirándome como me mira, que por el loro, que no tiene maldita gracia el cabrón.

—Hola, Pepe —lo saluda Ethan cuando se acerca y se coloca frente a él. Su nariz está tan cerca de la jaula que temo que en una de estas la pierda de un picotazo, seguiría siendo guapo sin ella, eso seguro, pero quedaría raro. Ethan acerca su mano al cierre de la puerta y la abre.

—Pero ¿qué haces, alma cándida? ¿Acaso quieres morir devorado por un loro?

—¿No estás exagerando mucho?

—Ni un ápice —replico convencida dando varios pasos hacia atrás—. Los loros son armas mortíferas.

—Pepe es un amor.

—¡Bruja! —grita de nuevo el loro.

—Será cuando quiere, ¿no? Porque amor, lo que se dice amor, no es que perciba mucho.

—Eso es porque no te esfuerzas, venga, va, dile algo bonito, algo con amor...

—Con amor, a ver... —Medito un poco sobre la situación, sobre varias cosas de esta situación, una de ellas, que Ethan ahora mismo esté hablando de forma tan distendida conmigo de nuevo, de verdad, lo intento, intento entenderlo, pero me cuesta. Olivia, las losas, las fases y las etapas; eso y que no conoces cuáles son las de él. Otra de las cosas que me permito meditar es qué clase de frase o palabra le puedes decir a un loro con amor—. ¿Amorfo?

—¡Bruja! ¡Bruja!

Ethan se ríe, no sé si por Pepe o por mi chiste malo —vale, pésimo...—, pero lo que realmente me importa es que se ríe, y me gusta, me gusta mucho.

—¿Lo ves? Esto es culpa de mi hermano... Deja que lo pille, no va a quedarle bosque para correr, el arma mortífera voy a ser yo...

—No me cabe la menor duda —me suelta. Hay momentos en los que siento que Ethan me mira, pero no se queda en eso, sino en algo más profundo, algo que cuesta explicar con palabras. Es como si intentase averiguar algo, como si se hubiese hecho algún tipo de idea sobre mí y pretendiese saber si acierta o no en ella y eso lo único que hace es que yo me sienta más confusa aún con su actitud para conmigo—. Oye, Olivia, antes te he escuchado hablar en la mesa sobre tu plan y la verdad es que me ha sorprendido. Sé que me lo contaste, pero no le presté la suficiente atención. Lo siento —finaliza.

—¿Por? —inquiero. A eso me refiero, ¿lo veis?

—Porque no pensaba que fueses así —se sincera.

—¿Así cómo? ¿Humana? ¿Una persona normal y corriente? ¿Una chica que se debe ahora mismo a este *camping* en el que trabaja?

No me deja seguir formulando preguntas, porque me corta con una afirmación rotunda.

—Una chica que escucha, que atiende, que empatiza y que busca soluciones. Una chica que se desvive para que un grupo de niños sean felices.

Suelto un largo suspiro y me giro en dirección al armario donde creo que se encuentra la comida de Pepe.

—Confío en la bondad de las personas, Ethan, porque así me han

educado. Esos niños, todos los que se encuentran ahora mismo en alguna actividad, tienen bastantes mierdas en su vida, sí, mierdas —repito al ver cómo alza sus cejas ante mi comentario—, como para llegar aquí y dejar que las mías tomen el control. Jacaranda se propone que esos chicos, todos, sin excepción; pasen unas Navidades inolvidables, y yo, que formo parte de esto, haré cuanto esté en mi mano para que así sea.

Ethan permanece en silencio un rato más. Me tiende la mano para echarle la comida a Pepe mientras yo voy a por el agua.

Terminamos de limpiar la jaula, barrer el suelo y pasar la fregona sin decir absolutamente nada más. Cavilo durante ese rato si habré dicho algo malo, algo que le haya hecho sentir incómodo; pero, en realidad, si ese fuese el caso, me daría exactamente igual porque he sido fiel a mis pensamientos y sencillamente los he verbalizado.

—¡Bruja! —me grita Pepe cuando intento colocar la jaula en su sitio.

—Shhh, Pepe, trátala bien que hoy se lo merece.

—Perdona, hoy y siempre —le reprocho mientras le lanzo una pipa.

Ethan se ríe de nuevo intentando esquivar mi ataque. Cojo otra y se la lanzo de nuevo mientras voy dando tímidos pasos hacia atrás para que no me pille el paquete y me deje sin el juego, que tengo un hermano y conozco algo el pensamiento masculino.

—¡Eres una tiradora pésima!

—Tanto como tú intentando sortear mi ataque.

—¡Bruja! —insiste Pepe, por si alguien no le ha escuchado.

Saco una pipa, extendiendo mi mano, cierro mi ojo derecho y apunto. Tiro. Nada. Insisto. Saco otra pipa, extendiendo mi mano, cierro, en esta ocasión mi ojo izquierdo y apunto. Tiro. ¡Bingo! En la frente.

—¡Ja! ¡Chúpate esa! —grito, eufórica.

—Así que te gusta jugar, eh, y encima con ventaja, eres una tramposilla, Olivia, y eso está muy mal.

—Eso suena a reprimenda.

—Ajá... —dice con soberbia y altanería, diría que, hasta incluso, un poco de chulería.

—No me gustan las reprimendas.

Repito la técnica anterior mientras doy cortos pasos hacia atrás, puesto que, como es de esperar, Ethan avanza en mi dirección para frenar mi ataque y robarme mi paquete de pipas. O el de Pepe, que en realidad es su comida.

Choco contra la pared antes de lo que esperaba. Maldita suerte la mía, si

es que el karma nunca ha estado de mi parte.

Lanzo el último cartucho que me queda y quemo mi AS bajo la manga, que no es otro que lanzarle un puñado entero de pipas, anda que, si con eso no le doy, tengo claro que nada lo hará.

—¡Bingo! —grito de nuevo emocionada al ver que impactan contra su cara, su camisa, sus pantalones y algunas quedan enredadas entre los pequeños rizos de su cabello.

El chico de las perfectas patillas, hermético como él solo, y que me pone perra a rabiar —paso de seguir negándolo—; se planta frente a mí, y mis piernas comienzan a temblar y no precisamente de frío.

—¿Decías? —me pregunta canalla.

—Nada —respondo concisa y, hasta cierto punto, excitada por su cercanía.

Percibo su aliento excesivamente cerca del mío, no me quejo, al contrario; me sorprende y me agrada. La excitación regresa con más fuerza que antes y el temblor también. Mi respiración se acelera y toda la seguridad que me caracteriza se volatiliza con él cerca. Sus dedos rozando levemente los míos, jugando a enlazarse con ellos, a erizar mi piel, a acrecentar los nervios y a inundar las ganas porque suceda de nuevo, porque el contacto se vuelva una explosión de sensaciones.

El miedo también pugna por salir, el miedo a un nuevo rechazo como el de la otra vez. A ese duro golpe que supuso chocar contra el muro que alzó Ethan tras algo tan maravilloso como fue sentir sus labios sobre los míos y vuelvo a sentirme como esa vez, como cuando era la chica de los jueves, la del calendario, la que se conformaba con las migajas.

—No quiero ser de esas, Ethan.

Coloco mis manos sobre su pecho y lo empujo levemente.

Por un momento dudo de que mi rechazo le duela tanto como a mí el suyo, pero me sorprende, y es que Ethan tiene ese poder, el de sorprenderme; porque cuando creo que va a actuar de una forma, hace justo lo contrario, y eso es tan jodidamente extraño como perturbador.

—¿De esas?

—Un juguete.

Él puede que no lo sepa, pero así fue como me sentí en su día y no quiero volver a pasar por aquello, aunque me abriese una herida que mi hermano logró sanar a base de confesiones en la barra de un bar cada jueves.

—No quiero que pienses por un solo momento que eso es lo que pretendo

—declara.

Su mano se enreda, en esta ocasión, con un mechón de pelo que se escapa de mi gorro de lana. Pasea los dedos por mi mejilla y juro que sus ojos brillan tanto que dudo que sea un sueño, fruto de mi imaginación o un espejismo. Dudo incluso de que ese brillo sea el simple reflejo del mío propio.

—¿Y qué pretendes, Ethan? Dímelo, porque no sé qué pensar.

—No pienses, solo siente, Olivia; porque, cuando tú me miras, se hace la magia.

Capítulo 31

Me gustaría contaros que, tras esas palabras, hubo algo, algo carnal, algo que sellase esa tregua que parecía que Ethan quería firmar, pero no fue así, no de ese modo y es que he aprendido que con Ethan las cosas son así, no funcionan cómo y cuándo quieres, solo lo hacen de la forma en la que tienen que funcionar.

Permanezco un rato allí sentada, obviando que Pepe sigue empeñado en llamarme bruja, pero hasta eso es algo insignificante.

«Porque, cuando tú me miras, se hace la magia».

¿Cuánto de cierto podría encerrar una frase como esa? ¿Cuánto miedo se esconde detrás? ¿Cuántas fases? ¿Cuánta realidad y cuánta quimera?

Nadie puede saberlo, porque, por más que me empeñe, es Olivia la que piensa, y Ethan el que lo ha verbalizado.

Querría haberle hecho preguntas, muchas, pero todas se me habían quedado atascadas antes de ser pronunciadas. Solo sé que me quitó mi gorro de lana y me dio un beso en la cabeza, porque hasta en eso es impredecible, yo deseando que sus labios rozasen los míos, y él deseando una vez más romper mis esquemas.

Se fue y se llevó mi gorro tras un guiño descarado, y yo me dejé caer al suelo sin poder hacer más que cerrar los ojos y recomponerme de las partículas en las que creía que se había convertido mi cuerpo.

Ni siquiera sé cómo pasa ni tampoco si era consciente de que Ethan ha supuesto un reto para mí desde el principio y ese reto se ha convertido en algo que ahora no me atrevo a definir porque las palabras y los pensamientos siguen atascados en mi pecho, esta vez no han cogido el ascensor que los podía llevar hasta mi boca, no, se empeñan en tirarse por el tobogán que desciende hasta mi estómago y allí el nudo es denso, pero no importa, nada ahora mismo tiene importancia porque sencillamente me siento bien y esa sensación que prevalece me saca una sonrisa y algún que otro suspiro.

Dudo de ser capaz de cuantificar el tiempo que me he tomado en esta habitación, probablemente hayan sido minutos; pero, para mí, bien que pueden haber sido horas. Solo sé que Pepe, tras llamarme un par de veces más bruja, me canta el *Cumpleaños Feliz*, ampliando su repertorio. Quizá

hasta él ha empatizado conmigo al ver mi estado y mi poca capacidad de cordura.

Ethan se la ha llevado toda.

Eli viene a buscarme, me tiende ambas manos, las sujeto con fuerza y me da un abrazo, el primero de los muchos que llegarán después. No le pregunto si su hermano le ha contado algo, pero me devuelve mi sombrero de lana, mi favorito, ahora será el primero en mi lista —si de listas tenía que ir la cosa—, porque él lo ha elegido y se lo ha llevado consigo.

—Te lo dije —me dice Eli, y sé que se refiere a eso, a que me había hecho una idea que estaba bastante lejos de la realidad, y que ella tiene razón, lógico, siendo su hermana—. Te dije que Ethan no te odiaba —repite—. Y, ahora; recomponte, respira de nuevo y vete a ver a Luis, me ha pedido que te buscase y supe que estabas aquí. Tu gorro, me costó que mi hermano me lo diese.

—Gracias —susurro aún con el cuerpo tembloroso.

—Lo estás haciendo bien, Olivia, lo estás haciendo bien —corea.

Podría referirse a mi faceta profesional, a mi idea para hacer el mural entre todos, a lo bien que he limpiado la mierda de Pepe o la estoicidad con la que he aguantado que me llame bruja, podría referirse incluso a la Operación Cisne y la depilación integral de Mariana o a la cita que pienso prepararle con Antón, y que ella aún no sabe, bien podría, claro; pero estoy completamente segura de que habla de Ethan, de que una chalada se cruzase en su camino, lo provocase, se besaran, compartiesen silencios y distanciamiento y, tras actuar como bien me pedía el cuerpo, volviese a compartir algún que otro acercamiento, uno de esos que dejan huella.

He sido honesta y clara, no quiero ser nunca más la chica de los jueves, por eso he tomado el camino adecuado y es el de ser sincera, aunque bien sé yo que Ethan no es un chico para un día a la semana, no lo es, y yo tampoco; lo que no tenía tan claro es que iba a ser así, como fue después de este día, lo que sí sé a ciencia cierta es que, cuando Ethan respira cerca, yo emprendo el vuelo.

Con la mente libre de cualquier duda me dirijo al despacho de Luis. Nada más entrar a la cabaña principal, veo a Cristina y Ethan hablando. La posición de ambos me indica que no es una conversación agradable, aunque no me sorprende teniendo en cuenta que el carácter de ella es bastante... poco asertivo, no lo digamos de otra forma, porque ya lo dice Mérida; las palabrotas están mal y llamarla gilipollas no quedaría bien de primeras.

La conversación cesa en el mismo momento en el que Cristina me observa, y Ethan se gira para mirarme. Lanzo una tímida sonrisa al verlo, porque mi piel sigue respondiendo ante su contacto. La piel tiene memoria, ¿verdad? Pues sus caricias siguen ahí, marcadas en la mía al igual que sus labios.

—Vengo a ver a Luis —matizo.

Cristina señala una de las sillas plásticas y me «invita», por ser cortés, a sentarme y esperar. Ethan deambula por el espacio, dando pequeñas vueltas y revisando todos los carteles que hay colgados decorando la madera de la cabaña. Observo sus pasos, la forma en la que se mueve, las manos en los bolsillos y el pedazo de culo que le hace ese pantalón de color caqui.

Si tuviese que hacer una lista de deseos sobre el hombre perfecto, a las perfectas patillas, la barbilla con la que me casaría y los rizos indomables; añadiría su trasero, las ganas de darle un azote que tengo, pero eso también tendrá que esperar al momento justo.

Me sonrojo al imaginar la situación en sí, entre mis piernas, cabalgando como si no hubiese un mañana, enredada en sus caderas, incrementando las acometidas, y él perdido en mi locura tanto como yo en la suya.

Regreso a la tierra y me encuentro su mirada y sé que estoy sonrojada; pero, no por la vergüenza de imaginarnos en esa tesitura, no, ¡qué coño! Por haber sido pillada *in fraganti* y no saber disimular. Lo malo de tener la piel tan blanca y que sea invierno es eso, los Cullen lo tenían más fácil, porque eran vampiros y no mostraban sus emociones, pero aquí la menda es transparente y no solo su piel. Maldita genética inmunda, pero que conste que me gusta, solo es por quejarme un poco.

Desvío la vista hacia Cristina que nos escruta con la mirada a los dos, esta tiene de tonta poco y temo que vaya a sacar conclusiones equivocadas, y digo equivocadas, porque que ese chico que tengo enfrente me ponga burra y me guste —un poco, solo un poco— no quiere decir que ella deba saberlo y conjeturar sobre ello, que es la hermana de Irene, la odio mucho bastante y paso de movidas. He venido a divertirme, sí, pero a trabajar también y soy responsable, se lo debo a Jacaranda.

El teléfono hace que Cristina se recomponga, deje de prestarnos atención y atienda la llamada. Parece incluso otra persona cuando contesta con educación y hasta cortesía, toda la que le ha faltado desde que llegamos aquí.

—Claro, un momento, señor —finaliza. Cuelga la llamada mientras miro por el pequeño cristal de la puerta cómo comienzan a formarse nubes negras

que presagian una tormenta. La niebla empieza a hacerse algo más densa de lo que ha estado durante el resto de la mañana—. Luis dice que paséis.

¿Paséis?

Me incorporo de la silla y recorro los pocos pasos que separan mi posición del despacho del director. Es gracioso, el despacho del director, cuántos paseos no tuve que darme de pequeña hasta llegar a él para recibir una reprimenda, un castigo y, algo más mayor, una expulsión; solo una, por pillarme fumando en los baños, merecida era, pero tenía que probarlo. Niña rebelde, me llamaba mi madre y, aunque hoy en día lo hace menos, alguna vez sigue utilizando ese adjetivo para referirse a mí.

Un par de suaves toques en la puerta y un «adelante», hacen que abra y sonrío al entrar.

El espacio sigue estando exactamente igual, solo que la mesa algo más desordenada de lo que la recordaba.

—Entra y deja abierto, tenemos que esperar por Ethan.

Asiento y hago lo que me pide.

Ethan entra un par de minutos.

—Buenas tardes —saluda Ethan tras mirar el reloj y comprobar que son más de las doce.

—Os he reunido por la idea que tuvo Olivia el otro día, creo que ya estás al tanto, Ethan. Olivia me dijo que estabas de acuerdo con ella en hacer un mural entre todos los chicos, algo que nos simbolice y que se quede de recuerdo una vez cerremos nuestras puertas el uno de enero. —Ethan asiente para confirmar sus palabras—. Así que, como Olivia se ofreció a buscar los materiales necesarios para eso, creo que lo ideal es que vayáis lo antes posible.

—¿Vayamos? —inquiero asombrada.

—Sí, sé que dijiste que podías ir sola, pero prefiero que no sea así, y Ethan se ha ofrecido voluntario para acompañarte.

Miro a Ethan un momento y en su mirada no veo nada, nada que me dé una pista de si lo ha hecho por coacción; por remordimientos de conciencia, dado su conocimiento sobre la capacidad —o poca capacidad— que tengo para llegar a los sitios que no conozco sin meterme en medio de un coche en marcha o si lo hace porque le apetece tanto como a mí pasar tiempo juntos. Espero que la tercera, aunque la segunda se la agradezco y la primera también, por si me ataca un lobo y me devora en mitad del bosque, que eso de Caperucita es un cuento chino, los lobos suelen tener hambre, y yo tengo

una carne suave y gustosa, que lo sé yo.

—Mmmm, pues vale —finalizo, porque no tengo mucho más que añadir, la verdad.

—Podéis llevaros la furgoneta del *camping* y meter todo lo necesario detrás. He hecho una lista de materiales, pero me gustaría que lo hablaseis con los chicos y con los compañeros. Aprovecha la hora del almuerzo y la clase que tienes tras ella, porque sé que Selena y Ona estarán allí y te podrán aconsejar.

—Eso haré —finalizo.

Me pongo en pie y espero a que Ethan imite mi gesto, pero permanece sentado.

—Cierra al salir —me pide Luis.

Asiento y entiendo que Ethan y él tienen algún tema que tratar y que mi presencia no es necesaria para ello.

Salgo de la cabaña con ideas claras: necesito buscar a Mariana para poder birlar algo de comida de la cocina y, además, tengo que ver a Antón antes de irme.

La bruma cada vez es más densa, tanto que no atisbo a ver todas las cabañas que están en fila y que normalmente se perciben a la perfección. Escucho el sonido de los silbatos llamando a los grupos para prepararlos para el almuerzo.

Acelero el paso y me adentro en la cabaña. Me voy directa al armario de la cocina y veo que hay platos, cubiertos, un par de vasos chatos y un bol. Bien, si encontrase unas copas para el vino ya sería la repera.

Me encamino al comedor y veo a Mariana allí, dejando las cazuelas encima de los salvamanteles enormes preparados para ello.

—Mariana, necesito tu ayuda y la de Paulina.

—¿Paulina?

—Paulina es una ladrona nata, si ha conseguido una botella de alcohol, puede conseguir una botella de vino.

—Espera. —Mariana desaparece tras la puerta que da al comedor y sale con una botella en la mano—. ¿Te vale esta? No entiendo de marcas, pero tiene corcho y es de cristal, no creo que sea de los vinos rancios de cocina.

—Me vale —le sonrío.

—¿Vas a emborrachar a alguien?

—A ti —me burlo—, para quitarte el bigote y el entrecejo.

Mariana se regaña toda y le enseño la lengua.

—No me he recuperado aún de la última depilación, dame un margen, por favor.

Sonrío condescendiente y asiento.

—Lo próximo será una manicura y una pedicura, alguna limpieza y algo con ese pelo que tienes, nada de depilarte —prometo.

—Gracias. Entonces... —Señala la botella que guardo bajo el brazo.

—Es para Antón y Eli, quiero que cenén solos esta noche. Yo tengo que ir al pueblo a por unos materiales, así que me quedaré a dormir en tu cabaña. Cogeré un pijama y unas bragas limpias, espero que tengas a bien recibirme entre tus sábanas. No me tiraré pedos —le digo alzando la mano derecha a modo de promesas.

—Hay judías para almorzar.

—Retiro lo dicho —bromeo, y ella me sigue la corriente tapándose la nariz—. Me voy, tengo un plan que tramar. Necesito que hables con Paulina para que robe algo de picar y me lo lleve a la cabaña.

—Miraré qué tenemos en la nuestra, ella suele guardar de todo por allí.

—Perfecto —le digo—. Gracias. —Le sonrío.

—Las que tú tienes, menos con una banda de cera fría.

—Muajajaja. —Río malvada como si me hubiese transformado.

Capítulo 32

Regreso de nuevo a la cabaña, y mi hermano está allí sentado con el teléfono en la mano.

—¿Qué haces con esa sonrisilla? —inquiero nada más verle de esa guisa.

—Estoy hablando con Mérida —me cuenta sin apartar la vista del aparato—. Le estoy explicando que te has colado por el chico de la cabaña de enfrente.

—Deja de meterle rollos en la cabeza porque hará una lista para organizarme la boda en menos que canta un gallo. Ya sabes que tu hermana es mucho de listas.

Antón asiente como si lo que le acabo de contar fuese una verdad absoluta y empieza a grabar un audio para decirle a mi hermana que me gustan las flores blancas.

—Maldito —le grito mientras dejo la botella de vino en la nevera para que se conserve a la temperatura adecuada; aunque, con el frío que hace fuera, sería exactamente igual si la dejase en la ventana—. Mérida, esta noche le voy a preparar una cita a Eli y Antón. —En el mismo momento en el que digo eso, Antón corta el audio—. ¿Qué? ¿Ya no te hace tanta gracia?

—¿Qué has dicho?

—Esta noche va a ser la noche.

El zanahorio traga saliva con fuerza y me mira con cierto nerviosismo cruzando por su mirada.

—Pero...

—No hay peros que valgan, ya lo tengo todo organizado, me voy a quedar en la cabaña de Mariana. Tengo que salir a comprar unos materiales para el mural y, tras eso, me iré a la cabaña de las chicas, nos haremos la manicura, la pedicura y un blanqueamiento anal —bromeo—. Espero que te portes bien, hermanito y que el apellido Pertejo quede primero en el pódium.

—No va a pasar nada, Olivia.

—Eso no lo sabes, yo que tú, aprovecharía la oportunidad para ya sabes, darle al ñiqui, ñiqui.

—No quiero que Eli piense que soy un salido.

—Tranquilo, Antón, eso ya lo piensa, me he encargado de decirle que

estás todo el día dándole a la manivela, así que... no se va a sorprender.

—¡No serías capaz! Sabes que me vengaré, y Ethan es mi amigo.

—Chhsss, chsss, chsss —mascullo a modo de advertencia—, creo que ya te has vengado, porque lo del loro ha sido cosa tuya, ¿a que sí? —Mi hermano no responde, pero su sonrisa le delata—. Y, una cosa más, con Ethan no se juega, ehh, me ha costado que me hable sin gruñir, así que... Además, siento decirte, hermanito, que nos vamos juntos al pueblo.

—¿A darle al ñiqui ñiqui? —bromea repitiendo mis palabras.

—Ni de coña, aunque no me importaría —admito con total sinceridad—, más bien a trabajar, cargando cajas para ser mucho más precisos en el trabajo a desarrollar. Probaré la fuerza de sus músculos y así sabré si es capaz de sujetarme en volandas y empotrarme contra una pared —le explico. Madre mía, esto no es muy bueno, porque ahora mismo la temperatura de la habitación ha ascendido como trescientos grados centígrados de golpe y las embestidas regresan con fuerza a mi cabeza. Profundas, tal y como me gustan a mí.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —El teléfono suena y sé que es Mérida sin siquiera haber mirado la pantalla.

—No contestes, espera, porque tengo que irme a organizar lo de la compra del material y necesito hablar con el grupo en el almuerzo, pero primero quiero ver a Selena y a Ona. Esta noche, a las nueve, aquí; báñate y rasúrate el pubis, a Eli no le gusta el pelo.

—¿Cómo lo sabes?

—No nos gusta a ninguna mujer, se te meten los pelos en la boca al bajar al pilón.

—Eres mi hermana, no me gustan esos detalles.

—Tú has preguntado —le advierto.

—Por Eli.

—Eli es una tía, si a mí no me gusta, a ella tampoco.

—Generalizas.

—Créeme, no nos gusta eso —insisto.

—Vale —suelta, convencido—, yo...

—Soy tu hermana, no quiero saber más detalles —me adelanto.

Antón sonrío mientras salgo de nuevo a buscar a Ona y Selena, y lo último que escucho es: «Mérida, vas a flipar en colores...». Sé que voy a ser pasto de los leones, pero no le queda nada a Antón cuando sea yo la que llame a Mérida para que prepare su boda con Eli. Si es que... Dios los cría y

ellos se juntan.

Me encamino en dirección al comedor, es la hora del almuerzo y me toca reforzar al equipo que se encarga hoy de la atención de todos los comensales. Lo bueno de Jacaranda, una de las muchas cosas, es que es un trabajo muy dinámico, siempre hay cosas que hacer y, aunque las actividades sean las mismas, variamos en lo que hacemos.

Veo a Ona y a Selena sentadas en una mesa con Diego. Selena está discutiendo con él de nuevo, así que me acerco para mediar entre ellos.

Veo a Cristina por el rabillo de ojo mientras me aproximo a su mesa, pero la verdad es que me da bastante igual lo que piense o el maleficio que me esté echando en este momento. Es curioso, pero sigo sin entender el motivo por el que me odia, me importaría y me daría rabia si fuese otra persona, pero ella me la pela bastante. Estoy perdiendo los modales, lo siento, no se lo contéis a Mérida que me tirará de las orejas.

—¡Hola! ¿Qué hacéis?

—Diego no quiere casarse conmigo.

Casarse, dice...

—No quiero ir tan rápido —argumenta el susodicho a modo de disculpa.

—Pues normal —ratifico sus palabras.

—Pero, cuando crezcamos lo suficiente, ¿te casarás conmigo? —insiste Selena.

—No me gustan las bodas —añade Diego.

—Pero ¿por qué? —le pregunta Selena llevándose un trozo de pan a la boca y cogiendo un tomate para engullirlo. Vaya mezcla.

—Porque no me gustan los divorcios —sentencia.

Parece mentira que tengan ocho años, ¡ocho! Me siento en el hueco que hay a su lado y, desde ya, descarto la opción de tratar el tema del mural, este me parece mucho más... entretenido y hasta fructífero.

—No todos los matrimonios se divorcian —le explico.

—Tampoco todos se quedan juntos... —insiste. Selena sigue comiendo como si no hubiese un mañana, y Ona solo atiende a la conversación y pone caras.

—El vaso se puede ver medio lleno o medio vacío, ya sabes.

—Ya, pero ver el vaso medio lleno no va a hacer que me gusten las bodas, tampoco que quiera casarme con Selena. Está un poco loca, ¿sabes?

—Lo sé, pero es buena chica... y guapa —contesto como si la susodicha no estuviese presente y no me estuviese sonriendo abiertamente al escuchar

mis palabras.

—Lo es —susurra Diego tapándose la boca para que no lo escuche.

—¡Te he oído! —exclama la susodicha aplaudiendo—. Tú también me gustas y me quiero casar contigo..., pero podemos ir pasito a pasito.

—Suave, suavcito —añado siguiendo la canción de Fonsi y que tanto les gusta que ponga mientras jugamos al bingo en la clase.

—Vale, lo he dicho, pero no quiero que te hagas ilusiones.

—No me las haré, pero nos casaremos —confirma como si estuviese viendo el futuro.

—El futuro es impredecible...

—Y nada es para siempre —me corta Diego.

Sus palabras me sientan como un golpe en el abdomen, uno de esos que hacen que te dobles sobre ti misma, porque no me gusta que un niño de ocho años piense de esa forma.

—¿Tus padres están divorciados? —curioso. No quería entrar en detalles, porque no me gusta ser pesada y abrir heridas, menos cuando te das cuenta de que esas aún duelen y sangran, y porque una de las premisas es hacerlo sentir bien, no regodearnos en la desgracia o en lo malo que les ha tocado vivir, pero creo que es necesario hablar de ello.

—Sí —afirma agachando la cabeza—, y están todo el día enfadados, y yo solo quiero que se quieran mucho.

Yo siempre he sido la de las palabras o la que porta bajo la manga un chiste malo o un comentario jocoso para quitarle hierro al asunto, pero escucharlo decir frases tan sumamente cargadas de recelo y de desconfianza me hace sentir extraña. Se supone que con esa edad no piensas en la parte negativa de la vida, como mucho, visualizas la parte mala de los deberes y de los exámenes, pero solo eso, y Diego me parece un adulto encerrado en el cuerpo de un niño.

—Yo tengo una hermana, ¿sabes? una gemela, es exactamente como yo —le cuento mirando por la ventana y viendo cómo la bruma sigue siendo espesa y apenas se ve el sendero—. Fuimos juntas en verano a Jacaranda, hacía calor y no llovía —añado mientras sonrío, y ellos me imitan mientras prestan atención a mi narración—. Mérida, mi hermana, tenía novio y creía que lo quería, que estaba enamorada y hasta fantaseaba con cómo sería su boda. —Guardo silencio, porque es mi hermana y sé que, a pesar de que salió bien y se dio cuenta de que Adán, sencillamente, no era para ella; sufrió en el camino hasta encontrar la felicidad.

—¿Y qué pasó? —me pregunta Diego al ver que no sigo—. ¿También se divorció después de casarse?

—No se divorció porque no llegó a casarse.

—¿Entonces? Vaya historia...

—Ella es buena, muy buena, tiene un corazón que no le cabe en el pecho, pero su corazón le decía que no quería a su novio.

—Ya, y le rompió el corazón, ¿verdad?

—A veces se rompe el corazón y a veces no, porque estar con una persona que no quieres te lo rompe a ti.

Diego permanece en silencio un rato mientras mira ahora él por la ventana.

—Si mi papá y mi mamá hubiesen estado juntos sin quererse, ¿se habrían roto el corazón? —pregunta clavando su mirada en mí.

—Yo no los conozco, no estoy al tanto de su situación y lo que los llevó a separarse, pero te puedo decir que, aunque no estén juntos, su corazón eres tú, y que están completos cuando te ven feliz.

—Pero yo quiero que ellos estén juntos, que seamos una familia, echo de menos tener a papá en casa cada noche o a mamá cuando me voy con papá.

—¿Tú quieres que sean felices? —le pregunto agarrando su mano con fuerza.

—Sí, claro que sí.

—Pues ellos serán felices si tú eres feliz —repito con otras palabras—. Las personas a veces se quieren, a veces no; a veces es para toda la vida, a veces no.

—¿Por qué no puede ser para siempre? —me pregunta.

Me gustaría responder a esa pregunta, es más, me gustaría saber con exactitud el motivo, pero no puedo, no lo sé, solo sé que la vida llega y que no hay nada que podamos controlar y eso no quiere decir que no haya cosas para toda la vida, las hay, y el amor por un hijo es infinito y eterno.

—Tu madre y tu padre te quieren para siempre, Diego y, aunque ellos hayan cogido un sendero diferente, lo que sienten por ti es lo único que será para toda la vida.

Selena chasquea la lengua contra el paladar tras tragar lo que quiera que tenía en la boca. Le da un último trago a su zumo y coloca la mano encima de la de Diego antes de hablar.

—Yo te voy a querer toda la vida, Diego, y voy a coger el mismo sendero que tú elijas, pero tendrás que casarte conmigo primero.

Diego me mira, sonrío y luego mira a Selena.

—Me lo pensaré —finaliza.

Y con eso me basta. Algunos dirían que es una tontería, que puede que no valga la pena sentarte a hablar con unos niños de ocho años sobre el amor cuando mañana se levantarán y pensarán en un juego nuevo o en lo que van a almorzar, y yo digo que lo haría veinte veces más si fuese necesario, que hablar de esperanza y de amor es bonito, es sincero y les enseña, les enseña que pueden llegar lejos y que los sentimientos estarán presentes en el camino, aunque lo vean con ojos de niños. Lo que no saben es que el juego, en realidad, ya ha empezado y el amor llega a cualquier edad y, si no, que miren a Selena.

Capítulo 33

Salgo de la cabaña donde aún hay grupos almorzando con una sonrisa en la cara, una sonrisa y una manzana. Hace días que no me acerco al río y paseo por allí, el tiempo no es que acompañe y lleva días que amanece raro.

Me encamino hacia la cabaña de Mariana para saber si está todo lo de la cena de esa noche listo y me recibe sonriendo.

—¿Qué me he perdido?

—Me ha escrito Jake.

—¿El pirata? —bromeo.

—¡Oye! No te metas con él que me enfado —protesta sonriendo—. Entra —me dice tirando del polar del *camping*. —Lee. —Me tiende su teléfono y puedo ver un mensaje que aparece en la pantalla de inicio: «¿Todo bien? Pronto nos veremos. Tengo ganas»—. ¿Crees que tiene ganas de verme o de venir a España?

—Mmmm, pues no sé. ¿Le has mandado una foto de tu pubis depilado?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! ¿Por quién me tomas?

—Por una chica normal y corriente, hoy en día se hacen ese tipo de cosas, pero asegúrate de que no se te vea la cara, por si acaso lo compartas, ya sabes que las redes sociales y estas cosas están a la orden del día y se hacen virales. Obviamente, yo te he depilado, sabré si es tu chirri o no —me burlo— y podré hacerte chantaje.

Ella parece meditar un poco sobre lo que le acabo de explicar.

—No he hecho eso, pero...

—Sí, definitivamente sí —la corto antes de que siga con su discurso que poco me interesa.

—Me da corte, yo esas cosas...

—Bueno, puedes empezar por algo más sencillo y no ir tan directa al grano.

—¿Tú le mandarías a Ethan la foto de tu pubis?

Escupiría algo si tuviese la boca llena, ¿Ethan? ¿Hola?

—¿Perdona?

—Se te nota mucho, no te hagas la loca ahora que yo soy tímida, pero no estúpida. Y recuerda que sé lo del beso.

—Ya, ya veo... No, no se la enviaría, pero porque Ethan no es de esos, no tiene pinta de ser la clase de tío a la que le guste el sexo telefónico, ni siquiera sé si le gusta el sexo; me gustaría saberlo, claro está, pero es muy...

—¿Reservado? —finaliza Mariana con una pregunta.

—Y serio.

—Seguro que es de los que lo hacen en silencio —me cuenta Mariana riendo mientras camina en dirección a la nevera.

—Si algún día lo hago con él, te lo cuento, y tú tendrás que contarme si Jake te dice cochinadas en inglés.

—Trato hecho. Me gusta eso de las cochinadas. —Sonríe mientras se ruboriza.

—Anda, y a mí —afirmo.

—¿Crees que debería ser algo más directa?

—Creo que deberías serlo, claro, quizá no tan directa como para enviarle la foto de tu pubis, pero por lo menos irle soltando alguna cosa, en base a cómo te responda, sabremos qué le ronda por la cabecita.

—Me gusta de verdad —confiesa una vez más—, no solo para el sexo, sino de verdad, por eso quiero parecerle guapa y gustarle.

—Mariana. —Me coloco justo frente a ella y la miro. Tiene unos ojos preciosos, brillantes y llenos de vida, de ganas. La piel es perfecta, y la sonrisa encandila. Puede que su cuerpo no sea el de una *top model*, pero ¡qué cojones! Es un cuerpo bonito. Al final, el cuerpo es como una caja y lo que de verdad importa es el regalo que esconde, y Mariana tiene mucho para dar—. Si no le gustas tal y como eres, es que es un gilipollas de campeonato porque eres una chica preciosa.

Mi cisne negro me mira, se acerca y me abraza.

—Yo también te quiero, Olivia —me suelta. Se separa, me tiende una bolsa y me anima a irme—. A por todas, mi chica pelirroja.

Asiento pensando que, el que no arriesga, no gana; que pienso seguir mi instinto y que, lo que tenga que ser, será.

Regreso a la cabaña y coloco todo en la nevera. El vino está perfecto y hasta ganas me dan de abrir la botella y darle un largo sorbo. El vino es como llevar los labios rojos, pega con todo.

Salgo de allí y cruzo el sendero. La niebla es espesa, pero sé que enfrente debe de estar Eli.

Toco un par de veces en la puerta y nadie abre. Me pongo de puntillas y me asomo por la ventana. No veo movimiento dentro. Una parte de mí, la

demoniaca, me dice que entre y que rebusque en los cajones de Ethan por si encuentro algo que me indique que de verdad es un psicópata y que necesita medicación y, por eso, cuando no se la toma huye de mí y, cuando se la toma, me besa de tal forma que se me corta la respiración y me tiemblan las piernas de puro deleite. De nuevo, la parte demoniaca me dice que si con un beso me he quedado jodida —y no literalmente— cómo sería si me jodiese de verdad —ya me entendéis—. Ahora bien, la parte sensata que comparto con mi hermana me dice que me vaya, escriba una nota y la deje por debajo de la puerta. Puedo incluso imitar la letra de Antón y mandarle una nota romántica que le diga: «Acepta cenar conmigo, primero fiambre y luego la ensalada». De esa manera me vengaré por lo de enseñarle al loro a llamarme bruja y confirmaré las sospechas de Eli acerca de que mi hermano es un completo salido.

En fin, que lo que realmente hago es verificar si el pomo se gira y la puerta se abre y el cosmos o el jodido karma que, como ya sabéis, nunca ha estado de mi lado, en esta ocasión, parece apiadarse de mí y, ¡tachán!, el salón se abre ante mis narices y entro, vaya que si entro, pero solo con buena intención, que conste en acta a la hora de cortarme la cabeza.

—¿Eli? —Reconozco que lo digo bajito, pero lo digo, por si eso me sirve de algo. Me adentro en la cabaña y escucho el sonido de la ducha. Entraría sin pensarlo si supiese que es ella la que está dentro, pero descarto la opción por si en vez de concha encuentro salchichón y me quedo sin habla.

Me giro para marcharme, básicamente, porque empiezo a pensar que la psicópata soy yo y que los allanamientos de morada están mal, tan mal que no soporto a Irene por ese motivo y ahora justamente hago lo mismo.

Veo a Ethan en la puerta de la cabaña cuando me giro. Con los brazos cruzados y las piernas en la misma posición. Mirándome con atención.

—¿Pretendías robarnos? —me pregunta.

Cavilo durante un segundo sobre la posibilidad de que su tono sea de enfado o si lo dice de verdad y si esto me puede traer problemas. Miro hacia el baño y pienso que tendría que haber entrado aun a riesgo de que Eli me hubiese pateado el culo por violar su intimidad, pero casi que mejor eso a que sea Ethan el que se haga una idea de mí mucho más errónea de lo que ya la tiene, obviamente, la palabra «loca» cruza por mi cabeza, esto y lo del coche ya no tienen solución.

—Puedo explicarlo. —Es todo lo que se me ocurre decir.

—Soy todo oídos —me suelta mientras comienza a dar ligeros pasos en

mi dirección.

¡Mierda! Si se acerca no sabré mentir, no es que se me den bien esos menesteres, pero sí, me cuesta ser mucho más precisa en mis explicaciones si le tengo cerca y con «explicaciones» quiero decir con mis mentiras.

—Resulta que creo que se me ha quedado un gorro aquí, porque se lo presté a Eli esta mañana y, claro, pues tenía que venir a buscarlo. He llamado, lo juro. —Alzo la mano y me pongo toda digna—. Pero no me han contestado y lo necesito.

—¿Lo necesitas? ¿Un gorro? ¿Eli? ¿Mi hermana?

—Sí —confirmo, sí a todo, básicamente.

—Puedo entender que necesites un gorro, porque soy muy observador y he visto que vas con ellos a todas partes, pero siento decirte que a mi hermana no le gustan nada y la conozco, llevo viviendo con ella muchos, demasiados años y jamás le he visto puesto uno.

Mierda, de nuevo.

—Vale, lo confieso, no necesita un gorro, lo que necesita es... es... una hojilla de afeitar.

¡Bravo! ¿Habéis visto el GIF ese en el que se levanta el público de la sala y aplaude como si no hubiese un mañana? Pues ese GIF se cruza por mi cabeza y aplauden mi soberana estupidez. ¿Una hojilla? ¿En serio es lo mejor que se te puede ocurrir, Olivia? Esperaba más de ti...

—¿Y para qué necesita mi hermana una hojilla si puede saberse?

Está cerca, peligrosamente cerca, tan cerca que su maldito olor se impregna en la tela de mi ropa, y voy a tener que dejar de lavar este polar para dormir con su olor y soñar con él, incluso correrme en sueños; sí, soy una *guarrona* pervertida que necesita sexo, pero sexo del bueno.

—Para eso —suelto.

—Para... eso..., permíteme mi ignorancia, pero «eso» puede tener múltiples significados.

Se ríe, abiertamente, se ríe y sé que es de mí, pero mi estúpida boca no sabe estar cerrada y confesar la verdad: soy una curiosa empedernida y tenía ganas de ver sus calzoncillos.

—Eso, ya sabes, eso.

—¿Te da vergüenza? Porque te has puesto colorada. Anda, tus mejillas hacen juego con tu pelo.

Lleva su mano a mis mechones, los que se apoyan en mi polar y juega con ellos. Se acerca más, mucho más y juro que cierro los ojos porque sé, es

más, estoy completamente convencida de que me va a besar, de nuevo, aquí, en su cabaña, como la primera vez.

—Me gusta tu olor, Olivia.

Sus palabras me hacen abrir los ojos de par en par y me quedo quieta, clavada en el suelo, mirando el contraste entre el rojo de mi pelo y el moreno de su piel y pienso que es la jodida combinación más bonita que he visto.

—Me gusta tu pelo —le suelto mirando sus mechones alborotados.

—¿Para eso quieres que mi hermana tenga una hojilla?

Me quedo parada un rato, sin saber bien a qué se refiere con sus palabras.

—¿Perdona? —Me quedo tonta, claro está, ya dije que me pone nerviosa y eso no es mentira, no, no, no.

—¿Pretendes que mi hermana me afeite la cabeza con la hojilla y libramme de mi pelo? —pregunta mientras sonrío canalla y mesa su pelo entre los dedos sin soltar el mío.

—Si tú supieras lo que yo pretendo... —le suelto.

Ethan sonrío, suelta su pelo y el mío, agarra mi cara entre sus manos y cierro los ojos de nuevo, esperando a que ese ansiado contacto se dé, porque lo desea tanto como yo.

—¿Qué pretendes, Olivia?

—Que me beses... Porque, cuando tú me besas, se hace la magia.

Sonrío, sonrío mucho y me besa, vaya que si me besa, me besa con tantas ganas que cuando sus labios rozan los míos soy consciente de que estoy completamente perdida y lo mejor de todo es que me da igual. Todo me da igual y hasta el mundo puede dejar de girar.

Capítulo 34

—Ejem, ejem, ejem. —Unos leves carraspeos hacen que vuelva a la tierra, porque estaba flotando, en serio, ¿alguien me explica cómo he podido caer rendida ante él? Si ni siquiera creo en el amor a primera vista, ¿será un efecto secundario de Jacaranda? —. No quisiera ser yo la que interrumpa el beso, ¡el beso! —grita Eli entusiasmada y sonriendo abiertamente—, pero creo que tenéis que ir al pueblo y no me extrañaría nada que en breve venga a buscaros Luis para que cumpláis con vuestras responsabilidades, peeroo... —añade alargando las vocales—, juro que os cubro si confesáis que sois estúpidos de remate y que lleváis tiempo intentando evitar confesar que estáis locos el uno por el otro.

Clavo la vista en Ethan, veo que desvía la mirada por la ventana y percibo su incomodidad.

Suelo ser una chica bastante sincera y, aunque esté feo que lo diga teniendo en cuenta que acabo de inventarme una trola como un castillo para negar lo evidente y es que quería figonear entre sus cosas y saber más de él, sigo diciendo que soy sincera. No tengo problema en confesar las cosas, aunque a veces me guste dar algún que otro rodeo, sobre todo, al pensar en que la cosa pueda no ser recíproca, sino unilateral.

Ethan es distinto a todo lo que conozco, así de sencillo y así de fácil. Fácil de verbalizar, pero jodidamente complicado de explicar. Ethan es bastante difícil y, si yo soy muy directa —y no me importa confirmar que me gusta y me atrae y no solo eso, sino que rompe mis esquemas—, también intuyo que él es todo lo contrario.

Nunca jamás me lo imaginaría como un hombre de impulsos, de los que se dejan llevar; es más, diría que es de esos que en una partida de ajedrez les da varias vueltas a las posibles opciones antes de mover la ficha. Varias vueltas a la misma opción una y otra vez, para que me entendáis.

Y eso es justamente lo que percibo, que no quiere que le fuercen a decir nada, y yo tampoco quiero que así sea, me conformo con no ser la chica de los juegos y que su beso haya nacido de forma natural.

Si algo he ido aprendiendo a lo largo de los días y de ver los movimientos hacia adelante y hacia atrás de Ethan, es que no es precisamente un tío que

espere nada o que necesite que una situación sea propicia, aunque pueda parecer lo contrario.

Me besó por primera vez y me rechazó al hacerlo, pero —y vuelve a haber un pero— lo ha vuelto a hacer y yo, que soy mucho de interpretar, me quedo con eso, con eso y con las palabras que escapan de su boca cuando las siente, cuando de verdad cree que debe decirlas y, lo más importante de todo, aunque nuestro primer beso fue extraño por lo que sucedió después, ese «cuando tú me miras, se hace la magia» fue sincero y no reuló de ninguna forma posible tras eso, y creo que es una señal más que clara de que fue porque de verdad le nació de esa manera. Y puede que no sea unilateral y sí sea recíproco, pero los coches también tienen potencias distintas y no por eso dejan de llegar a la meta. Ser paciente es ser sabio y yo tengo de todo eso un poco.

—Estúpidos somos, eso que no te quepa duda, nadie se cruza delante de un coche en marcha sin pensar en las posibles consecuencias...

—Nadie salvo la intrépida de Olivia —matiza Ethan que ha regresado a la conversación.

—Esa soy yo... Intrépida y muchas cosas más —añado.

—No me cabe la menor duda, ladronzuela —me dice guiñándome un ojo. Vale, adiós bragas, adiós a todo lo que pueda estar rodeando mi zona inguinal, porque Ethan me tiene obnubilada—. Os dejo para que le entregues la hojilla a mi hermana. —Pasea su mano por la mía en una tímida caricia, y me sonrojo un poco más aún.

—¿Hojilla? ¿Qué hojilla? —pregunta Eli que no percibe nuestro roce.

—La que me dijiste que necesitabas, ¿no te acuerdas?

—No, y yo suelo tener muy buena memoria —matiza.

—Anda, anda. —Sonrío abochornada—. Vamos a tu habitación que traje la hojilla y ahora te lo explico todo. Ay, por favor, memoria, dice; más zanahoria tienes que comer, ya sabes.

Eli se deja empujar, pero, tras mis palabras, se gira y comienza a carcajearse sin parar. Ethan la mira y veo que todo el mundo pilló el chiste menos la que lo acaba de hacer, es decir, la menda en cuestión.

—¿Qué?

—¿Zanahoria?

—Sí, ¿es que no te han enseñado eso?

—Sí, sí, claro —me suelta entre risas.

Tira de mi mano y me lleva hasta su habitación donde, tras cerrar la

puerta, se parte el culo en mi cara, no literalmente, porque se tumba en la cama.

—¿Qué?

—¿La zanahoria del zanahorio? —me pregunta entre risas.

Estúpida en tres, dos, uno...

—¡Mierda! No lo había pillado, pero es un buen chiste —admito riendo yo ahora.

—Te lo perdono porque sé que te has quedado tonta con el beso de mi hermano. ¿Te puedo llamar ya cuñada?

—¡Claro! Pero porque te tengo una cita organizada esta noche con mi hermano —le suelto de golpe. Eli se queda callada, supongo que meditando sobre su pubis, aquí la cosa va de eso, ¿no? —¿A que te he dejado calladita? Donde las dan, las toman... —me mofo con toda la intención del mundo.

—¿Y él lo sabe?

—¡Toma! ¡Claro! ¿Qué esperabas? ¿Que le hiciera una encerrona?

—¿Y qué ha dicho?

—Que se iba a rasurar el pubis.

La cara de Eli es un poema, pero uno de esos con miles de rimas que te dejan fascinado y, sí, abducida, pues tal que así.

—¿En serio?

—No, es coña. Está preocupado porque no quieres que piense que te va a meter mano en la primera cita y algo de ser un salido.

—Yo no creo que tu hermano sea un salido —me suelta.

—Eso es porque no viviste su adolescencia, su habitación era un hervidero de hormonas. Yo no tenía edad para entenderlo, pero el olor no era normal, y mamá le regañaba constantemente para que airease su habitación.

—Puaggg.

—Años más tarde supe que eran las pajas.

—Demasiada información.

—Información irrelevante, lo sé, pero tengo que vengarme de él por haberle enseñado a decir bruja al loro, que Pepe no es de los que guardan las formas.

—Ethan me lo ha contado, y me he reído mucho, eres un caso.

—Anda, un caso, dice. La culpa es de mi hermano, el pajillero.

Eli se descojona de nuevo, normal, si es que soy un chiste con patas.

—¿A qué hora? —pregunta cuando termina de secarse las lágrimas.

—A las nueve, en mi cabaña.

—¿Y qué harás tú? —me pregunta.

—Pues voy a dejar ahora un pijama y unas bragas en la cabaña de Mariana y, al regresar de comprar los materiales para el mural, iré directa allí, ya la he avisado y dormiremos juntas. Haremos piecitos e intercambiaremos fantasías antes de dormir.

—Eres lo peor —me acusa—, pero entiendo que mi hermano se haya fijado en ti, porque eres completamente distinta.

—¿Distinta?

—Distinta —afirma sin decir nada más.

—Pronto me construiré una cabaña yo también en el bosque.

—Mi hermano tiene unas manos increíbles, no sabes las maravillas que hace con ellas.

—¿Eso va con segundas? Porque sabes que me muero de ganas por averiguar lo increíbles que son sus manos.

—Cochina.

Salgo de la cabaña de Eli riendo y hago exactamente eso que le he dicho. Preparo unos calcetines, un pijama y ropa interior limpia. Meto en un neceser un par de cosas: cepillo y pasta de dientes, mi crema de noche, mi cepillo de madera y un par de pinzas, por si tengo que hacerle un repaso a Mariana. La lima y las pinturas también van conmigo, lo del blanqueamiento anal no sé cómo funciona y no quisiera saberlo, así que descartad esa opción que solo se lo dije a Antón para fastidiarle la tarde.

Mi hermano sigue allí plantado, madre de Dios, lo que da de sí una tarde.

—¿Y bien? —Se pone en pie nada más entrar por la puerta y se acerca presuroso.

—Tienes una cita confirmada esta noche, zanahorio. No desperdicies la oportunidad, porque te cateo si lo haces.

Antón traga saliva y asiente.

—Quién lo iba a decir...

—¿Que te ibas a poner nervioso?

—Entre otras cosas.

—La cena robada está lista en la nevera, solo tienes que servirla. Es más bien un picoteo, es todo lo que pudo conseguir mi compinche. Ahora, si me disculpas...

Camino hasta mi habitación, abro la puerta y entro para comenzar con lo previsto.

—Oye, Olivia, gracias, te debo una.

—Me la debes, claro está, pero con que no la cagues me basta —le respondo mientras sigo con lo mío.

Lo que iba a dar de sí esa noche...

Capítulo 35

Cuando acabé de preparar mis enseres para pasar la noche fuera de la cabaña, salí de la habitación, y Antón ya no estaba. Él tenía clases y lo lógico es que se marchase.

Decidí mandarle un mensaje a Mérida bastante escueto:

«Voy a ir al pueblo con Ethan. Eli y Antón tienen una cita esta noche. Espero tener muchas novedades la próxima vez que te llame».

No esperé a que mi hermana me respondiese porque aún tenía que ir a buscar a Ona y Selena, esa era una de las premisas a las que me había comprometido cuando propuse ir a por la compra del material, por lo menos intentar contar con ellas que serían una pieza clave en esta actividad.

No tengo claro cuál es la clase en la que estarán, porque vamos cambiando de grupos según lo que vayamos a desarrollar, así que, muy a mi pesar, tenía que ir a la cabaña principal a preguntarle a Cristina, sería un visto y no visto.

Mientras me encamino hasta allí, paro primero en la cabaña de Mariana y dejo mi bolsa en la entrada, tras la puerta, espero que a nadie le dé por abrir y revisar nada o, peor aún, llevársela.

Entro en la cabaña y me encuentro con Irene apoyada en el mostrador hablando con su hermana.

Ambas giran la cabeza y me miran, tras eso, cruzan una mirada entre ellas y la incomodidad hace acto de presencia. «Recuerda a lo que has venido, Olivia», me digo.

—Hola —saludo con cordialidad, que no se diga que no soy una dama.

Ninguna de las dos responde. Me aproximo hasta el mostrador, e Irene se hace a un lado, pero sin marcharse, los modales brillan por su ausencia.

—¿Qué necesitas? —Por supuesto, la que formula la pregunta con un tono que deja mucho que desear es Cristina.

—Me gustaría saber en qué actividad están ahora Ona y Selena, vamos a ir a comprar el material para el mural y quisiera preguntarles un par de dudas.

—La muda poco creo que te diga —replica Irene con total desfachatez.

¿Muda? ¿Perdona?

—No es muda, solo necesita tiempo —la justifico.

Irene no es santo de mi devoción, eso ya lo he dejado claro en muchas ocasiones, Cristina tampoco lo es y no hay duda de que es recíproco, pero, ese tipo de comentarios, sabiendo a qué has venido a Jacaranda y con qué fin; creo que está totalmente fuera de lugar, es más, ya es cuestión de ser persona, he visto animales mucho más racionales que Irene.

—¿Tiempo para qué? —bufa Irene—, juro que me da hasta escalofríos cuando la tengo cerca, parece una niña de una película mala de miedo.

—¡Basta! —grito y, sí, grito, porque me parece ofensivo todo lo que está diciendo—. Irene, no somos amigas, y a Dios doy gracias de ello, en serio; pero me da asco la forma en la que te diriges a una niña que ha perdido a sus padres y que su forma de mostrar su dolor es guardar silencio.

—Si solo fuese eso, porque no habla, pero tampoco conoce un cepillo.

—Me das asco —finalizo—. Me das verdadero asco.

Salgo de la cabaña con los puños cerrados y juro que, si no fuese porque tengo dos dedos de frente, le habría estampado el puño en la boca. Antes os comentaba que soy sincera o directa o como queráis llamarlo, y eso que he dicho me ha salido de corazón, todo.

Mis pasos están acelerados, tanto como la furia que me recorre la sangre y tengo ganas de llorar porque me duele que piensen así de Ona, de una niña que sufre por su pérdida, pero ¿en qué clase de mundo vivimos?

—Eh, eh, eh, ¿qué pasa?

Ethan me sujeta por el brazo, pero me deshago de su agarre y continúo mi camino. Necesito desconectar, necesito dejar de pensar en que hay personas a las que no le importan los demás, a las que no les duele el dolor ajeno. No las conozco, no son de mi familia, pero son personas, ¡qué cojones!, son niñas que sienten como yo, cuando me sentí mierda por ser la chica de los jueves o como mi hermano que se sintió un fracasado ante su ruptura.

Todas, todas las personas tienen derecho a protegerse cuando algo duele o cuando una herida no termina de cerrar como debe hacerlo, y ni tú ni yo ni ella somos nadie para decir cómo o qué debes hacer o cómo comportarte porque, solo la persona que lo sufre, sabe lo que necesita, y si Ona necesita estar en silencio, permitidme que os diga que me parece bien porque, si su cuerpo se lo pide, es lo que debe hacer.

—¡Déjame! —grito corriendo en dirección al río.

Noto cómo el pompón de mi gorro se mueve mientras acelero el paso y ni el frío ni la niebla, tampoco las pequeñas gotas que anuncian un inminente chaparón, me van a permitir que me aleje de mi fin, que es llegar hasta allí y

buscar cobijo bajo el manzano.

Hago lo propio al llegar y me coloco justo donde necesitaba. La brisa me golpea la cara y me quito la bufanda justo antes de sentarme. El sonido del río parece estar acorde a mi respiración, enfurecida y acelerada, exactamente así es como la percibo.

—Olivia. —Sé que es él y que está justo a mi lado. Veo sus botas de montaña cerca y de nuevo pienso que él, yo, Ona y Selena, Antón y Mérida, todos nosotros pasamos por esas fases de las que he hablado, y quien esté libre de pecado que tire la primera piedra—. Olivia, ¿qué ha pasado? Nunca te había visto así...

—Puede que sea porque no me conoces.

Alzo la vista, y lo veo ahí, mirándome, intentando averiguar como yo he hecho en otras tantas ocasiones si eso que le he dicho es una daga lanzada a matar o es una simple declaración.

—Te equivocas. —Percibo su risa entre dientes al decir esas palabras—. Creo que algo te conozco.

—Conoces lo que crees conocer —le respondo.

—Conozco lo que veo y sueles ser bastante transparente. Siempre sonríes, aunque estés colándote en una cabaña y soltando una patraña como justificación, incluso cuando te plantas frente a un coche en marcha para no morir congelados. Hasta cuando te dije que nuestro beso era un error, aquel día que ya parece tan lejano, sonreías.

—Eso es porque besabas bien —le digo sonriendo yo ahora.

—¿Ves? Ahora, incluso estando enfadada, sonríes. —Clavo de nuevo la vista en el río y veo al fondo la bruma cubriendo las montañas que intuyo hasta nevadas—. ¿Me vas a contar qué ha pasado?

Bufo, por todo y por nada, porque si Eli las conoce, sé que Ethan también y no quiero que piense que soy una chismosa, aunque me gusten los chismes de vez en cuando.

—Irene me ha hecho enfadar.

Ethan chasquea la lengua contra el paladar y se sienta a mi lado.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

Ambos miramos el movimiento del agua y caigo en la cuenta de que a él le gusta tanto estar aquí como a mí, puede que sea porque el sonido del agua correr amansa a las fieras, y él y yo seamos algo de eso, almas libres o personas que guardan sentimientos. Los suyos y los míos.

—Se ha metido con Ona y ha dicho cosas muy feas de ella. Y yo...

—¿La has defendido?

—Sí. ¿Sabes que esto me recuerda a esas conversaciones que tenía mi madre conmigo cuando era pequeña o a las mismas que tengo yo con los chicos? Hasta hace nada, hablaba con Diego y Selena sobre su futura boda y mediaba entre ellos, ahora parece que tú haces lo mismo conmigo.

—¿Diego? ¿Selena? ¿Una boda? —Ahora sí que me mira fijamente.

—Selena quiere casarse con Diego, y Diego no quiere, dice que no cree en las bodas. Me da pena, ¿sabes? No ellos, sino que sufran; son muy pequeños para saber lo que es sufrir y me encantaría poder borrar todo eso, por ese mismo motivo me he enfadado cuando Irene ha dicho que Ona es muda, entre otras cosas. —No creo que sean necesarios muchos más detalles.

—Entiendo —me dice.

—A veces pierdo el control, y hoy Irene ha dado de pleno.

—Irene es subnormal —me suelta así, sin anestesia.

Ahora soy yo la que clava la mirada en él, y me mira sonriendo.

—Pensaba que el chico correcto no decía tacos.

—Y no los digo, solo estoy diciendo la verdad, corrígeme si me equivoco.

—No, no, claro que no, Irene es subnormal, ¡qué digo subnormal! Es gilipollas de remate.

Ethan se carcajea, y me contagia con su gesto.

—Me gusta verte reír, cuando te conocí no reías nunca, pensaba que estabas enfadado conmigo por haberme cruzado en tu camino.

—Y lo estaba...

—Lo siento —me disculpo una vez más.

—No tienes por qué disculparte de nuevo, puede que, si no hubieses hecho eso, no me hubiese fijado en ti.

Trago, trago con fuerza, como si con ese gesto fuese a fluir todo de otra forma y el nerviosismo que se acrecienta en mi pecho fuese a tomar el tobogán indicado y a desaparecer por completo.

—No lo hice con esa intención, pero me alegro de ello —matizo.

Puede que no sea una declaración o no una al uso, pero sé que Ethan es de los que no dan una puntada sin hilo y que, cuando dice algo, lo dice de verdad. Quizá no nos conocemos lo suficiente, pero hay personas que no necesitan estar toda la vida presente para saber que son lo que son, sin más, y Ethan es uno de ellos, aunque tenga fases, muros y secretos, ¿quién no los tiene hoy en día?

—Anda, vamos, tenemos un trayecto largo para que me cuentes todo lo

que ha pasado, podemos tramar un plan de venganza.

Cuando Ethan pronuncia la palabra «plan», me quedan claras dos cosas; una de ellas es que es mi alma gemela, porque yo soy la reina de los planes y, la segunda, la segunda es que en mi lista de deseos ya no solo están sus patillas o su barbilla, no, ¡qué va! En mi lista de deseos está él, todo él, porque creo que estoy irremediabilmente colada por el psicópata de pelo rizado y doble personalidad; aunque, últimamente, a mí solo me muestra al Doctor Jekyll y ganas no tengo de conocer a Mr. Hyde.

Capítulo 36

—No me puedo creer que le hayas dicho eso. —Se ríe Ethan tras escuchar mi narración.

—Decirle que me da asco no es tan malo, dentro de lo malo es de lo mejor, hay insultos mucho peores y yo he intentado mantener la cordura.

Ethan sigue riendo mientras sujeta con la mano izquierda el volante y la mano derecha sobre la palanca de cambios. Me gusta verlo en esa actitud tan distendida, tan relajado, como si fuese humano y no un robot que actúa por inercia. Es más, me gusta imaginarle así, conduciendo, dejándose llevar sin pensar ni meditar, con su olor invadiendo el espacio, con sus ojos centrados en el camino que va recorriendo y con la sensación de que ahora nada importa, solo la carretera, justo como ahora.

—Yo no sé cómo habría actuado en tu situación, la verdad. Pero me parece de muy mala persona eso que ha hecho.

—¡Lo es! A ver, no es que yo sea imparcial, porque ya me caía mal Irene, su hermana tampoco es santo de mi devoción, no te voy a engañar, pero es que... lo de hoy ha sido la gota que colma el vaso.

—Bueno, cada persona es diferente, y no todos conectamos con todos.

—Cierto, Irene tiene la capacidad de sacarme de mis casillas, y Cristina me odia y no entiendo el motivo.

Ethan no dice nada más sobre el asunto, imagino que ya la historia no tiene la misma gracia y que hemos agotado todos los cartuchos disponibles.

—¿Ya sabes qué vamos a comprar? —me pregunta tras un rato de silencio.

—No y eso también me da rabia, porque había ido hasta allí para saber cuál era la clase en la que estaban Selena y Ona y poder preguntarles lo que nos hace falta y con todo el asunto no he podido. Tendremos que improvisar. Tengo entendido que eres todo un manitas, así que seguro que me puedes echar una mano.

—¿Un manitas?

—Exacto, me ha dicho un pajarito algo sobre una cabaña y tus propias manos.

Ethan suspira, puede que abochornado porque tengo más información de

la que él pensaba.

—Mi hermana no sabe estarse callada.

—Hay cosas que no me ha contado, suele ser muy comedida, pero lo de la cabaña se le escapó.

—Menos mal que ella también me cuenta cosas, si no, la tacharía de traidora.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —cuestiono asustada, a saber lo que le puede haber dicho, Eli tiene información privilegiada.

—No te lo puedo contar todo, si lo hiciese, sabrías las cartas con las que juego mi partida.

—Es injusto —protesto cruzándome de brazos.

—La vida no siempre es justa, tienes ya edad de saberlo —me reprende.

—Lo sé, pero saberlo no me hace sentir mejor —argumento.

—Pareces una niña pequeña protestando por un castigo.

—Podría serlo.

—No eres tan pequeña.

—Ni tú tan mayor.

—No, no lo soy.

—La edad es solo un número —le explico—, ya sabes, lo de dentro es lo que de verdad te define como adulto o como jovenzuelo hormonado. Si no, que se lo digan a mi hermano.

—A tu hermano lo tengo en mi lista de asuntos pendientes.

¿Lista? ¿Ha dicho lista? ¿Me espía? ¿Conoce a Mérida?

—¿Por?

—Porque, como se la juegue a mi hermana, me lo cargo, que con estas manos he construido una cabaña y puedo hacer muchas más cosas.

Miro sus manos, siguen en el mismo lugar de antes, pero yo solo las imagino acariciando, apretando justo donde tienen que apretar y moviéndolas sobre mi cuerpo. La imaginación es lo peor que hay en el mundo de los que no catan desde hace tiempo.

—¿Sabes que tienen una cita esta noche?

Ethan escucha atentamente mis palabras, tan atentamente que alza el pie del acelerador y la furgoneta comienza a hacer una especie de movimiento raro, como si se hubiese trabado algo en las ruedas.

—¿Cómo que cita? Tenemos que acabar con esto pronto, necesito volver al *camping*, no me fío de tu hermano.

—¡Oye! Que mi hermano será lo que será, pero no es mal chico. Es un

poco estúpido a veces, incluso obtuso, pero en eso nos parecemos, no lo puedo negar.

—¿Sois estúpidos?

—Te estás pasando... Y el que avisa no es traidor.

Ethan me mira y sonrío condescendiente, diría que cómplice.

—Eli es mi hermana, mi hermana pequeña, y no quiero que sufra.

—¿Por qué crees que todo es malo? ¿Por qué tienes que ser tan pesimista? Puede que se diviertan y se lo pasen bien, que se conozcan, se enamoren y seamos cuñadas.

—Cuñadas... Ya... ¿Y tú y yo qué seríamos? ¿Concuños?

Concuños, dice el muy iluso. Marido y mujer o amantes, cualquier cosa que implique que esas manos recorran mi cuerpo de forma ardiente me vale.

—Eso está por ver, yo es que de parentescos no entiendo, no sé cuándo eres primo hermano o primo segundo o tía abuela, eso son todo mitos y leyendas.

—Cada vez que hablas, creo que estás más chalada.

—Ya, habla el psicópata de campeonato —le gruño.

—¿Psicópata? ¿En qué momento he actuado yo como tal?

—Podría enumerar muchas situaciones, pero no llegaríamos a Jacaranda. Además, creo que debes prestar atención a la carretera, no se ve nada con esta niebla y, si me pongo a especificarte todas y cada una de las actitudes de chiflado escondido en el cuerpo de un huraño, podríamos tener un accidente y me quiero mucho como para morir tan joven.

—¿Huraño? Yo no me definiría así.

—Claro, lógico, lo normal es que uno se defina de una forma bastante diferente a la realidad.

—¿Cómo te definirías tú? —Por un momento, su mirada se clava en la mía, pero de una forma bastante difícil de explicar, no es una simple mirada o unos ojos sobre otros, no, ni mucho menos; en su mirada hay curiosidad, hay preguntas, inquietudes y me atrevo a decir que dudas, pero dudas, ¿de qué?

—¿Cómo me definirías tú? —contrataco.

—Puede que mi definición también diste bastante de la realidad —me explica volviendo a centrar su atención en la carretera.

—El chico que no arriesga por no meter la pata —le reto.

—Sí, puede que ese sea yo, ¿ves? Has sabido definirme. —Su risa es seca, no es divertida como hasta hace nada, cuando le contaba las aventuras y desventuras de Olivia; en esta ocasión, es dura y triste.

—Podría decir muchas más cosas sobre ti. —Aún a riesgo de liarla, de que me diga que soy una presuntuosa o que no le conozco nada, que me equivoco, que mejor estoy callada; me arriesgo y lo hago. Hablo, solo hablo y me dejo ir. Cierro los ojos y dejo que mis palabras salgan sin más, que tomen el ascensor y suban, que recorran mi pecho antes de salir por mi boca—. Podría decir que eres una incógnita; que incluso sentí algo de respeto al conocerte; que me sentía bien cuando te veía, a pesar de que me evitases; que me descolocaba tu actitud, esa que en ocasiones era cercana y en otras distante; que me dabas una de cal y una de arena. Podría incluso decir que hubo un momento en el que creí que eras el típico chico malo que tanto me gusta, pero me equivocaba, no lo eres, pero sigues siendo un completo misterio. Sé que escondes algo, pero ¿sabes qué? —Ethan me mira con atención, pero no formula la pregunta, simplemente espera a que prosiga con mi discurso—. Que no necesito saberlo, a veces no es necesario contar todo lo que nos ha sucedido en el pasado para conocer a alguien, para tomarle un cariño especial. —Suspiro al soltar estas últimas palabras—. A veces lo que de verdad importa es el presente y el futuro, no el pasado; pasado, pisado —matizo con firmeza.

Ya no hablo de su pasado, hablo del de todas las personas, nos empeñamos en que conocer a alguien pasa por saber sobre su infancia, su adolescencia o sus años de universidad, las vacaciones de verano, los suspensos que aparecen en sus notas o sus amigos que ya han dejado de serlo; y, no, no estoy de acuerdo. Está bien saber algo, cosas que le definan, que te den pistas de lo que le han hecho llegar hasta donde está hoy o ser quien es en la actualidad, pero lo que importa, o lo que a mí me importa, es lo que es cuando está conmigo, no hablo de Ethan únicamente, hablo de Eli, de Mariana, de Simona y hasta de Mérida y Antón, porque no siempre nos comportamos igual con cada persona. Una persona llega a tu vida, te muestra algo y ese algo hace que cambies o que evoluciones y luego llegas a otra persona, y esa persona se empapa de ti, de lo que eres cuando llegas a su vida... Puede que sea pretencioso por mi parte, pero el pasado es importante hasta cierto punto, porque lo que de verdad me importa es lo que sea cuando está conmigo, la huella que deja en mí, y yo en él, lo que me hace sentir cuando estamos juntos, lo que somos cuando conectamos y lo que seremos con todo lo que compartamos.

—Yo podría decir que eres la clase de chica que te inspira desconfianza por su forma de comportarse: directa, irónica, socarrona en ocasiones y

escurridiza en otras tantas. Quizá de las que engaña, de las que te dan la sensación de que no sabe lo que significa las palabras «para siempre», porque en su vocabulario no existe como tal, quizá «fugaz, breve o efímero» la definan mejor; pero no es oro todo lo que reluce o eso es lo que siempre nos han enseñado nuestros padres. Por eso soy de los que observa en silencio, de los que sabe tomar los detalles y transformarlos en características, de los que intenta esquivar las balas, pero se pone el primero si hay que defender a alguien que vale la pena. De los que sufre por los demás, y tú eres exactamente así, te pareces más a mí de lo que crees, Olivia.

Sus palabras calan hondo en mi pecho, tanto que contengo el aliento antes de decir algo, o de intentar decir algo, porque, ¿qué se supone que dices cuando alguien ha sido capaz de definirte de una forma tan precisa? ¿Existe realmente esa conexión que hace que dos personas se conozcan mucho antes de conocerse?

—Creo que hay algo que no te he dicho, Ethan —finalizo sin temor alguno a pesar de que voy a abrirme en canal.

—Dime —me pide dejando de mirar un momento la carretera para mirarme de nuevo a mí. Ya no veo temor en su mirada, ahora veo paz, como si hubiésemos descubierto un camino que nos lleva hacia donde queremos o necesitamos.

—Te dije que me gustan los chicos malos.

—Cierto. ¿No te gustan los chicos malos?

—Sí, me siguen gustando —afirmo.

—¿Pero?

—Pero he descubierto que me gustas más tú.

Pierdo la noción del tiempo y del espacio cuando sus preciosos ojos se clavan en los míos.

Cuando disminuye la marcha y frena en el arcén.

Cuando pone en funcionamiento los cuatro intermitentes.

Cuando sus manos van directas a mi cuello y sus dedos se enredan entre mi pelo.

Cuando «a la mierda» es la banda sonora que pone música a nuestro momento.

Cuando sus labios se posan sobre los míos.

Cuando asumo que estoy perdida.

Cuando nos fundimos en un beso.

Cuando comienza a llover con fuerza.

Cuando la fuerza de la lluvia no es capaz de eclipsar el sonido del latir acelerado de mi corazón.

Cuando descubro que el mejor lugar en el que he estado es este.

Cuando mi lista de deseos no es otra que estar justo donde estoy.

Cuando el chico de las patillas me dice: «me gustas tanto que quema».

Capítulo 37

Llegamos al pueblo con la lluvia arreciando todo a su paso. Por primera vez, nos da igual todo lo que nos rodea y, de la mano, miramos varias tiendas en las que podamos surtirnos del material que creemos que es necesario para hacer el mural al gusto de todos.

Estoy emocionada por muchas cosas: el mural, los avances con el grupo, lo que Jacaranda me ha dado, la cita de Eli y de Antón y hasta por la depilación integral de Mariana. Estoy tan contenta que me da bastante igual que el loro me llame bruja, hasta eso se lo puedo perdonar a mi hermano.

—Ven —me pide Ethan entrando en una tienda—. Mira —me dice señalando al fondo una estantería llena de gorros de lana.

—Mis favoritos —le digo corriendo hacia ellos y tocándolos como si fuese una niña pequeña en una tienda de golosinas.

Camino entre los estantes, viendo los distintos gorros bajo la atenta mirada de Ethan, que sonrío sentado en un pequeño banco de la tienda.

—Pruébate alguno —me pide.

No es necesario que suplique mucho para que lleve a cabo su petición.

—Si insistes...

Cojo uno, para variar, el de color naranja. Observo en el espejo mi propio reflejo y me veo..., me veo bien. Mis ojos están brillantes, mis labios están rojos fruto de los besos en un arcén bajo la lluvia, mi piel está pálida y mis pecas resaltan bajo el foco blanco, mi pelo reluce. Puede que sea yo, que veo las cosas de otra forma, puede que sea el influjo de Ethan y nuestra no declaración de intenciones o puede que sea la sensación de libertad al sentirme plena con él y no tener problema en decirlo abiertamente o puede que sea la combinación de todo lo anterior y la sensación de plenitud que supone el tenerle cerca y no lejos, como en otras ocasiones.

—Te queda bien, demasiado bien —me dice—, pero quiero que te pruebes este.

Se levanta, se acerca y sus pasos me parecen cada vez más firmes, sus labios cada vez más carnosos y apetecibles, sus manos cada vez más grandes y sus patillas cada vez más perfectas. Malditas patillas.

Sujeta entre sus dedos un gorro de color malva, lo abre con delicadeza y

me siento una princesa cuando extiende sus manos para colocarlo en mi cabeza, como si me coronase con él.

No satisfecho con eso, desliza sus dedos por mi pelo para dejar que la lana del sombrero lo atrape y cuando acaba con el proceso, su dedo índice me golpea la nariz con cariño, y yo hago el amago de mordérselo.

—Preciosa.

Le pongo morritos, y Ethan baja la cabeza hasta colocarse a mi altura y me besa.

—Si me lo pides así... No puedo rechazar una oferta tan apetecible.

Los primeros besos suelen ser extraños, porque no sabes cómo serán, si encajarán, si te gustará la forma en la que te posee o si lo hará con delicadeza o con rudeza. Los primeros besos te producen un aleteo en el estómago y cosquillas en la entrepierna. Los primeros besos son mágicos y no siempre son perfectos. Con Ethan, nuestra primera vez fue rara, una tía que se planta en la carretera y que no sabe si morirá aplastada, un encuentro con una maleta que se coloca donde no debe, un paseo por el río que acaba en una conversación distendida, un beso y un posterior rechazo, la sensación que acompaña el no saber qué has hecho mal, todo en su conjunto, las primeras veces con todo; y este beso, este beso es una más, una primera vez que no sabes cómo será, pero que se convierte en algo que quieres repetir, que deseas probar y que anhelas cuando no lo tienes.

—Ya sabía yo que la chalada pelirroja terminaría conquistándote... — bromeo. Me sonrojaría si pudiese, pero con Ethan todo sale tan natural que me es imposible.

—Tanto como conquistarme..., digamos que supo despertar cierta curiosidad —matiza sonriendo.

—La curiosidad mató al gato, eso lo sabes, ¿no?

—Y seguro que el gato murió con una sonrisa en la cara —me rebate.

De nuevo le pongo morritos; pero, esta vez, extendiendo mis manos y las llevo hasta su nuca. Enredo mis dedos entre sus mechones desgarrados y me aprieto contra él.

—Creo que hay un chico guapo por aquí que necesita un beso para poder conducir de vuelta a Jacaranda y no solo eso... —Ethan resopla riendo. Me gusta tanto verlo así. No pude imaginármelo al conocerlo, no pude hacerme una idea de cómo sería él cuando estaba contento, porque su forma de actuar me hacía pensar que su carácter era de todo menos cercano y, ahora, ahora que lo veo así, que veo que está receptivo y entregado, que apuesta —o eso

espero—, como yo, por lo que pueda surgir de esta locura que supone que nos besemos sin cesar y que nos digamos lo que sentimos sin más; no soy capaz de imaginar al Ethan huraño y tosco que conocí hace muchos días. El tiempo ha pasado volando y hemos evolucionado, avanzado y crecido. Nos hemos conocido y eso es lo único que me importa. Creo que Jacaranda siempre lo cambiará todo, aunque las personas sean otras, siempre el lugar te hará mejor de lo que eras cuando llegaste.

Nos separamos, no sin cierto recelo al hacerlo. Me quito el gorro y lo dejo en la estantería. No he traído dinero, ni siquiera he cargado con el móvil, supongo que tenía todo lo que necesitaba. Si me hubiesen preguntado hace nada cuánto tiempo podría vivir sin el teléfono, te diría que treinta segundos, ahora me queda claro que puedo y no solo eso, sino que me gusta estar así, solo sentir, solo disfrutar de alzar la vista y ver lo que me rodea.

Me dispongo a salir de la tienda y escucho los pasos de Ethan tras de mí.

—Tenemos que ir a recoger el material. —Miro el reloj que hay sobre la puerta de la tienda y veo que ha pasado más de una hora desde que lo reservamos al llegar—. Es hora de que volvamos.

Salgo y veo nuestra furgoneta aparcada. Lo de «veo» es un decir, más que ver, intuyo; porque la bruma es muy espesa y apenas se ve a un palmo de narices. Dije que me gustaba el invierno, ¿verdad? Pues lo retiro.

Una pequeña luz ilumina la carretera y doy un paso hacia atrás cuando el sonido fuerte que acompaña al rayo retumba en el espacio.

—¡Joder! —exclamo acojonada.

—Solo es un relámpago —me explica Ethan.

—Ya, bonito, hasta ahí llego, pero me dan verdadero temor las tormentas eléctricas. —Giro la cabeza y lo encuentro ahí, parado frente a mí, con una bolsa de papel en la mano y un lazo de color lila en ella.

—¿Qué...?

—Para ti —me interrumpe antes de que pueda terminar de formular la pregunta.

—No me digas que...

—Sí —finaliza.

Tiro de la bolsa con ganas, quien diga que no le gustan los regalos y las sorpresas miente. Doy pequeños saltitos como una niña pequeña ante la Barbie de última generación, esa que hace popo y se limpia sola con papel de color rosa chicle.

Extraigo mi gorro de lana —léase el pronombre posesivo, por favor— y

me quito el que traje puesto y lo meto dentro de la bolsa. Me lo coloco y, mientras me giro para ver si el pelo me ha quedado bien colocado, otro relámpago se hace eco en la calle.

—Mierda.

—Esa boca, niña —me reprende Ethan.

—Pareces un padre —me burlo.

Ethan no dice nada, solo tira de mi mano y me acoge entre sus brazos. Llevo mis manos hasta su espalda y me siento tan jodidamente bien así que el resto del mundo me da igual.

¿Cómo hemos llegado hasta este punto? A veces me gustaría poder responder todas y cada una de las preguntas que me hago. Tengo claro que esa curiosidad de la que hablaba Ethan hace nada la despertó él en mí también, porque supongo que se sale de lo normal, la forma en la que nos encontramos ni siquiera es la típica. Suelo conocer chicos una noche cualquiera en un garito que se precie, pero no así. Sin embargo, con él fue de otra forma, eso, sumado al compartir cierta cercanía, hizo que la magia se hiciera, pero... ¿y él?

—Olivia...

—¿Sí? —pregunto sin separar mi cara de su pecho.

—Creo que vamos a tener que buscar un plan alternativo.

—¿Para qué?

—Para regresar a Jacaranda.

—¿Por?

Alzo la mirada y observo la carretera. Si antes no se veía nada, ahora mucho menos porque la cortina de agua que cae hace que sea imposible pensar en otra cosa que no sea: vamos a tener que pillar una balsa y un par de remos —sin exagerar ni nada, ehh—.

—¿Y ahora?

—Ahora tendrás que pasar la noche conmigo, espero que no ronques mucho.

—No suelo roncar, pero los pedos son harina de otro costal —bromeo.

Nos reímos a carcajadas, como adolescentes que saben que la tormenta puede ser perfecta para hacer manitas.

—A la de tres —me pide.

—A la de tres, ¿qué?

—Una, dos...

Y tira de mi mano para que siga sus pasos y corra en dirección al coche.

—No has dicho tres, maldito —protesto enfurruñada mientras siento que mi gorro de lana está empapado, mi pelo tres cuartos de lo mismo y no hablemos de mis zapatillas.

—Si hubiese esperado al tres, no habrías venido.

Probablemente. Si es que hasta en eso me sorprende.

Capítulo 38

Viva San Google, ¿lo he dicho alguna vez? Pues eso, que viva internet.

La conexión es lenta, pero lo suficientemente válida como para buscar un refugio en el que pasar la noche.

No, no es una cueva de mala muerte, estamos en un pueblo pequeño, cerca de Jacaranda, pero, a su vez, lejos de todo. Por suerte para nosotros, hay un hotel rural y las habitaciones no son excesivamente caras. Bueno, bonito y barato o eso espero.

Los aparcamientos son como los de las películas. Un *parking* de esos llenos de rayas blancas que por lo menos tiene asfalto, vacío y, si le sumamos mi cague a las tormentas eléctricas, a la sensación de que en cuestión de segundos puede salir alguien de detrás de la puerta de la recepción del hotel con una máscara blanca y un cuchillo del pan para rebanarnos el cuello; pues la cosa es que estoy detrás de Ethan, porque valiente soy lo justo, que a ver quién es el primero en ponerle huevos si te sale un asesino en serie. Creo que ya Mérida os advirtió que el dramatismo de mi madre a veces se me pega, ¿no? Pues eso, permitidme un breve momento de canguelo y luego ya retomo la compostura.

El sonido de la campana me hace sacar la cabeza de detrás de la espalda de Ethan, que, a todas estas, debo decir que tiene una espalda bien fuerte, eso es por construir la cabaña, seguro.

—¿Qué desean?

—Hola, buen hombre —¿En serio, «buen hombre»? Sí, sí, como en las películas, ya lo dije yo, lo siguiente: la máscara—. Necesitábamos una habitación para pasar la noche.

—¿Juntos? —Esa soy yo, que aún me parece mentira, pero hasta gracias voy a tener que darle a la tormenta que tanto odio.

—¿Te parece mal? Es que... —Baja la voz para que le escuche solo yo—. No tengo mucho dinero, no pensaba que esto...

—Juntos —le digo en voz alta para que lo escuche el señor.

—¿Es mayor de edad? —inquire el recepcionista señalándome con su dedo índice, como una niña pequeña a la que hay que reprender por haber hecho alguna travesura; sí, este señor piensa que vamos a hacer travesuras,

pero de otras; guiño, guiño—. No quiero menores aquí, respeto los gustos de cada cual, amigo; pero, si se entera la poli de que hay menores y que esas menores pueden estar haciendo cosas con un hombre..., se me puede caer el pelo.

Parece absurdo, quizá surrealista y es que la cosa trae cola, porque el pelo se le podría caer si tuviese algo, pero no es el caso, eso sumado a que me acaba de confundir con una adolescente de pago, y digamos «de pago» porque no tengo otra forma de edulcorarlo.

—Soy mayor de edad —afirmo al ver que Ethan se ha quedado de piedra ante tal insinuación.

Le tiendo el DNI para que lo compruebe y se queda satisfecho al ver mi fecha de nacimiento y darse cuenta de que, de ser una falsificación, es de las buenas.

Me devuelve el documento mientras Ethan le tiende el suyo. Me da la mano y entrelazamos los dedos, cómplices, mientras el señor calvo mira en el ordenador algo. La disponibilidad está claro que no, porque ahí fuera no hay un alma; si me dice que no le quedan habitaciones libres seré yo misma la que le arranque el pelo que le pueda quedar.

—Juntos —murmura Ethan en mi oído y un escalofrío me recorre el cuerpo. Un escalofrío y no por la ropa mojada...

—Os dejaré una habitación cerca, para que no tengáis que dar la vuelta al hotel. Es cuestión de salir, recorrer este pasillo y la última puerta es la vuestra. La número treinta —nos dice mientras le tiende las llaves a Ethan. Se acerca al mostrador y, tras firmar un papel, paga—. La cena se sirve normalmente sobre las ocho. Ya se ha pasado la hora, pero os puedo conseguir un par de platos, hablaré con la cocinera y os diré algo en un rato.

Le damos las gracias mientras abandonamos la recepción.

—¿Quieres coger algo del coche? —me pregunta servicial.

—No he traído nada —confieso—. Preparé un pijama, pero lo dejé en la cabaña de Mariana, porque pensaba que podríamos regresar.

—¿En la cabaña de Mariana?

—Cosas de chicas.

—¿Cosas de chicas que no duermen en su cabaña por si su hermano hace alguna cosa con mi hermana?

—Qué astuto eres; cuanto más te conozco, más me gustas —le confieso mientras le pellizco con ternura. Que los pellizcos pueden ser tiernos es un hecho.

—Tú también me gustas... Cuando tú me miras, se hace la magia —me repite de nuevo.

Freno nuestros pasos y me coloco frente a él, mientras restos de gotas que el viento mece nos alcanzan.

—Ethan...

—Olivia...

Nos interrumpimos intentando decirnos algo, yo que no me haga daño, porque la magia no lo puede curar todo, y él..., él probablemente lo mismo.

Nos besamos con ganas, porque las palabras a veces sobran, como ahora.

No sé si creer en el destino o no hacerlo. Ni siquiera sé si existe algo tan místico como eso, pero está claro que, de existir, hoy los astros han jugado de nuestra parte. La niebla ya nos daba una pista de que quizá no era el momento de abandonar Jacaranda o sí lo era y por eso justamente nos fuimos. Podría pensar que estaba todo planeado, que sabía que la tormenta nos traería otra mucho más intensa durante esta tarde; una de emociones y de sensaciones, de confesiones y de besos a escondidas, de regalos que no esperas, pero que te llenan. Sin embargo, por encima de todo, nos trajo la oportunidad de jugar nuestras cartas, las tuyas y las mías y, por ahora, la partida no ha terminado.

Muerdo sus labios, mientras Ethan me presiona contra su cuerpo.

No quiero ponerme en plan guarrilla viciosa, pero, si eso no es el móvil, ¡madre mía!, lo bien cargado que está el chico.

Tiro de su mano para llegar hasta la puerta de nuestra habitación. Por fuera parece una cabaña más, también de madera, la puerta es verde y hay dos ventanas redondas.

—Abre —le pido.

Me hago a un lado y no sé si es la desesperación por quitarme la ropa mojada o por volver a morderle, puede que sea la mezcla de ambas cosas.

—Las adolescentes primero, perdón... —Ríe—. Señoritas —me dice mientras me invita a pasar.

Accedo a la cabaña y es mucho más bonita de lo que imaginaba. Tiene una chimenea antigua preciosa al lado de la cama. Una pequeña mesa con cuatro sillas nada más entrar y un sillón orejero al lado de la chimenea con varias revistas puestas encima de una mesa auxiliar.

El cabecero de la cama es lo primero que se ve de frente, porque la cama da a un cristal enorme. La niebla nos impide observar las vistas, pero debe de ser maravilloso amanecer ahí, mirando el horizonte.

—Deberías quitarte la ropa —le pido al señalar su chaqueta mojada, al igual que sus pantalones.

—Voy a llamar para preguntar si tienen secadora —me dice mientras se aleja quitándose sus prendas.

Me siento en el suelo, apoyando la espalda en la cama, como hacía con Mérida siempre y le veo moverse con soltura y naturalidad por la habitación.

Me incorporo en busca del baño y rezo una plegaria mental para que mis bragas no estén rotas, ya ni siquiera apuesto porque sean sexis, porque sé que serán de todo menos eso, pero sin agujeros estarían bien.

Va a resultar que, efectivamente, el destino está de mi parte porque mi ropa interior no está del todo mal. Ahora bien, a mí, que no contaba con nada de esto, no me parece del todo lógico salir así. Miro tras la puerta del baño y no veo albornoz. Fantástico, tiene una cama colocada en un sitio excepcional, pero no hay albornoces para ponerte después de la ducha. Gracias, karma, y no es coña, pero... Soy buena chica, por un rato solo.

—Pregunta si tienen albornoz. No tengo ropa de cambio y...

Saco mi brazo desnudo por un hueco de la puerta, y Ethan sonrío al pillar lo que le quiero decir.

—Puede que se me olvide lo del albornoz —comenta, socarrón, mientras coge el teléfono de la habitación y mira en una hoja el número que debe marcar.

Cruzo los dedos tras la espalda, por si el karma nos está mirando desde algún lugar y decide atender mi plegaria, que no haya albornoz para Ethan tiene que valer como tres puntos en un partido de baloncesto. O mil, mil casi que mejor.

Me acerco hasta la ducha y acciono el agua llevando la manilla hasta el círculo rojo. Necesito de forma urgente una ducha caliente.

Cuando el agua está a la temperatura ideal, y tras poner una toalla en el suelo para salir y no resbalarme, entro y dejo que corra por mi cuerpo.

Nos hemos olvidado de ir a recoger los materiales...

—¡Mierda! —exclamo—. ¡Ethan...! —grito—. ¡Ethan! —insisto.

Un par de toques en la puerta me indican que me ha escuchado.

Abre la puerta, y asomo la cabeza tras la cortina de baño.

—¿Qué pasa? —pregunta tras la madera.

—Puedes entrar, no vas a ver nada que no hayas visto —le provoco. A ver, que una no es de piedra, concededme el beneplácito de pensar que me va a ver y me va a empotrar y al carajo con el material.

—He visto muchas cosas, pero te puedo garantizar que nunca he conocido a nadie con el descaró y el desparpajo que tienes tú.

—Te ha quedado bien y todo, me has convencido, puedes hacer conmigo lo que quieras.

¿Y el material, Olivia?

—¿Lo que quiera? ¿Estás segura?

Mierda. Al carajo el material.

—Lo que quieras —susurro convencida de ello.

Ser responsable o no serlo, he ahí la cuestión.

Capítulo 39

Escucho cómo la ropa comienza a caer al suelo. La cazadora lo primero y miro, porque Dios nos ha concedido ese sentido privilegiado para que pueda percibir lo que va dejando a la vista su cuidadoso ritual.

Sudadera, camisa de manga baja y, si se quita esos abdominales, me caigo y no me recupero.

Nuevo punto en la lista de deseos: «a lo loca que me vuelven sus patillas, le sumo sus rizos, sus abdominales, sus oblicuos y espero que lo que esconde el calzoncillo negro que asoma sobre la costura del vaquero».

Puede que no sea la escena más erótica del mundo, que una chica pelirroja, desnuda, de pelo mojado pegado a la cara y con la boca abierta por la impresión de ver a semejante espécimen acercándose con decisión hasta ella; no sea lo más cachondo que existe, pero ¡joder! Recuperarme de la impresión de lo que tengo frente a mis ojos es bastante complicado.

—¿Me dejas entrar contigo?

«Me dejas entrar contigo», dice el inconsciente...

—Si no te has dado cuenta, has entrado hasta el fondo.

Ojalá pudiese decirlo con doble intención. Ojalá pudiese decir que ha entrado hasta el fondo en mi cuerpo y en mi corazón, pero me conformo con lo segundo que de lo primero tenemos tiempo. Digo yo, que antes de conquistar la luna, hubo que investigar el camino hasta ella, pues eso es justamente lo que espero que suceda y que la investigación sea muy productiva —guiño, guiño—.

—Y más que voy a entrar —me dice dando un paso y colocándose frente a mí en la bañera.

«No mires hacia abajo, no mires hacia abajo, eres una jodida descarada, y él tiene rabazo». Fin del comunicado.

—Más que mirar, podrías tocar —me pide. Y la jodida descarada soy yo. Ya ves, unos tienen la fama y otros el provecho, como diría mi padre. ¿Qué hago pensando en mi padre ahora que voy a llevar mis dedos a su... cosota?

No quiero cerrar los ojos cuando mis manos le toquen por primera vez. Eso es algo que tengo claro. Es una necesidad, como la que siento de pasar mis dedos por su pecho, recorrer la línea del abdomen, marcar sus

abdominales como si de un laberinto se tratase y culminar en su entrepierna.

Un largo suspiro se escucha en la habitación cuando la sujeto con firmeza entre mis dedos.

—¡Joder, Olivia! ¡Joder!

Muevo la mano arriba y abajo mientras estudio sus reacciones. Sus labios están más hinchados, sus pezones erectos, su piel erizada y su polla dura como una puta piedra.

Sus ojos, sus preciosos ojos se abren y me miran con determinación y sé que ahora mismo lo que veo en ellos es el reflejo de la misma pasión que él debe de percibir en los míos. Fuego, a pesar del frío que hace fuera. Calor, a pesar del agua que choca contra los cristales de la cabaña. Deseo, que lo empaña todo, dejando a un lado incluso las responsabilidades.

Sus dedos van directos a mi entrepierna y ahora la que suspira soy yo. Suspiro por la contención de estas semanas, por el tiempo que llevo sin disfrutar de una buena sesión de sexo, no de un «te pillo y aquí te cepillo», no, de disfrutar de preliminares y de hacerlo con él. Con el chico que me vuelve completamente loca y del que estoy rendida.

Un dedo entra dentro de mí, mientras el pulgar presiona mi clítoris con decisión.

—Estoy un poco desentrenado, Olivia, así que... guíame —me pide.

Sonrío al escuchar sus palabras.

—Estás haciendo justo lo que necesito.

Justo lo que necesito, ¡joder!

Otro dedo viene a su encuentro y busco sus labios con desesperación. Enredo mis dedos en su pelo y tiro de él con ansias, con deseo y con ganas. Se deja llevar por el tirón y gime. Me mira y sé que ahora mismo me destrozaría, lo tengo claro, porque la decisión que veo en sus ojos es la respuesta a la misma desesperación que siento.

Sus dedos se mecen dentro de mí y mi mano mueve su polla con fuerza. Su punta está húmeda. Excitación y fogosidad es lo que se respira en este baño.

Muerdo una vez más sus labios, y él hace lo propio con los míos. Por cada mordida una penetración más intensa, pero ya no es suficiente, joder, no es para nada suficiente.

—Necesito más... —Mi voz suena amortiguada por el deseo y el hambre que tengo de él. Ethan abre los ojos y en cuestión de segundos siento el vacío que deja cuando abandona la habitación. Cierro el agua y me envuelvo en una

toalla sin entender bien qué sucede—. Puede que no me haya explicado bien...

Entra de nuevo en el baño y me enseña un pequeño paquetito que contiene un preservativo. Rompe el paquete con los dientes y hasta eso me pone cachonda. Putas patillas. Mira hacia su miembro y se coloca el preservativo sin ningún tipo de problema.

—Para estar desentrenado...

—Esto no es nada —me corta.

Me quita la toalla justo antes de colocarme frente al lavabo con el cristal devolviéndonos la imagen de dos personas que están cachondas, que tienen los labios hinchados por los besos, que tienen la mirada brillante por el deseo y que sus cuerpos arden a pesar de todo.

Una de sus piernas separa las mías y tantea de nuevo mi entrada. Respondo con un gemido cuando me toca el clítoris y una pequeña descarga eléctrica me sacude.

Una profunda embestida me hace abrir los ojos y clavarlos en la chica del espejo. Ethan sonrío canalla.

—¡Joder!

—¿El chico serio diciendo tacos?

—La ocasión bien lo merece —me dice antes de comenzar a mecerse en mi interior.

Su polla me llena por completo. Y sus suaves acometidas me hacen estremecer.

Lleva una de sus manos a mis pezones y los aprieta con fuerza y de nuevo sonrío canalla, seguro de sí.

—Es como montar en bici —le suelto antes de que vuelva a penetrarme, esta vez con fuerza.

—Es mejor que montar en bici —me dice resuelto—. Prepárate, Olivia, porque voy a follarte sin parar, vas a ser mi mejor *spring*. —Y lo hace, joder si lo hace. Un, dos, tres, cinco, diez arremetidas y su mano presionando mis caderas para que sea profundo, como él mismo. Giro la cabeza y nos besamos con furia mientras sigue embistiéndome con necesidad—. Abre las piernas, necesito tocarte, necesito sentir que te corres, que explotas conmigo.

—¡Maldita sea! —exclamo cachonda.

Sus dedos se pasean por mis húmedos pliegues mientras me folla. Su índice se mueve sobre mi clítoris, movimientos rápidos y certeros hacen que mis piernas comiencen a temblar y estoy cerca, muy cerca de correrme.

La explosión llega, sin más. Cierro los ojos, pero Ethan me sujeta por el cuello y los abre.

—No los cierres... Cuando me miras, se hace la magia.

Y se deja ir, con un gemido largo y profundo que me indica que su orgasmo ha sido tan devastador como el mío. Porque cuando dos almas se encuentran, es cierto que se hace la magia.

Capítulo 40

Y, digo yo, ¿cómo alguien al que hasta hace nada tachaba de huraño puede ser puro fuego? ¿Y cómo he podido ser capaz de vivir todo este tiempo sin saber lo que es que alguien te ayude a enjabonarte?

Hemos vuelto a la ducha en completo silencio. Poco podemos decirnos que no sepamos, las palabras, en ocasiones, sobran y ahora mismo la complicidad que se respira, las caricias que nos prodigamos y la calidez que nos transmite la sonrisa que no podemos borrar de la cara; es suficiente mensaje: hemos caído.

Nos secamos aún compartiendo miradas a escondidas, como si de unos adolescentes que se acaban de dar su primer beso se tratase.

Nos tumbamos en la cama y nos cubrimos con el nórdico. Huele a lavanda. Me gusta el olor.

La niebla sigue cubriendo el paraje, pero me da exactamente igual, porque tal y como está es perfecto. Creo que no hay nada mejor en el mundo que escuchar cómo llueve mientras estás en la cama, calentito y seguro. La tormenta eléctrica ha cesado y eso también ayuda a que me relaje, eso y el tremendo orgasmo que acabo de tener en ese baño.

—¿Todo bien? —inquire Ethan mientras busca mi mano. Me coloco de lado, frente a él y saco la mano derecha y la extiende, dejándola completamente vertical. Ethan saca la suya y entrelaza sus dedos con los míos.

—Yo diría que mejor que bien.

—Te has quedado callada...

—Estaba pensando.

—Un euro por tus pensamientos —dice sonriendo.

—Qué poco valor tienen...

—No tengo mucho más efectivo en la cartera, no me gustaría ofrecerte algo que no puedo darte.

¡Bingo! Buena frase esa, sí.

—¿Y qué puedes darme? —inquiero.

Si de algo me caracterizo, o por lo menos lo intento, es de no ser una persona que piensa en el futuro, tampoco en el pasado más de lo necesario, ya

de eso hemos hablado; pero es obvio que hay preguntas que se forman en tu cabeza y que necesitan ser acalladas, como, por ejemplo, ¿qué va a pasar a partir de ahora?

En verano había unas normas muy claras: nada de confraternizar, y lo entiendo; aunque, obviamente, no lo llegué a respetar, Aitor puso de su parte para que me saltase todo lo que el sistema había establecido, pero, aparte de unas caricias y unos besos robados, no pasamos de fase. Con Ethan las cosas han surgido de otra manera, mucho más imprevistas y con muchísimas más ansias que las del verano.

Aquí no hay normas, o no de esas, pero tampoco sé qué pretende él ni qué pretendo yo misma tras todo esto.

—Ni yo mismo lo sé... —murmura.

—¿Qué pasa?

Algo pasa, lo sé, lo percibo...

Ethan se toma un par de segundos. Nuestras manos se han separado, y yo he decidido que debo estar sentada, porque el rechazo duele; pero, por lo menos, que me pille preparada.

—No pasa nada, Olivia, es solo que...

—¿Qué? —inquiero.

—Que nos hemos olvidado de avisar de que no podremos regresar y que no pasamos a buscar el material.

Vale. No soy estúpida y sé que no es eso, o no solo eso, pero tampoco quiero estropear el momento con un interrogatorio sobre lo que sucede o deja de suceder, si él quiere contarme algo, o sencillamente darme la patada, es mejor que lo suelte cuando crea que debe hacerlo.

—En el material he pensado yo, justamente antes de que... ya sabes.

—¿Te vas a sonrojar ahora? —me pregunta canalla.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

—Pues tus mejillas dicen lo contrario.

—Es mi color natural.

—¿Sabes? —me pregunta incorporándose y sentándose frente a mí. Yo con el pecho cubierto y él todo lo contrario.

—Sorpréndeme.

—Las veces que he fantaseado con esto... —Se aclara la garganta, y yo sonrío al asimilar lo que me está confesando.

—Veo que no soy la única que ha pensado en nosotros dos...

Ethan niega con la cabeza un par de veces y sonrío, vuelve a golpearme la

nariz con el dedo índice y confieso que me gusta mucho ese gesto, a pesar de que me recuerda a lo que hacen los padres con sus hijos.

—Las veces que he imaginado que tú y yo... Me preguntaba si tendrías pelirrojo el pelo. —De nuevo, un par de carraspeos y sé que se siente un poco avergonzado por lo que me está planteando, pero me haré la tonta para que siga, no tiene gracia si se lo pongo tan fácil.

—No te entiendo —le pico.

—Sí me entiendes, pero hacerte la tonta se te da bien.

—Obvio. Y no es lo único —finalizo alzando las cejas intencionadamente.

—Eso me ha quedado un poco claro, solo un poco, puede que tengas que refrescarme la memoria —murmura sonriendo ladino.

Ethan me sujeta por las manos y se coloca sobre mí. El nórdico desaparece de mi pecho y queda al descubierto.

—Hola —las saluda y agacha la cabeza para proferirle un par de lametones a mis pezones.

—¿No deberías avisar a alguien de Jacaranda de que no vamos a regresar hasta mañana?

—Debería, claro.

—¿Pero?

—Pero es que resulta que ahora tengo algo mejor que hacer. —Tira del nórdico y me quedo completamente expuesta ante él.

—¿Y es?

—Descubrir si tu vello púbico es pelirrojo —me dice sonriendo abiertamente.

—No tengo...

—No me fío de tu palabra, casi que mejor miro y lo descubro con mis propios ojos —me rebate con firmeza.

—No seré yo la que te lo prohíba, nunca me han gustado las restricciones.

Estoy excitada. Mojada. Empapada. Expectante. Con ganas de que lo haga, de que baje y descubra que sí que soy pelirroja natural en todos los sentidos, pero que se muera de ganas por saberlo de verdad porque lo que va a encontrar no es pelo, ni mucho menos, sino el resultado de las ansias de él, de las expectativas que ha creado y del deseo que ha despertado con un par de frases que han sonado más a broma que a declaración de intenciones. Pero ese es mi cuerpo, lleno de reacciones incontrolables y de ansias vivas.

Desciende por mi pecho, besando la piel que encuentra a su paso. Una

vez más, enredo mis dedos entre sus rizos mientras va descubriendo que me erizo con cada mimo que me prodiga.

Se sitúa entre mis piernas y me mira, observa todas y cada una de mis reacciones mientras juega a deslizar su dedo por mis pliegues.

—Estás lista —afirma.

—Lo sé. —Hace rato que lo sé, lo sé desde que me besó por primera vez y me rechazó ese mismo día. Lo sé, desde que sus patillas se hicieron eco en mi cabeza, desde hace mucho que lo sé; solo que, los secretos, secretos son.

El dedo es sustituido por su lengua y juro que quiero mirar, que soy una viciosa y me gusta la imagen que me devuelve la escena; su lengua jugueteando con mi clítoris, su dedo buscando penetrarme para que la explosión de sensaciones sea total y su otra mano en mi pubis, presionando para poder chupar con fruición. Juro que quiero; pero, al segundo lametón, dejo de ser yo y me entrego a las sensaciones; es rápido, directo, certero, preciso y presiona de la forma que me gusta. Las primeras veces suelen ser extrañas, eso también lo hemos hablado, pero joder con el chico que tiene falta de entrenamiento, joder cómo chupa el condenado. Abro los ojos en un vago intento de centrarme, pero la imagen es brutal.

Tiene la boca mojada por mis propios fluidos y veo cómo mueve la lengua entorno a mi clítoris. Alza la vista, como si ahora fuese consciente de que lo miro y sonrío canalla, sabedor de que me tiene justo, justo donde quiere, y yo me entrego a sus caricias, a sus lametones, a la forma en la que me muerde, la manera en la que sus dedos me follan mientras su lengua me ataca sin piedad.

Me entrego a las cosquillas que se forman en mis piernas, a mis manos enredándose en las sábanas, a las uñas que tiran de la tela, a los dedos de los pies que se encogen del gusto, a mi espalda que se curva por el orgasmo inminente.

Al relax tras correrme, porque esto, señoras y señores, es el puro cielo y, si no, que me lo digan cuando vuelve a llevarme hasta él a base de lametones.

Capítulo 41

—Sigo sin saber si eres pelirroja —bromea mientras le da un mordisco a un trozo de pan, de esos que tienen cereales por encima.

Tras correrme un par de veces, tocan en la puerta. Entro en pánico, porque he visto muchas películas en las que los amantes que acababan de copular morían a causa del malo, que normalmente portaba una máscara y un cuchillo —sí, he visto demasiadas veces *Scream*— y hago lo propio, meterme bajo el nórdico, porque supongo que, si no me ve, no existo.

No hay asesino y hago el ridículo de mi vida que intento disimular con una broma sobre un tirón, pero me sale el tiro por la culata. Lo que sí hay es cena, un par de platos de pollo a la jardinera que nos trajo el recepcionista y del que ahora estamos dando buena cuenta. Hay que recuperar fuerzas, ya os lo digo.

—Lo soy, tendrás que fiarte de mi palabra porque no pienso dejar que ahí abajo haya nada.

—Mejor así, no me gusta nada que se interponga en mi camino —me dice malote. ¡Malote! ¿Lo habéis leído bien? Que a mí me gustan mucho los malotes y Ethan no entraba en esa categoría hasta ahora, una faceta oculta que se guardaba el jamelgo.

—¿Has avisado a alguien?

—Le he mandado un mensaje a Luis —me cuenta—. Me ha respondido que es mejor así. El tiempo ha empeorado en cuestión de horas.

—Cierto. ¿Es muy normal esto?

—¿El cambio de tiempo?

—Que llueva tanto. Desde que hemos llegado apenas ha habido algún día sin lluvia y no he visto el sol.

—Estamos en el norte, es de esperar —me explica mientras corta el pollo en trozos pequeños para compartirlo.

—¿Te gusta vivir aquí?

—Sí —afirma llevándose un trozo de pollo con zanahoria a la boca—. Toda mi vida la tengo aquí, en el norte. Me gusta el frío, el invierno y me gusta vivir en la zona. Me gusta tanto que estoy acabando mi propia casa.

—Tiene que ser preciosa —le digo embobada al imaginarlo construyendo

algo a pecho descubierto, marcando oblicuos...

—Mira —me dice, cortando mis pensamientos pecaminosos.

Sujeta su teléfono entre los dedos y navega en él. Una vez da con lo que busca, me lo tiende y me enseña una carpeta de fotos. En ella se ve la evolución en la construcción de la casa. Pasa de ser un terreno sin nada más que árboles verdes y frondosos, a tener una estructura y, de eso, a tener la forma completa sin tejado, y así, hasta que es una preciosa casa de madera oscura en mitad del bosque con muchos árboles detrás de ella.

—Es una pasada. Impresionante. —Y la palabra impresionante se queda corta con la imagen tan bonita y de ensueño que me muestra el teléfono—. ¿Tienes vecinos? Porque parece estar sola en mitad del bosque.

—Hay vecinos, pero lejos, no soy un tipo al que le gusten mucho las relaciones sociales, no soy huraño, como dices; pero me gusta tener mi espacio, valoro mucho el silencio y me gusta la soledad, todos necesitamos de eso.

—Ya...

Yo nunca he sido una persona a la que le guste estar sola, siempre he estado rodeada de mis hermanos o de mi familia, salvo cuando me sentí mal por ser la chica de los jueves y me alejé un poco de todo, pero siempre me ha gustado relacionarme, salir con amigas, hacer reuniones con ellas, aunque sea en un bosque, tramar planes..., pues eso, y Ethan es opuesto a mí en ese sentido.

—No me gustaban las personas que hablaban mucho, hasta que llegaste tú —me suelta con sinceridad.

—Me gusta hablar, es raro que no lo haga y, si estoy callada, es que algo me pasa.

—Lo sé, recuerda que me fijó mucho en los detalles —me dice—, una de las cosas que he desarrollado gracias a guardar silencio y observar.

—¿Por qué viniste a trabajar a Jacaranda si no te gusta relacionarte con gente? —inquiero. Tengo que aprovechar para conocerlo un poco más.

—Luis es amigo de mi padre y, cuando me contó su idea sobre Jacaranda, no pude más que decirle que contase conmigo. Eli quiso venir también, ella se apunta a un bombardeo y creo que es una labor preciosa teniendo en cuenta que los niños ya tienen bastante en su día a día.

—Te sorprendería la de cosas que sienten —le explico recordando a Diego y su historia—. Algunos parecen haber dejado de ser niños hace mucho tiempo.

Ethan asiente ante mis palabras.

—La vida a veces es muy puta —finaliza conciso. Desvía la mirada hacia la ventana y la noche está patente fuera. Vemos la oscuridad, pero nada más.

—Me alegro de haber venido —le digo mientras me levanto y me siento en sus piernas para abrazarlo. Y dudo de si me refiero a esta pequeña excursión en busca de materiales o a Jacaranda en general.

—Me alegro de que lo hayas hecho —me dice mientras me devuelve el abrazo—. Me alegro de que una loca se haya cruzado en la carretera, aunque estuviese a punto de atropellarla.

—Te habrías perdido la diversión si lo hubieses hecho —le explico mientras coloco sus rizos tras la oreja.

—Sí, Olivia, me habría perdido muchas cosas si no hubieses aparecido.

Nos quedamos un rato abrazados. Mirando el crepitar de la madera en la chimenea. Fuera debe de hacer frío, porque los cristales están empañados, aunque poco se puede ver con la niebla que hay.

—Mañana tenemos que ir a recoger el material desde que nos levantemos. —Rompo el silencio, pero no despego mi cabeza de su pecho—. Tengo muchas cosas que preparar con los chicos para acabar el mural a tiempo.

—Yo os puedo ayudar —ofrece—, me gusta dibujar. Podríamos hacer un dibujo chulo y que ellos lo colorean, que cada clase vaya poniendo su granito de arena.

—¿Sabes pintar? ¿Hay algo que no sepas hacer? —pregunto socarrona.

—En eso también estoy desentrenado —me dice mientras me guiña un ojo.

—Cuestiono yo tu desentrenamiento —le replico con total descaro—. ¿Hace mucho que no tienes pareja?

De nuevo, guarda silencio. Clava la vista en la chimenea y coge un trozo de pan. Da varias palmadas sobre mi muslo y me pide silenciosamente que me levante. Hago caso a su petición y me hago a un lado. Deja el trozo de pan en el plato y se va al baño. Cierra la puerta y de nuevo siento que ha alzado un muro entre nosotros.

¡Joder! ¿Siempre va a ser así? ¿Un paso hacia adelante y un paso hacia atrás? Yo entiendo que haya cosas que no quiera contar y sigo manteniéndome firme en lo que dije de que todos tenemos un pasado que no es necesario conocer, yo misma no le he explicado nada de mí, sabe detalles, mis hermanos, lo de Jacaranda; pero, si me preguntase, se lo diría, porque

confío ciegamente en él y porque... porque estoy enamorada, así, sincera, porque ya obviamos bastantes cosas como para hacerlo también con los sentimientos que valen la pena admitir.

Me siento a los pies de la cama, excesivamente cerca del cristal, mirando hacia afuera, a la nada, pero no me importa admitir que no veo.

La puerta del baño se abre y sé que se acerca, porque sus pasos cada vez resuenan más en el suelo de madera, pero no me atrevo a mirar, porque estoy frustrada.

—Oye, Olivia...

Esa frustración hace que lo diga, que me sincere con él y que sea, una vez más, yo misma, porque tengo que ser fiel a quien soy, pase lo que pase. Porque ya fui la chica de los jueves una vez y no voy a permitir que ese fantasma me persiga, no me da la gana.

—Yo confío en ti, Ethan, y es tan sencillo como decirme: oye, Olivia, no me apetece hablar de esto; pero irte, dejarme con la pregunta en los labios..., no me gusta eso. Si necesitas tiempo, solo tienes que decirlo; si necesitas espacio, solo tienes que decirlo; pero odio los retrocesos. Yo, Ethan, yo estoy enamorada de ti, y eso que haces duele... No sé cómo ha sucedido, pero ha pasado y, si lo que quieres conmigo es un rollo y para ello has necesitado decirme cosas bonitas, no hacía falta; soy lo que ves y, si me hubieses dicho que esperabas tener sexo conmigo, hubiese sido más fácil que fueses sincero a que ocultases esa necesidad tras frases que llegan y que hacen que todo cambie...

Ethan se coloca frente a mí, gira mi cara y, tras eso, mi cuerpo y me pone el dedo índice en la boca.

Un aleteo me sacude al ver en sus ojos que no hay nada que temer, que todo será como tenga que ser, porque las cosas siempre serán así, lo que está para uno, te perseguirá a pesar de que corras en otra dirección.

Ya lo decía Mérida, da igual el camino que cojas, porque el final siempre será el que el destino haya planeado.

Capítulo 42

—El amor es un concepto extraño y difícil de definir. A veces es ambiguo, porque crees que un día lo puede todo y al día siguiente crees que es capaz de destruir hasta lo más bonito que tienes. Unas veces, crees que el amor es suficiente y otras crees que es suficiente para que no lo sea. Es extraño y difícil de definir —repite una vez más—. Me enamoré perdidamente, o eso creí en ese momento por la ambigüedad de la palabra, y pensaba que sería el único amor de mi vida y que no habría sentimiento más puro y fuerte que ese. Fuimos una pareja al uso, los dos, con nuestros más y nuestros menos, con sus gritos y mis silencios, con sus gemidos y mis embestidas, porque terminábamos solucionándolo todo de esa forma. «Juventud divina», decían mis padres; inconsciencia, digo yo ahora.

»Creímos que sería suficiente de esa forma, pero los gritos ya no se acallaban con embestidas y los silencios no estaban acompañados de gemidos. No quedaba nada o eso pensamos cuando me dijo que estaba embarazada...

Shock. Estoy jodida y completamente en *shock*.

—¿Tienes...?

—Tengo un hijo. Si esa es tu pregunta, mi respuesta es sí. Lo tengo. Lo tenemos y eso nos une.

—¡Joder!

—Todos tenemos secretos...

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Cuándo? ¿Cuando te recogí en aquella carretera hace semanas? ¿Cuando te di un beso y luego hui? ¿Cuando solo sabía de ti tu nombre? ¿Cómo esperabas que me presentase? Hola, soy Ethan y tengo un hijo...

Niego al escuchar sus palabras, porque sé que tiene razón.

—¿Por eso te has mantenido distante? ¿Porque tienes un hijo?

—No, Olivia, no me he mantenido distante por eso, lo he hecho porque ya no soy aquel joven que pensaba que todo se solucionaba cuando te dormías y al día siguiente amanecía de nuevo. Los golpes enseñan y te hacen madurar. Necesito estar seguro de mis pasos antes de coger un camino y no estaba seguro de nada contigo.

—¿Conmigo? —inquiero turbada. Sigo completamente desubicada con todo esto.

—Entiéndeme, Olivia, no quiero dar un paso y luego tener que retractarme de lo hecho, porque, como he aprendido, las cosas en la vida tienen consecuencias. Y ya esa lección la tengo bien interiorizada.

—¿Te arrepientes...?

—No me arrepiento de nada. Ni de haber tenido un hijo ni de haber compartido estas semanas contigo; aunque, ahora, sabiendo lo que sé, puede que todo lo hubiese hecho de otra forma. Basta que sepas cómo acabará el cuento para querer cambiar algo de la historia, ¿no? Pues ese soy yo. Llámame insensato o frío y calculador, táchame de huraño o de distante, pero yo creo que soy precavido.

—Los golpes enseñan —repito como una autómatas.

—Vaya que sí, enseñan, y no solo eso, te cambian. Por eso necesitaba estar seguro de lo que hacía y de quién eres, no quiero que pienses que he estado investigándote, ni mucho menos, porque no es eso...

—Por eso Eli siempre me dice que eres buen tío y que tengo que darte una oportunidad.

Ethan suelta una risa falsa ante mi comentario y clava la vista de nuevo en mí con decisión.

—Eli me conoce, sabe todo lo que me ha rodeado este tiempo y por lo que hemos pasado, sabe quién fui y quién soy ahora y he cambiado, sí, pero ¿quién no lo ha hecho? ¿Acaso tú sigues siendo la misma chica que cuando tenías dieciocho años?

No, ya no soy la misma y tampoco quiero serlo.

—No —matizo—, todos evolucionamos.

—Evolucionamos, como bien dices, por los golpes que recibimos, porque te caes y te levantas con un nuevo arañazo que te recuerda lo que duele la caída y que no quieres que duela de nuevo. No ha sido fácil y no le he abierto el corazón a nadie en este tiempo, tampoco he mantenido relaciones medianamente largas, alguna esporádica, ya me entiendes; pero ni siquiera eso era mi prioridad en este tiempo. Necesitaba centrarme en mi hijo y en sus necesidades, en volver a encontrarme y, lo demás, si tenía que llegar, llegaría. Me refugié en mi casa, en mi hijo y en algunos amigos que veía cada vez menos y, de esa forma, he salido adelante.

—¿Y el niño? —pregunto, porque es parte clave en esta ecuación.

—Pasa tiempo con su madre, con quien vive, y otro tiempo conmigo, lo

lleva o eso creo, porque no quiere hablar mucho del tema conmigo, y yo evito sacarlo porque sé que le duele. No es fácil para un niño ver que sus padres no se llevan bien y, aunque pongo de mi parte para que no lo note, ella no es que lo haga, y no puedo hacerlo por los dos. Es complicado.

—¿Y una custodia compartida? Hoy en día...

—No —niega con rotundidad—, no —repite con un tono menos severo—, no es que no quiera, pero si ya de por sí es difícil, imagínate una semana con cada uno, es un poco locura.

—Pero no puedes negarte, quizá el niño te necesita...

Ethan bufa exasperado y sé que esto que me está contando es lo más cercano a abrirse en canal que puede darme.

—No quiero hacerle daño.

—Puede que no se lo hagas, puede que justamente piense que no quieres luchar por él, ¿le has preguntado?

—No, ¿cómo voy a decirle eso?

—¿Es muy pequeño?

Niega con la cabeza.

—Éramos muy jóvenes cuando lo tuvimos, no sabíamos nada de la vida, apenas empezábamos a vislumbrar lo que sería todo y nos vimos con un niño, un niño que no tiene culpa de que sus padres carguen con problemas y que esos problemas se vean reflejados en la relación y, por más que quieras, en la familia. Así que es jodido, es jodido dejarle ir cuando es lo que más quieres en esta vida, porque, si el amor es un concepto extraño y difícil de definir, cuando hay un hijo de por medio, no lo es; porque nunca jamás habrá nada más puro que eso, ¿lo entiendes?

Afirmo, es todo lo que puedo hacer, porque no soy madre, ni siquiera sé si lo seré algún día, no es algo que baraje porque no es lo que ahora mismo espero de mi vida, pero sí que sé ponerme en su lugar y entender a la perfección su relato. La vida te pone a prueba y te cambia, y esos cambios hacen que evoluciones, que seas otro, ya sea con un hijo, con una pareja, una pérdida o una lista de deseos que no llegan a cumplirse. Todos pasan por decepciones, sí, pero también pasan por cosas buenas y es cuestión de saber con qué te quedas, si con lo que te cambia porque es malo o con lo que te hace ser mejor persona, con lo bueno.

—Puede que, si no hubieses vivido todo eso, no nos hubiésemos conocido, no hubieses aparecido en esa carretera, no hubieses llegado a Jacaranda, no hubieses compartido conmigo algunos momentos de

acercamiento y otros de rechazo, no hubiese existido la curiosidad que existió y no estuviésemos en esta cabaña, abrazados, desnudos en cuerpo y alma. Ya sabes, Ethan, cuando tú me miras, se hace la magia.

Ethan me sujeta de la mano y tira de mí para que me tumbe en la cama.

—Olivia... —dice tras un rato en silencio.

—Dime.

—¿Ves lo que hay fuera? ¿Tras esa ventana?

—No —niego—, pero, probablemente, haya niebla.

—Olivia... —repite.

—Dime.

—Tú eres lo único que veo entre la niebla.

Capítulo 43

Cumplimos con todos y cada uno de los objetivos, los que estaban en la lista de Luis y los que añadí sobre la marcha mientras hablamos sin cesar durante horas y... regresamos a Jacaranda. No sé si con las pilas cargadas, las energías renovadas o con una nueva lista que hacer, pero regresamos juntos, y eso, eso es lo que de verdad me importa.

Nos despedimos con recelo y cada uno acude a su cabaña, tenemos que fingir ser dos compañeros de trabajo o eso es lo que hemos acordado mientras regresábamos al *camping*, por lo menos durante unos días, hasta que todo esté menos revuelto, porque está claro que la mayoría de las personas lo primero que pensarán es que hemos decidido quedarnos aposta en el pueblo para hacer guarradas y que las hiciéramos —en repetidas ocasiones— no es incumbencia de nadie, de nadie que no sean las chicas y Mérida.

Hago lo propio y llamo a mi hermana, claro está, pero también les envío un mensaje a Eli y a Mariana a nuestro grupo de wasap: «Las brujas habitan entre nosotras». Lo de Eli no lo tengo del todo claro, pero no quiero que se sienta fuera de lugar por ser su hermana, ya me ha dejado claro que se puede confiar en ella, porque no ha abierto la boca para decirme que Ethan tiene un hijo y tampoco le ha contado a su hermano nada de mí que me pudiese comprometer. Me fío de ella, eso está claro.

Las chicas no han llegado, pero yo necesito desembuchar todo lo que tengo dentro y tengo claro que esta llamada que estoy haciendo es imprescindible e, incluso, de vital importancia.

Mérida siempre me ha entendido y, aunque lo normal es que yo sea la que la aconseje a ella, sé que no dudaría en hacerlo conmigo si fuese necesario; las tornas cambian y me siento bien con esto, aunque es absurdo decirlo.

—¡Olivia! —Mi hermana se alegra de escucharme, me lo demuestra su pequeño grito.

—¡Mérida! —Obviamente, es mutuo.

—Te echo de menos —me suelta con voz trémula.

—No te me pongas blanda, que no queremos un drama —la amonesto.

—Te he mandado un mensaje, pero no me has respondido, ¿todo bien? Antón me dijo que no habías regresado anoche.

—¿Has hablado con Antón? Soy la peor hermana del mundo —confieso llevando mi mano a la frente—, le preparé una cita con Eli y no he sido capaz de preguntarle. Tampoco lo he visto, apenas acabo de cruzar el umbral de la cabaña.

—Me dijo que todo estaba bien, pero necesito más detalles, cuéntamelo todo —me pide.

Le hago un resumen de mi plan para que Antón y Eli pasaran una noche juntos o, por lo menos, un rato, porque sin detalles poco más puedo esclarecer. Mérida se limita a aplaudir de vez en cuando y a afirmar cada vez que hago preguntas que no necesitan respuesta.

—Creo que mi plan para unirlos ha funcionado. Espero que haya sabido aprovechar la oportunidad porque pasé toda la noche fuera.

—Por eso no me habías respondido.

—No me llevé el teléfono, ya sabes que aquí es otro rollo, cuando estás en el bosque, no necesitas nada más que esto.

—Ya, te entiendo, a mí me pasaba.

—Tú te olvidabas por Axel, admítelo, granujilla.

—Ya, de la misma forma que tú lo haces por Ethan, se llama así, ¿verdad?

—Sí, afirmo... Ay, Mérida, si tú supieras... —Dejo la frase en el aire, porque ni yo misma sé por dónde empezar, han pasado tantas cosas en tan poco tiempo.

Tocan en la puerta justo en ese momento y sé que son ellas. Me levanto y le explico a Mérida que las he avisado, porque, puestos a contar la historia, que sea una vez y que todas sepamos los detalles, eso de ir por fascículos se lo dejo a los libros de los estancos.

—Hemos traído café, por si no has tomado —me cuenta Eli mientras entra con decisión a la cabaña. Anda que no trae buena cara la muy pécora. Esta ha follado, que lo sé yo.

—Tú has follado —la acuso en alto.

—Anda, y tú.

—No lo has negado —le reprocho—. Cuéntalo todo, pero con detalles.

—No quiero saberlo y menos si es con mi hermano —nos advierte Mérida desde el altavoz.

—¿Estás hablando con Mérida? —pregunta Eli.

—Sí, saluda a tu futura cuñada. —Intercambian un par de saludos cordiales, y Mariana también lo hace.

—¿Te ha contado algo? —la interrogo.

—Ni una sola palabra, tenemos un pacto —nos comunica Mariana—, uno que me acabo de inventar así que solo hablaremos si es en presencia del resto.

—Gracias —se queja Mérida.

—Contigo, telefónicamente. —Le sonrío, aunque no la vea. Mariana es tan buena niña...

Nos sentamos frente a la chimenea, apagada, por supuesto, pero con restos, lo que me hace pensar que mi hermano anoche fue un perfecto caballero y no permitió que Eli pasase frío, diría que en ningún sentido.

—Gracias, por la parte que me toca. Tengo media hora antes de entrar al trabajo, así que podéis ser todo lo rápidas que sea posible y, además, fieles a la realidad y sin detalles sexuales, que a mí eso no me gusta, defiendo la intimidad de cada persona —nos cuenta—, esa parte se la dejo a Olivia, a la que sí que le mola.

—Me mola —afirmo—, pero no del zanahorio, eso casi que prefiero que te lo calles.

—Tú primero —pide Eli.

—¿Por qué? Mejor tú, lo mío es... difícil de explicar.

—Me lo imagino, por eso casi que mejor lo tuyo —insiste.

—Vale —claudico—. Oye, Eli...

—¿Ya no es nuestra futura cuñada?

Eli sonrío mirando al aparato, la verdad, es que la escena es digna de mención, porque parece que estemos todas mirando un tablero de ouija y que de él salga una voz, si es que esto se cuenta y no se cree.

—Lo es, pero tengo que advertirle y, para hacer eso, tengo que ponerme seria, da gracias a que le digo Eli y no Elisa.

—Eso hace mi madre cuando nos riñe —rememora sonriendo.

—El caso, Eli, es que sobra que te lo diga, pero a tu hermano ni «mu», chitón, *shat up*, calladita como una puta en misa; si lo cuentas, te rajo, ¿entendido?

—Entendido, pero... ¿harás lo mismo?

—Lo mismo —afirmo convencida.

—¿Sin usar nada de lo que te diga para el chantaje?

—¿Hay datos para chantajear...? No me hagas esto, Eli, por Dios, que sabes que me encanta meterme con el zanahorio, por la gloria de tu madre. — A lo Chiquito de la Calzada una vez más.

Se cierra la boca con una cremallera, y yo tengo que ceder.

—El tiempo pasa y tengo que volver al trabajo —nos interrumpe Mérida.

—¡Anda! Y nosotras, no te jode —me burlo.

—Venga, Olivia, que nos tienes en ascuas.

—¿Preparadas?

Todas gritan «¡sííí!», como cuando estaban en el cole y te preguntaban si querías ir al patio a jugar al pilla-pilla.

—Ethan tiene un hijo... —Y guardo silencio.

—¡Ohhh! ¡Qué sorpresa! —suelta Eli. A la mierda el momento de tensión.

—Obvio que tú lo sabías. —Ella alza los hombros, y le acaricio la mano en señal de perdón.

—¿Un hijo? —pregunta Mérida, que, si la conozco como creo que la conozco, es decir, mucho; debe de estar flipando en colores.

—Un hijo.

—La hostia —suelta Mariana, así, sin pensar y sin filtro.

—¿Y eso cómo te hace sentir? —me pregunta Mérida. Eli guarda silencio, porque entiende que estoy procesando toda la información y que es normal que me sienta turbada o perdida.

—Pues, ¿sinceramente? —todas cabecean afirmativamente, incluso Mérida, que no la veo, pero sé cómo es—. Lo entiendo —admito—. Me contó su historia, ¿sabes? Y sentí su inseguridad, su miedo, sus temores, su debilidad y lo entiendo —repito—. Y eso, todo eso, me hace quererlo más. Eli, tenías razón, tu hermano es un tipo que vale la pena.

Ella sonrío mientras asiente y percibo en sus ojos el brillo de la emoción ante mis palabras. Me sujeta la mano y me da un fuerte apretón en ella.

—Te lo dije, solo necesitaba tiempo, conocerte. Sabía que algo sucedía cuando vi cómo se comportaba contigo. Ethan no es un chico al uso, Ethan es un chico que necesita que estén a su lado, porque lo ha pasado mal. Tuvo que crecer y hacerse fuerte antes de tiempo...

—Y por eso ha construido una coraza que lo protege —le digo.

—Lo ha hecho.

Escuchamos varios sollozos al otro lado y sé que Mérida está emocionada, porque nunca me ha escuchado hablar de esta forma y porque he dicho palabras que en su cabeza resuenan con intensidad: «me hacen quererlo aún más». Puede que sea una frase hecha, y lo es, pero para mí significa mucho, significa que yo también he sabido dar un paso hacia adelante y me siento orgullosa de él, pero también de mí, porque para querer a los demás,

hay que aprender primero a quererse uno mismo.

Capítulo 44

—Estoy tan orgullosa de ti —me dice Mérida.

—Y yo de ti, por todo, porque tú también venciste tus miedos.

—Te dije que tenías que hacer una lista de deseos. Te lo dije.

—¿Lista de deseos? —cuestiona Eli.

—Cosas de mi hermana —le explico mientras sonrío abiertamente.

—Te lo contaré en otra llamada con más tiempo.

—¿Ves? Ya hemos dado otro paso, estamos planeando más llamadas como esta.

—Claro, somos amigas, ¿no?

—Las mejores del mundo —suelta Mariana.

—Nos falta Simona. Cuando Jacaranda acabe, haremos un grupo de wasap y la incluiremos.

—Me parece bien —afirmo.

Tras explicarles a todas, con menos detalles de los que debería por eso de la protección de la intimidad y de que hay cosas que tienen que ser de uno mismo o de dos, como es en este caso; nos quedamos en silencio mirando a Eli.

—Es tu turno, Eli. —Mi hermana es la que habla.

—¿Preparadas?

—Claro —suelta Mariana.

—Vino Irene.

—¿Perdona? —Si al final no me va a dar la vida para pasar de *shock* en *shock*.

—Lo que oyes —me confirma.

—¿Irene? —pregunta mi hermana que no entiende ni papa.

—Irene es la hermana de Cristina —le explico.

—¿Cristina? —pregunta Mérida.

—¿La de la canción? ¿Cristina, Cristina, Cristina, Cristina...? Es pegadiza —suelta Mariana ante nuestra cara de estupefacción.

—Cristina, la de recepción.

—Ahhh, vale —concede—, ya me había olvidado de ella. Suelo pasar de la gente que me cae mal. Se burló de mi hace poco porque tenía bigote —

matiza.

—Pero ya no tienes —la consuelo—, en realidad, ya no tienes pelo, tú me entiendes. —Y ella, sencillamente, me sonrío—. Operación Cisne Negro casi finalizada. Esta noche quedamos para maquillarte.

—Me apunto —suelta Eli.

—¡Os odio! —nos grita Mérida desde el aparato—. Yo también quiero una noche de chicas.

—A la vuelta —la animo—. Volviendo al tema, que se nos va de las manos y tienes que ir a trabajar. —Esto va por mi hermana—. Irene tiene un complejo de la hostia. Quiere ser la niña en el bautizo, la novia en la boda y la muerta en el funeral.

—Eso te ha quedado muy tétrico —me amonesta Mariana.

—Entiende el símil, por favor —le pido.

—No, no, si yo lo entiendo, pero escucho la palabra muerte y se me ponen los pelos de punta.

—Bueno, ¿y? —pregunto al ver que se nos puede ir de nuevo el asunto.

—Pues nada, que vino cuando estábamos bebiendo delante de la chimenea.

—¿Y? —insisto.

—No había pasado nada, pero entró en la cabaña sin tocar y no me gustó. Aunque a ella menos, porque ya sabes que le gusta tu hermano y sintió que se lo había quitado, eso sumado a nuestra animadversión, que no es poca.

—A mí eso de que entre en la cabaña sin llamar me tiene de los nervios, ya nos lo ha hecho un par de veces. Le he pedido a Antón que hable con ella y que corte ese tipo de actitudes, pero el zanahorio es un tipo que no quiere pelear con nadie, ni llevarse mal, huye de los enfrentamientos y encontronazos.

—Si yo le entiendo —me rebate Eli. Mariana está atenta mientras bebe café y afirma de vez en cuando.

—Déjame terminar, que yo entiendo su forma de ser, pero a veces hay que posicionarse y si está contigo..., porque está contigo, ¿no? Lo pregunto por si tengo que ir a rajarlo de arriba abajo.

—No lo hemos hablado, pero...

—Pero te gusta, a él le gustas, y me mola que seas mi cuñadita, por fin.

—¿Y qué pasó? —pregunta Mérida.

—Pues nada, se fue al vernos, será lo que será, pero estúpida no y se dio cuenta que ahí se cocía algo. No tengo nada que esconder, pero no me

gustaría estar en boca de nadie, yo no soy así.

—No has hecho nada malo; si la gente rumorea, pues ya tienen dos problemas.

—Lo sé, lo sé, pero no me gusta, y no quiero que Ethan se sienta incómodo porque digan que su hermana es una fresca.

—Pero ¿por qué van a decir eso?

—Ya sabes, la gente es chismosa, e Irene y Cristina son unas tías que nunca me han caído bien.

—Hablas como si las conocieras de toda la vida.

—Las conozco, ya sabes —se excusa—, en los pueblos todo el mundo sabe quién eres y quién es tu familia.

—Ya, es cierto—admito.

—Aun con todo, no debes cortarte las alas antes de empezar a volar —le dice Mérida—. Deja que fluya, si sucede algo...

—Que no lo creo —la corto para hacer ese pequeño inciso.

—Que no creo —repite mi hermana—, pero, si sucede algo, ya tendremos tiempo de tramar un plan.

—¡Un plan! Con lo que me gustan a mí los planes.

—Doy fe —dice sonriendo mi hermana.

—Y la lista de deseos también.

—Eso me lo tenéis que contar —nos pide Eli.

—Otro día, ahora tengo que trabajar. Cuidaos mucho, chicas.

—Gracias —le contestan Mariana y Eli.

—Te quiero, hermanita.

—Y yo —repito—. Yo también te quiero —matizo.

Una vez cortada la comunicación, nos quedamos en silencio. Cada una mirando la taza de café y ensimismadas.

—¿Os cortó el rollo?

Eli clava su mirada en mí antes de bajar la cabeza y ruborizarse.

—Al principio sí, yo estaba un poco incómoda porque pensaba que podía volver, no sé, decírselo a Luis y que pasaría algo, pero tu hermano me trató muy bien, desvió la atención de ese pésimo momento y, al final, pasamos una noche increíble.

—¿Hubo tema que te quemas? —pregunto para ruborizarla aún más.

—¿Responderías si te pregunto si lo hubo con mi hermano?

—En muchas ocasiones —le confieso mientras sacó la lengua para fastidiarla porque sé que esperaba que me callase.

—Cochinilla —me insulta.

—Lista, de cochinilla nada; lo que es, es muy lista —bromea Mariana.

—Bueno, chicas, tengo que irme —nos cuenta Eli sin responder a mi pregunta. Obviamente, no es necesario, la cara es el espejo del alma, ya sabéis—. Tengo que regresar al trabajo.

—Y yo. —Mariana se incorpora y deja la pequeña taza en el fregadero—. Lo lavaré luego, pero llamaré antes de entrar —me suelta guiñándome un ojo.

—Nos vemos luego, recuerda que tenemos una cita para enseñarte a sacarte partido.

—Te espero, tienes un pijama en mi cabaña, por si quieres pasar la noche allí.

—Me da que esta —dice Eli refiriéndose a mí con total descaro— no vuelve a pasar una noche en una cabaña que no sea la de mi hermano.

—¿Eso lo dices porque quieres que me mude para poder hacer marranadas con el zanahorio?

—Puede... —Ni confirma ni desmiente, la muy...

—Pues puede que yo también —confieso antes de que salgan por la puerta.

—A ver quién es ahora la cochinota —se burla Eli.

—Y yo a dos velas, qué triste mi vida —lloriquea Mariana.

—No te queda tanto, ¿le has escrito?

—No me he atrevido.

—Esta noche tenemos dos planes.

Lo de celestina me fue bien en verano, ¿quién dice que no me vaya a funcionar también en invierno?

Capítulo 45

—Sé que prometí —o medio prometí— que vendría a verte cada día, pero me ha sido imposible cumplir mi palabra y espero que tengas a bien perdonármelo. Soy un desastre, mi querido manzano, pero es que las cosas, que a priori parecían muy sencillas, se han ido complicando cada vez más. Creo que me he enamorado, de un chico también, pero de un par de niños que han sabido ganarme. Son unas hermanas muy habladoras; en realidad, una de ellas es la habladora, pero he aprendido a conocer los silencios de la otra. También me he enamorado de un niño que guarda algo de dolor dentro y que me gustaría ayudar, porque no hay nada más triste que niños que no pueden serlo. Supongo que me gustaría que viviesen cada etapa como hice yo. Y en esas ando, con miles de ideas arremolinadas bajo este gorro nuevo que me ha regalado el chico que me gusta y queriendo llevarlas todas a cabo. Por lo pronto, lo de Eli y Antón ha salido bien, y lo de Mariana va viento en popa. Ellas son mis amigas, las he conocido aquí, me pasó como en verano, que hubo personas que parecía que conociera de toda la vida a pesar de haber compartido escasos días, pero... ¿quién marca el tiempo, querido manzano?

»Pues eso, que no te he podido venir a visitar y sé que me has echado de menos, porque yo también lo he hecho. Me gustas, ¿sabes?, tienes un sitio privilegiado aquí, con unas vistas espectaculares y lo mejor de todo es que, cuando quieres estar sola, perdona si eres chico, pero como no lo sé, te trataré como a una igual; pues eso, que cuando quieres estar sola solo tienes que mirar al río y hacer como si nada pasara. ¿Habrás visto cosas aquí? O quizá escuchado conversaciones ajenas y que son *top secret*, podrías contarme alguna si quieres, no seré yo la que te delate; esto es un tú me das, yo te doy, porque te cuento rollos y sé que quedarán entre nosotras.

—¿Hablas sola, Olivia?

Doy un pequeño brinco al escuchar la interrupción. Miro hacia mi lado y veo a Ethan allí, de pie, con las manos en los bolsillos y mirando al frente, hacia el río. Yo, en cambio, me he sentado bajo el manzano y tengo mi espalda apoyada en él.

—Hablar sola es sano, pero no, hablaba con mi nueva amiga.

Clava sus preciosos ojos en mí y me sonrío, no como a las locas, me

sonríe con dulzura.

—¿Te has hecho amiga de un manzano? Eso es llegar al segundo nivel.

—Ya ves, soy una chica impredecible.

—Impredecible y extremadamente sorprendente.

Ahora la que sonrío soy yo al escuchar sus palabras. No entiendo cómo pude estar tan ciega y no haber visto que, efectivamente, no es un chico duro, es un chico que ha sabido esconder sus miedos, como el resto de la humanidad que sufre.

—Gracias. —Suena estúpido y quizá agradecer sería lo menos propio en este momento, quizá tendría que decirle que él también lo es, porque lo es, aunque no lo diga; pero es un cumplido y mi madre siempre me ha enseñado que es de bien nacido ser agradecido.

Ethan se agacha y se sienta a mi lado.

—El suelo está frío.

—Normal, aquí no para de llover —bromeo.

—La lluvia limpia el ambiente, quita lo malo y trae lo bueno.

—¿Eres de esa clase?

—¿De qué clase? —me pregunta buscando mi mano y entrelazando nuestros dedos.

—De la clase de hombres que hablan del tiempo, de aprovechar los recursos energéticos y de la tierra, uno de esos que hablan como los viejos —le explico—. Y, ojo, que yo soy Técnico de Energías Renovables, así que cuidadito con lo que dices, que estoy a tope *forever* con la naturaleza.

Ethan se ríe a carcajadas y tira de mi gorro para quitármelo.

—Ahora es mío —me dice estirando el brazo y dejando mi gorro de lana arriba del todo, donde no lo pueda alcanzar.

—Me lo regaló un chico al que le gusto, creo que no deberías jugar con eso.

—¿Un chico al que le gustas? ¿Y cómo estás tan segura de ello?

—Se ve a leguas, se hizo el duro un tiempo, ya sabes, para acrecentar las expectativas, pero lo tuve en la palma de la mano desde el principio, me gustan los retos.

—Puede que finja, o que tú seas demasiado confiada.

Chasqueo la lengua contra el paladar en un par de ocasiones y acompaño el sonido con un cabeceo negando.

—No, no, no, lo tengo en el bote y, ahora, devuélveme el gorro, es mi favorito.

—¿Qué me das a cambio? —me pregunta.

—¿Me estás haciendo chantaje?

—Por supuesto, tengo que sacar algo beneficioso de todo esto, un intercambio que a mí me compense. Yo te doy tu gorro favorito, ese que te regaló el chico que está loco por ti, y tú me darás...

—¿Qué quieres?

—Déjame pensar, porque nunca me he visto en esta tesitura.

—¿Cuál? —inquiero siguiéndole el rollo.

—Ya sabes, aquí, sentado a solas con una chica pelirroja y guapa, algo descarada, pero extremadamente sexi; es, como poco, interesante.

—Cuidado con lo que pides, porque solo concedo un deseo —le provoco.

—Está bien, está bien, déjame pensar bien. —Baja el brazo y se lleva el gorro a la nariz para aspirar su olor. Yo contengo una sonrisa de satisfacción y clavo la vista en el río, y él hace lo propio—. Bien, ya sé lo que quiero...

—¿Y...?

—Quiero un beso.

—¿Un beso?

—Un beso.

—¿Solo eso? Teniendo en cuenta que podrías aprovecharte de la pelirroja sexi en un lugar tan solitario como este, pides un beso.

—Tengo que resarcirme, porque hubo una vez en la que besé a una pelirroja y fue el mejor primer beso que había dado nunca.

—¿Y qué pasó? Termina la historia.

—Pasó que me asusté y me arrepentí, pero solo de boca para afuera, por dentro, por dentro estaba encendido...

—Debe de ser una pelirroja con suerte.

—No, el que tuvo suerte fui yo.

—¿Por?

—Porque parece que me concedió dos deseos, me besó una vez, y la rechacé, pero ahora me va a besar otra más, y esta será mucho mejor que la primera.

Enredo mis dedos en el nacimiento de sus rizos, lo atraigo hacia mí, y nos besamos y, como siempre me sucede, todo encaja y vuelve a su lugar.

Una vez dije que los primeros besos no eran fáciles, porque no nos conocemos como deberíamos y no sabemos si nos gustará o si habrá que mejorar, pero con Ethan todo ha sido una serie de contraindicaciones; no sabes si vas a caer o no, pero sí que sabes que, una vez vuelva a tocarte, será

mejor que la anterior y así sucesivamente. Y no podía estar más en lo cierto.

Rompemos el beso y nos sonreímos. Paso mis dedos por sus patillas, y él imita el gesto con mi mejilla.

—Ahora devuélveme mi gorro.

—No.

—¿Estás haciendo trampas?

Una manzana le cae en la cabeza a Ethan, y me parto de risa al ver su cara de circunstancias.

—Deja de reírte, que ha dolido.

—Lo tienes bien merecido por hacer trampas —lo reprendo.

—Solo quería un beso más —me pide poniéndome ojitos.

—Me lo pensaré —le digo mientras recojo la manzana y le arrebató el gorro para ponérmelo.

—¿Me vas a dejar aquí solo?

—Tienes mucho en lo que pensar, chaval —le suelto riendo.

Inicio el camino de vuelta hacia el *camping*. Tengo un mural que preparar.

Dicen que los árboles son seres vivos, pero que no interactúan; ahora, mi nueva amiga me ha echado un cable hoy, y le debo una. Por lo pronto, me quedo con que soy la chica que lo tiene loco, y él, el chico del que estoy perdidamente enamorada.

Capítulo 46

La organización del mural ha sido muy sencilla y ha estado bien recibida por parte de los niños, sobre todo, por parte de Selena y de Ona; de Diego no tanto, porque cuando lo expliqué estaba enfadado con Selena por algo de una boda secreta. Ya aprenderá que las mujeres, por norma general, nos salimos siempre con la nuestra.

Hemos estado toda la mañana dibujando, Ethan ha cumplido su palabra y estuvo haciendo un pequeño boceto con la ayuda de la clase y eso es lo que ahora mismo están plasmando en la pared. Da gusto verlos así.

Diego desapareció un rato, pero no le hice preguntas, porque no considero que sea lo mejor, si está agobiado por lo que sea, a veces, es necesario ese respiro, son niños, pero para que sean adultos de provecho, como se suele decir, tenemos que empezar a tratarlos como tal —en la medida de lo posible — desde bien temprano y hasta aquí, señoras y señores, el consejo del día.

—Profe, Diego está enfadado conmigo y se ha ido sin darme un beso. — Selena, seguida, cómo no, de su hermana Ona; se ha acercado hasta donde me encuentro, estoy limpiándole la jaula a Pepe e ignorando sus insultos—. ¿Te has dado cuenta de que te llama bruja?

—¡Qué va! No es a mí, seguro que es una palabra que le enseñaron hace mucho tiempo y ahora solo sabe decir eso. Eso y en breve «voy a matarte», porque eso es justamente lo que haré; lo meteré en una olla y cocinaré caldo de loro, que estará riquísimo y será muy nutritivo —le amenazo entre dientes.

—Bruja —grita con su voz chillona.

Maldito.

—Pero ¿y qué hago con Diego? Pensaba que habíamos hecho las paces y que a partir de ahora seríamos novios formales.

—¿Tú sabes lo que es ser novio formal?

—Hombre, claro. —Ona asiente también—. Ser novio formal es un novio de esos con los que te vas a casar.

—Ya veo, ya.

—Tú deberías buscar un novio formal. En mi cole hay profesores, seguro que alguno quiere ser tu novio formal —me aconseja.

—¿Son guapos?

—Unos sí y otros no —me confiesa Selena mientras Ona niega con la cabeza y se lleva dos dedos a la boca para provocarse arcadas.

—Creo que Ona cree que son feos.

—A Ona no le gustan los chicos porque dice que son muy pesados. —Y Ona afirma efusivamente, sonriendo y todo.

—Cuando llegue el que será tu novio formal, hablamos.

Ella asiente y me sonrío mucho más que antes.

—¿Podemos ir a buscarlo y hablar con él? No me gusta que se enfade conmigo, porque es mi novio.

Ona pone las manos juntas a modo de súplica y creo que me pide que por favor lo hagamos, porque su hermana la estará volviendo loca de remate.

—Vamos. ¿Sabes dónde está?

—No, pero a él le gusta mucho ir a pasear por el río.

—¿El río? Es peligroso caminar por allí, se puede caer al agua o perderse...

—Mi novio es muy intrépido.

—¿Sabes qué significa esa palabra? —inquiero.

—No, pero Diego dice que su papá suele decirle eso, y él lo repite.

Termino de cerrar la jaula del loro y me dirijo hacia donde se encuentra Ethan trazando líneas mientras un par de niños juegan al pilla-pilla.

—Ethan, vamos a salir un momento, ahora volvemos.

—¿Puedes hacerlo solo? —le pregunta Selena.

—Puedo —le responde mientras le guiña un ojo con complicidad—. ¿A dónde vais?

—Cosas de chicas —responde Selena.

Ethan asiente, es lo único que puede hacer tras esa última frase que significa: «métete en lo tuyo, chaval, porque aquí no tienes nada que hacer, y no vamos a soltar prenda sobre nuestro plan».

Salimos de la cabaña principal, las tres de la mano y no decimos nada más hasta que llegamos al bosque. Nos cruzamos con Antón y su grupo, haciendo gimnasia o algo así, porque parece que estén dejándose la vida en el descampado, saltando como si no hubiese un mañana. Yo de eso paso.

Lo saludo con la cabeza mientras él hace lo mismo. Tenemos una conversación pendiente y se dará, vaya que si se dará.

Proseguimos el camino hasta el río y vemos a Diego sentado bajo mi manzano, vaya, si parece que tenía razón cuando esta mañana dije que seguro que era el confesor de muchos secretos.

—Allí está —grita Selena yendo a su encuentro.

Ona corre detrás de su hermana y se colocan frente a Diego, que parece sorprendido con su aparición.

Coge un puñado de piedras e intenta llegar al agua lanzándolas.

—Si te pones de pie, llegarás más lejos —le aconsejo mientras me siento a su lado.

Diego me mira un segundo y niega, mientras vuelve a intentarlo con el mismo resultado: no llega al agua, se queda algo lejos de la misma.

—¿Sigues enfadado? —pregunta Selena—. Eres mi novio formal, y nos casaremos, así que no puedes estar enfadado eternamente conmigo. Las cosas se hablan. Eso decía mi madre —me explica mientras se dirige a mí. Le sonrío al escuchar sus palabras tan cercanas y llenas de ternura cuando habla de sus padres y cuando se dirige a Diego.

—No estoy enfadado contigo —dice Diego poniéndose en pie.

—¿Entonces? —me atrevo a preguntar yo en esta ocasión.

—No me apetece que se acabe el campamento. No quiero volver a casa con mi madre.

—Yo tampoco quiero que se acabe —dice Selena—. Te voy a echar de menos, deberíamos casarnos aquí —propone mientras da saltitos y aplaude.

—¿Casaros? —pregunto flipando en colores.

—Claro, los novios formales se casan. Estoy segura de que hay muchos novios formales en Jacaranda, podemos casarnos todos. Tú no, profe, porque todavía no te he presentado a ningún chico; pero, el próximo año, cuando tengas un novio formal y regresemos a Jacaranda, si te portas bien, te puedes casar con él.

—A ver, es un poco locura... —No lo mío con sus chicos, que también, sino lo de las bodas.

—A mí me gusta mucho la idea, así Diego y yo estaremos casados. ¿Qué te parece?

Clavo la mirada en Diego, obviamente, esperando la negativa por su parte, porque raro sería que me dijese que sí, que se quiere casar con Selena después de todas las discusiones que han mantenido por ese asuntillo de nada.

—Me parece bien, pero...

—¿Cómo que pero? —pregunta Selena llevando sus manos a la cintura, y Ona haciendo lo mismo.

—Pero no puedes separarte de mí, si nos casamos será para toda la vida —matiza Diego.

—Claro, yo te dije que me quedaría siempre contigo.

Ainsss, pero qué bonito es el primer amor, el amor de invierno.

—¿Nos casarías tú, Olivia? —pregunta Selena con los ojos brillantes de la emoción.

—Yo no sé nada de eso...

—*Porfa*, cásanos tú. Eres la profe que más mola de todas. —Diego y Ona asienten, y a mí se me llena el pecho de orgullo y satisfacción por haberme ganado esa medalla.

—Vale, creo que puedo hacerlo.

Diego, Ona y Selena se quedan sentados bajo el manzano, hablando de sus cosas y yo diría que organizando su propia boda. Nunca he tenido el placer de officiar una boda y puede que se me dé rematadamente mal, pero ganas no me van a faltar.

Creo que tengo que reunirme de nuevo con Luis y hablar de este asunto...

Regresamos, en esta ocasión todos de la mano, a la cabaña principal. El mural tiene bastante forma ya y en una mañana más estará listo para que los chicos puedan comenzar a darle color.

Es una representación de Jacaranda. Tiene unas montañas al fondo, con nieve y ramas blancas, varios globos volando por el cielo, muchos, muchos árboles y muchas cabañas. En una de ellas, que intuyo que es la principal, se ve a Pepe, apoyado en su palo como siempre, le faltan las pipas para que esté exactamente como ahora. El río es enorme y tiene piedras en su interior y hay personas, pero no distingo bien lo que hacen, supongo que, cuando le den color, se verá precioso.

Ethan no está por ningún lado, así que me siento con los chicos a jugar al bingo hasta que viene Mariana a buscarlos para que formen una fila y pasar por el baño a lavarse las manos antes de acudir al comedor.

Termino de recoger todas las cosas y colocarlas en el armario, cuando mi hermano entra por la puerta.

—Dichosos los ojos que te ven —bromea haciéndose el sarcástico—. Tienes buena cara, Olivia.

—La misma que la tuya —le provoco—. ¿No tienes nada que contarme?

—Muchas cosas, ¿tienes tiempo?

—Para ti siempre, zanahorio.

Capítulo 47

Sentados, frente a un café a modo de postre que nos ha servido Mariana con mucha espuma y mucho más cariño, estamos mi hermano y yo.

—¿Todo bien con Ethan? —Y ahí va la pregunta del millón.

—Todo muy bien, es...

—No me lo digas si va a sonar demasiado empalagoso y, si es erótico festivo, mucho menos; soy tu hermano, recuerda ese detalle a la hora de hablar.

—No te voy a contar nada obsceno, no entiendo cómo dudas.

—Porque la hermana sensata está bastante lejos de aquí, y la que es algo más deslenguada la tengo justo enfrente.

—Piensa que en tu vida hay un poco de cada cosa y, ahora, deja de marear la perdiz, porque tengo entendido que anoche fue bien y mal.

—¿Bien y mal? ¿Qué te ha contado Eli? —Mi hermano se pone nervioso, supongo que es normal, teniendo en cuenta que manejo información y que, esa información de la que hablo, él la desconoce. La inseguridad, fiel amiga de la duda.

—Que tuviste un gatillazo... —Coloco mi mano encima de la suya en señal de apoyo y de confraternizar como hermanos que somos, y le veo tragar. Si no hiciese tanto frío como hace, seguro que estaría sudando la gota gorda—. Es coña...

—¡Joder! Me habías asustado, porque pensaba que todo había ido bien... —finaliza mirando en otra dirección, una por la que justamente pasan ahora los hermanos, hablando de nuevo con cuchicheos, hay cosas que no van a cambiar nunca.

—Me dijo que había ido Irene...

—Ya... —Desvía la atención del sendero por el que pasan Ethan y Eli y clava de nuevo la mirada en mí y sé que le cuesta tener que darme la razón.

—Te dije que tenías que cortar eso y con más razón si encima la susodicha está tomándose la licencia de entrar en la cabaña cuando le sale del kiwi.

—Olivia...

—O lo haces tú, o lo hago yo —le advierto.

—Lo he intentado, pero es que...

—Pareces un jodido calzonazos, zanahorio. Tienes que cortar el asunto porque no me gusta y te puede traer consecuencias con Eli, ya no lo hagas por mí, pero no creo que para Eli sea santo de su devoción que esté contigo en una cabaña disfrutando de vuestra intimidad y que entre una tipa sin llamar si quiera, una tipa que no sea yo, que vivo ahí —matizo para no dejar duda alguna.

—Sé que tienes razón y lo he intentado en un par de ocasiones; pero, cada vez que intento hablar de eso, me cambia el tema o me manda a callar colocando su dedo índice en mi boca... Es...

—¿Una perra?

—No, joder, es extraño.

—Lo que pasa es que Irene no es estúpida y sabe que si te deja hablar vas a darle calabazas y no está dispuesta a aceptar una derrota cuando tiene tan cerca la meta.

—Pero conmigo no tiene nada que hacer, si te refieres a eso...

—Me refiero a eso, y ella no sabe lo que pasa con Eli, supongo que la ve como una rival y debes tener cuidado, porque, si la conozco un mínimo, te la puede jugar o ponerte en un aprieto.

—No quiero problemas con Eli, estamos bien y... y...

—¿Te gusta?

—Me gusta —finaliza después de que le haya dado un pequeño empujón.

—Si al final vamos a ser hermanos y concuños, ¿eso existe?

—No lo sé, yo de parentescos poco entiendo.

—Bueno, pues lo que sea, Antón; pero, bromas aparte, corta ese tema.

—Hablaré con ella, te lo prometo.

—Vale —concedo—. Y ahora háblame de esa chica que te gusta...

—Me gusta, pero me da miedo, ya sabes, por lo de Fátima... No quiero que se repita de nuevo la situación y me rompa el corazón.

—Eso no va a volver a pasar, porque Eli no es Fátima. Aún no entiendo qué ha podido ver Eli en ti, si eres un zanahorio —bromeo.

Y, entre risas, mi hermano me explica lo bien que se lo pasó con ella y lo ilusionado que está por todo lo que pasó la noche anterior. Me habla de sus planes, de las ideas que tiene y de sus miedos, porque, nos guste o no nos guste, Jacaranda se acaba y cerrará de nuevo sus puertas y regresaremos a casa tras haber escrito una lista de deseos y haber vivido treinta noches de invierno.

Me encamino hacia mi cabaña, tras haber compartido un rato con mi hermano. Parece mentira, pero me he hecho a este nuevo *camping* y al tiempo que hay en esta zona. Me quito el gorro al entrar y me encamino hacia el sillón para dejarlo ahí. Me quedo parada en seco cuando la veo sentada en él.

Miro hacia la puerta y sigue cerrada y, al clavar de nuevo la vista en el sillón, su presencia no se ha esfumado, no ha sido un espejismo. Un mísero espejismo.

—¿Te has equivocado de cabaña? —balbuceo cuando me recompongo.

—No, estoy justo donde quiero estar.

—Mi hermano no creo que vaya a venir ahora.

—Lo sé, pero no es con él con quien quiero hablar ahora, luego lo veré.

—¿Entonces?

—Te buscaba a ti.

—¿A mí? —Que baje Dios y lo vea.

—Tienes que ayudarme con tu hermano.

Ahora sí que el chiste es la hostia de bueno.

—¿Por?

—Lo he visto con esa, y no me gusta.

—¿Esa? ¿Hablas de Eli?

—Hablo de ella. Antón y yo..., pues eso, que nos gustamos.

Insisto, que baje Dios y lo vea.

—¿Y eso lo sabes por?

—Porque es lógico.

—Ya, claro, lógico. —La misma lógica que hace que entre en cabañas sin tocar.

—Escúchame, Olimpia.

—Olivia —la corrijo. La cosa no mejora.

—Eso. Escúchame, podemos ser buenas amigas y puedo ayudarte mucho si me ayudas tú a mí.

—¿Ayudarme? ¿Y cómo esperas tú ayudarme?

—Pues no lo sé..., con Ethan que veo que te gusta. —Me quedo muda, ¿tanto se me nota?—. Os vi esta mañana en el río, ya sabes.

Mierda. Mierda con papas.

—Escucha, Irene, a riesgo de que no me puedas ayudar —le digo con cierto retintín—, no voy a intervenir en la vida de mi hermano, si él ha decidido que quiere compartir tiempo con Eli —y digo tiempo porque fluidos en este momento puede que sea muy explícito para la cabeza de chorlito que

tengo enfrente mío—, no seré yo la que se oponga, es mi hermano y seguro que tú harías lo mismo en mi caso, así que déjalo correr y asume la derrota.

—¿Derrota?

—Derrota —repito con más decisión y con algo de alegría porque la que pierde es Irene y no Eli. Me mola más Eli de cuñada.

—No hay ninguna derrota hasta que se acaba el partido y este partido acaba de empezar, bonita. —Irene, muy digna ella como es, se levanta del sillón y pasa por mi lado golpeando mi brazo al cruzarse conmigo—. Espero que no necesites de mi ayuda, porque, si sabes contar, no cuentes conmigo.

—Ohhh, qué pena más grande siento, si es que éramos uña y carne — ironizo. Irene abre la puerta y se dispone a salir. Total, de perdidos, al río—. Irene —la llamo. Se gira con un mínimo de duda, por si su amenaza ha surtido efecto y he cambiado de opinión y ahora sí que vamos a ser íntimas amigas—. Como se te ocurra volver a entrar en mi cabaña sin permiso, vas a tener un problema muy serio y, yo que tú, no tentaría a la suerte.

Sonríe, muy, pero que muy, falsa y cierra la puerta sin decir nada.

No hace falta, pero sé que la guerra acaba de comenzar.

Capítulo 48

Los días pasan sin que podamos detenerlos. Es curioso como llegas aquí sin saber qué va a suceder y, tal y como ocurrió en el verano, quieres que el tiempo pare y quedarte dentro de Jacaranda.

El mural va viento en popa, tanto, que está todo el mundo súper ilusionado con la manera en la que ha ido tomando forma. Empezamos por pequeños grupos de trabajo y, al final, hemos acabado reunidos todos allí; con edades distintas; ayudando, pasando brochas, mezclando colores, limpiando las gotas que caen al suelo, jugando al bingo allí mismo, bailando y hasta enseñándole canciones nuevas a Pepe, que, obviamente, cada vez que me ve, no duda en llamarme bruja.

—¿Le enseñaste una foto mía cuando le hiciste aprender esa palabrita?

Antón está sentado a mi lado, removiéndole las bolas del bingo mientras el grupo de chicos que juega espera a que vaya sacando números para hacerle algún tipo de rima de las que les he ido enseñando, a ver si va a ser Pepe el único que aprenda algo.

—El quince —grita Antón.

—La niña bonita —canta Selena.

La susodicha está sentada al lado de Diego, últimamente son inseparables y noto que Diego está mucho más tranquilo cuando comparte tiempo con ella.

—Tengo que hablar con Luis, se me ha ocurrido una cosa para el último día de Jacaranda.

—¿El qué? —inquire Antón mientras sigue dándole marcha a la bola que contiene los números—. El once.

—Las canillas de mi suegra —grita Diego.

—Yo no tengo madre, Diego, así que no tienes suegra.

Diego se queda pensativo, imagino que la forma en la que le ha dicho que su madre no está es tan impresionante como la serenidad de sus palabras. Sin dramas y sin penas, me sorprende y, no solo eso, me llena de orgullo ver que ella lo tiene interiorizado y que no quita que le duela, pero ha asumido desde muy pequeña que la vida sigue, esté quien esté y falte quien falte.

—Quiero celebrar una boda el día treinta y uno de diciembre. Una boda de fin de año —le cuento a Antón.

—¿Una boda? ¿Estás chalada? El sesenta y nueve.

—El erótico —grita otro niño de la clase de Eli.

—¿Qué coño le has enseñado a estos niños? —me reprocha mi hermano al escucharlos cantar el número a mi forma.

—¡Bah! Ellos no saben a lo que me refiero.

—Pues, como lo escuche Luis, no creo que haya boda, pero puede que sí un funeral.

—Exagerado.

—Ya, ya...

—Te dejo, quiero solucionar esto. Nos queda poco tiempo, en unos días será Nochebuena y Navidad y, o preparamos todo ya y lo planificamos, o se nos va a ir de madres.

—¿Cuál es tu idea?

—Ya lo verás.

La idea es sencilla...

Luis me recibe sin problema, aun con todo, Cristina al entrar me mira con mal gesto, pero lo he hecho bien y he concertado una cita. Obviamente, también puse en antecedentes a Mariana, para que avisara a su padre de cuál era mi idea, por si llegaba a esa cabaña y me volvían a dejar fuera de juego. Cosa mala, pero, una y no más, santo Tomás.

—Tengo cita. —La miro fijamente; ella, por supuesto, con muy mala baba, y yo, con la mejor sonrisa que puedo forzar dadas las circunstancias.

—Ya lo he visto. —Lo dicho, más seca que el desierto de Gobi.

Coge el pinganillo ese que tiene en la oreja y llama al teléfono de Luis. Ahora sí que sonrío la muy pécora, la cosa es conmigo, por lo que veo.

Sonrío cuando me dice que puedo pasar y entro al despacho sin mirar atrás.

—Buenas tardes, Olivia, toma asiento, por favor.

Hago caso y me siento frente a él. Las manos las coloco sobre mis muslos, porque Luis es muy cercano, pero me sigue inspirando mucho respeto, ejerce como jefe de buena manera no como en mi anterior trabajo —la que se follaba a todo lo que se movía, el cartel que puse sobre el mostrador, la inesperada visita del marido, el consecuente despido... Fin del comunicado—.

—Buenas tardes, Luis. Tengo una propuesta para el último día del campamento.

Se recuesta en su sillón, entrelaza sus dedos y me sonrío.

—Soy todo oídos.

Es curioso, pero, cada vez que alguien me dice esa frase, me imagino una cara con forma de oído, pero sin pelos ni cera, un oído gigante y rosadito... En fin, que me parezco a mi madre, lo tengo cada vez más claro.

—Me llevo muy bien con Selena y Ona —le explico para ponerlo en antecedentes—, y Selena tiene metido en la cabeza de una forma abrumadora que quiere casarse con Diego. Y, el otro día, hablando con ellos o, más bien, ellos explicándome por qué se quieren casar y por qué no; se me ocurrió que no hay nada más bonito que el primer amor. —Sonrío al decirlo, y Luis imita mi gesto—. Lo normal es que se escuche hablar del amor del verano, porque son los meses con más vacaciones, pero... ese grupo de niños tiene sus vacaciones en invierno, gracias a ti —añado—, y creo que para ellos no hay nada más bonito que el amor del invierno. Es diciembre y huele a amor por todos lados —murmuro, y un escalofrío me recorre porque yo he caído en los brazos de ese sentimiento sin piedad alguna y sin poder evitarlo.

—Entiendo... —Se rasca la blanca barba, y lo imagino vestido de Papá Noel en unos días.

—Así que creo que la fiesta de final de curso, si la podemos llamar así, podría ser una boda. Puede que no se vuelvan a ver más o que no lo hagan hasta dentro de un año, no lo sabemos, pero recordarán siempre Jacaranda como el lugar en el que se casaron con su primer amor, porque es un recuerdo de esos que nunca se van a olvidar.

Lo suelto todo de carrerilla, no es un discurso que haya traído preparado, ni mucho menos, sí que me parece una idea jodidamente buena, y espero que Luis entienda lo que le quiero decir.

—¿Qué propones?

Nada de informes, como le dijo Laura a Mérida que tenía que hacer, así da gusto.

—Decorar la sala principal, poner una alfombra roja, hacer una especie de portal hacia el amor, si todos se han volcado con el mural, imagínate para preparar su propia boda, creo que habrá mucha ilusión con la idea y sería fantástico. Decorarlo como si el bosque hubiese entrado en la cabaña principal..., no sé, se pueden hacer miles de cosas.

—La idea de una búsqueda del tesoro en verano fue ideal, porque, a pesar de que el regalo quizá no era el esperado por todos los grupos, fue mágico para todos, porque nos pusimos de acuerdo para que tu hermana y Axel, tras todos los impedimentos que encontraron, se viesan subsanados y triunfase el

amor pese a todo. Y, ahora, me propones una idea que gira en torno de nuevo al amor.

—Yo...

—Déjame terminar, por favor —me pide, y me sudan las manos de los nervios que llevo ahora mismo encima—. Creo que es una idea increíble. No suelo hablar mucho; pero, que no sea un orador nato, no quiere decir que no sea un gran observador y me he dado cuenta de muchas cosas, muchas que tampoco comento, y sí que he visto que los chicos son felices cuando están juntos, que muchos caminan de la mano y no solo para evitar perderse, que son amigos y a veces hermanos, o que son más; lo que quieran ser, me es indiferente, pero son y eso me basta.

Asiento al ver que ha entendido lo que le quiero decir.

—El amor, sea de la forma que sea, es el sentimiento más potente que existe.

—Lo es —admite—. Puedes contar conmigo, tienes el salón principal a tu entera disposición y estoy seguro de que el resto de compañeros estarán encantados de ayudarte, y ya no hablemos de los chicos.

—¡Bien! —exclamo ilusionada—. Hablaré con ellos, luego, en la cena y les explicaré la idea para que mañana, a primera hora, lo hablen con cada grupo. Podemos abrir una lista para que se apunten, una lista de deseos de amor y, el que quiera casarse sin planearlo, también será bien recibido.

—Lo que tengas en mente, hazlo, siempre y cuando no sea peligroso.

—Por supuesto. Muchísimas gracias por confiar en mi idea, Luis.

—De nada, Olivia. Ahora, volvamos al trabajo.

Me incorporo y le tiendo la mano para sellar el trato y para agradecerle que siempre acepte mis ideas sin rechistar, tanto la del mural, como esta. Sujeta la mía ejerciendo la presión exacta, y me marchó tras esto.

Coloco de nuevo mi gorro de lana para salir de nuevo al bosque. Cristina está tras el mostrador y, frente a ella, está su hermana, Irene. Llevaba días sin saber nada de ella, apenas sin cruzarnos, después de su amenaza, parece que la tierra se la había tragado.

Las dos me miran como las arpías que presiento que son, y sé que no me puedo ir de rositas.

—Oye, Olivia... —Freno mis pasos y me quedo esperando la mordida de la serpiente—. Quiero que te alejes de Diego porque tus ideas no son de mi agrado, espero no tener que repetírtelo nunca más —zanja Cristina.

—¿Y eso por qué? —me pongo chula y así sé que sueno ahora mismo,

pero me parece de lo más sucio que existe que, una persona que no sabe lo que ese niño siente o deja de sentir, se inmiscuya en algo que no le incumbe, mucho más, con lo que me ha confesado y con el acercamiento que está teniendo con Selena, si no hay más que verlos para saber que están genial juntos.

—Porque soy su madre y punto.

Capítulo 49

—¡La concha de tu prima! —grito mientras cojo de nuevo mi lata de cerveza con sabor a limón y le doy un largo trago.

Nos hemos reunido, fieles a nuestras costumbres, en la cabaña de Mariana. Paulina no está, tengo entendido que está medio liada con un chico del *camping*, de cuyo nombre es probable que no me acuerde porque apenas nos hemos cruzado, pero Mariana lo ha definido como un portento de tío y, si lo dice, es porque los detalles que le ha dado su hermana son dignos sabedores de esa afirmación.

—¿Y? —inquire Mariana al ver que bebo y bebo, pero no hablo.

—Que es la madre de Diego, pobre niño, teniendo una madre tan zorra es normal que esté así. No me parece de la clase de personas racionales y coherentes y, perdonadme que me ponga en este plan y haga juicios de valor; pero, dado el trato que he recibido por parte de las serpientes venenosas en todas estas semanas, es bastante lógico y coherente que me dirija a ellas de esa forma. Ya me lo advertiste —le digo a Eli mientras la señalo con mi lata de cerveza.

—No sé... No me lo esperaba —prosigue Mariana.

—¡Anda! Pues fíjate que yo... Que no quiere que le hable del amor, pero si el amor es un sentimiento precioso. *Love is in the air*, ¿o no?

—Sí —matizan las dos. Creo que, tras cuatro cervezas que pensaba que fuesen solo dos, la lengua se me ha ido soltando y la cosa se me está yendo un poco de las manos.

—Pues me da igual lo que me diga, ¿qué se cree ella? —Lo que yo digo, estoy envalentonada—. Diego se merece que le hable del amor y estamos en un país con libertad de expresión, así que... que se haga un dedo, la tía esa necesita correrse, que os lo digo yo, que no hay nada como un buen orgasmo para liberar tensiones.

Mariana se descojona de risa, pero Eli no, puede que sea porque lo de Irene también le fastidia sobremanera, porque son igualitas las dos, que yo tengo dos hermanos y nuestros caracteres son totalmente distintos; para muestra, un botón, pero Irene y Cristina fueron cortadas con la misma tijera.

—Jake me ha escrito...

—Ahh, perdona la interrupción, Mariana, pero tengo que deciros que la Operación Bodorrio Padre está en marcha, Luis me ha dado el visto bueno, así que preparaos, porque van a haber muchas bodas el treinta y uno de diciembre.

—Ese día es el cumple de Ethan.

—Lo sé, pienso darle el orgasmo de su vida —bromeo, pero vamos que, entre broma y broma, toma que toma—. Y, ahora, dame ese teléfono, porque vamos a continuar con la Operación Cisne Negro. Enséñame tus piernas y marca canalillo, porque vamos a enviarle una foto con la que va a estar cascándose toda la noche.

—Ay, por favor... —Se avergüenza Mariana.

—Ni por favor, ni por *favar*, vamos que nos vamos. Queda poco para que venga a verte y lo que esperamos, di que sí, Eli —le pido mirándola y casi que, en breve, viendo doble—; es que te parta nada más verte, ya me entiendes.

—¿Siempre te pones así de burra cuando bebes? —cuestiona Mariana.

—Suelo ponerme peor —les confieso—, pero ahora me estoy conteniendo —bromeo—. Me estoy reformando.

—Ya veo —apostilla Eli.

—Ya veo —la remedo.

Le saco un par de fotos a Mariana. Descartamos unas cuantas en las que sale poniéndonos caras raras, la de la peineta por decirle que marque más las tetonas que tiene, esa en la que se tapa la cara, pero deja a la vista una parte de sus braguitas, esa la descartamos porque ellas quieren, pero mis amigas las cervezas y yo pensamos que es ideal, sin embargo, en la votación he quedado dos contra una, amigas para esto. Al final, le hemos mandado una foto en la que se ve lo justo, pero de una forma muy seductora. La foto en sí la ha sacado Eli, porque yo me he abierto la quinta cerveza.

—Paulina es la mejor amiga del mundo, tiene de todo.

—Es la hija del jefe —me suelta Mariana mientras mira la foto con atención.

—Anda, y tú, no te jode, y no tienes alcohol.

—Pero el pan y el chorizo lo he puesto yo.

—Deberías casarte conmigo, me encanta el chorizo. Y no va con segundas —me parto de risa.

—No va con segundas, dice la marrana.

Eli me tira un cojín desde su posición y me da en la cara, caigo hacia

atrás, estoy perdiendo facultades.

—He salvado la cerveza —grito cuando abro los ojos y veo mi brazo estirado hacia arriba con la bebida intacta. Nada, que he recuperado todas mis facultades, retiro lo dicho.

—¿Qué le pongo en el mensaje?

—Quisiera ser pirata, no por oro ni por plata, sino por lo que tienes entre pata y pata.

—¿Qué? —preguntan Eli y Mariana a la vez al escuchar lo que acabo de decirles.

—Es pura poesía, chicas.

—No pienso decirle esa barbaridad, pensaría que no soy yo —suelta Mariana muy seria.

—No, yo tampoco le pondría eso, y Olivia tampoco, es la cerveza la que habla por ella.

—La cerveza es vida. Estoy enfadada, es eso solo, no me hagáis mucho caso.

—Ya de normal tampoco es que te lo hagamos, imagínate ebria.

Peineta para cada una, pero con amor; el amor que no falte o que no le falte a nadie menos a Cristina y a Irene.

Me tumbo de nuevo y me quedo mirando el techo un rato. No se ven las estrellas ahora, es más, no las he visto en todas estas semanas, porque siempre hay una bruma que nos acompaña y no nos da tregua alguna.

—Jake, febrero es el mes del amor y es el mes en el que volvemos a encontrarnos, ¿coincidencia o destino?

El silencio se hace eco en la estancia y yo sigo con la vista clavada en el techo, pensando en lo surrealista que ha sido el encontronazo de hoy.

—Olivia, qué bonito —me dice Eli.

—¿Lo del pirata? —me mofo.

—Eso también. —Sonríe tumbándose a mi lado.

Mariana se acuesta al otro lado y pone el teléfono en alto mientras teclea lo que le acabo de decir.

—Las mejores cosas suceden por casualidad.

—La casualidad que nos hace coincidir.

—Y Jacaranda, que es un mundo maravilloso —añado a las palabras que acaba de decir Eli.

—Lo es —dice Eli.

—Lo es —repite Mariana.

Nos quedamos tumbadas en el suelo con las manos entrelazadas, el teléfono suena, y sé que Mariana se muere de ganas de leer la respuesta de su pirata. Ay, mi cisne negro, no te das cuenta de que eres la que más destaca porque ningún otro cisne tiene tu color y tu brillo, pero no importa, borracha o no, yo estaré por aquí para recordártelo y sé que Eli también.

Creo que nos dejamos dormir las tres frente a la chimenea, porque cuando abro los ojos sigue siendo de noche. Me incorporo y me voy directa al baño. Tras eliminar el contenido de cuatro —casi cinco— latas de cerveza, salgo al salón y veo que Eli y Mariana se han acurrucado juntas. Me asomo a la ventana y oteo el ambiente, está oscuro, pero las farolas iluminan el camino. Un par de cabañas más allá veo a Ethan sentado en el porche. Me pongo mis botas de montaña, cojo mi plumón y me pongo mi gorro, el que me regaló y que nunca dejo atrás porque ahora es mi preferido, y salgo al exterior sin dudar. Lo primero que siento es el intenso frío en la cara y que mi nariz en cuestión de minutos parecerá un tomate maduro.

—Ey, chico hurraño, ¿qué haces que no estás durmiendo?

Ethan me mira y no hace falta que hable para saber que en sus ojos hay dolor. Algo ha pasado.

—No tenía sueño —me confirma.

—Para eso he venido yo, para que duermas de nuevo como en casa.

Le tiendo la mano, y él me sonrío antes de aceptarla. No tiene por qué decirme nada ahora si no quiere, no voy a obligarlo a hablar, sé que cuando quiera lo hará, y yo estaré aquí para escucharle.

—Olivia, cuando tú me miras, se hace la magia.

Y *voilà*. La magia se hace porque lo único que es necesario para eso es que nuestros cuerpos estén juntos y se sientan, eso es como estar de nuevo en casa.

Capítulo 50

Villancicos. Campanillas. Muérdagos. Árboles de Navidad. Luces. Renos. Velas. Y una preciosa y enorme mesa decorada para la noche más especial del año. Nochebuena.

Mi madre me ha llamado, sin exagerar, unas quince veces. Las cinco primeras fueron curiosas, entrañables y hasta divertidas; pero, ahora que el teléfono vuelve a sonar y que se lo tiro a Antón por no estallararlo contra la pared, tiene de todo menos gracia.

Entiendo que es complicado para ella pasar la Nochebuena sin Antón y sin mí en casa, sobre todo, sin mí que he sido la que siempre ha vivido allí, pero también le explicamos antes de regresar a Jacaranda que esto iba a pasar.

—Es como los médicos de urgencias, mamá, que trabajan esta noche porque nada deja de suceder para que ellos puedan disfrutar de su noche en familia, ¿lo entiendes?

Antón tiene paciencia. Muchísima paciencia y eso me indica que, el día que sea padre, no lo va a pasar tan mal, porque mi madre, ahora mismo, se comporta de una forma más infantil que Selena o que Ona.

Estoy siendo quizá un poco cruel y, por un momento, me siento mal por ello, porque sé que María lo hace porque nos quiere mucho y nos extraña, y no es que yo no sienta lo mismo por ella, ni mucho menos; pero, siendo sincera, me apetece mucho estar aquí esta noche, con los chicos, y deseo que para ellos sea una noche especial.

—Pon el altavoz —le pido a Antón. Despega la oreja del aparato y me pregunta qué le he dicho, y se lo repito. Hace lo que le pido, y nos sentamos los dos frente al teléfono.

—Mamá —intervengo. Mi madre comienza a lloriquear un poco.

—La Nochebuena es especial para nosotros, porque nunca hemos pasado unas Navidades separados y ahora me sobran sillas en la mesa. He ido a poner los platos y los cubiertos y me ha entrado la llorera.

—Doy fe de ello —balbucea mi padre al otro lado.

—Mamá..., tenemos muchísimas Navidades para pasarlas juntos, pero estos chicos no, ¿lo entiendes?

—¿Pretendes hacerme sentir mal?

—No, mamá —interrumpe ahora Antón—, pero Olivia tiene razón. Son niños que lo han pasado mal durante mucho tiempo y que nos necesitan, que están aquí y son felices, y queremos que recuerden estas Navidades por lo especiales que van a ser.

Escuchamos a mi madre al otro lado sorbiendo los mocos, y nos emocionamos porque la entendemos, aunque somos conscientes de que nuestro lugar está aquí.

—Lo siento —se disculpa—. Me estoy comportando como una niña egoísta.

—No es eso, mamá, ni mucho menos. Piensa que el día uno estaremos ahí y que vamos a poder almorzar todos juntos.

—Iremos a buscaros, así que nos veremos desde temprano —añade emocionada.

—Pues mucho mejor. Y almorzaremos todos, esta vez usaremos el teléfono bien para que no haya ningún tipo de problemas —se jacta mi hermano mirándome y sonriendo—, y pasaremos el resto de los días todos juntos.

—Mérida tendrá que volver al trabajo y Axel también.

—Pero nos podremos reunir, seguro que buscan algún hueco, ya verás —la consuela Antón haciendo planes chulos. Cómo la conoce el muy...

—Venga, mamá, ánimo, y te cuento un chisme.

Él la conoce, pero yo...

—¡No! —grita Antón mientras cojo el teléfono y me encierro corriendo en el baño.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre que curiosa es un rato, ya sabéis.

—Antón se ha echado novia.

Silencio.

Silencio que se ve interrumpido por unos golpes en el cristal del baño. Me asomo y veo a mi hermano allí plantado, agarrándose el cuello y estrangulándose, supongo que, si tengo que interpretar lo que quiere decir, no puedo equivocarme si digo que eso que se hace es lo que espera hacerme a mí en cuanto salga del baño.

Conecto la plancha del pelo para poder hacerme algo chulo. Es Nochebuena y no vamos a salir de Jacaranda, pero no veo mejor ocasión para ponerme guapa que hoy.

Peineta para Antón, que me está echando maldiciones, y mi madre por fin reacciona.

—Olivia, si es una broma, es de muy mal gusto.

—Mamá, no es una broma. Yo tampoco me lo creía, pero lo he visto con mis propios ojos.

—Ay, Dios mío. —Debe de estar persignándose y todo porque no hay novia conocida para mi hermano. Ni novias ni rollos desde Fátima—. Ay, que me va a dar un nieto.

—Eh, eh, eh, mamá, no quiero fastidiarte las ilusiones y todo eso, ya sabes, pero no he dicho nada de nietos, he dicho novia. No-via —le deletreo.

—Nie-tos —me rebate ella a mí.

—Bueno —claudico—, eso ya lo tratas con tu hijo, yo he cumplido mi deber de contarte cómo están las cosas por aquí.

—¿Y tú, Olivia?

—¿Yo qué? —Lo tengo bien merecido por lenguatrapo, es el karma; una vez más, el puñetero karma.

—Al final vas a ser la única que esté soltera, hija mía.

—Mamá...

—¿Algo que contarme? —insiste como si se oliese algo, que nadie diga que las madres no tienen algún sentido que no entendemos el resto.

—En realidad...

—Ajá... —Pone voz melosa y todo. Esta se huele algo.

—Se llama Ethan. —Directa al grano.

—Lo sé, tu hermano me lo ha contado todo.

Karma dice, ríete tú del karma y del zanahorio que tengo por hermano.

—Exactamente, ¿qué te ha contado? —Porque yo he sido sutil, pero, mi hermano, ese que yo creía que me había perdonado por arrastrarlo hasta aquí y que es el mismo que enseñó a un loro a llamarme bruja y, con eso, la deuda estaba saldada; puede que siga mosca conmigo y se haya vengado de la peor forma: contándole a mi madre cualquier cosa que haga que se visualice con nietos. Muchos nietos. Miles de regalos bajo un árbol y una mesa nueva repleta de sillas en Navidad. Mierda...

—Que te has enamorado del chico del coche.

Guardo silencio un tiempo prudencial, cavilando sobre lo que puedo y no puedo contarle a mi madre.

—¿Te ha dicho que es guapo? —pregunto para desviar el tema.

—No, eso no. .

—Ainsss, mamá, es guapo a rabiar, pero es... especial. En serio. —Y así es como caes rendidas a los pies de tu madre y al final, te da igual si debes o

no debes contarle todo, aun a riesgo de que piense en bodas, hijos, bautizos... Le cuentas todo, menos que él tiene un hijo, porque ese tipo de detalles prefiero no dárselos aún.

—Por fin, Olivia, por fin vas a sentar la cabeza.

—Y Antón, mamá —le digo para desviar el tema—. Que él tiene más edad que yo para darte nietos.

—Cierto —murmura mi madre al otro lado—. Cuéntame, ¿quién es ella?

—Se llama Eli y es tan especial como Ethan, porque es su hermana, la que iba en el coche aquel día.

Capítulo 51

La cena es especial. Especial y maravillosa. Me siento junto a Ona y Selena, y Ethan se sienta en la mesa de Luis. Cristina, cómo no, con su hermana serpiente y con Diego que no para de mirar en nuestra dirección y sé que se muere de ganas por sentarse aquí.

No hemos parado de reír en toda la noche, Selena es muy divertida y hace miles de bromas sobre chorradas que no tienen sentido, cuenta chistes malos y no se menciona nada que no sea algo que haga que la noche sea inolvidable. Nos hemos propuesto, todos, que las penas y los malos recuerdos queden fuera de estas cuatro paredes y lo estamos cumpliendo.

Tras la cena, se recogen las mesas y se organiza un baile. La música es variada y todos, hasta Luis, salen a mover el esqueleto. Selena va en busca de Diego, pero este le dice que no con la cabeza, y ella vuelve triste.

—¿Qué pasa? —Me coloco a su altura y le alzo la barbilla para que me mire. Ona está a su lado.

—No quiere bailar conmigo.

—¿Por qué?

—Dice que su madre no le deja.

Me incorporo y miro en dirección a Cristina que, como no puede ser de otra forma, me está escrutando con la mirada. Nos retamos, no hace falta decir más.

Comienzo a dar unos pequeños pasos en su dirección y no pienso en otra cosa que no sea ir hasta allí, pegarle cuatro jalones de pelo al más puro estilo barriobajero y coger a Diego, cogerlo y dejarle que él decida lo que quiere hacer. El pobre, tiene la cabeza agachada y el rostro emana tristeza. Es Nochebuena, ¡joder!

La verdadera bruja de esta ecuación no soy yo.

—No lo hagas. —Aparto la vista de ella y la centro en la voz que me pide que deje a un lado mis intenciones—. No lo hagas porque eso sería peor y no queremos que se recuerde esta noche por la noche en la que se ha armado un espectáculo.

—¿Cómo sabías que...?

—Recuerda que soy parco en palabras, pero un gran observador —me

explica.

Asiento y miro a Cristina, que no sonrío a pesar de saberse victoriosa, porque, ahora que lo pienso fríamente, eso es justo lo que ella quiere, provocarme, tal y como hizo en la cabaña principal. Tengo claro que debo mantenerme alejada de ella.

—Es rastrera, Diego quiere bailar con Selena.

Ethan mira en dirección a los dos y le sonrío a Diego.

—Yo bailaré con él.

—¿Harías eso por mí?

—Lo haré por mí —me responde.

Asiento y regreso hasta donde se encuentra Ona y Selena, mirándome.

—¿Y bien? —me pregunta Selena.

—Yo bailaré contigo.

Ona aplaude ante mi comentario y las sujeto por la mano antes de adentrarnos en la pista.

Antón se acerca hasta Eli y la invita a bailar con él.

Miro hacia Irene que los observa con el gesto contrariado, y digo contrariado, porque la serpiente, si ahora mismo se muerde, se envenena. ¡Ea!, ya lo he soltado y qué bien me sienta eso.

—¿Crees que la madre de Diego no quiere que me quiera? —me pregunta Selena cuando nos acercamos a por una copa de agua fría. Nada de alcohol esta noche—. Me he puesto guapa por él, porque le quiero y quiero casarme con él. Quería impresionarlo esta noche.

—Creo que Diego te quiere mucho, no hay más que ver cómo te mira.

—¿Tú crees? —me pregunta ilusionada.

—No hay nadie que no pueda quererte. Y a ti también, Ona, porque sois las dos muy especiales.

Ona me mira fijamente, pasa su mano por mi mejilla y me acurruco contra ella.

—Nosotras también te queremos mucho, Olivia.

Una enorme «O» debe de formarse en mi boca, porque ha hablado, ¡ha hablado! Y lo ha hecho para decirme algo precioso.

—Ona... —Miro a Selena que no parece nada sorprendida con las palabras de su hermana—. ¿Tú sabías que...?

—Claro, es mi hermana, hablamos de todo, solo que ella prefiere reservar sus palabras para quien quiere, y ahora quiere que también sea contigo y que formes parte de esto.

—Vamos a echarle mucho de menos, Olivia —me dice mientras se lanza a mis brazos.

—Creo que no tanto como yo a vosotras —susurro.

Juro que no quiero llorar, que yo no soy la de emociones fáciles e intento entenderlo, razonarlo todo y no dejarme llevar por la parte emocional que se supone que se esconde dentro de mí, aunque razone mucho, sobre todo. Pero todo lo que va de la mano de Jacaranda es mágico y me llena. A pesar de no estar en casa con los míos, no me puedo sentir más en casa esta noche, este mes entero y en verano. Es como si Jacaranda tuviese ese poder, el poder de que, una vez entra en ti, nunca más quieres dejarlo escapar. Jacaranda no es solo un *camping*, Jacaranda es un sentimiento.

Pasamos toda la noche bailando. Antón con Ona y Selena. Eli conmigo. Yo con Mariana. Mariana con Luis. Luis con Paulina. Paulina conmigo. Ethan con Diego. Y, por último y como no podía ser de otra manera, Ethan y yo compartimos el último baile, el lento, ese que hace que te muevas, pero que no necesites decir ninguna palabra porque ya en silencio es perfecto.

—¿Te apetece pasar la Nochebuena en una cabaña de madera, delante de una chimenea, con una copa de agua fría y un par de galletas de mantequilla? No hay regalos, pero...

—No es necesario regalo cuando el plan en sí ya lo es, Ethan.

Llevo mis dedos a sus patillas y sigo su recorrido. Desde que lo conocí, ha sido una de las características que más me han llamado la atención de él, obviamente, luego fueron variando y complementándose con otras, porque Ethan es como un *pack*, no puedes quedarte solo con una cosa, lo necesitas todo.

No nos escondemos de nadie y, en cierto modo, me siento orgullosa de ello, de que podamos comportarnos como queremos delante de los presentes. No hay unas normas estipuladas como sucedió en verano y eso me enorgullece, que se haya podido cambiar de registro y modificar las normas.

Sé que Laura, la hija de Luis y hermana de Mariana y Paulina, no está de acuerdo con eso, o no lo estuvo, por la parte que le tocaba; pero Luis es lo suficientemente maduro y buen jefe como para entender que hay cosas inevitables y que lo que hagamos fuera de nuestro horario laboral siempre y cuando no repercuta en nuestro trabajo y en nuestras funciones, no es de su incumbencia y es por ello por lo que entendió que la norma de no confraternizar era absurda.

Nunca he sido de las que piensa que donde tienes la olla no metas la

polla, sí, así, hablando pronto y mal, que se me da bien. A mi jefa no le vino bien, pero eso fue culpa mía y con Aitor... con Aitor en realidad es que no me apeteció, tuve claro desde un principio que eso no era para mí y, agua que no has de beber, déjala correr.

«Cuando tú me miras, se hace la magia...».

Y es cierto, ahora mismo, aquí, rodeados de muchas personas, de niños bailando y corriendo a nuestro alrededor, de conversaciones banales, de miradas que seguro nos escrutan y elucubran sobre nosotros, de chistes malos, de historias pasadas y planes de futuro, de todo; lo único que importa somos nosotros, los que somos, lo que sentimos, lo que nos recorre cuando nos tocamos.

Acompañamos, cogidos del brazo, a los chicos a sus respectivas cabañas. Ona y Selenia me abrazan antes de entrar a la suya. Me siento mal por no poder acompañar a Diego también. Cada vez que recuerdo todo lo que siente con la separación de sus padres y lo difícil que se lo debe de estar poniendo Cristina, me hace sentir mucho más abatida.

Tras asegurarnos de que nuestro grupo ya está en su cama, nos dirigimos a mi cabaña.

—Creo que Antón se nos ha adelantado.

Toco en la puerta antes de entrar, por guardar las formas y por respeto a su intimidad.

Un tímido «adelante» me indica que podemos pasar. Eli y Antón están sentados en el sofá y me juego un dedo a que esos labios hinchados que tiene Eli no son a causa del frío.

—Siento la molestia, pero he venido a recoger mi pijama.

Ethan se tensa, siento su preocupación por Eli, y esta, al ver su estado de ánimo, se acerca y le abraza.

—Feliz Nochebuena, hermanito.

Ese contacto parece dulcificar un poco su gesto.

—Feliz Nochebuena, Eli. Antón...

—Ethan...

—¿Tengo que amenazarte? —inquire Ethan sin separar la vista de sus ojos.

—¿Tengo que hacerlo yo?

—Duelo de titanes —bromeo para quitarle hierro al asunto. Esas cosas siempre se me han dado de fábula, decir tonterías para romper el momento de tensión y ahora no podía ser de otra forma.

Antón se levanta y se acerca hasta Ethan y, como colofón final, se abrazan.

—Feliz Nochebuena, Ethan.

—Feliz Nochebuena, Antón.

—Quizá deberías llamarle futuro cuñado —le reto mientras me encamino a la habitación para recoger mi pijama que, si todo va como debe, no me hará falta esta noche, y a Eli creo que tampoco.

—Bruja —me grita mi hermano desde el salón.

Y río, río mucho, a pesar de que sé que me ha llamado eso con inquina, pero no importa, porque hay palabras que destilan amor, sean dichas como sean dichas.

Capítulo 52

Mi plumón. Mi vestido para la ocasión. Mis botas de agua. Mis medias tupidas. Mi piel.

Su plumón. Su camisa de botones al más puro estilo leñador. Sus vaqueros. Sus calcetines. Sus botas de montaña. Su piel.

Ese es el orden que prevalece en esta ecuación cuando lo que de verdad quieres es descubrir lo que la ropa esconde y recordar lo que las pieles sienten al entrar en contacto.

—Tu gorro de lana.

—Tus rizos.

—Tus pecas.

—Tus patillas.

—Tu corazón.

—El tuyo —le digo llevando la mano hasta donde late descontrolado.

—El tuyo —repito haciendo lo propio con mi mano.

Damos un paso más y nuestras respiraciones se entremezclan, aceleradas como están ahora mismo, expectantes por lo que encierran estas cuatro paredes.

—Bésame. Bésame mucho.

Nos besamos como si fuese la primera o la última vez, no nos queda claro, solo sé que nuestras bocas se reciben, se encuentran y se funden, convirtiéndose en una sola.

Nuestras manos comienzan a moverse descontroladas. Dejamos atrás la ternura de los preliminares y nos concentramos en la desesperación que emana por cada poro de nuestra piel.

Me agacho frente a él y comienzo a bajar la única prenda que le queda y aparece frente a mí eso que tanto ansío. Ethan me mira desde su posición, cavilando sobre cuál será mi siguiente paso. Sonríe de lado, invitándome, retándome a que lo haga, a que la pruebe y si supiese que no es necesario que me invite porque ardo en deseos de hacerlo, de la misma forma en la que él lo hizo en aquella cabaña, sumidos en la tormenta que nos assolaba, pero que no era capaz de eclipsar la tormenta que nosotros mismos sentíamos el uno por el otro.

La sujeto con fuerza, el calor de la chimenea se expande por el salón, pero no llega a estar a la altura del nuestro propio.

Clavo mis ojos en los suyos mientras rodeo su duro miembro y lo meneo de arriba abajo. Es duro y vigoroso. Grueso. Perfecto en todo su esplendor.

Ethan me responde con un gemido ronco, que nada tiene que envidiarle al que llena la habitación cuando la introduzco, de un solo golpe, hasta el fondo de mi garganta. Contengo la respiración, la respiración y la arcada que me sobreviene cuando Ethan empuja para llenarme la boca mucho más.

—Coloca las manos tras la espalda —me pide con la voz llena de éxtasis. De rodillas, hago lo que me pide y, tras eso, comienza un lento vaivén con sus caderas. Me folla, literalmente, la boca—. ¿Te gusta así? —Asiento, es todo lo que puedo hacer dadas las circunstancias. Me gusta, claro que me gusta, a quién no le gusta que le hagan eso, que le miren de la forma en la que Ethan me mira ahora mismo, como si fuese lo más hermoso que existe—. Separa las piernas y tócate con suavidad. Dime cómo estás.

Saca la polla de mi boca para permitirme hablar.

—Mojada —atino a decir con la voz entrecortada.

—¿Por qué? —me pregunta introduciendo de nuevo su polla en mi boca y profundizando en la penetración.

—Porque me gusta —respondo cuando me lo permite.

—¿Te gusta que te folle la boca? —De nuevo, me llena con su polla.

Asiento.

—Sí. Me gusta que te pongas sucio —confieso. Me gusta en demasía, para ser más exactos.

—¿Te gusta duro? —Me gusta cómo me lo hagas, quiero responder, pero no me lo permite porque, de nuevo, me llena al completo y se mueve con mucha más intensidad, hasta el fondo. Mi dedo se mueve rápido, al ritmo de sus embestidas y sé que está disfrutando tanto como lo hago yo—. Responde —me exige.

—Me gusta duro —confirmo.

—¡Joder! —exclama echando la cabeza hacia atrás. Un par de embestidas más y clava sus preciosos ojos en los míos—. No te toques más, por Dios, deja de tocarte de esa forma o juro que no respondo.

Acelero mi dedo e intercalo el movimiento frenético sobre mi clítoris con alguna penetración. Echaría la cabeza hacia atrás si fuese posible, pero no me lo permite. Sujeta mi cara entre sus dedos y lleva mi mano libre hasta mi mejilla.

—¿La notas? —me pregunta mientras su polla choca contra ella. Vaya que si la noto. Asiento—. No te he escuchado, ¿la notas? —repite.

—Sí —confirmo.

—Deja de tocarte, he dicho.

No le hago caso, le reto, y él sonrío complacido. Creo que es justo lo que esperaba.

—No —niego para confirmárselo—. No pienso dejar de tocarme, si quieres que lo haga, tendrás que obligarme.

Lo hago a posta con toda la intención del mundo porque lo que quiero, no, lo que necesito, es que me pare él, que me pare a base de empellones, de la forma que sea, pero que lo haga.

Me gusta que Ethan no tenga un patrón exacto, que no haya algo que me diga cómo va a actuar o cómo no va a hacerlo, me gusta porque me sorprende y se sale fuera de lo común.

Saca mi polla de su boca y me empuja con suavidad para que caiga sobre la alfombra que decora el suelo de la chimenea.

El calor de las llamas, unido al calor de nuestros cuerpos, funciona como una onda expansiva.

Se sitúa, de rodillas, entre mis piernas. Una mano en cada una, las abre y me quedo completamente expuesta. Desliza su dedo corazón sobre mi hendidura y me encuentra tal y como le he descrito. Empapada.

—Así es justamente como me gusta. Alza las manos.

No respondo, pero espero que lo haga él. Sonrío de nuevo victorioso porque no he seguido su orden. Se acerca a mí y noto su polla caliente sobre mi coño empapado. Excitación. Fuego. Ardor. Pasión. Una mezcla de todo eso me recorre de los pies a la cabeza y las expectativas se acrecientan cuando su boca, en el recorrido hacia mis manos, se posa sobre uno de mis pezones, que lo recibe erguido.

Su mano se posa sobre cada una de las mías y las alza. Una vez las tiene sujetas entre las suyas, se sitúa en mi entrada y, mirándome a los ojos, me embiste.

—¡Joder! —exclama cuando entra dentro de mí.

Enredo mis piernas sobre las suyas y le espoleo para que me penetre con más fuerza, para sentirlo más adentro, colmándome como quiero.

—¡Así! ¡Joder, así! —exclamo al borde del abismo.

La sensación es completa. Me siento llena en todos los sentidos de la palabra.

—¿Así?

—Así —confirmo abriendo los ojos y uniendo nuestras miradas—. Más —le pido; qué cojones, le suplico—. Más.

—¿Cómo se pide? —me pregunta poniéndose en actitud de chico malo. Chico malo, como me gusta a mí, el chico sucio en la cama.

—Por favor. —Sonrío condescendiente al decirlo.

Sus embestidas comienzan a ser mucho más certeras y se mueve de tal manera que, cuando me embiste, antes de salir de mi interior, me roza el clítoris con su pubis, haciendo que la descarga eléctrica sea explosiva. El orgasmo está ahí, abriéndose paso entre nuestros cuerpos.

—Bésame —le pido.

—¿Cómo...?

—Por favor —le corto antes de que me lo diga. Necesito que lo haga, necesito que acelere sus movimientos, que me bese, que me haga levitar con cada empujón de su gruesa polla, que me dé lo que necesito y joder si lo hace. Con mis manos aún sujetas entre las suyas, comienza a balancearse sin piedad dentro de mí. Mis piernas pierden fuerza cuando el orgasmo empieza a nacer y a ascender por mi cuerpo. Me suelta las manos y abro los ojos.

—Lleva los dedos a tu coño y tócate para mí —me exige ahora, y le hago caso.

Su mano se dirige hacia su polla y comienza a bambolearla sobre ella con fuerza y sé que su orgasmo está tan próximo como el mío. Cierro los ojos y comienzo a arquearme.

—No... —Y sé que quiere que lo mire, porque yo tampoco quiero perder detalle de la escena.

Un chorro me alcanza las manos justo cuando me corro. No cierro los ojos a pesar de que me pesan como si cargase una mochila llena de ladrillos y miro cómo descarga sobre mi coño mientras convulsiono yo también.

El mejor orgasmo de mi vida, o eso creía, hasta que llegó el siguiente.

Capítulo 53

Nada hacía presagiar que esa noche fuese la predecesora de la gran tormenta y no solo en el sentido literal, no, ni mucho menos, sino en todos los sentidos habidos y por haber.

—Buenos días, chicas —saludo a Mariana y a Paulina en la mesa del desayuno y me siento justo enfrente de ellas—. ¿Y Eli?

—No ha venido aún.

—Puede que mi hermano aún le esté dando lo suyo —bromeo.

—Oye, Olivia...

—¿Sí? —cuestiono llevándome un trozo de cruasán a la boca, un trozo robado para ser más específicos.

—¿Tú...?

Mariana se queda en silencio y rehúsa mi mirada.

—¿Qué pasa? —pregunto ahora dejando el trozo encima de la mesa.

Me siento observada, me siento realmente extraña.

—Yo sé que no, pero...

—¿Qué cojones pasa?

—¿Tú te has enrollado con tu hermano?

Si no estuviese sentada ahora mismo, puede que mis piernas no hubiesen aguantado mi peso y me hubiese dado un patatús.

—Oye, Olivia, que yo sé que no —interviene Paulina—, pero no todo el mundo piensa lo mismo, y mi padre está que trina con el asunto.

—Pero... —balbuceo.

No sé bien qué decir al respecto, obviamente, debería defenderme de todo esto, pero me parece tan absurdo y surrealista que no lo entiendo.

—Yo creo que ha sido Irene, por lo que nos contaste el otro día. Desde ayer hay algunos rumores al respecto, pero nada serio y pensé que todo quedaría en una niñatada estúpida cuando anoche te fuiste con Ethan, cosa que muchos vimos con nuestros propios ojos, pero la cosa se ha complicado y parece ser que la gente no piensa que estés con Ethan, creen que es una tapadera, pero que estás acostándote con tu hermano.

Irene. Irene entrando en la cabaña sin permiso. Irene viéndonos en la cama riendo cuando compartíamos confidencias sin más. Irene que nos vio en

el salón cuando Antón no llevaba más que una toalla enredada en su cintura. Irene, la misma pécora que me pidió ayuda para liarse con mi hermano, y yo denegué porque no tengo que meterme en líos de faldas. Irene, esa a la que no soporto y que me amenazó. Irene, a la que pienso cortar en cachitos y tirar al río para que se la coman los peces.

—Irene... ¡Dios! —exclamo tapándome la cara.

—Yo lo suponía —confirma Paulina.

—¿Qué pasa? —pregunta Eli cuando llega hasta nuestra mesa y se sienta a nuestro lado. Por lo que veo, ella tampoco sabe nada.

Me levanto y las dejo allí, supongo que Mariana y Paulina se encargarán de contarle todo y confío en su capacidad de razonar la situación y de entender que entre Antón y yo no hay nada que no sea lo normal entre hermanos. Confío en eso, porque Antón es mi hermano, Eli es mi amiga, y ellos se gustan.

Corro hasta mi cabaña, rezando para que mi hermano esté allí y me escuche y que dé gracias de que al primer lugar que haya corrido sea hasta allí y no hacia donde se encuentra Irene.

—Esa no sabe quién soy yo.

Antón me recibe sentado en el sillón, con su habitual sonrisa en la cara y hablando por teléfono con mi madre.

Cuando me ve, intuye que algo pasa porque se despide con celeridad y se levanta hasta quedar a escasos centímetros de mí.

—¿Qué pasa?

Tras varios segundos en silencio, sin saber bien cómo enfrentarme a esta situación que tiene lo mismo de ridícula que de preocupante, llegan Eli, Mariana, Paulina y Ethan.

—Se ha armado una buena —confiesa Paulina, que es la más entera de todas.

Les hace un breve resumen a todos los presentes, mientras mi hermano comienza a dar vueltas entorno a la mesa de la cocina con las manos en la cabeza.

—¡Esto es culpa tuya! —le grito—. Culpa tuya por no frenarlo antes —escupo—. Y puede que no sea así y que no tenga culpa alguna, pero es el enfado el que habla por mí ahora mismo. Tras mis palabras, Antón me mira e intenta abrazarme. No se lo permito, doy un paso hacia atrás y sé que se siente mal porque tengo parte de razón—. Y culpa mía —matizo—. Porque me negué a prestarle ayuda —confieso.

—¡Qué cojones! —grita Eli interviniendo—. Si hay una culpable aquí es ella —exclama tan enfadada como yo.

—Yo...

—Yo confío en ti —me dice tras cortarme—. Y en ti —le dice mirando a Antón.

No nos queremos justificar porque no hay nada de eso de lo que se nos acusa; pero, obviamente, tenemos que solucionar este percance y hablar con Luis, porque nuestra reputación está en juego y no es justo que, por no saber perder, se nos acuse de algo que está fuera de sí.

Cojo a mi hermano de la mano, y salimos de allí.

—Ten cuidado —me pide Ethan.

—Tranquilo, que no tienen nada que hacer conmigo —le susurro sonriendo. Pongo buena cara, pero la realidad es bien distinta y no estoy para nada tranquila, al contrario, estoy bastante mosqueada con el asunto.

—Lo siento, Olivia —se disculpa mi hermano.

—Esto es tan culpa tuya como mía —le digo mientras caminamos en dirección a la cabaña central. Nuestros pasos son enormes, es como cuando jugamos con los niños al suelo es lava y tenemos que colocarnos a salvo, pues exactamente igual, en todos los sentidos, porque tenemos que salvarnos.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta Antón con la voz llena de preocupación.

—Lo único que podemos hacer: contar la verdad. Piensa una cosa —le pido mientras acelero los pasos—, contamos con el apoyo de las chicas y de Ethan, Eli te cree y me cree, y Ethan, aunque no haya dicho nada, nos conoce lo suficiente como para saber que esto es una película del todo ridícula, y que Irene, la chica despechada, la ha armado porque es una perra mala. Sin más, paso de estar edulcorando las cosas.

—No hables así delante de Luis porque, si lo haces, perderás credibilidad.

—Ya, pues no tengo otra forma mejor de definirlo.

—Nos van a echar, ¿verdad? —me pregunta dubitativo.

Freno mis pasos y retrocedo, porque Antón se ha quedado un poco atrás después de formular la pregunta. Creo que él se sintió exactamente así, cuando yo estaba asustada y tenía que poner mi vida de nuevo en orden y ahora, aunque yo soy parte de la ecuación, estoy tan segura de haber hecho las cosas bien que me toca ejercer de hermana mayor y defender nuestra reputación.

—No nos van a echar y, si nos echan, no pasa nada, porque podemos ir

con la cabeza bien alta, zanahorio. —Mi hermano me dedica una amplia sonrisa cuando lo llamo por ese apelativo.

—Siempre serás una bruja, pero de las buenas.

—Y tú siempre serás mi hermano, y nos apoyaremos en lo que haga falta. Nada ni nadie nos va a decir cómo debemos comportarnos o de qué manera tenemos que actuar entre nosotros, porque somos hermanos y nos entendemos.

—Mérida va a flipar cuando le contemos lo que ha pasado —bromea algo más tranquilo.

—Ella forma parte de esta mafia que tenemos por familia y, aunque ella es la más sensata de los tres, estoy seguro de que, por nosotros, mataría, igual que nosotros lo haríamos por ella.

—Somos los tres mosqueteros —me indica mi hermano—. ¿Estaría feo que nos abrazáramos?

—Lo que estaría feo es justo no hacerlo —le digo antes de lanzarme a sus brazos.

Sé que ahora mismo somos el centro de atención y que están especulando sobre nuestra posible relación amorosa —vaya puto asco, la verdad—, pero me da tan igual lo que crean sobre nosotros que no pienso esconderme de nada ni de nadie.

Capítulo 54

Entramos a la cabaña principal y allí está el dúo arpía —guiño, guiño—, como si de dos pájaros carroñeros se tratasen y estuviesen esperando a que nuestra carne sea pasto de sus picos, nunca mejor dicho, porque este símil nos viene ahora que ni pintado.

Cristina, con sus indiscutibles aires de grandeza, nos mira por encima del hombro. No sonrío, pero en el fondo está más que satisfecha de que esto esté sucediendo de la forma en que lo hace. Irene es harina de otro costal; sonrío, sonrío tanto que se le va a desencajar la mandíbula y no es una sonrisa fruto de un chiste malo, ni mucho menos, es una sonrisa de: «Jodeos, que esto os lo habéis buscado los dos por ponerlos en el bando equivocado».

Se acerca un par de pasos y se coloca frente a Antón. Le pasa el dedo por el pecho y, una vez acaba, lo mira.

—Es una pena que hayas elegido a la chica errónea. Y tú —me dice dirigiéndose en esta ocasión a mí—, es una pena que hayas apoyado a quién no debías. Lo siento, chica, por todo lo que se te viene encima —me suelta con desdén.

Lo que se me viene encima, lo que se te va a venir a ti en cuanto entre en ese despacho y cuente todo lo que ha sucedido. Me limito a guardar silencio, porque paso de entrar al trapo, empezar una disputa, y que Luis salga y nos pille. No quiero dramas que no sean necesarios.

Pasamos al despacho de Luis sin siquiera preguntar si podemos o no hacerlo, es un asunto de fuerza mayor, no creo que, en esta ocasión, Cristina me vaya a decir que tengo que coger una cita; aunque, teniéndome el aprecio que me tiene, no lo pongo en duda.

Antón intercambia una mirada conmigo y traga saliva antes de golpear con los nudillos la madera de la puerta. Un par de pasos nos indican que se acerca alguien a abrir.

Luis aparece frente a nosotros con el gesto contrariado, ni siquiera nos saluda, como es ya habitual en él, simplemente guarda silencio. El despacho está como la última vez, al final, va a parecer que soy la alumna con peor comportamiento, porque termino, de una forma u otra, en el despacho del director.

Nos quedamos de pie frente a las dos sillas que hay en su despacho, y él se sienta. Nos hace un gesto con la mano y, en otra ocasión, podría habernos bromeado sobre que no cobra por el asiento o algo similar, pero se respira tanta tensión en el ambiente que dudo que hacer bromas esté en su lista de cómo enfrentarse a este asunto.

—No sé ni por dónde empezar —murmura mientras coge dos carpetas que tenía sobre la mesa—. Estos son vuestros informes y llevo un rato estudiándolos, buscando algo que me haga darme cuenta de que ha sido un error llamaros para que volviérais a formar parte de esto. Sé que el trato inicial era que vinieses tú con tu hermana, Olivia; pero, cuando me dijiste que no podía ser y que tu hermano ocuparía su lugar, no tuve ningún tipo de duda porque, independientemente de todo lo que sucedió en Jacaranda en verano con Laura, Axel y Mérida; habíais hecho un gran trabajo y necesitaba contar con vosotras, aunque me dijeseis que no. Me alegré mucho cuando viniste y me alegré al conocerte —le dice en esta ocasión a mi hermano—, porque Jacaranda es una familia y me daba cuenta de que la familia crecía y se ampliaba. Pero esto..., lo que ha pasado...

—Aún a riesgo de quedar como una estúpida..., ¿qué ha pasado? —pregunto.

—No puedo creer que no sepáis nada. —Ambos negamos con la cabeza—. Me han dicho que entre ustedes hay... —Luis carraspea un par de veces antes de proseguir con su narración—. Me han dicho que mantenéis una relación mucho más íntima que la propia de hermanos.

Está feo, muy feo y fuera de lugar; pero, a veces, cuando me pongo nerviosa me entra la risa estúpida y, nada, que aquí estoy yo riendo como una descerebrada.

—Olivia —me amonesta mi hermano.

Me recompongo lo suficiente como para abordar el asunto tal y como se merece que lo haga.

—Luis, no me puedo creer que en serio tengas dudas de nosotros y de que opines que tenemos una relación, porque somos hermanos, ¡joder!

—Olivia —me reprende mi hermano, de nuevo.

—Perdón por la palabrota —me disculpo. Me incorporo y me acerco a la ventana para coger fuerza para todo lo que voy a decir—. No quiero que me digas quién se ha encargado de correr ese rumor por el *camping*, pero bien sabemos que manzanas podridas hay en todos sitios, si no, que se lo digan al manzano que está al pie del río. El caso es que no es necesario que me

confirmes nada, porque sabemos quién es y es su forma de actuar ante algo que no le ha gustado. No me considero una persona que carga a sus espaldas muchas y muchas experiencias en la vida que la han hecho aprender y madurar a base de palos, no, porque mi vida ha sido fácil, y eso también se lo tengo que agradecer a mi hermano, ese que sigue ahí sentado. —Le señalo clavando la vista en Luis—. Porque nos hemos equivocado, y él ha estado al pie del cañón para apoyarme siempre que lo he necesitado. Somos dos hermanos que comparten confidencias, que se abrazan, que bromean y juegan, que se insultan y que le enseñan a un loro a llamar bruja a su hermana cuando aparece por la puerta, todo eso lo hacemos, pero te puedo decir lo que no hacemos. No follamos, Luis. No hacemos nada de eso, porque somos hermanos, sencillamente. Cuando me he enterado, por tus hijas, porque sí, lo sabíamos, pero queríamos que nos lo confirmases; que son amigas mías y saben a la perfección que mis sentimientos están puestos en otro chico, me he quedado de piedra y no he querido venir a justificarme ni a darte pruebas de qué somos o no, porque no tenemos que demostrar nada. Tenemos la conciencia bien tranquila, Luis, y espero que todo el mundo pueda decir lo mismo.

Mi hermano permanece en silencio, pero afirma con la cabeza en repetidas ocasiones.

—Estoy de acuerdo con Olivia, Luis —interviene—. No tenemos nada que esconder, absolutamente nada.

—Te hemos demostrado que somos buenos trabajadores y que nos implicamos.

—Eso es cierto —me dice—, pero... no quiero que haya rumores de que en Jacaranda hay...

—¿Amor de hermanos? ¿Amor de amigos? ¿Amor hacia los niños? ¿Amor hacia el entorno que nos rodea? ¿Propuestas de bodas?

—Esto es muy difícil —nos confiesa—. Yo habría puesto la mano en el fuego por vosotros; pero, entendedme, no quiero problemas. Jacaranda es un mundo y quiero que este mundo siga funcionando a lo largo del tiempo —nos explica.

—Haz lo que tengas que hacer —le suelto decepcionada porque siga sin creer lo que le decimos—. ¿Quieres echarnos? ¡Hazlo! ¿Quieres que recojamos nuestras cosas y nos vayamos? ¡Lo haremos! Pero porque estamos tan de acuerdo contigo en que Jacaranda es mágica que no queremos empañar nada de lo que aquí suceda, porque ellos, los niños, todos los que ahora

mismo disfrutan de esto, se lo merecen. Ahora bien, ten cuidado con las decisiones que tomas, porque puedes estar errando en ellas —le advierto.

—Olivia —murmura mi hermano que piensa que le estoy amenazando.

—No es una amenaza —le explico por si se han malinterpretado mis palabras—, es una advertencia porque quizá llegue el día en que te des cuenta de que has tomado una decisión que no era la adecuada y te arrepientas.

Luis parece entender lo que le quiero decir. Mete su cabeza entre las manos y se mesa el pelo, desesperado por todo lo que ahora mismo sucede.

—Dejadme pensar unas horas. No hagáis nada hasta que valore lo que me habéis contado, y yo investigue un poco más.

—Gracias —dice Antón poniéndose en pie.

Luis cabecea afirmando, y cogemos nuestras chaquetas y mi gorro antes de salir.

—Oye, Luis, pase lo que pase, la propuesta de Fin de Año...

—Despreocúpate por eso, pase lo que pase —repite—, seguirá adelante.

Afirmo y salgo del despacho sin decir nada más.

—¡Joder! —exclama mi hermano tras salir de allí—. Lo has hecho realmente bien. Y eso que no quería dejarte hablar —matiza burlón.

—Lo hecho, hecho está —finalizo—. ¿Crees que puede pasar algo más hoy?

Vaya que si puede pasar más... Recordadme que nunca, jamás, hay que tentar a la suerte.

Capítulo 55

En la recepción, parece haberse celebrado una reunión y no tengo claro si hemos sido o no invitados. Eli e Irene discuten. Ethan y Cristina lo mismo, y Paulina y Mariana, que no saben si grabarlo para subirlo al Facebook o irse de allí por si son las siguientes, permanecen de meras espectadoras.

—Vaya, vaya, menos mal que ya estamos todos, ¿ya os han echado de Jacaranda por follar?

—Irene... —le advierte mi hermano.

—Que te quede claro que Antón solo folla conmigo, ¿tienes envidia? —la pincha Eli.

—Serás...

—¡Basta! —interviene Ethan que está completamente abochornado por las palabras de su hermana.

—Anda, pero si va a resultar que Ethan, el santo de Ethan, tiene que salir en defensa de su hermanita, la pobrecita. ¿Se lo has contado todo? —le pregunta señalándome a mí, pero mirando directamente a Ethan.

—¿A qué te refieres? —intervengo—. ¿A que tiene un hijo? Sí, me lo ha contado. —Pero ¿qué se cree la arpía esta?

—Vaya, vaya, pero si se lo ha contado.

—Cristina... —le advierte Ethan.

—¿Todo, todo o tienes algo más que añadir?

—Cristina... —repite mucho más cortante.

—¿Ethan? —pregunto sin saber bien qué sucede. Sé que Antón se coloca a mi lado. Que me sujeta la mano. Que se prepara por si tiene que defenderme de algo o de alguien, y que Mariana y Paulina, aunque no están cerca, sé que están igual de dispuestas a protegerme como si fuesen de mi propia sangre.

—Olivia...

La puerta se abre y entra un compañero de Jacaranda, uno del que no recuerdo bien el nombre porque apenas hemos coincidido.

—Iba a volver a llamarte —le dice Cristina, sonriendo malvada.

—¿Papá? ¿Mamá?

De la mano del compañero sale Diego que nos mira a todos sin entender

nada y percibo cierto temor en sus ojos. Imaginaos la escena: todos allí, en círculo, con caras de enfado, de temor, de rechazo, de orgullo por la victoria que se avecina, y él, el único niño. Terrible es el único adjetivo que me viene a la cabeza.

Alterno mi mirada entre los tres, no existe nadie más: Cristina, Diego y Ethan. Y ¡bingo!

—¿Es tu hijo? —pregunto cuando logro entender lo que de verdad sucede.

Ethan está tan desubicado como lo estoy yo, y es Cristina la que se siente con la batuta del director en la mano, toma el mando y, no solo eso, lo disfruta, lo está disfrutando porque lo veo en su maldita cara de arpía.

—Resulta que Ethan es el padre de Diego, no hace falta que te diga lo que nos unió en su momento y lo que tiene que unirnos siempre, ¿verdad? Porque ya sabes que Diego quiere que su papá y su mamá estén juntos.

—Cristina, este no es el sitio ni el lugar para tratar este tema.

—¡Oh! Claro que lo es, ya puestos, creo que sería ideal que le dijese a Diego que no puedes volver con mamá porque tu novia es Olivia.

—Olivia no es mi novia —afirma con rotundidad.

No sé qué me duele más de todo esto, si ese «Olivia no es mi novia» que ha verbalizado sin siquiera pensarlo o saber que hemos estado aquí, durante días, semanas y que Diego era su hijo y Cristina su ex pareja, y no ha sido capaz de decirme nada. Clavo la vista en Ethan que me rehúsa la mirada y no sé si se arrepiente, ¡qué cojones se va a arrepentir si lo ha soltado casi sin pensarlo! Miro a Eli también que desvía la mirada cuando intento ver en sus ojos algo de luz que me indique que al final del túnel hay una puta salida.

Antón aprieta con más intensidad mi mano y eso es lo único que me devuelve a la tierra. No sé cómo lo hace, pero siempre que sucede algo es él quién está cerca; es como la madera a la que aferrarme cuando voy a la deriva.

—Vaya, pensaba que sí era tu novia. ¿Ves, Diego? No hay nada de qué preocuparse.

Diego sonrío porque su madre se encarga de crearle ciertas expectativas.

—Mami, papi —grita el pequeño lanzándose a los brazos de su padre.

—Yo... —No tengo capacidad de decir nada más. Suelto la mano de Antón y salgo de la cabaña en dirección a ninguna parte.

Cojo el sendero principal y doy pasos y pasos sin cesar. En medio del camino, suelto el gorro que me regaló Ethan y dejo que caiga al suelo, que se

llene de barro, que ese trozo de tela sienta exactamente lo mismo que yo ahora, que sienta que he tocado fondo, una vez más lo he hecho.

No sé si son las lágrimas o las gotas de lluvia las que empañan mi visión, no me queda claro, solo sé que debo buscar refugio en ese lugar donde me siento bien. Cambio de sentido y cojo dirección al río y allí lo veo, el manzano que sé que sabe guardar secretos y que es capaz de hacerme sentir un poco más en casa.

Me siento a su vera, apoyando mi espalda en su tronco, como hacía en la cama, cuando me sentaba a jugar a las muñecas de papel con Mérida o cuando crecimos y nos contábamos confidencias, ahora mismo necesitaría que ella estuviera aquí, diciéndome que todo va a salir bien y que haremos alguna lista de las suyas, la que sea, porque no importaría el título de la misma, sino el contenido; puede que me contase algún problema en su trabajo, pero sería solo para desviar la atención de lo verdaderamente importante, de lo engañada que me siento ahora mismo.

Escucho unos pasos y temo que sea él quien venga a buscarme. Rodeo el manzano y me escabullo, veo a Eli acercarse y salgo porque necesito encontrar una explicación a todo esto, algo que no me haga sentir estúpida y ridícula como me siento.

—Olivia...

Me siento bajo el manzano y permanecemos en silencio un rato sin decir nada porque creo que ni ella ni yo sabemos bien por dónde empezar.

—¿Por qué? —pregunto al cabo del rato y comienzo a llorar de nuevo.

—No lo sé.

Mi por qué es sencillo: por qué no me lo ha contado, por qué se ha escondido de mí, por qué, una vez más, habiéndole dejado todo el tiempo del mundo tengo que enterarme de esta forma de eso, si era muy sencillo.

—No hubiera huido si me hubiera enterado antes de que Cristina y él eran los padres de Diego.

—Errores comete todo el mundo, Olivia, todo el mundo.

Y no se lo niego, porque es una de las cosas que tiene la raza humana, que caemos y caemos y seguiremos cayendo; ya sabes que eso de tropezar con la misma piedra es verídico. Pero... no lo entiendo.

—Quise dejarle su espacio, ¿sabes? Cuando supe que tenía un hijo, quise dejarle su espacio, no me importó en absoluto, solo quería transmitirle que estaba con él y que eso era lo de menos. Me contó su historia y empaticé, sentí lo que él sentía; su dolor, su frustración, su malestar, su pérdida, porque

entiendo que para él eso también es, en cierto modo, una pérdida, pero creo que no me he merecido esto, creo que he sido lo bastante adulta y racional para que hubiese confiado en mí y me lo hubiese contado. Y tú también, Eli.

—Olivia... —Eli inspira profundamente y escucho sus quejidos y sé que está llorando, que lo hace como lo hago yo—. No te he mentado, pero entiendo que no tenía que meterme en su vida o en sus decisiones, que era él quien tenía que hacerte partícipe y sé que quería hacerlo, pero no sabía cómo. Es como si tú me hubieses contado la historia de Antón, ¿crees que habría estado bien que no fuese él quien se hubiese abierto a mí?

—Ese es el problema, no se ha abierto a mí porque no confía...

Giro la cabeza e intercambiamos unas miradas tristes.

—No me culpes...

—No lo hago, pero permíteme que ahora no sea capaz de decirte abiertamente que no pasa nada y que no duele, porque duele y mucho.

—Lo entiendo y lo respeto —me dice colocando su mano sobre mi rodilla—. Ethan tiene muchas cosas que resolver y sé que se ha equivocado, pero no lo ha hecho con maldad.

—¿Sin maldad, dices? ¿Qué parte? ¿Esa en la que ha dicho que no es mi novio?

—¡No lo he dicho porque no lo piense! —vocifera detrás de mí.

Giro la cabeza, y allí lo veo plantado. Maldita sea, que no he podido huir. Eli se levanta, me da un abrazo por la espalda y sus pasos alejándose cada vez resuenan menos.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué lo has dicho? Venga, miénteme, qué más da una vez que dos.

Me voy corriendo de allí, no necesito que nadie me cuente una nueva película, ha tenido tiempo para decirme la verdad y no lo ha hecho porque no le ha dado la gana, es así de sencillo.

Llego a la cabaña y, para lo rápido que he llegado, deberían convalidarme primero de atletismo. Me encierro en mi habitación. Saco la libreta que Mérida me regaló y escribo una breve nota.

—Mierda, Olivia, tienes que pensar con la cabeza y refrescar tus ideas. Mierda, Olivia. Mierda, mierda, mierda.

Vale. Redacto la nota y cojo el teléfono entre mis dedos.

Marco el número de Axel, necesito la ayuda de alguien y, en este caso, tiene que ser él.

—¿Cuñada? ¿Me llamas porque me echas de menos?

—Axel...

Mi voz debe de haberle dado alguna pista porque su habitual tono lleno de socarronería es sustituido por uno algo más pausado y cariñoso.

—¿Qué sucede?

—Necesito que me ayudes —le pido.

—¿Que te ayude con qué exactamente?

—Necesito que vengas a buscarme a Jacaranda.

Se hace el silencio y no sé qué decir para que Axel hable, porque bastante tengo ya con escuchar mis propios demonios.

—Dime la dirección e intentaré llegar lo antes posible, Olivia —finaliza.

Respiro tras escuchar que me va a ayudar y ni siquiera ha sido capaz de preguntarme qué sucede, sabía que Axel lo haría.

—Apunta.

Le canto la dirección, y me dice que, según su ordenador, tardará en llegar algo más de seis horas en coche y, tras escuchar eso, me siento en deuda con él, porque no solo va a venir a recogerme, sino que sé que no dirá nada y que hará el camino de vuelta para que me sienta bien.

—Oye, Olivia, ¿estás segura de lo que vas a hacer?

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida.

Capítulo 56

En la nota, redacto una escueta carta de dimisión para Luis y le explico que los motivos son personales y que nada tienen que ver con Irene, aunque bien podría decirle que sí, porque soy tan consciente de que, cuando me dijo eso de que me preparase para lo que se me venía encima, lo decía por todo esto.

No sé si lo tenían tan bien preparado, para que el *show* completo fuese con Ethan, Eli, Mariana y Paulina allí, pero sí que con Diego porque parece que llegó justo en el momento esperado.

Escribo otra pequeña carta para Mariana donde le pido perdón por haberme ido y no ser capaz de ayudarla con Jake y no saber los últimos avances de su relación con él, que no deje de luchar por lo que quiere porque ambas sabemos que ese pirata acabará encontrando el tesoro.

A mi hermano Antón no me hace falta decirle mucho porque llama a mi puerta y, tras preguntar quién es, le abro, y aparece allí, tan decaído como lo estoy yo.

—Estás horrible —me dice.

Asiento para darle la razón y me tiro en la cama.

—No sé si será buena idea que me tumbe a tu lado —me suelta tras invitarlo a que lo haga—, por si la bruja de Irene viene y dice que nos ha pillado en pleno fornicio.

Me río por lo absurdo que me resulta todo, la verdad, porque decir que es surrealista es quedarse corto.

—Dile a Pepe que lo echaré de menos —finalizo.

Antón se incorpora en la cama y me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Me voy.

—¿Cómo que te vas?

—No quiero estar aquí ya, no quiero que se rían de mí cada vez que me vean, bastante se han reído todos; Irene, Cristina, Eli, Ethan...

Mi hermano tuerce el gesto y asiente.

—Te entiendo, pero no creo que Eli se haya reído de ti, y de Ethan tengo ciertas dudas.

—¿Recuerdas cuando te conté que era la chica de los jueves? —Mi hermano asiente para confirmar que no lo ha olvidado—. Pues hoy vuelvo a sentirme igual de pequeña.

—Igual que en su día te dije que lo que tenías que hacer era salir por patas de allí, ahora te digo que lo que tienes que hacer es todo lo contrario, quedarte y hablarlo.

—Antón... —Tomo fuerzas y le explico cómo me siento—. No será por tiempo o por espacio, no será por no ser comprensiva o por no intentarlo, no pueden acusarme de no ser abierta o de ser empática porque con Ethan he sido todo eso, cuando ha estado mal he sido la primera que ha estado ahí para apoyarlo y le he dejado que guarde silencio a todas y cada una de las cosas que no quería contarme, pero esto...

—Puede que no quisiera que pensaras que tú y Cristina tienen algo en común, ya sabes, como también estuvo enamorado de ella...

—Pamplinas, Cristina y yo jamás tendremos nada en común —murmuro enfadada por la posible comparativa.

—Ya, yo lo sé, pero por buscarle alguna lógica.

—La única lógica es que no confía en mí, y si no confías en alguien...

—Ya... —Me corta.

—Pues eso...

—¿Por qué no acabas estos días que quedan y luego nos vamos?

—Antón, tú ni siquiera te vas a ir, sabes que no vas a dejar a Eli...

Antón se coloca de lado y me mira intensamente.

—Estoy enamorado de ella, Olivia.

—Lo sé y me alegro, porque a las personas bonitas como tú le tienen que pasar cosas tan bonitas como esta. Te lo dije una vez, zanahorio, aquella chica es tonta del culo porque dejó plantado al chico con el corazón más grande del mundo.

—Eso es amor de hermana.

—Lo es y del bueno, zanahorio, del bueno.

Nos quedamos un rato abrazados y le pido que me cubra, que no le cuente a nadie que estoy encerrada en la habitación. No sé cuánto tiempo pasa, solo sé que escribo un par de cartas más y las dejo todas encima de la mesilla de noche, y que Antón regresa al cabo de un rato para decirme que alguien me espera.

—Me he encontrado con este elemento y supe que era tu medio de transporte hasta casa, esa parte no me la contaste.

—Cuídate mucho, zanahorio, y cuida de Selena y Ona, que Selena tenga la boda que ella quiere, por favor, y entrega estas cartas a cada uno de sus remitentes.

—Lo haré —me dice y nos fundimos en un abrazo.

—Hay una para Luis, dásela porque es mi carta de renuncia.

—Despreocúpate —me pide sin soltarme.

Quiero decirle que cuide de Eli y que se asegure de que Ethan está bien, pero creo que estará mejor si yo no estoy.

Axel coge mi maleta y me sujeta por el brazo.

Tenemos un largo camino por delante.

Sé que llegamos al coche y nos subimos sin ser descubiertos.

—¿No llevas gorro?

—Los he guardado todos en la maleta, espero que haga calor y no me hagan falta.

—Aunque haga calor, siempre llevas gorro o algo en tu cabeza, un pañuelo, lo que sea, debes de estar de bajón si no te has puesto uno.

—Estoy triste y decepcionada.

Axel no me dice nada más, se limita a guardar mi maleta en el coche, a subirse, poner en marcha el GPS y comenzar a caminar.

Pasamos un rato viendo pasar árboles y más árboles. Tomamos otro camino que no es el mismo en el que me encontré a Ethan el día que comenzaba Jacaranda.

—Voy a parar en una estación de servicio. Necesito descansar, beberme un café, mear tranquilo y estirar las piernas —me cuenta.

—Vale.

Es normal, ha recorrido a saber cuántos kilómetros para recogerme, sin preguntar nada y sin pedirme nada, sin saber qué sucede o qué no, solo acudiendo a mi llamada de auxilio.

Tras un pequeño rodeo, encontramos lo que parece una gasolinera con un área de servicio que ya quisieran muchas y aparcamos en ella. Me coloco de nuevo el plumón y nos dirigimos a la cafetería. Axel lo primero que hace es irse al baño, y yo tomo asiento en una de las mesas que dan a la calle. La bruma de nuevo hace acto de presencia y los recuerdos me asolan: el hotel, la madera, la cama frente a la ventana, sus manos, las mías, sus besos, los míos, su sexo, el mío. «Eres lo único que veo entre la niebla...».

—¡Putá mierda! ¡Joder!

Ya se dice y se cuenta que lo peor que existe en el mundo son los

recuerdos porque son la muestra de que algo ha sucedido y ha dejado huella en ti.

—¿Vas a tomar algo?

Alzo la mirada y ni siquiera me había percatado de que Axel ya estaba sentado frente a mí.

—Un café con leche, que tenga bastante espuma. ¿Y tú?

—Una dosis de sinceridad me vendría bien.

Tuerzo el gesto porque esta conversación tenía que llegar y entiendo que se merece que le explique qué sucede. Una cosa es que no me pregunte y otra que no lo haga nunca.

Me deja sentada, concediéndome un par de minutos para que organice mis ideas y lo que él no sabe es que necesito mucho más que unos minutos, no sé, unos días me vendrían de puta madre, pero no, las cosas son cómo son y hay que enfrentarse a ellas cuando toca.

Vaya puñetera farsa, hablo de enfrentarme a las cosas cuando he salido pitando nada más saltar la liebre.

Axel regresa con una bandeja y dos bebidas en la mano; mi café con leche y algo caliente para él.

—Gracias —murmuro. Cojo la cucharilla y, tras ponerle el azúcar, comienzo a revolver el contenido.

—Estoy esperando.

Suelto el aire, la cucharilla y digo lo único que puedo decir.

—Creo que soy gilipollas.

Y Axel responde lo único que puede responder.

—Dime algo que no sepa.

Capítulo 57

—Lo mejor será que me lo expliques, porque no entiendo nada. Sé que hay un chico y, gracias a mi inteligencia, he llegado a la conclusión de que ese chico te ha hecho algo y debe de ser algo gordo para que te hayas ido.

—Me ha mentado, básicamente.

—¿En qué?

—La cosa es bastante extraña porque nos conocimos por casualidad y, no sé..., las cosas surgen y surgió entre nosotros. No fue fácil, porque con Ethan nada es fácil, es el puto tío más complicado que he conocido y mira que he conocido tíos, pero me gusta y no solo me gusta, sino que...

—Has caído en manos del amor.

—Oh, sí, nene —bromeo.

—¿Y entonces?

—Pues entonces pasa que es un paso hacia adelante y dos hacia atrás. Al principio fue sí, pero no; ahora sí y ahora no y luego sí. Y, tras el sí, me dijo que tenía un hijo.

—¿Hijo?

—Sí, eso que tú tendrás en breve porque ya sabes cómo es Mérida.

—Paso, no cuestiones mis dotes de convicción porque soy abogado, puedo defender a cualquiera y me creerían.

—Chulo de mierda.

—Sincero, eso es ser sincero. Sigue, aprovechas la mínima y me cambias el tema —me pincha.

—Pues que tiene un hijo.

—Eso ya lo has contado —me indica.

—No me interrumpas. El hijo es con una chica que trabaja allí, con la que me llevo muy, pero que muy mal, y me ha tendido una emboscada para que me enterase.

—¿Ethan?

—Cristina. La arpía se llama Cristina, y me la ha jugado.

—¿Y Ethan?

—Pues ha gritado delante de todos que no soy su novia y no solo eso, sino que la tal Cristina le ha insinuado al niño que su padre y su madre puede

que vuelvan juntos para ser una familia feliz. ¡Juntos! Cuando me había dicho que me quiere, lo entiendes.

—¿Te ha dicho que te quiere?

—No con esas palabras, pero...

—Hay muchos «te quiero» escondidos en «te necesito».

—Sí —afirmo—. Y no es por el niño, porque el niño es un amor y eso es lo de menos, es el hecho de que no me lo haya dicho, que no me haya dicho que la persona con la que tuvo el hijo es Cristina y que su hijo es Diego, ¿lo entiendes?

—Sí. Y un poco por el hecho de que haya gritado que no eres su novia.

—Eso también me ha dolido —confirmando.

—¿Crees que, si lo hablas con el chico ese, no se solucionaría?

—Ahora mismo, lo que menos me apetece es verlo, siendo sincera.

—Pues, siendo sincero y entendiendo la magnitud de la situación, creo que sí, que eres una gilipollas de campeonato.

—Oye, gracias —me enfurruño.

—Ahora me dejas terminar a mí, que me has llamado, he venido y tengo el derecho a, después de conocer la situación, opinar sobre ella. —Asiento, porque tiene la jodida razón, y no puedo quitársela—. Cuando me echaron de Jacaranda, cuando tuve que irme por haber incumplido las normas, sentí que algo se me desgarraba dentro; no solo por irme y dejar a tu hermana allí, sino porque me iba sin poder siquiera explicarle el motivo o cómo me sentía, lo mucho que me dolía dejarla allí y no poder comunicarme con ella, saber que su ex le había dicho cosas feas y que no podía estar cerca cuando ella se rompiera, y que Laura, que es mucha Laura, se saliera con la suya y le calentase la cabeza, porque yo me había ido, pero ella seguía allí, cerca y rondando, como los mosquitos; porque esa es Laura. Laura y Cristina son iguales, porque ella se ha quedado allí, rondando, pinchando, chupándole la sangre y, al final, se ha salido con la suya porque tú te has ido sin pelear y la diferencia radica en que a mí me obligaron a irme, y tú te fuiste por voluntad propia.

—Pero...

—He dicho que me toca hablar a mí. —Me corta muy tajante—. La Olivia que yo conozco no es la Olivia que tengo delante de mí. La Olivia que yo conozco se habría quedado allí, habría peleado, se habría defendido y, por encima de todo, habría dejado que alguien le diese una explicación que merece porque, hasta el acusado de asesinato, tiene una defensa que lo

respalda. ¿Y tú que has hecho?

Mierda, jodido Axel.

—¿Beber café? —me excuso porque la ironía se me da mucho mejor que enfrentarme al problema en cuestión.

—Huir como las ratas del Titanic.

—Eres... Eres...

—Tu cuñado y tu amigo, Olivia, y alguien tiene que decirte las cosas claras y siento que no sea lo que esperabas escuchar, que quizá lo mejor hubiese sido que te consolara, te llevase a casa y chimpún; pero, chica, la vida es esta y las cosas son como son, te gusten o no te gusten.

—Eres un maldito bastardo abogado.

—Gracias, me pone que me lo digan, cuéntaselo a tu hermana, así lo resuelvo con ella —me provoca socarrón.

—¿Y ahora? —pregunto bien sin saber qué hacer ante todo esto.

—Ahora, téminate ese café, que la distancia hasta Jacaranda es corta.

—¿Regresamos?

—¿Acaso no crees que es lo adecuado?

—Lo creo —afirmo concisa.

—Pues allá vamos.

Axel se encarga de todo. De pagar la cuenta. De llevarme de vuelta a Jacaranda y de darme una lección de realidad y un poco de perspectiva.

El camino de vuelta es bastante extraño. No hablamos, pero no hace falta porque, todo lo que me tenía que enseñar, ya me lo ha enseñado.

Axel pertenece a la familia hace relativamente poco, pero parece conocerme tan bien como si hubiese estado en ella durante un par de décadas y algunos años más, los que suman mi edad. Supongo que la perspectiva que tiene él de mi es esa y quizá la seguridad que desprendo, o que creo que desprendo, en cuestión de chicos no me funciona porque a veces te haces mucho más pequeña de lo que quieres y no entiendes el motivo.

Puede que Ethan no confíe lo suficiente en mí como para contarme que Cristina es su ex y que Diego es su hijo, y eso, me guste o no lo haga, tendrá que decírmelo a la cara.

La chica de los jueves quedó atrás y ahora no soy esa que fui. He madurado, he crecido y, aunque por un momento me refugié en ella, creo que es hora de romper ese lazo, dejarla verdaderamente atrás y enfrentarme a los problemas como tengo que hacerlo: con dos cojones.

Y otra de las cosas que debo hacer es poner a alguien en su lugar porque,

aquí, cada uno debe estar donde se merece.

Y la Operación Limón va a quedar completamente cerrada, como Olivia Pertejo que me llamo.

Capítulo 58

La cabaña de Mariana está vacía cuando entro en ella.

Parezco una espía de la CIA, escondiéndome entre los árboles para pasar desapercibida y que nadie note que he vuelto, si es que se han percatado de mi ausencia.

He pasado previamente por la cabaña y les he enviado un mensaje a las chicas al grupo de wasap que tenemos. Mariana se ha dejado el teléfono sobre la mesilla de la cocina, porque lo veo desde la puerta. La luz blanca parpadea, lo que indica que ha llegado el mensaje, pero no lo ha leído. De Eli me ha llegado la notificación de que sí que lo ha visto; ella se encargará de venir a mi encuentro y sé que avisará a Mariana porque ambas conocemos la costumbre que tiene de no cargar con el móvil en horario de trabajo.

Eli no tiene la culpa de nada. Es su hermana y lo ha defendido, exactamente igual que hubiera hecho yo con el zanahorio si fuese necesario. No podía ser ella la que me contase quién era su hijo y quién era la madre de ese niño, no era su responsabilidad ni su deber hacerlo.

A todas estas, y lo más importante de todo, no lo hemos tenido en cuenta y no es otra cosa que a Diego.

Mis pensamientos quedan en pausa cuando Eli entra en la cabaña. Decido que fundirme en un abrazo con ella es lo único que necesito ahora mismo, es como ese perdón silencioso que nos merecemos y nos debemos.

—Perdóname por haberme puesto tan borde con este asunto y haberte hecho sentir culpable a ti también, no tienes la culpa y no podías hacer nada. Lo entiendo —verbalizo aún en sus brazos.

—No te preocupes, supongo que es normal que actúes así, pero ahora que estás más tranquila y ves todo con otra perspectiva creo que deberías entender lo que ha pasado y hablarlo con Ethan.

—Ethan me ha mentado.

—En realidad, no te ha mentado, ha ocultado información que no es lo mismo que contar algo y que no sea cierto.

Eli se va a llevar bien con Axel, serán con cuñeros, y seremos una familia feliz, menos yo, que mejor voy encargando los gatos.

—Te remedaría si no me cayeses bien y hasta te llamaría mala pécora,

pero tienes suerte de que no esté en plena posesión de mis facultades y que mis sentidos, incluidos el del insulto, estén mermados. Pero... el sentido que tengo bien es el de la responsabilidad y tenemos que hablar de Diego.

—¿De Diego? ¿Qué pasa con Diego?

Le explico la conversación que mantuvimos en el comedor, donde me decía que se sentía mal por lo de sus padres y que quería que estuviesen juntos.

—Yo diría que Ethan no sabe nada, básicamente, porque tu hermano cree que la mejor forma de que no haya problemas es no hablar de ellos, ya ves, la película se repite, diría que él también está perdiendo facultades —ironizo.

—No creo...

—Yo sí que lo creo. Tienes que hablar con él, Eli, y decírselo.

—Pues yo creo que la que tienes que hablar con él eres tú.

—No me apetece ver a tu hermano —confirmo rotunda, miro hacia otro lado para que no vea el dolor en mis ojos, el dolor de la mentira, porque estoy enfadada con él y quiero verlo y esos dos sentimientos son totalmente opuestos.

—¿Y el famoso sentido de la responsabilidad? ¿O es que se ha disipado conforme me lo has contado?

—No seas mal bicho, ya sabes a qué me refiero.

—Pues si lo importante es Diego y lo demás es secundario...

—Eres una maldita.

—Veo que también has recuperado el sentido de los insultos.

—Uy, pues tienes razón y te lo agradezco.

Mariana entra como si de una ventisca al más puro estilo invernal se tratase. Abre la puerta y choca contra la pared del impulso. Se acerca presurosa y se tira sobre mi pobre cuerpo.

—Tú y tus tetonas me vais a escachar. Te agradecería que quitases esos pezones de mi cara.

—No están en tu cara.

—Están peligrosamente cerca de mi cara y eso es casi que lo mismo.

—¡Dios! Pensaba que te habías ido, que no volvería a verte y que no podría enseñarte los mensajes que Jake me ha enviado. Creo que estamos en la fase dos.

—Oye, que las fases las inventé yo —le explico.

—Algo bueno tenías que hacer —me pincha Eli.

—Depilarle el chumino fue algo bueno, aunque se desmayara. A ver,

enséñamelo, por si tengo que repasártelo.

—Ya si eso, mañana —replica Mariana tapándose la cara—. Ahora es el momento de que nos expliques todo, obviando lo que vimos.

—No hay mucho más que añadir, llamé a mi cuñado, vino a buscarme y me dio una lección de madurez en una estación de servicio. No sé si se lo perdonaré algún día al muy...

—Los insultos... —me advierte Eli.

—Pues tu cuñado es el mejor del mundo, porque si gracias a él has vuelto... —Mariana se sonroja un poco, sigue siendo esa chica tímida que tanto me gusta. Ay, mi cisne negro.

—Tengo que hablar con tu padre, a él debo darle una explicación.

—Eso lo tratamos luego e iremos contigo, primero explícanos eso que pusiste en el mensaje, lo de la Operación Limón, me lo enseñó Eli antes.

—Tengo que darle una lección de humildad a Cristina, pero no tengo claro cómo hacerlo —les narro.

—Podemos asesinarla, cortarla en cachitos y tirarla al río —suelta Eli—. Y lo mismo con la hermana, la muy pedorra.

—Nos caerá la poli encima y seguro que de las primeras que van a sospechar será de nosotras, esa opción, descartada.

—¿Una cachetada? —Mariana, que es mucho más sutil.

—No lo veo.

—Creo que lo mejor es que hables con mi hermano y que te cuente lo que ha pasado, porque sé que han hablado y que las cosas entre ellos están tensas.

—Por eso es por lo que siempre os pillaba cuchicheando y cuando llegamos todo fue tan...

—Extraño —me corta Eli—. Sí, por eso, no sabíamos nada y nos quedamos patidifusos al verla aquí.

—No quiero ver a Ethan... —lloriqueo.

—Piensa en Diego —me anima Eli.

—No pienso perdonarlo tan fácilmente —les explico.

—No adelantemos acontecimientos porque ni siquiera sé qué va a pasar, nadie sabe qué va a pasar, pero estamos todas contigo —matiza Mariana.

La verdad es que me sienta de fábula hablar con ellas, es como en verano, cuando nos reuníamos en el bosque Simona, Mérida y yo, y tramábamos planes que olían a final feliz. Con ellas de la mano, cabeza bien alta y cruzando las miradas sin apartar la vista; entramos en la cabaña principal, donde Cristina, sí, esa misma, la arpía sin escrúpulos que fue capaz de utilizar

a su hijo en un discurso que no venía al caso como moneda de cambio; nos mira patidifusa, tanto que espero que se le caigan los párpados y le salgan arrugas —un par de arrugas más, quiero decir—.

—¿Qué? ¿No me esperabas?

—Pensaba que... —murmura con un tono muy bajo.

—Pues ya ves, soy como tu peor pesadilla y he vuelto, cuidado, no te duermas, porque te puedo perseguir en sueños, ya sabes. —A ver, a ver, que no cunda el pánico que no es una amenaza ni nada de eso, pero es que la imagen de Freddy Kruger se forma delante de mis ojos y, claro, tenía que hacer el símil sí o sí—. No hace falta que avises a Luis.

—Tengo que avisarlo —me dice toda digna. Bienvenida, chulería, no te echaba de menos en el cuerpo de esa arpía.

Podría ponerme chula yo también y decirle que, ahora que no está su hermana y que no tiene un plan que tramar a mis espaldas usando a un niño pequeño, no se siente tan fuerte ni tan valiente, pero yo no soy así. Puedo ser irónica, tirar de sarcasmo y de alguna que otra frase de barrio, claro que puedo, como todo el mundo cuando se enfada, que nos salen bichos por la boca y más en una jugada de este estilo; podría, repito, pero no va conmigo, no es mi estilo y no quiero hacerlo. Me limito a ponerme en mi lugar y dejar de una vez por todas que alguien me pisotee por el simple hecho de que le caiga mal o que le joda que yo tenga algo con su ex. Ya sabes, como el perro del Hortelano, que ni come ni deja comer.

—Yo diría que no, que no hace falta que lo avises, dudo que sea incapaz de decir que no cuando la que abra la puerta sea yo.

Mariana, la hija de Luis, esa que ahora mismo tiene la última palabra y a la que quiero besar por dejar sin palabras a Cristina. Mariana, ¿querrás casarte conmigo?

Capítulo 59

Mariana, la chica tímida, parece haber perdido la compostura, puede que sean los mensajes subidos de tono con Jake o no tan subidos de tono, sino fuera de lo habitual entre ellos, pero a mí me gusta más pensar que se dicen alguna que otra cochinada a escondidas y no solo que las piensan. Pues eso, que Mariana parece haberse transformado y abre la puerta sin llamar. A Dios doy gracias de que Luis no esté haciendo algo de lo que tenga que arrepentirse y que nosotras hubiéramos tenido que contar en una sesión a un psicólogo.

El pobre Luis es bueno hasta para eso, no entiendo a quién pudo salir Laura, porque cuando nos ve a las tres allí, con cara de circunstancias y de que lo único que queremos es solucionar toda la papeleta que se nos ha montado y disfrutar los días que nos quedan en Jacaranda, a pesar de la intrusión sin modales algunos; Luis sonríe.

—Has vuelto —me dice al verme—. Tu hermano me entregó esto —me explica mostrándome la hoja de libreta—, y me sentí muy apenado por no haber podido solucionar las cosas como adultos.

—Ya... —Me ruborizo un poco por la vergüenza que siento al darme cuenta de que madura, lo que se dice madura, no he sido—. Actué por impulso, soy la hermana más impetuosa y menos organizada, cada cual tiene lo suyo. —Como sus hijas, pienso, pero no lo digo.

—Veo que no has venido sola —me indica.

—No —se adelanta Mariana—. No queremos que la echés.

—Tampoco que echés a Antón —apostilla Eli.

—Entiendo... —replica Luis.

—Estoy enamorada de Antón y diría que es recíproco, ya sabes. —Eli agacha la cabeza y se sonroja, los tomates y ella tienen el mismo color, para que me entendáis—. No hemos llegado a decírnoslo, pero yo..., ya sabes, no quiero repetirlo de nuevo —confiesa mientras se tapa la cara para no parecer una nariz de payaso.

—Ay, Dios, qué bonito —exclama Mariana aplaudiendo.

—Si al final vamos a ser cuñadas de verdad —le digo mientras le acaricio la espalda para reconfortarla.

—Y tanto que sí —me suelta guiñándome un ojo—. Y, aunque yo no deba meterme en esto, Ethan y Olivia...

—Vale —zanja Luis—. Entiendo lo que me queréis decir, pero lo que no entiendo es el motivo por el cual se ha corrido la voz en Jacaranda de que vosotros... —me dice señalándome a mí, porque obviamente el zanahorio no está por aquí y el marrón de la vergüenza me lo estoy zampando sola— tenéis una relación que va más allá de la que pueden profesarse dos hermanos.

—Es por culpa de Irene —le cuenta Mariana—. Irene quería que Antón..., pues ya sabes. ¡Qué vergüenza por favor! —exclama Mariana mirando hacia otro lado.

—Lo entiendo —admite Luis—, pero me parece tan surrealista eso...

—Pues es lo que hay —matizo.

—Tendré que hablar con ellas.

—Lo que creo es que deberías reunir a todos los implicados en el asunto y tratarlo abiertamente, porque si hablas con ellas lo negarán, y si hablas con nosotras te diremos que han sido ellas y eso puede ser una guerra abierta y lo que de verdad importa es Jacaranda, los niños y los días que nos quedan aquí —resuelve Eli que parece haberse recompuesto de verdad, tanto que ha soltado un discurso la hostia de bueno.

Luis pasa sus manos por la barba, meditando las palabras que acaba de decir Eli y, finalmente, asiente.

—Id al comedor, nos vemos allí en un rato.

Salimos del despacho con la respiración pausada por haber hecho las cosas como las debíamos haber hecho desde un principio, por haberlas hecho yo, principalmente, que me lie la manta a la cabeza, me ofusqué y me comporté de una forma que quizá deja mucho que desear, pero las segundas oportunidades son igual de merecedoras del premio, aunque sea el de consolación.

Cristina no nos hace ni el más mínimo caso, cosa que, para ser sinceros, agradezco, porque tenía ganas de ser de nuevo una inmadura y decirle algo así como: «chúpate esa».

Llegamos al comedor y tomamos asiento, nerviosas, porque somos conscientes de que va a ser una situación un tanto extraña por varios motivos: porque veré de nuevo a Ethan, principalmente, porque Cristina e Irene serán unas rivales que no lo van a poner fácil y porque vamos a tener que confesar abiertamente muchas cosas para las que no sé si estamos todos preparados.

De lo que sí estoy segura es de que diré las cosas tan cual las pienso,

aunque mis bolsillos se llenen de chasco tras chasco, no pasa nada, no sería la primera vez y estoy segura de que no será la última.

La puerta se abre y, para ser sincera, los ovarios se me suben a la garganta. Es mi hermano que, al verme, pasa por varios estados: ojos abiertos como platos, boca formando una «O», seguido de una ceja alzada cuestionándose qué cojones pasa, una sonrisa ladina y un par de pasos hasta que me abraza. Épico.

—Has vuelto —me dice.

—No podía dejarte solo, serías pasto de los conejos —bromeo haciendo alusión al *nombrete* con el que me dirijo a él normalmente—. Shh, silencio, no quiero que hagas alusión a ningún tipo de conejo —le advierto sonriendo.

—¿Cómo estás? —me pregunta al separarse de mí y mirarme a la cara.

—Bien, un poco triste, pero nada que no pueda cubrir con una dosis de sarcasmo, lo de llorar mejor para la soledad y mucho menos ahora con la que se avecina.

—¿Qué va a pasar?

—Ya lo verás, solo sé sincero —le pido.

Él asiente, le da un beso a Eli en los labios y se coloca a su lado con los dedos entrelazados sobre la mesa. Si eso no es un hecho con una carga de realidad brutal, que baje Dios y lo vea.

Las siguientes en llegar son las hermanas, que, al vernos, fruncen el ceño y se colocan todo lo lejos que pueden sin decir nada de nada.

—Oh, oh —murmura mi hermano tapándose la boca, seguido de una tos más falsa que un duro de madera.

Luis entra después, y falta Ethan, pero no decimos nada. Los nervios se agolpan en mi estómago, porque llegará y, ahora, sabiendo que es el último, peor me pongo. Lo voy a ver de nuevo, lo voy a ver de nuevo...

—Acercaos y sentaos en esta mesa, por favor, mejor que estemos todos juntos.

Hacemos lo que nos pide, nosotros con seguridad, e Irene y Cristina con algo de odio destilando en sus ojos. Me preocuparía si me importasen algo, pero como no es así...

Eli y Antón se vuelven a colocar juntos, yo al lado de ellos, y Mariana a mi lado. Luis encabeza la mesa y las hermanas frente a nosotros. Si me llega una patada, no respondo.

La puerta se abre y aparece Ethan ante nosotros.

Mierda, mierda, mierda, odio sus patillas y el efecto que causan en mí,

espero que, si algún día lo castigan por algo, empiecen por las patillas, le harían un favor a la humanidad, a la humanidad con nombre Olivia y apellido Pertejo.

Nos observa a todos y las reacciones no son las mismas que las de mi hermano, pero sí que veo sorpresa en sus ojos al verme y paz, noto cierta paz, como si respirase de nuevo. O puede que la paz sea mía y la quiera ver en él.

Toma asiento frente a Luis, no se posiciona ni en un bando ni en el otro, se mantiene al margen, y yo evito mirarlo, pero lo siento ahí, siento su mirada clavada en mí y el fuego que despierta en mi piel con ese gesto.

—Bien, ahora que estamos todos, creo que es el momento de que se resuelva el altercado —nos cuenta Luis—. No me gustan estas cosas, no me gustan los juegos estúpidos ni las mentiras, a todos y cada uno de los que estáis aquí los conozco de antes, exceptuando a Antón, que no estuvo durante el verano en Jacaranda, pero el resto sois vecinos de la zona, me he criado con vuestros padres y hemos compartido muchas cosas juntos, a otros los he visto crecer e incluso ser padres.

Padres... ¡joder! Suena tan fuerte esa frase que duele, como si de una daga se tratase.

—Pues yo sigo sin entender nada —replica Irene. Cómo no...

—Te lo voy a explicar de una manera que lo entiendas. —Luis parece enfadado y no es para menos—. Se ha corrido la voz sobre que Olivia y Antón tienen una relación... anormal, por llamarlo de alguna manera. La mayor parte del *camping* lo cree y muchos me han dicho que has sido tú la que se ha encargado de decirlo. —La señala directamente.

—¿Yo? —pregunta atónita.

—Tú —matiza con total seguridad—. Esta mañana tuve una conversación privada con ellos y lo negaron. Tu nombre salió a la palestra y, antes de tomar una medida drástica, decidí investigar por mi cuenta. La mayor parte de los chicos dijeron que habías sido tú, Irene, y los que no hablaron tampoco desmintieron, así que creo que es el momento de que hables porque mentir no va a ser una solución y tampoco creo que sea lo apropiado.

—Yo no he sido —zanja—, lo que creo es que me tienen manía.

—Manía, dice —suelto—. Perdón —me disculpo. Se me escapa, estoy aquí, callada y no sé cómo.

—Manía, sí —repite con más énfasis.

—No entiendo el motivo por el que estoy yo aquí —suelta Cristina—, si la cosa va con mi hermana.

—Eh, eh, bonita, que tú la has liado después provocando que Ethan y Olivia se viesen metidos en un berenjenal porque querías que rompiesen su relación y encima con Diego delante.

Luis se queda atónito y no es para menos.

—¿Que ha sucedido qué?

—Ay, madre —finaliza Mariana.

—Al final se pilla antes a un mentiroso que a un cojo... —sentencio.

Capítulo 60

—Irene —la reprende Cristina—, ¿qué has hecho?

—¿Qué has hecho tú, bonita? ¿No se supone que me apoyabas en todo esto?

—Y tú me apoyabas a mí, y me has dejado con el culo al aire a la mínima de cambio —le reprocha Cristina.

—Entiendo... —claudica Luis—. Lo que veo aquí es una sarta de mentiras y ese no es el lema de Jacaranda. Aquí hemos venido a hacer felices a un puñado de niños que tienen bastantes problemas en su día a día como para que nosotros se lo compliquemos más. Cristina, no lo entiendo, te lo juro. Viniste con Diego, tiene aquí a su padre y has provocado que suceda una confrontación con él delante.

Cristina agacha la cabeza y parece que quiere derrumbarse.

—Yo...

—Muy maduro por tu parte —la reprende Luis.

—Yo solo quería que Ethan y yo volviésemos a ser los que éramos. Lo vi con ella —dice mientras me señala con toda la intención del mundo—, y vi felicidad de nuevo en su cara, y Diego, Diego la adora, si hasta se quiere casar con la hermana de la muda.

—¡No voy a consentirte que trates así a Ona y a Selena, esas niñas son maravillosas, y para hablar de ellas te lavas la boca! —grito fuera de mí.

—Olivia... —me advierte Antón como hace unas horas.

—No, Olivia no; esto no se puede tolerar porque una cosa es que tengas un problema conmigo, que no me soportes o que te caiga mal, y otra bien distinta es que uses a Diego para poner a su padre entre la espada y la pared, y que hables de esa forma de sus amigas..., amigas, ¿entiendes?, son sus amigas, Selena lo adora... —Maldita bruja.

Ethan carraspera un par de veces, y todos lo miramos, no ha dicho nada en todo este tiempo y sé que es una persona parca en palabras y que le cuesta, pero entiendo que esta situación nos supera a todos.

—Llegué a Jacaranda sin pretensiones y sin expectativas, solo con la idea de pasar treinta noches de invierno en un entorno rural, rodeado de lo que más me gusta. —Sé que habla en voz alta, lo hace, pero sus ojos están

clavados en los míos y lo que va a contar es como si me lo estuviese diciendo en la intimidad de su cabaña—. No supe que venía Cristina, y mucho menos que Diego estaría aquí; pero, tras todo lo sucedido y a pesar del *shock* inicial, quise aprovechar la oportunidad para verlo jugar, pasar tiempo con él e incluso bailar en Nochebuena, tenía claro que iba a aprovechar al máximo estos treinta días y así lo hice. Conocí a Olivia antes de llegar y fue igual de extraño. Nunca he sido un tipo al que le va la palabrería, solo digo algo cuando vale la pena decirlo o hago algo cuando vale la pena hacerlo, hasta esta mañana que dije una frase que no sentía y fue el mayor error que he cometido nunca.

—Por favor —bufa Irene.

—Calla —le pide Eli.

Ethan sonrío, pero su sonrisa, de nuevo, es mía.

—Diego no fue un error, ni siquiera considero un error a Cristina; a pesar de que ella no haya hecho las cosas de la forma que había que hacerlas, pero eso me ha hecho pensar. Todo tiene su causa y su consecuencia, y lo de esta mañana simplemente sucedió para que todos nos diésemos cuenta de dónde queremos estar y dónde no.

»Yo quiero estar cerca de mi hijo y de Olivia. Eli quiere estar cerca de Antón, y sé que Antón también de ella, porque esa conversación ya la hemos mantenido hace escasas horas, y Olivia..., Olivia no sé qué quiere o qué no. Pero yo sí sé que quiero estar con ella y que, pase lo que pase, apostaré por ella, porque, ya sabes: cuando tú me miras, se hace la magia —suelta en voz alta. Mi chico, el chico parco en palabras, el chico con los ojos más brillantes del mundo, el chico de las perfectas patillas y la mandíbula recta, huraño y que le cuesta abrirse, el observador que teme que le hagan daño, él hoy es más de carne y hueso que nunca, y no puedo estar más orgullosa—. No llores —me pide Ethan. Ni siquiera me había percatado de ello, de que sus palabras habían calado en mí como el invierno, la bruma y la lluvia—. No llores, mi chica de los gorros —me demanda de nuevo.

Miro hacia los lados, y no veo a nadie allí.

—¿Se han ido?

—Lo han hecho.

—No me he dado cuenta —le explico.

—Lo siento, Olivia. Siento lo de esta mañana, pero fue todo muy extraño. Siento no haberte dicho nada de Diego, pero tenía miedo a tu reacción, ya bastante fuerte era contarte que tenía un hijo como para, encima, decirte que

ese hijo era Diego. Conocía tu animadversión hacia Cristina, y eso lo único que hizo fue ponérmelo más difícil. Quise contártelo todo en el pueblo, pero... no me atreví. Fui un cobarde, y te he hecho daño.

Dije que iba a ser sincera y es lo que voy a hacer.

—Me sentí como una basura; pero no por Diego o por la encerrona de Cristina, sino por la forma de gestionar la situación. ¿Cómo crees que me sentó saber que no habías sido capaz de contarme que Diego era tu hijo? ¡Diego! Que está aquí con nosotros, que comparte clase conmigo, con el que he hablado en más de una ocasión y conozco sus sentimientos, no es un niño cualquiera, es un niño al que quiero.

—Ya, pero...

—No —le corto—, déjame terminar. Desconfianza, esa es la palabra y el sentimiento y es duro que alguien a quien quieres no confíe en ti como para contarte eso tan importante. No puedes reprocharme que no te haya dado tiempo y espacio porque lo he hecho, cuando has estado mal no te he presionado, he dejado que fueses a tu ritmo porque entendía que eso era lo que necesitabas, que cada persona tiene un tiempo y un espacio, como en una ecuación física, y yo te he dado todo el del mundo; pero enterarme de esa forma ha dolido y, no solo eso, la manera en que te referiste a mí, delante de todos...

—Fue un impulso, porque estaba Diego allí y no quería hacerle daño —se excusa.

—¿Y no crees que le haces más daño mintiéndole? O quizá es que de verdad no soy nada para ti y te empeñas en que lo sea para contentarme.

—No es eso, no digas tonterías.

—Mira, Ethan, yo no voy a obligarte a nada, no lo he hecho nunca y no voy a hacerlo ahora, pero sí que quiero que hables con Diego, no de mí, sino de ti y de Cristina, porque Diego lo pasa mal, porque os echa de menos y quiere a sus padres, tenéis que sentaros y mantener la conversación más trascendental de vuestra vida.

—Es un niño —bufa.

—Lo es, pero las cosas hay que hablarlas, porque, aunque tenga ocho años, ya entiende, razona y le duele y, ahora mismo, lo que cree es que su padre no quiere luchar por él.

—Eso no es verdad —grita llevándose la mano al pelo, desesperado.

—Pues eso tienes que decírselo, pero, por encima de todo, demostrárselo, porque si eres tan observador como dices te habrás dado cuenta de que ese

niño te adora y quiere que su padre lo adore a él.

—Yo le quiero, Olivia, le quiero.

—Pues díselo, porque querer es gratis y más a un hijo.

—No sé hacerlo... —me dice abatido.

—Sí sabes, claro que sabes, solo tienes que intentarlo.

—Intentarlo —medita.

—Hazlo, Ethan, solo hazlo. Hazlo como si no fuese para tanto, como si fuese para siempre, como si no fuese extraño. Hazlo como si creyeses que fuese efímero y fugaz, como si no existiese el mañana. Hazlo porque no necesitas el perdón de nadie, de nadie que no seas tú mismo. Hazlo para perdonarte por no haberlo hecho antes. Hazlo ahora, Ethan, como si no importase nada que no fuese el presente, el ahora y el aquí y, lo demás, Ethan, lo demás está de más. Hazlo, no te guardes nada, porque no hay nada más bonito que hacerlo y decirlo. Hazlo, Ethan, porque yo te estaré esperando a la vuelta.

Epílogo: Ethan

Ese «hazlo» no fue una despedida, solo fue una declaración de intenciones o la palabra que tenía que escuchar para que todo tomase forma, la forma que quizá tenía que haber tomado hace tiempo, pero no fue cuando tuvo que ser, para eso, primero, tenía que encontrar a una chica asustada en medio de una carretera secundaria y casi, casi, atropellarla.

Cuánto había llovido desde aquel día y, no solo en el sentido figurado, habían dado de sí tanto treinta noches de invierno que, si esto se contaba algún día en una reunión familiar, difícil sería de creer.

Habíamos madurado, sobre todo yo, que creía que venía ya de vueltas en la vida porque los golpes te enseñan y no me había dado cuenta de que la palabra sobre la que giraba mi vida no era otra que la resignación.

Sí, había llegado a ese punto en el que me gustaba estar solo, rodeado del frío, de la lluvia y de la bruma intensa que cubría la zona en la que trabajaba y me sentía en paz en ese lugar, supongo que, trabajar y mantener ocupada mi cabeza, era lo que me hacía sentir mejor. Lo malo es que tenía claro que, cuando llegaba la noche, me duchaba y dejaba que mi cabeza se apoyase en la almohada; volvía toda la realidad y se paseaba frente a mí, más clara que nunca y seguía doliendo.

Podría decir que lo de Cristina fue un error, uno de esos fruto de la inocencia y de creer que el primer amor era el que perduraría en el tiempo. Me entregué, ella hizo lo propio, y Diego fue una consecuencia de todo ese amor que se quedó por el camino. Hoy, más de diez años después y con un hijo fruto de esa relación, me queda claro que era un mero trámite para aprender a valorar las cosas que se presentan y que, pase lo que pase, errores y aciertos te hacen ser lo que eres y te llevan por el camino por el que debes ir.

Diego se convirtió en mi prioridad, por encima de mí, de Cristina y de cualquier otra persona que se cruzara en mi camino, y erré, vaya si lo hice, porque pensaba que no hacer nada era la mejor solución para todo lo que giraba en torno a él. No luchar contra Cristina, soportar verlo pocas veces, pero con mucha intensidad, no hablar del tema con él y resignarme a que las cosas mejorasen con el tiempo, conforme pasaran los años, y llegaría el

momento en el que tendría la oportunidad de explicarle que todo lo que hice lo hice por él. Suena a tópico, ¿verdad? Suena a eso, exactamente a eso, pero era cierto, es cierto lo que digo, todo lo hago por él.

Y hasta en eso me equivoqué, porque tenía que llegar una chica pelirroja, una que encontré un día antes de comenzar en Jacaranda y explicarme que, por más que escondamos las piedras bajo la alfombra, no van a dejar de estar ahí, tapadas, pero ahí, y lo que es peor, no hará que dejen de sobresalir y que, incluso, llegue el día en que no recuerdes que las escondiste, caigas al suelo y el golpe te devuelva a la cruda realidad.

Depositó un beso en mis labios y me dijo que me estaría esperando a la vuelta, porque hasta en eso me llevaba ventaja, siendo yo el mayor de los dos, sabía que las cosas no podían fluir como queríamos hasta que no solucionase todo lo que tenía encima.

Mañana Jacaranda llegará a su fin, volveremos todos a nuestra realidad, la de verdad, porque Jacaranda se ha convertido en la vía de escape para todos los que estamos aquí. La mía, porque era una manera de alejarme de mi soledad, de esa en la que me gustaba sumirme de forma voluntaria; la de Eli, que tendría trabajo durante un mes y estaría haciendo lo que le gustaba: trabajar con niños con diferentes problemáticas, y la de todos esos niños que estaban aquí con sus carencias y sus miedos, sus problemas y sus piedras, que sonreían cada vez que se levantan y salían a comerse el mundo. Hasta Olivia.

Olivia... ¿Cómo ha sucedido todo? Si volviese a esa cena en la que contaríamos cómo nos conocimos, sería absurdo reconocer la forma tan peculiar en la que lo hicimos, la manera en la que la traté por su inmadurez o lo que yo quise pensar que era y el rechazo que decidí tomar como pilar en nuestra relación, porque si la rechazaba, si seguía al pie de la letra esa forma de comportarme con ella, me mantendría indemne del posible daño, porque sabía —supe, desde que la conocí— que me traería problemas y no solo en un sentido, y así fue.

No me arrepiento de nada, quizá de haberle hecho daño el día en que la besé y luego me comporté como un gilipollas de campeonato, pero, teniendo todos los problemas que tengo encima, lo que menos necesitaba era complicarme más la vida. Obviamente, no fue sencillo y complicarme empezó a gustarme y a hacerme sentir de nuevo vivo.

Y aquí estoy, compartiendo una cerveza con mi hermana, en las escaleras de un *camping* que me ha dado tanto que no os podéis imaginar y sintiendo, más que nunca antes, que estoy donde y con quien quiero estar.

—¿Has sacado ya algo en claro, Ethan?

Aparto la mirada de la cerveza y oteo la cabaña de enfrente, donde sé que está ella haciendo algo divertido, casi que la puedo escuchar reír con Antón o con su hermana gemela al teléfono. Sonrío al imaginarla así, natural como es ella, y algo me oprime dentro, por todo, porque se acaba y porque tengo que elegir mi camino, y ella el suyo.

—Tengo que hablar con Cristina y poner las cartas sobre la mesa.

—Por fin reaccionas —aduce.

—Tú eres más impulsiva que yo, Elisa, yo necesito pensar las cosas, tenerlas claras, saber los pros y los contras...

—En esto no, Ethan, en esto solo hay un camino y es el de pelear por Diego. ¿Has hablado con él?

—Sí —afirmo llevando el botellín de cerveza a mis labios y dándole un largo sorbo antes de continuar—. Cree que no le quiero lo suficiente. —No os hacéis una idea de lo que duele decirlo en voz alta, pronunciarlo, verbalizarlo...

—Eso no es cierto —claudica Eli colocando su mano sobre mi rodilla para intentar consolarme. ¿Qué haría yo sin ella?

—No, no lo es, pero él no lo sabe, y eso es culpa mía.

—Tienes que hablar con él —insiste Eli.

—Sí, pero primero debo hablar con Cristina, porque ya está bien de pensar, creo que las palabras son palabras, y lo que Diego necesita son hechos.

—¿Qué vas a hacer?

—Citarla y reclamar lo que es mío. Soy un buen padre...

—Lo eres, Ethan, no te martirices con eso, lo eres. Solo necesitas poner cada cosa en su lugar, como has hecho siempre.

—Como he hecho siempre...

—Y ahora tienes más motivos que nunca —me dice mientras mueve mi rodilla para que mire al frente. Allí está Olivia, saliendo de su cabaña con Mariana y riendo por algo que están viendo en el teléfono.

—Está chalada, lo sabes, ¿verdad? —le pregunto a mi hermana sin apartar la vista de ella, que me ve y alza la mano con timidez para saludarme.

—Lo sé y eso es lo que más me gusta de ella, eso y que te quiere de verdad, Ethan.

—Y yo a ella, Elisa, y yo a ella.

Mi hermana se levanta, deja su cerveza al lado mío y se va con ellas

corriendo, le tienden el teléfono y el chiste debe de ser muy divertido porque se ríen las tres a la vez.

Recojo su botellín de cerveza y el mío, y los llevo dentro. Suspiro con las manos apoyadas a ambos lados de la encimera y me dispongo a hacer lo que quizá debería haber hecho hace ya bastantes años.

Ya fuera de la cabaña principal, espero sentado en uno de los bancos de madera hasta que Cristina termine su turno de trabajo. Escucho, mirando al frente, sus pasos acercarse. Sale, pasa la llave y entonces se percata de mi presencia.

—Ethan... Me has asustado —admite.

La miro, por unos escasos segundos me permito hacerlo y me reafirmo en que ya no veo nada en ella, absolutamente nada que no sea a la madre de mi hijo.

—Tenemos que hablar.

Suelta todo el aire, termina de guardar las llaves en el bolso y se acerca hasta mi sitio, frente a mí, rompe mi visión de la noche en el bosque.

—Imaginaba que tenía que suceder algún día.

—Tenía que haber sucedido hace ya bastante, pero te has encargado de que me diera tanto miedo hacerle daño que no me daba cuenta de que se lo hacía igualmente.

—No intentes ponerte de víctima porque fuiste tú quien me dejó embarazada.

—Dos no follan si uno no quiere y creo que ninguno de los dos pensaba que fuese a suceder como sucedió —zanjo—. Aun así, lo intentamos, y sabes que puse todo de mi parte para que Diego y tú fuerais felices, pero nada te bastaba.

—Sí me bastaba, pero tú no me querías —admite y veo sus ojos brillantes, sé que se contiene para no llorar.

—No, no te quería, pero a Diego sí y hasta en eso me sacrificué.

—No me vengas con esas, Ethan, éramos tres y teníamos que ser tres con todas las de la ley.

—No, Cristina, ya no éramos tres y hacía mucho que dejamos de serlo.

—Tú quisiste tenerlo, quisiste tener a este niño, y yo tuve que hacerlo porque pensaba que era la única manera de tenerte a mi lado.

—Diego no era el culpable de que sus padres ya no se quisieran.

—Ese es el problema, Ethan, que sus padres sí se querían porque yo sí te quería.

Alzo la vista y la contemplo frente a mí, rota, tan rota como me he sentido yo todo este tiempo.

—El amor, a veces, no es suficiente. Me quisiste, no te lo niego, y yo te quise a ti, pero nunca fue suficiente para que funcionase, aun así, fuimos padres y lo hicimos mal, no solo con Diego, sino entre tú y yo, lo hicimos mal. Comenzaste una guerra, una lucha, y Diego era la bala, la moneda de cambio, la persona con la que me dañabas y me rompiste.

—No, te equivocas...

—Te equivocas tú. —Me incorporo y apoyo de nuevo las manos, esta vez en la barandilla de la cabaña y oteo la amplitud del bosque, la bruma que siempre nos acompaña, la tenue lluvia que moja, pero no empapa, y a veces siento que la naturaleza se confabula conmigo y muestra mi propio estado de ánimo—. No voy a entrar de nuevo a discutir ese asunto, porque ya no vale la pena nada de eso, lo único que nos une es él y, esta vez, Cristina, no pienso dudar un solo segundo, no pienso darte ningún beneplácito que no te merezcas y pienso luchar por él, que es quien de verdad me importa. No habrá más mentiras, excusas ni justificaciones; ni tuyas ni mías. Diego es tan hijo tuyo, como mío, y pienso luchar por él hasta que me quede sin fuerzas.

—Es por ella, ¿verdad? Es por culpa de ella...

—Te equivocas de nuevo, Cristina, no es por ella, es por Diego; pero, principalmente, por mí.

—No pienso ponértelo fácil, no mientras esté ella en tu vida, si quieres a Diego sabes lo que tienes que hacer...

—No quiero que me lo pongas fácil, es más, ya contaba con ello antes de empezar la partida, pero sí que te voy a dejar algo muy claro, Cristina; ella se queda en mi vida, pase lo que pase, ella se queda.

—Eres...

—Sí, lo soy, siempre lo he sido, solo que ahora, me digas lo que me digas o me hagas lo que me hagas, ya no me importa.

Epílogo: Olivia

Le echo de menos. Así, con todas las palabras y todo el peso de la ausencia que ellas conllevan. Le echo mucho de menos, pero sé que tenía que ser así, que necesitábamos este espacio para poner cada cosa en su lugar; él las suyas, y yo las mías, y el tiempo solo me ha dado la razón, le quiero.

Mérida me dijo que me vendría bien esta distancia para saber lo que realmente quiero en mi vida, como hizo ella los días en los que Axel no estaba en Jacaranda y no le falta razón, pero tuve claro desde el primer momento que lo que sentía por él no era un mero capricho pasajero, no lo era, solo que estos días han hecho que sea mucho más consciente de ello.

Me he centrado en los preparativos de las bodas. La ubicación ha cambiado y al final no hemos ocupado la cabaña principal, nos hemos trasladado al bosque. Mi querido manzano está vestido de gala. Hemos hecho un arco precioso que hemos colocado frente a él y hemos preparado con bolsas de basura un altar lleno de flores de papel que hemos pintado, decorado y forrado para que sea impermeable.

De los trajes de novia se ha encargado Eli, ha hecho un par de ellos, y las coronas de flores las ha hecho Mariana; Paulina, cómo no, se encarga del *catering*: una mesa llena de palomitas y un par de boles de patatas fritas que nos esperan en la sala principal. Hasta Pepe tiene una pajarita de lo más chula que nadie se ha atrevido a colocarle por miedo a perder un dedo, pero la hemos colocado en la jaula, porque Pepe también está invitado a la celebración, lo he perdonado, aunque me siga llamando bruja cada vez que me ve.

—Estás guapísima, Selena —le digo cuando le coloco su corona de flores en el pelo.

—Diego se va a quedar completamente loco cuando me vea, ¿a que sí?

—Sí —confirma Ona.

No es que Ona hable como si nada hubiese pasado, no es así; habla, sí, pero sigue reservándose el derecho a elegir con quién.

No voy a entrar en los detalles del porqué Ona dejó de hablar o lo hace solo quien quiere hacerlo, porque eso ya lo sabemos y tampoco me voy a poner a analizar el duelo de cada persona, porque tampoco vale la pena, pero

sí que creo que es importante que, tal y como ella me dijo en su momento, entendamos que la pena por la pérdida la llevamos como sabemos o como podemos y que, cuando eres una niña y te repiten por activa y por pasiva lo pobrecita que eres por haber perdido a tus padres, lo único que quieres es dejar de escuchar y de hablar, porque no te apetece agradecer algo que solo quieres llorar. Ona decidió que dejar de hablar haría que fuese un poco más invisible, y que las personas dejasen de hablarle sobre algo que le dolía porque sabían que no iba a responder. Selena, en cambio, cogió el poder, se comportó como su traductora, hizo de tripas corazón y se armó de valor, y las admiro, no os hacéis una puta idea de cómo admiro a estas niñas; por eso, hoy, que es la boda de Selena, creo que se merece que su día sea tan especial que eclipse la oscuridad de los que ha vivido.

Llegamos al claro cerca del río y creo que los planetas se han alineado para que no llueva. Bajo la bolsa de basura blanca, que hace las veces de vestido de novia, Selena está abrigada y sonrío tan ampliamente que de verdad sería capaz de eclipsar cualquier nube.

No hemos podido colocar sillas en el claro, pero todos estamos allí de pie, siendo testigos de cómo se van a celebrar varias bodas.

La idea de los enlaces me sigue maravillando. El amor de las vacaciones, ya sea de verano o de invierno, es puro y se vive con una intensidad pasmosa y esto es un simple ejemplo del poder del mismo. No todos los chicos y chicas se van a casar hoy, ni mucho menos, pero los que han querido recordar este *camping* haciéndolo esperan su turno para darse el «sí, quiero», ese que los unirá mientras ellos quieran o hasta que vuelvan el próximo año, quién sabe lo que pasará y las vueltas que da la vida.

Luis es el maestro de ceremonias y será quien oficie las bodas, no podía ser de otra manera siendo el director de Jacaranda. Yo estaré al lado de Luis, encargándome de entregar las alianzas hechas con flores, y el resto de invitados estarán colocados de pie, a ambos lados del pasillo.

Diego es el primero en cruzar. Lleva puesta la bolsa de basura con una pajarita negra con sus iniciales y sonrío tanto como Selena antes. Está feliz, y con eso me es suficiente.

Luis cruza una mirada conmigo y asiente porque se ha percatado de ello y le hace tanta ilusión como me la hace a mí.

Cristina e Irene no han venido, las he invitado a ambas y, aunque Luis tenía que haberlas expulsado, decidió que quedaban pocos días para que terminase Jacaranda y solo esperaba que cambiasen de actitud y que

apostasen por lo que de verdad importa: los niños.

Sé que a Diego no le importa y que está feliz con que su padre esté ahí, en primera fila, que se arrodille frente a él, le coloque bien la pajarita y le desee toda la suerte del mundo. Han firmado una tregua, lo sé, porque Diego me lo ha contado y me ha dicho que su papá va a hacer todo lo posible por estar mucho tiempo con él y todo eso lo decía con un brillo en los ojos que me hacía estremecer.

Por fin lo hizo, sé que por fin lo hizo.

Selena entra de la mano de Ona, sus ojos se posan en los de Diego, que camina hasta ella, y llegan los tres al altar.

—Pensaba que te ibas a arrepentir —le dice Selena sonriendo.

—Me dijiste que te ibas a quedar conmigo siempre —le suelta Diego—, y ahora lo haré yo también contigo.

Diego clava la vista en su padre y le guiña un ojo. Selena me mira y alza el pulgar.

—Lo tengo en el bote —me dice señalando hacia Diego.

Todos reímos, y tengo que tragar un poco para no dejar que alguna que otra tímida lágrima se me escape. Son demasiados sentimientos en muy poco tiempo, mucho cariño y muchas alegrías compartidas, es imposible no emocionarse.

—Nos hemos reunido bajo este manzano para celebrar la unión de Selena y Diego, que han decidido unirse en matrimonio como símbolo de su cariño. Selena, ¿deseas unirme a Diego y compartir con él risas, confidencias, juegos y sueños?

—Vaya pregunta esa, ¡claro que lo deseo! Si es un bombón de chocolate —responde Selena con su habitual desparpajo.

—Los anillos, por favor —me pide Luis; yo, claro, embobada me he quedado. Le tiendo el suyo a Selena para que se lo coloque y lo hace sonriendo. Sin nervios ni nada—. Diego —comienza Luis tras reírse—, ¿deseas unirme a Selena y compartir con ella risas, confidencias, juegos y sueños?

—Sí, quiero —suelta mirando hacia su padre y alzando esta vez él su pulgar. Le coloca el anillo a Selena y me mira un instante mientras afirma.

—Pues lo que Jacaranda ha unido que no lo separe nadie —finaliza Luis—. Puedes abrazar a la novia.

Selena, que no necesita mucho para ir, se lanza a los brazos de Diego, y él le devuelve el abrazo.

Se van de la mano, y Ethan los sigue. Yo me quedo allí, porque hay más bodas que celebrar, y pasan los siguientes novios. Cada pareja tiene su anillo y me encargo de entregarlos.

Cuando finalizan las ceremonias, Luis, emocionado, nos agradece que hayamos dedicado este mes a hacer el sueño de todos realidad.

—Espero que Jacaranda os haya dado mucho estos treinta días, que hayáis soñado, reído, disfrutado, jugado y emocionado con todo lo que nos rodea. Quiero agradeceros la gran labor que habéis hecho y que, pase lo que pase, Jacaranda se quede con un trocito de vuestro corazón y, ahora, podemos irnos a disfrutar de la comida que Pepe seguro que quiere comerse su ración de pistachos sin sal.

—Espera —grita Diego.

—Ay, madre, que se nos divorcian ya —me dice Ona al oído.

—Falta una boda —añade Diego.

—¿Una boda? —inquieta Luis.

Cojo la libreta y reviso todos los nombres, miro la bandeja de las alianzas y entro un poco en pánico porque si se nos ha olvidado una, con la ilusión que cargan los niños ante este evento, me desmayo; me importa bien poco que me tachen de dramática, y que Antón me compare con mamá.

Ona camina hasta Diego, Eli y Antón salen de entre el público, y Selena y Ethan aparecen al fondo. Ethan camina de la mano de Selena, y esta sonrío tanto que creo que se le va a romper la mandíbula.

A mitad del camino, lo espera Diego, que le coge la otra mano, mientras Ona ha cogido la mía y me lleva frente a Luis.

—Ay, madre, que me da...

—Entiendo... —confirma Luis.

—Falta nuestra boda, Olivia. ¿Quieres casarte conmigo? —me pregunta Ethan.

Miro hacia todos lados, Eli tiene las manos entrelazadas con Antón. Mariana y Paulina sonrío, aunque Mariana no puede contener la emoción, siempre ha sido la más empática de las tres. Ona me aprieta la mano, para que reaccione, supongo, y Diego me mira estupefacto porque no digo nada.

—Mi papá quiere casarse contigo porque, aunque estés un poco chalada, que conste que me lo ha dicho así que para mí no estás tan loca, dice que le pones la sal que falta en su vida.

—Quiero casarme contigo porque eres especial y has sabido verme y entenderme, me has dado la fuerza necesaria para luchar, me llenas, me

completas y me complementas, ya sabes, Olivia: cuando tú me miras, se hace la magia. ¿Qué me dices? —Saca una pequeña alianza del bolsillo, una de coco, nada de oro ni plata, porque nosotros somos así de sencillos y lo que nos representa es eso; el bosque, la madera, la lluvia, la niebla, el olor a tierra mojada, al fuego de la chimenea, a río, el sonido de las risas tras una ventana y confesiones en una cama, el sexo desenfrenado y caricias a escondidas, miradas furtivas y palabras que son necesarias—. Hazlo, Olivia, hazlo —finaliza.

—Hazlo —repiten todos sin saber el efecto que tiene esa palabra en mí.

Hazlo, Olivia, solo hazlo. Y lo hago, vaya si lo hago, lo hago de tal manera que no es necesario nada más que el presente y lo que nos rodea; el bosque, el río, nuestra gente, él y yo. Porque es verdad lo que dije hace días, lo que verbalicé: no importa el mañana, porque, ¿quién sabe qué nos va a deparar el futuro? Como si no tuviésemos suficiente con sobrevivir al presente, como si no supiésemos que, al final, los besos que nos hemos prodigado lo han cambiado todo, lo han modificado y lo han convertido en algo que no tiene explicación alguna. Como si no supiésemos que los besos que vamos a dar lo volverán a cambiar todo cada día, porque así lo queremos, que siempre sea distinto y que, pase lo que pase, lo hagamos.

Y en mi lista de deseos hay una nueva línea, imaginaria en este momento, pero que escribiré de manera real en un par de horas, con nuestras piernas entrelazadas en una cama como regalo de cumpleaños, solamente pondré «hazlo», porque es lo único que necesito en esta hoja. Hacerlo, como si nada importase, como si fuese suficiente, solo hacerlo y dejarme ir con la onda expansiva por haberlo logrado. Hazlo, solo hazlo.

No importa lo alto que sea el vuelo, sabemos que cuando uno de los dos respira, el otro vuela.

La lista de deseos de Olivia:

1. Deseo que esas patillas dejen de volverme loca.
2. Disfrutar mi estancia, sin pensar en nada que no sea el *camping*, las actividades, los chicos y las chicas que ahora se han convertido en mis amigas y cómplices de mis fechorías.
3. Conseguir que no me afecte en nada la indiferencia del chico frío y distante en el que se ha convertido Ethan.
4. Que Antón sea feliz como una perdiz, que el pasado quede en eso, en pasado y que el futuro traiga todo lo bonito que se merece mi zanahorio.
5. Él y solo él.
6. Estar justo donde estoy.
7. A lo loca que me vuelven sus patillas, le sumo sus rizos, sus abdominales, sus oblicuos y espero que lo que esconde el calzoncillo negro que asoma sobre la costura del vaquero.
8. Hazlo.

Más epílogos

Eli y Antón

FEBRERO.

UNAS SEMANAS DESPUÉS.

Unas semanas pueden cambiar la vida de cualquiera, incluido nosotros, quien dice unas semanas, dice una noche, como la noche en la que Olivia y Ethan tuvieron que ir al pueblo a por los materiales.

No sabíamos todo lo que sucedería esa noche, desconocíamos que esa noche nos daríamos nuestro primer beso, que brindaríamos por primera vez con una copa de vino, que Irene nos interrumpiría y que se formaría un caos total tras esa interrupción, mucho menos sabíamos que haríamos el amor frente a una chimenea, tras asegurarnos de que la puerta, en esa ocasión, sí que estuviese cerrada o que esa noche cambiaría nuestro futuro más inmediato.

Me fui de Jacaranda el uno de enero, como todos, cuando Jacaranda cerró sus puertas. Tenía mucho que solucionar, un trabajo fijo y estable, mi familia, una explicación de todo lo que había pasado y de lo que iba a pasar, porque si algo tenía claro es que regresaría al norte porque allí estaba ella; ellas, tiempo después.

No, no lo sabíamos, ninguno de los dos supo que se había repetido la historia y que Eli estaba embarazada, cómo lo íbamos a saber, nada hacía presagiar que Eli me llamaría como cada noche, pero, en esa ocasión, con una noticia nueva.

El *shock* inicial fue colosal, para Eli más que para mí, porque tener que plantarse delante de la familia y confesar lo que sucedía era complicado, pero le pedí que esperase un poco antes de hacerlo porque quería estar allí, con ella, presente, apoyándola.

—Eli está embarazada.

Lo confesé delante de todos, un domingo, el último domingo en el que almorzaríamos todos juntos antes de partir y el barullo en el que estaba sumida la comida se transformó en un silencio sepulcral.

—Ahí tienes al nieto que esperabas, María —dijo Axel, sonriendo.

Fue el primero en levantarse y darme un abrazo, uno de verdad, sincero, y

Mérida, ya con lágrimas en los ojos, se sumó a aquel gesto. Olivia hizo lo propio mientras mis padres permanecían sentados en la mesa sin saber cómo reaccionar.

—Te vas a ir, ¿verdad? —preguntó mi madre.

—Sí —me limito a confirmar.

Las lágrimas no fueron de tristeza, o no quisieron que así fuesen, pero estaba claro que me echarían de menos, aunque todos sabían que mi lugar estaba donde estuviese Eli y nuestro bebé.

No me fui solo, una vez más me marché con Olivia, esta vez no nos perdimos, pero sí que nos aseguramos de que el teléfono tuviese batería, llegamos con la lluvia dándonos la bienvenida.

Nos recibieron allí, los dos, plantados en la escalera de aquel porche familiar, con sendas sonrisas en la cara y emocionados porque sabían que ese era el principio de algo, para mí, de mi nueva familia; para Olivia, de su nueva vida.

No hay un manual de instrucciones para padres inexpertos, aunque puedas leer miles y miles de revistas o recibir cientos y cientos de recomendaciones.

Lo hicimos bien, tan bien que repetimos años después.

Lo nuestro, lo de Eli y mío, no fue un amor de invierno, fue un amor para toda la vida, porque habíamos elegido el sendero que nos había cruzado y el destino, los astros y nosotros mismos, habíamos hecho el resto.

Simona y Esteban

AGOSTO.

UN AÑO DESPUÉS.

—¿Qué película vas a poner esta noche en el cine?

Hemos regresado a Jacaranda, no podría ser de otra manera porque aquí nos conocimos, es como nuestro lugar especial, donde comenzó todo y donde queremos permanecer. Yo sigo siendo la chica de la recepción, este año, en el reparto de tareas me han asignado la misma, y Esteban sigue siendo el técnico en sonido y medios audiovisuales, a él le gusta llamarlo así, aunque yo siempre le suelto alguna pulla, porque lo único que hace es poner películas, ambientar los espacios con música y, la novedad, los viernes de discoteca; canciones de ayer y hoy, aunque a los renacuajos y a los no tan enanos, les encanta el reguetón.

—No lo he decidido —me suelta sonriendo—. ¿Alguna sugerencia?

—¿Qué tal tú y yo sin ropa? —le pregunto.

—Vaya, interesante título, espero que sea apto para menores de quince o nos denunciarán y acabaremos en la cárcel o en un psiquiátrico.

—Es una película muy *hot* —le explico—, seguro que te gustará, anda, no remolonees, que sabes que terminarás haciendo lo que yo quiera.

La película ha cambiado, la nuestra, porque esa chica tímida, virgen e inexperta en las artes amatorias, gracias a la paciencia de Esteban y a los consejos que en su día me dieron Mérida y Olivia; ha quedado atrás.

Aún recuerdo cómo fue la primera vez y el miedo que pasé ante aquella situación, las chicas se reían, y ahora lo entiendo todo, hasta me resulta extraño que no me hayan insultado, pero es cierto que, nada más reencontrarnos este verano, me han guiñado un ojo y sé que esta noche tendré que contarles todo. Lo bueno es que tengo la sensación de que nada, absolutamente nada, ha cambiado en este tiempo.

—¿Pretendes decirme algo? —me pregunta Esteban sacándome de mi ensoñación.

—Te estoy haciendo una propuesta...

—¿Indecente?

—¡Oh! ¡Sí! La más indecente que existe —le susurro picarona.

Esteban me sonríe abiertamente y lo conozco lo suficiente como para saber que esa sonrisa est  cargada de promesas que se llevarán a cabo esta noche, si las chicas me lo permiten y la quedada de cervezas y pan con chorizo no se alarga demasiado.

Hace un año dije que estaba preparada para enfrentarme a eso que desconocía con él, porque estaba enamorada hasta el tuétano y, este año, me propongo algo muy distinto, otro paso más; otra fase, como diría Olivia. No s  si querr  vivir conmigo y compartir todos y cada uno de los días de nuestra vida, pero sí que, pase lo que pase, Esteban es la persona con la que quiero dormir cada noche, despertarme cada mañana y besar cada instante.

Nuestro amor no es un amor de verano, es uno de esos que llegan, se instalan y se quedan para siempre, porque estaba escrito así, porque nos encontramos, tal y como debía ser.

Mariana y Jake

DICIEMBRE.

DOS AÑOS DESPUÉS.

—¡Tachán! ¿A que ya te sientes como en casa? —le pregunto.

—¿Te refieres a...?

—Al frío, Jake, al frío, porque aquí hace el mismo tiempo que en Londres. Niebla, frío y lluvia, ¿a que es como estar en casa?

—¿Sabes qué es lo que verdaderamente me gusta?

—Sorpréndeme... —le pido.

—Estar aquí, contigo, compartir una cabaña durante un mes —me confiesa alzando las cejas—. Ya sabes, si te da frío... puedes calentarte a mi lado.

—Eres de lo que no hay, Jake.

—¿Ahora ya no soy tu pirata?

Lo del pirata ha traído cola, ha sido inevitable explicarle que, durante un tiempo, el tiempo en el que me mantuve en las sombras sin ser capaz de decirle lo que quería o sentía o de dar un paso hacia adelante para dejarle pistas sobre mis sentimientos; su nombre de guerra era «pirata», obviamente, no fui capaz de contarle las barbaridades que decía Olivia, pero en nada la conocerá y se podrá hacer una idea.

Hemos regresado, todos, Olivia incluida, y hemos quedado esta noche en nuestra cabaña, espero que no traiga la cera y le dé por depilarme cualquier cosa como hizo en su día.

Fue gracioso, ahora que lo veo con cierta perspectiva, puedo decir que fue gracioso y simpático, aunque lo de desmayarme no tanto, pero es que dolía, joder si dolía, me tenían que haber avisado; aunque, y esto que quede entre nosotras, ha valido la pena y con creces.

Jake vino en febrero de ese año, tal y como tenía previsto. Nuestros mensajes cada vez fueron más y más subidos, no hubo fotos ni vídeos, aunque cada vez que quedaba con Olivia me proponía que le grabase algo guarro para crearle expectativas, decía, pero eso no iba conmigo. No sé qué fue lo que hice, pero fuera lo que fuera, funcionó, porque Jake cada vez

estaba más receptivo, y a mí me daba cierta seguridad y arriesgaba un poco más.

No me arrepiento de nada, ni siquiera de la depilación integral, no me arrepiento de haber comenzado ese juego, de haberme lanzado a sus brazos cuando lo recogí en el aeropuerto ni tampoco de haber compartido algunas noches en vela hablando de lo que sentía y de cómo había surgido. Me abrí por completo a él, porque yo soy así, cuando apuesto por alguien dejo que pase hasta el salón, ya me entendéis.

Jake llegó, permaneció el mes que iba a pasar y se marchó. No todo iba a ser bonito y fantástico, porque hasta en los jardines más bonitos salen malas hierbas. Se fue y no sabía qué sería de nosotros, hasta que regresó sin decirme nada, sin avisar y sin saber.

Y aquí estamos, de nuevo, en Jacaranda, porque él ahora también forma parte de esto, de mi vida y de mi familia, porque no quiero que sea de otra manera, porque quiero que se quede.

Lo tenemos claro, donde esté uno, estará el otro; al final, lo mejor de todo no es dónde estés, sino con quién.

—Siempre, siempre, serás mi pirata, Jake.

—Y tú, mi damisela, ahora ven aquí que empiezo a tener frío.

Mari Puri y Santiago

AGOSTO.

TRES AÑOS DESPUÉS.

Trocear cebollas en juliana no tiene nada de divertido, eso dicen, pero podría dar varios argumentos que demuestren que esa afirmación es errónea. Uno de ellos es que reírte de tu hermana que llora a moco tendido — literalmente— no tiene precio, el segundo es que Santi debería estar descansando porque la ronda de anoche fue movidita. A los chicos grandes les dio por salir de la cabaña y tocar en las puertas de las chicas vecinas. Las hormonas, le digo yo a Santi, y él me sonríe, aunque anoche seguro que gracia, lo que se dice gracia, no le hizo ninguna; pero, y retomando el tema, a pesar de haber sido una noche intensa en cuanto a trabajo se refiere, se ha venido directamente desde nuestra cabaña para picar cebolla y pimientos con nosotras.

—Venga, venga, con más energía, Julián lo hace más rápido —le apura Mari Pili.

El pobre no trabaja bien bajo presión, y mi hermana lo hace aposta para que se ponga nervioso.

Salimos de Jacaranda juntos hace unos tres años. Aún recuerdo aquel agosto como si de hoy se tratase, fue increíble el cambio radical que dio nuestra vida desde ese momento. Tuve miedo, porque era complicado. Es estúpido, pero pensaba que, a mi edad, el amor ya era una causa perdida y tendría que conformarme con ver ese sentimiento y la unión de la familia desde la barrera; con mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos, pero ¡no! Por suerte, se cruzaron en mi camino unas chicas muy singulares y tramaron planes que hicieron que nos uniésemos.

A veces, nos sentamos en el porche de la que es ahora nuestra casa, cuando Santi regresa de trabajar y miramos el bosque que se abre ante nosotros y nos sonreímos cómplices. Unas veces me dice él que fuimos muy estúpidos, porque perdimos mucho tiempo dando vueltas y más vueltas hasta que por fin acabamos justo dónde teníamos que acabar, y yo siempre le respondo lo mismo: «no hemos perdido tiempo, solo estábamos esperando a

que fuese el momento ideal».

No es que no piense que tiene razón, claro que lo pienso, porque ahora, tras unos años de relación y sintiéndome cada día más completa con él a mi lado, me gustaría poder haber disfrutado de la sensación de plenitud que siento con él cerca mucho antes, pero las cosas no suceden cuando queremos, sino cuando la vida nos lo tiene preparado; es una ruleta rusa, nunca sabes lo que te va a tocar.

—Deja a mi Santi tranquilo, para meterte con alguien ya tienes a tu Julián, Mari Pili.

—Es mucho más divertido con él —confiesa mi hermana parando de cortar para limpiarse la nariz.

—Esto es lo que he tenido que aguantar durante muchos, muchos años, ¿lo entiendes? —le pregunto a Santi.

Él alza la cabeza, me observa como siempre lo hace, con infinita ternura, y asiente. Siempre ha sido un hombre parco en palabras, pero no importa, no me hace falta que me diga algo para saber lo que piensa o lo que siente. Lo bueno de Santi es que es transparente y, con solo mirarlo, sé lo que piensa.

Lástima no haberlo sabido interpretar años antes, me habría ahorrado los miedos y alguna que otra inseguridad, eso sí, probablemente no habría sido tan divertido.

No sé si Jacaranda nos unió o fuimos nosotros o esas gemelas que siguen revoloteando por aquí, no sé si fue el destino o los senderos del Señor, como bien se suele decir, pero sí que sé que nuestro amor ha sido como uno de esos caldos que tanto nos gusta preparar y que sabemos que, cocinados a fuego lento, saben mejor.

Ethan y Olivia

DICIEMBRE.

CUATRO AÑOS DESPUÉS.

—Olivia, busca la caja de herramientas, el desagüe se ha vuelto a estropear y necesito arreglarlo.

—Estoy ocupada, ¿por qué no lo buscas tú?

—¿Ocupada? ¿Qué haces ahora? ¡No me digas! ¿Estás chismorreando con Eli?

—Nooo. —Ese «nooo» con tantas oes seguidas solo puede significar una cosa: sí.

Dejo varias piezas tiradas por el suelo y me aseguro de que la llave de paso esté completamente cerrada antes de ir a su encuentro.

Está sentada en el borde de la cama con el teléfono en las manos y escribiendo a todo meter. Canturrea algo, pero no sé el qué. Admiro la capacidad que tiene para hacer tantas cosas a la vez. En realidad, admiro tantas cosas de ella...

Regresó conmigo, sin pedírselo y casi sin esperarlo. Al principio pensé que venía porque no quería que le arrancase la cabeza a su hermano. Oye, que soy un tipo muy pacífico, pero ver a Antón entrar por la puerta con cara de circunstancias, seguido de Olivia, que no sonreía tampoco, pues me hizo prepararme para lo peor.

Soy un tipo muy observador, desde bien pequeño he sido así y, como tengo claro que la cara es el reflejo del alma, supuse que algo sucedía.

Nos soltaron la bomba delante de toda la familia. Antón apenas los conocía y esa no fue la mejor llegada que podrían haber esperado mis padres. Embarazada, Elisa, mi hermana pequeña, estaba embarazada, y llamadme loco, pero lo que de verdad parecía es que se repetía la escena, como cuando Cristina y yo tuvimos que enfrentarnos a esa situación.

No sucedió nada malo, pero sé que mis padres se disgustaron porque habían vivido en primera persona el nacimiento de Diego y la separación posterior, incluida la separación de Diego y lo lejos que nos sentimos todos con su partida.

Antón hizo lo que tenía que hacer y, tiempo después, nació mi sobrina María. Por ese entonces, yo aún seguía en trámites para conseguir la custodia compartida de Diego.

Me había propuesto lograr que nos viésemos más, que compartiésemos más tiempo juntos y que disfrutásemos de todos los ratos que pasaba conmigo. Olivia se subió al carro sin preguntar, y Diego no tuvo problema en que formase parte de nuestra familia, se ganó el puesto con sobresaliente.

Olivia fue uno de mis pilares fundamentales; me escuchó, me aconsejó, me palmeó la espada cuando decaía y me dio abrazos y besos cuando los necesité, y eso solo me hizo reafirmarme en una cosa que ya tenía clara: Olivia era —y es— la mujer de mi vida.

Está loca, lo sé, y ella también, de hecho, lo cree medio pueblo, pero se los ha metido a todos en el bolsillo, siempre me dice que no hay nada que no consiga con una sonrisa y un buen plan, y así estuvimos.

Me reí mucho cuando me contó lo de la Operación Limón, que así es como ella la llamaba y también sentí tristeza cuando me confesó, una noche sentados en el porche hace ya cuatro años, lo que Diego le había dicho aquel día en el comedor. Tenía que decírmelo porque eso solo acentuaba mi fin: tenía que luchar por él.

—¿Qué haces, papá? ¿Estás espionando a Olivia?

Me giro hacia Diego y lo veo allí plantado, de pie, tras de mí. Ha crecido tanto que me parece mentira que solo hayan transcurrido cuatro años desde aquel invierno que cambió nuestras vidas.

—¿Te puedes creer que le he pedido ayuda y me ha dicho que está ocupada? ¿Tú crees que eso es estar ocupada?

—Yo solo veo una solución —me suelta mientras me guiña un ojo.

Asiento dándole el consentimiento de eso que sé que quiere hacer y que tan bien ensayado tiene.

—A la de una, a la de dos y a la de... ¡tres!

Diego se lleva los dedos a la boca y silba con fuerza. Unos fuertes pasos se oyen cruzar el pasillo, acompañado de unos gritos.

—¿No habrás sido capaz? —dice Olivia alzando la voz y clavando la vista en nosotros.

—Yo no he sido —me disculpo alzando las manos.

—Te quedas sin tarta de manzana —amenaza a Diego. A él parece darle igual porque sabe que su hermano, ese que corre hasta aquí, le guardará un trozo.

—Montañaaaaaaaa —grita con ímpetu Zac.

—¡Nooooo! —grita Olivia dejándose caer en la cama, porque ella se pone muy digna, pero le encanta que juguemos a la montaña.

Nos lanzamos todos sobre ella, yo primero, para intentar que no le caiga el peso de toda la familia encima y tengamos que acabar en urgencias. Encima de mí cae Diego, que comienza a ejercer presión hasta que Zac se coloca encima; entonces, coloca su mano por detrás para que no se caiga y las risas son la banda sonora que se escucha en la habitación.

—Mami, ¿a que te gusta la montaña? —le pregunta con esa tierna voz que tiene.

—No me gusta, me encanta —le contesta ella riendo embobada.

Muevo mis caderas para que note mi erección, y me guiña un ojo con picardía.

La quiero, vaya si la quiero, ¡joder!, ¡cómo la quiero!

—Hora de que la montaña se desintegre —les pido tras aguantar el peso un rato.

—El último en llegar al columpio es una patata podrida —le dice Diego a su hermano.

Ambos comienzan a correr y sé que Diego, una vez más, dejará ganar a su hermano. Y también sé que, cuando se vaya este domingo con Cristina, me tocará volver a explicarle a Zac que su hermano regresará la siguiente semana y que, en breve, pasará las vacaciones con nosotros, aquí, en nuestra casa del bosque, como la llamamos nosotros.

—¿Qué decías? —me pregunta Olivia con cara de no haber roto un plato.

—Te pedía ayuda.

—¿Con qué? —me pregunta llevando sus piernas hasta mi cintura y enredándose con ellas.

—Ya no me acuerdo —le explico mientras me acerco hasta sus labios para depositar en ellos un suave beso.

—Creo que soy capaz de refrescarte la memoria —me dice mordiendo mi labio inferior.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —le pregunto mirando por la ventana para ver a los chicos en el columpio.

—Toda la vida —me responde—. Toda la vida —repite.

Axel y Mérida

AGOSTO.

CINCO AÑOS DESPUÉS.

Regresar a Jacaranda siempre es algo maravilloso, pero este año no regresamos solos. La vida ha cambiado tanto para todos en este tiempo, que, si echase la vista hacia atrás y tuviese que hacer un resumen de estos cinco años, me costaría, me costaría demasiado.

Mérida sigue teniendo esa jodida costumbre de hacer una lista de propósitos y creo que cada año la cambia, ella dice que es en función de las necesidades que están en constante evolución, pero yo creo que lo hace porque le gusta y, no solo eso, ahora le ha regalado una libreta a cada una de nuestras hijas, esas que por poco no se sostienen en pie, pero que su madre se empeña en que tengan desde bien pronto.

Seguimos reservando, como siempre, nuestro verano para Jacaranda, porque queremos que así siga siendo, no sé si es tradición o necesidad.

—Papi, papi, ¿me llevas a ver al burro? Mami dice que hay un burro.

—Yo también quiero ir —grita Lola. Lola, ese es su nombre, nada de Dolores, Mérida es especial hasta para eso.

—Eso, papi, llévanos a ver a Triqui —repite Mérida.

—Papi, ¿en serio, sonrisa?

—Papi chulo —me dice como siempre. Ha buscado una canción y todo para burlarse de mí. Obviamente, y como no puede ser de otra forma, me vengo cada vez que puedo y creo que eso es lo que más le gusta, mi venganza.

Camino con Lola e India en mis brazos. Mérida, como siempre que regresamos, se toma su tiempo, se empapa del bosque, de las ramas de los árboles, del agua del lago, de los paseos en barca, de perderse en el bosque y de las caminatas a solas. Es su momento y me maravilla que así sea.

—Este es el sendero donde papá y mamá se encontraron por primera vez —dice parándose delante del camino.

Recuerdo cómo salía de él y la vi, sencillamente la vi, sonriendo como si todo lo que la rodease fuese mágico y me gustó eso de ella en aquel

momento, porque sentí que veía lo que le rodeaba y lo necesitaba tanto como yo cuando vine por primera vez. La magia de Jacaranda.

—Papi, ¿y mami te pareció una *pincesa* cuando la viste? —me pregunta India.

—Me pareció la princesa con la sonrisa más bonita que había visto nunca.

—Es que mami es la princesa pelirroja más guapa del mundo —añade Lola.

India y Lola son gemelas, no podía ser de otra manera, no, y son pelirrojas, porque eso también tenía que ser así, pero los ojos son míos, en algo se tienen que parecer a su padre. Nos damos la mano los cuatro mientras caminamos hasta donde se encuentra Triqui.

—Al llegar, tenemos que darle las galletas, hay que colocarlas en la palma de la mano y extenderla para que Triqui las coja.

—¿Me va a chupar la mano? —me pregunta Lola.

—Sí —le respondo sonriendo.

—Pero te hará cosquillas —le cuenta Mérida.

Ambas sueltan nuestras manos y corren en dirección al establo. Apenas llegan al primer palo de madera que tiene el cerco del establo, pero se las ve tan felices y contentas que, entonces, todos los miedos, las dudas y las inseguridades de ser padre; se esfuman.

—¿Has visto, sonrisa? —le pregunto mientras caminamos de la mano.

—¿El qué?

—Lo estamos haciendo bien —murmuro mirándola.

—Claro que lo estamos haciendo bien —me responde—. ¿Acaso lo dudabas?

—Ciertas dudas tenía, sí.

—Yo sabía que ibas a ser un buen padre... —Mérida se para frente a mí, pasea sus manos por mi pelo y me da un tierno beso en la boca—. Y, para muestra, un botón.

Lola e India están ya dentro del establo, con Daniel y Micaela, que regresan cada año, esta vez, como monitores.

—Con ellos también lo hicimos bien —le suelto recordando cómo nos costó llegar hasta Daniel y que se abriera. Mérida asiente.

—¡Mérida, Axel! —nos gritan.

Nos giramos y vemos a Marla corriendo hacia nosotros. Ha crecido, pero sigue siendo la misma chica alegre y jovial que conocimos.

—¿Y tu ropa de color rosa? —le pregunta Mérida al verla vestida con

unos vaqueros y unas zapatillas de montaña.

—En la maleta, acabo de llegar. Daniel vino ayer porque es el nuevo profe.

—Ya lo veo —le digo girándome de nuevo.

—¿Son Lola e India? —me pregunta Marla.

—Lo son —le confirma Mérida.

—El año pasado eran diminutas.

—Como tú cuando te conocimos, y mírate ahora —bromea Mérida.

—¿Me harás este año magdalenas de color rosa?

—Marla, tú sabes que yo te hago lo que quieras —susurra Mérida abrazándola.

—Martín quiere lentejas —le explica.

Mérida se ríe, mientras Marla corre en dirección a Daniel, Micaela, Lola e India, que siguen dándole galletas a Triqui.

—Oye, Axel...

—Dime, sonrisa... —La cojo de nuevo de la mano y le doy un beso.

—¿Crees que si nos perdemos en el bosque tardarán mucho en encontrarnos? —inquieta provocándome.

—Conozco este bosque como la palma de mi mano, sonrisa.

—¿Eso es un sí o un no? —me pregunta.

—Contigo siempre será sí, sonrisa. Sí a todo.

—Pues perdámonos un rato —me pide—. ¡Tonto el último! —me grita antes de salir corriendo.

Sé que se va a dejar alcanzar pronto, sé que se lanzará a mis brazos en cuanto esté segura de que no va a vernos nadie, sé que me besará como si fuese el primer día, sé que dejará que cuente, una vez más, sus lunares y sé que siempre, pase lo que pase, la querré; porque Mérida llegó a mi vida como el verano llega tras la primavera, para poner el calor y el color que necesitaba.

—Voy a por ti, sonrisa, y no pienso dejar que escapes...

¿Quieres más?

No te pierdas el primer título de la serie Jacaranda:



Sinopsis:

Podría empezar mi historia presentándome y, quizá, hablando de mí; mi nombre, apellido, edad, de dónde soy o contáros que tengo una hermana gemela, claro, podría; pero creo que es mejor hablar de él, pues es el culpable de esta historia.

Él, Axel, que ya su nombre suena exactamente a eso, a pecado, justamente a lo que es. Podría decir que es un hombre sencillo y que no es capaz de trastocar tu mundo y el de todo el que se cruza por su camino, sobre todo, si hablamos de féminas; pero, no, el caso es que el único mundo que decidió poner patas arriba fue el mío y yo, yo me sentía una veleta con él cerca.

Puede que sí deba deciros que todo empezó con un cambio de vida y tachando de mi lista uno de esos propósitos que tanto me definen, pero creo que sería más sencillo aceptar que la vida te tiene preparado un camino y que siempre terminarás cogiéndolo, aunque te empeñes en dar un rodeo.

Axel llegó a mi vida como el verano llega tras la primavera. Ponte unas

chanclas, un pantalón corto y deja que lo que hay dentro de estas páginas te cuente mi verano, el verano que cambió nuestras vidas.

BIOGRAFÍA



¿Quién es Yanira García? Soy Canaria, vivo en Santa Cruz de Tenerife, aunque nací en un pequeño pueblo tinerfeño llamado La Matanza de Acentejo (tiene historia, sí). Siempre me ha encantado leer... Cuando era pequeña, sacaba libros de la biblioteca y los devoraba por la noche antes de dormir. Años después, encontré mi género y supe que me encantaba leer novelas románticas. En el año 2016 decidí que quería escribir una, tenía ideas que burbujaban y me aventuré a ello.